DAVID NEL

CAFÉ CON ZEUS

DNel

DAVID NEL

CAFÉ CON ZEUS

DNel

Título: *Café con Zeus*

©2023, David Nel

Primera edición (julio 2023)

www.davidnel.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«¡Ay, ay, cómo culpan los mortales a los dioses!, pues de nosotros, dicen, proceden todos los males. Pero también ellos por su estupidez soportan dolores más allá de lo que les corresponde».

Zeus, la Odisea, Canto I

Prólogo

Miércoles, 10 de abril de 2019

Faltan ochenta minutos para que muera mi hijo.

Pero, claro, yo eso todavía no lo sé. O no lo sabía. Estoy, o estaba, tumbado bocarriba en la cama, lamentándome de problemas que ahora me parecen bendiciones. O me parecerán. Disculpa la confusión con los tiempos verbales, ningún lenguaje fue diseñado con una experiencia como la mía en mente. Para simplificar, a partir de ahora te lo contaré todo en presente.

Estoy tumbado en la cama, te decía, quejándome para mis adentros de estupideces. ¿Y cuáles son aquellos terribles problemas que me torturan en un día tan señalado?

Número uno: la maldita manía que tiene mi mujer de despertarse con la melodía del noticiario.

El día en que me casé con ella, hace ya más de nueve años, acepté que durante el resto de mi vida a mí también me arrancarían de mis sueños aquellos acordes infames, seguidos de una locutora cansina que por contrato no puede dar buenas noticias. Yo, Miguel, te quiero a ti, Andrea, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la tortura de las siete y diez.

«Ingenuo miserable», me increpo a mí mismo en cuanto la radio se enciende sola. «¿En qué estabas pensando, Miguzas?»

No es el despertar ideal que los libros de autoayuda recomiendan para empezar el día en sintonía contigo mismo, pero sospecho que al autor de *El monje que vendió su Ferrari* no se le encogía el culo ante la idea de enfrentarse a su esposa.

La rutina matinal de Andrea es innegociable, así que yo, en un día normal, me limito a arrastrarme fuera de la cama y a meterme en la ducha lo antes posible. Que sea el agua ardiendo quien espante la modorra, y no los comentarios de mi mujer fingiendo que aquella sarta de desgracias le importa.

Hoy, sin embargo, no es un día normal. Hoy he pasado la noche en

vela y estoy tan cansado que no puedo ni levantar el edredón. Y todo gracias al…

Número dos: nimiedades misceláneas.

Que si mi jefe no me valora, que si Andrea vive obsesionada con mudarnos a un chalet en La Moraleja, que si el niño cecea y el logopeda pilla lejos, que si el gimnasio no me deja rescindir el contrato aunque no lo haya pisado en seis meses.

Y ahí me tienes, atrapado en la tenue oscuridad del dormitorio, con la banda sonora de las elecciones israelíes y los gemidos remolones de Andrea, creyéndome el protagonista de una devastadora tragedia griega.

Ahora sí que soy un ingenuo miserable.

No sospecho que la tragedia real, la que hará que todas mis quejas se conviertan en amables recuerdos de una vida mejor, llegará en setenta y nueve minutos.

Si lo intuyera, saltaría de la cama e iría corriendo a la habitación de Gabi. Ahí estará, desperezándose solo en su litera. Tal vez ya haya encendido la lámpara de Ikea con forma de nube que cuelga sobre su almohada y esté abrazado a su peluche del oso Paddington, sacándose una legaña y mirándola con los ojos un poco bizcos, tratando de decidir si es comestible.

Si comprendiera la amenaza que se cierne sobre mi hijo, le abrazaría y no dejaría que se moviera de allí.

Pero eso es conocimiento futuro, y en estos momentos lo único que hago es seguir convenciéndome a mí mismo de que tengo el derecho a sentirme desdichado. Valiente imbécil. Dejo escapar un largo suspiro, como si al expulsar mi sucio aliento matutino pudiera deshacerme también del tedio, y permanezco inmóvil, rezando para que el mundo se detenga, para que ni Andrea ni Gabi despierten y así eludir el…

Número tres: el martirio de todas las mañanas.

Vístete que llegamos tarde, cómete el kiwi, hoy le llevas tú o le llevo yo, te has vuelto a poner los zapatos al revés, las ocho menos cuarto y los dientes del niño sin lavar, ¿y tú todavía sin arreglarte, Miguel?

Durante el resto de mi vida, mi mayor pesar será no haberme

sentado pacientemente junto a Gabi para darle el kiwi o atarle los zapatos, pero ahora mismo solo siento un oscuro hastío al pensar en lo que Andrea llama «la cuenta atrás de cada día».

Sí, una cuenta atrás acaba de comenzar, pero se trata de una mucho más siniestra y cruel que aquella a la que yo, tonto infeliz, tanto miedo tengo.

Faltan setenta y ocho minutos para que muera mi hijo.

«De todas las criaturas que respiran y se mueven sobre la tierra,
ninguna es más vana que el hombre».
Ulises, la Odisea, Canto XVIII

I

No está siendo un vuelo apacible.

Según el piloto, no hay nada de lo que preocuparse, se trata solo de una de tantas tormentas que azotan el océano Atlántico cada temporada. Lo dice de forma casual, como quien anuncia un retraso en el metro o un cambio en la política de cookies. Como si el avión fuese una nave indestructible creada por un poder divino, y no un ensamblaje de chatarra que se zarandea como un pastel de gelatina en manos de un alcohólico.

Me limpio el sudor frío de la frente y apoyo la sien contra el panel de revestimiento, con la máscara de dormir puesta para que no me sobresalte el súbito resplandor de los relámpagos. Intento dejar la mente en blanco.

Me considero un tipo persistente. Si no te lo crees, pregúntale a Andrea (siempre y cuando no te importe aguantar media hora de histérica diatriba). Sin embargo, incluso yo tengo problemas para no pensar en nada durante más de dos segundos. Es inevitable ser interrumpido por las quejas de mi estómago vacío, incapaz de tolerar siquiera un vaso de agua; por los pinchazos detrás del ojo izquierdo, que insisten en quedarse pese a haberles enviado una armada de ibuprofeno; o por mi boca acartonada, tan reseca que si escupiera saldrían polvos de talco. Y, por si las distracciones procedentes de mi propio cuerpo no fueran suficientes, la señora de al lado no se cansa de reprender enérgicamente al pasajero de atrás por el ruido que hace al pasar las hojas de su periódico.

Todo esto me recuerda por qué hace años que la distancia máxima que me permito volar es hasta Zúrich o París, y solo cuando es imposible encontrar una excusa ante mi jefe para negarme.

Sí, soy consciente de que las turbulencias son normales. He leído todo lo que se ha escrito sobre ellas. Cada vez que el Boeing da un bote o desciende su altitud con brusquedad, me recuerdo a mí mismo que solo se trata de una corriente de aire, que haría falta mucho más

que eso para derribar la aeronave. En mi mente racional todo está en orden, pero mi cuerpo parece seguir directrices de otra parte del cerebro, una más caprichosa y emocional, una que reacciona ante cada sacudida como un niño de seis años cuando se funde su luz quitamiedos.

Dándome por vencido, me arranco la máscara y enciendo la pantalla frente a mi asiento. Según el mapa, nos aproximamos a la costa este de Estados Unidos. Son las nueve y cuarto de la mañana, hora local, aunque no he visto la luz del sol desde que salimos de Madrid. Las nubes que atravesamos son tan oscuras que resulta imposible imaginar que, a tan solo unos cientos de kilómetros, los bañistas de las playas de Virginia comienzan a extender sus toallas sobre la arena. Es inútil tratar de calmarme. Cada vez que un fulgor invade el cielo, mi corazón late tan fuerte que siento que me va a fracturar las costillas.

«Basta ya, Miguzas». Me pongo severo conmigo mismo. Hay asuntos que merecen más atención que mi absurdo miedo a volar.

«Cierra los ojos. Concéntrate. Piensa en Gabi».

Me lo imagino con la expresión del día en que aprendió a montar en bicicleta, con esa sonrisa de la que no conseguía deshacerse y con ese brillo en los ojos que te hacía sentir que todas aquellas mañanas gélidas de domingo intentando enseñarle, ambos enfundados en un abrigo de esquiar y armados de paciencia, habían merecido la pena. Mi pequeño era pura alegría.

Intento evocar solo los recuerdos felices, algo que es más complicado de lo que debería. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él antes de que...

«No. Torturarte no te ayudará. No fue tu culpa».

Eso habría dicho mi psicóloga, pero qué demonios sabe ella. Lo único que apacigua momentáneamente al monstruo que llevo dentro es permitirle que campe a sus anchas, que me oprima el pecho, que me tapone la garganta, que no me deje respirar. Por lo visto, darle libertad a la bestia también coloca la ansiedad del vuelo en un segundo plano, así que paso la siguiente hora a su merced, rebozándome en el lodo de la tragedia. Mi llanto llama la atención de

los pasajeros de alrededor, pero al menos evita que vomite bilis en la bolsa por enésima vez.

Como si quisiera poner a prueba mi nuevo método de concentración, el avión entra de nuevo en una zona de turbulencias. Me agarro al apoyabrazos y pego la cabeza al respaldo para que mi cabeza no golpee la ventana en uno de los zarandeos (o a la señora del asiento contiguo, que duerme como un bebé ahora que el pasajero de atrás ha cerrado su periódico). Cada sacudida me provoca un aguijonazo en el hombro, todavía maltrecho a causa del accidente. Aunque esta sensación me transporta con un realismo cruel a la escena más dolorosa de mi vida, no me importa demasiado. Me merezco esta penitencia a plazos.

Tras una bajada dramática de altura que produce varios gritos a mi alrededor, el avión recupera la estabilidad. El respiro me devuelve algo de lucidez y decido que necesito algo más que la culpa y la autocompasión para superar el vuelo sin perder la cordura.

Alcanzo uno de los panfletos de Mizar que he metido en el bolsillo del asiento delantero. Aunque lo he leído al menos diez veces, tal vez consiga ayudarme. Es el mismo que, haciendo gala de mi habitual candidez, utilicé para dejar caer mis planes a Andrea. ¡Qué iluso fui al pensar que conseguiría su aprobación!

—Bromas, las justas, Miguel —fue su respuesta—. Que no sé si te has dado cuenta, pero no está el horno para bollos.

Estaba sentada en la silla giratoria de su despacho, con el escritorio a sus espaldas. Yo, en el sofá cama, donde la luz del flexo no alcanzaba a iluminar mi cara. Habían pasado dos meses desde lo de Gabi y todavía nos costaba mirarnos a los ojos.

—Cariño, no tenemos nada que perder.

«A ti, cielo. Te podría perder a ti, y eso sería horrible». Unas palabras en esa dirección tal vez me habrían disuadido de mi idea.

—Es la mayor gilipollez que he escuchado en mucho tiempo —contestó en su lugar.

—Andrea, deja que te lo…

—No he terminado —me interrumpió, y me di cuenta, por el tono de su voz, de que estaba de aquel humor que, estadística en mano,

imposibilitaba la obtención de cualquier resultado positivo por mi parte—. Si alguien confeccionara un ranking con las mayores estupideces cometidas a lo largo de la historia, tú ganarías la puta medalla de oro. Pero ¿sabes qué te digo? Que es tu decisión, no seré yo quien me interponga. Y ahora, si no te importa, tengo que leer más de cien correos.

—Entonces, ¿me firmas esto?

Le tendí el formulario de Mizar. Ella hizo ademán de aceptarlo, pero se detuvo.

—Espero que tengas pensado mantenerlo en secreto.

—No veo razón para anunciarlo a los cuatro vientos.

—¿Y qué se supone que debo decir a la gente?

Por supuesto. De todas las preocupaciones que podrían habérsele ocurrido, la primera fueron las apariencias.

—Nada. Solo lo sabrán si funciona. Y en ese caso no nos podrán llamar locos. No tendrás que preocuparte por lo que piensen tus amigas de Toledo.

Aunque se cruzó de brazos, no se volvió hacia el escritorio como temía, por lo que aproveché para entregarle el folio que había impreso antes y que contenía varios extractos de la sección de preguntas frecuentes de la página web de Mizar. Ella dedicó unos diez segundos a leerlo por encima.

—Ni siquiera sé que pensar sobre esto —dijo tras un suspiro—. ¿No crees que es un timo?

Su segunda inquietud también era de esperar. El dinero.

—No, Andrea. Mizar es una empresa seria. Una organización sin ánimo de lucro, de hecho. Los miembros de su consejo no reciben salario, y sus empleados uno muy modesto. Y, lo más importante, ellos mismos se han inscrito en su propio programa. Eso dice mucho del nivel de confianza que tienen en su producto.

—Joder, Miguel. ¿Por qué no puedes actuar como todo el mundo después de una pérdida importante y tratar de aceptarlo?

—¿Me devolverá eso a Gabi?

—¿Te lo devolverá este disparate?

«Pues a lo mejor sí, mira tú por dónde».

Eso no se lo dije, claro. Era más prudente dejar que pensara que esta era mi manera de combatir el duelo.

Además, la cruda verdad es que no lo sé. Lo cierto es que yo seré el primer sorprendido si este plan funciona.

Y, sin embargo, aquí estoy, cruzando el Atlántico en esta lata de sardinas voladora, con la cara metida en una bolsa de cartón que apesta a vómito, el estómago ardiendo, el pecho dolorido, la cabeza a punto de explotar y el hombro recordándome el drama con cada sacudida.

¿Me arrepiento?

De ninguna manera.

Haré lo que sea con tal de recuperar a Gabi.

II

El Boeing aterriza puntual en el inmenso aeropuerto de Dallas, donde mi cojera y yo tardamos casi una hora en arrastrarnos hasta la terminal doméstica para embarcar en un vuelo de American Airlines a Phoenix. Suspiro aliviado al ver que esta vez se trata de un Airbus A319, el mismo con el que solía viajar a Suiza. Sé que es ilógico —supersticioso, incluso—, pero el raciocinio no suele formar parte de las prestaciones incluidas en el paquete premium del miedo a volar.

«No estoy loco», me repito mientras sorbo nervioso el peor café que he probado en mi vida. A través de la ventanilla del avión alcanzo a divisar, tras un liviano mosaico de nubes, el paisaje seco y rocoso de la frontera entre Nuevo México y Arizona. No es muy diferente al de la sierra de Madrid, y pronto me veo asaltado por recuerdos de tiempos mejores. La primera escapada de fin de semana con Andrea, cuando apenas abandonamos aquel refugio de Cercedilla que olía a sexo y promesas. La noche en la que le pedí matrimonio en el asiento trasero del Opel Corsa, atrapados en el puerto de Navacerrada tras una nevada épica que ahora desearía que nos hubiera enterrado. La risa descontrolada de Gabi mientras ambos descendíamos con el trineo una cuesta endemoniada en Valdesquí. «Ni una palabra a mami», le advertí, pero lo primero que hizo cuando la vio fue correr a contárselo. A trompicones y tartamudeando, apenas inteligible, como cada vez que algo le causaba demasiada emoción. Ahora suena adorable, pero aquellos pequeños defectos conseguían sacarme de mis casillas. ¿Por qué? Porque era un imbécil. Podría escudarme en el tópico de que uno no aprecia un tesoro hasta que lo pierde, pero lo de imbécil encaja mejor.

No, no estoy loco. De hecho, me siento como si acabara de recuperar la cordura.

Una vez en el aeropuerto de Phoenix, busco la oficina de alquiler de vehículos. El empleado que me atiende, un joven de pelo grasiento, acné y algo de sobrepeso, me examina con gesto preocupado y me pregunta si todo va bien. Debe de haberle llamado la atención mi

aspecto calamitoso (en resumen: ojeras, barba, chándal de estar cómodo en casa). O tal vez se trate de la renquera de mi pierna izquierda, o los gestos de dolor al mover el brazo derecho para entregarle mi pasaporte. O quizá sea por mis ojos enrojecidos. Creo recordar haber llorado no hace mucho.

El chaval procesa el contrato de alquiler con celeridad y, aunque no estoy seguro de que sea parte de su trabajo, me acompaña hasta el coche, un Hyundai gris con olor a nuevo aparcado dos plantas más arriba, e incluso me ayuda a activar el aire acondicionado al máximo y a introducir en el GPS la dirección de destino. No se lo agradezco. Si quiere malgastar su tiempo en ayudar a un tipo tan inútil y patético como yo, allá él.

Al cielo de Phoenix le han abandonado las nubes. Cada vez que el vehículo realiza un giro hacia el oeste, tengo que cubrirme la vista para que no me ciegue el brillo insultante del sol. Aun así, los ojos se me cierran de manera involuntaria y debo hacer un esfuerzo ímprobo para no dejarme llevar por el sopor. Son las doce de la noche en Madrid, y estoy hecho polvo tras un viaje plagado de vómitos, dolores, pensamientos inquietos y recuerdos desgarradores.

Dos cafés de gasolinera —rancios, pero bien cargados— más tarde, recupero un poco la energía. Por lo menos, la suficiente como para conducir veinte minutos más, los que me separan de mi destino.

Scottsdale es una ciudad del área metropolitana de Phoenix, una versión americana de Torrelodones. El barrio al que me dirijo linda con el parque McDowell, unas agrestes y secas montañas que rompen con la monotonía del desierto. Es una zona de oficinas donde todos los edificios parecen cortados por el mismo patrón: colores suaves, formas cuadradas y menos ventanas de las que los arquitectos de este siglo recomiendan. Ninguno supera las tres plantas y a todos se accede a través de un estrecho jardín de guijarros, cactus y arbustos que rodea un aparcamiento donde descansan, al menos, tres camionetas *pick-up* blancas.

Las instalaciones de Mizar no son una excepción.

A diferencia de la imagen de la empresa, su edificio es discreto y sobrio. Austero, incluso, para aquellos que se imaginaran un

laboratorio acristalado en lo alto de un rascacielos con forma de estrella en Manhattan. El aparcamiento acoge también varias camionetas *pick-up*, en este caso con menos pegatinas de un elefante y tres estrellas que la media. Aparco junto a una de ellas, salgo del coche y, tras recibir una bofetada de calor, permanezco unos segundos contemplando la entrada y el rótulo. Por primera vez en mucho tiempo, se me escapa algo parecido a una sonrisa. He llegado a Mizar. Algo que sonaba a fantasía hace solo unas semanas es ahora una realidad. Sigo sin saber si el plan funcionará o si es, como diría Andrea, la mayor patochada de la historia, pero da igual. Siento que no hay otro lugar en el mundo donde debería estar ahora mismo.

Le comunico a una afable recepcionista el motivo de mi visita. Ella me pide que pase y me acompaña hasta una sala redonda de la que salen varios pasillos hacia el resto del edificio. Por dentro, la decoración y los materiales se asemejan más a lo que uno espera de Mizar. Predomina el azul y el beige, los muebles de diseño y los cuadros con gráficos y explicaciones en las paredes. Un techo alto y abovedado da la bienvenida al visitante y un sofá de terciopelo gris frente a una mesa de cristal le invita a sentarse a esperar mientras lee revistas de la empresa.

—Ms. Clemens estará con usted enseguida —dice la joven con tono pesaroso—. Disculpe el retraso.

El inesperado arrebato de buen humor que sentí al llegar no se ha disipado, así que le doy las gracias y le digo que no se preocupe, pese a que me extraña que Darlene no esté disponible de inmediato. Aunque su jornada laboral terminó a las tres y media, accedió solícita a quedarse en la oficina un par de horas más para recibirme.

Ahogando un gemido de dolor al estirar el hombro, alcanzo una de las revistas. Aparte de ofrecer un resumen de los servicios básicos de Mizar y una lista de pacientes célebres, muestra un mapa de áreas de riesgo de Norteamérica. Phoenix aparece señalada dentro de la zona menos propensa a catástrofes naturales del continente, algo que la empresa señala como la principal razón por la que decidieron establecerse en esta ciudad. La ironía de su nombre no tuvo nada que ver en la decisión.

También me llama la atención un artículo que habla de una mujer que se negó a avisar a Mizar de la muerte de su marido hasta dos meses después de su incineración. Gracias a ello pudo cobrar el dinero del seguro de vida, en lugar de que este fuera usado por la empresa para cumplir con los deseos del difunto. Me pregunto si Andrea sería capaz de algo así.

Mi esposa accedió finalmente a firmar el formulario de Mizar, pero sospecho que solo lo hizo para que la dejara en paz. Ya era la cuarta noche seguida que me presentaba en su despacho.

—¿No tienes miedo a lo que te ocurra tras morir? —me preguntó en aquella ocasión. Mi insistencia le había hecho pensar—. Ya sabes, Dios dice que tu cuerpo ha de ser enterrado para que tu alma pueda acceder al más allá, nunca nos pidió que congeláramos a la gente. ¿Y si hay vida después de la muerte y te la estás denegando a ti mismo? ¿Y si Gabi nos espera allí y tú no vienes?

—Por favor, Andrea. ¿Desde cuándo crees en estas cosas?

—Ya sabes desde cuándo.

—En ese caso, no te preocupes. El alma no se va a ningún sitio cuando duermes, cuando estás en coma o cuando te anestesian para una operación, así que no tengo ningún miedo de lo que le pueda ocurrir mientras mi cuerpo está crionizado.

—Vale, lo que tú digas.

—Es importante —insistí. Ahora que tenía su atención, debía aprovechar—. No me van a congelar vivo, eso se llama asesinato y es ilegal. Voy a vivir mi vida como si nada hubiera pasado y, una vez muera, digamos en cuarenta años, vitrificarán mi cuerpo y lo meterán en un tanque de nitrógeno.

—¿Vitrifi… qué?

—Sustituyen la sangre por un líquido que no se expande con el frío. Como el anticongelante de un coche.

—Suena asqueroso.

—¿Más asqueroso que ser devorado por gusanos, o convertido en cenizas?

—Tal vez esa no sea la palabra. No sé, me duele pensar que serás tratado como un experimento de laboratorio. Miguel, sé que no nos

encontramos en nuestro mejor momento, pero eres mi marido y me preocupa lo que pase contigo tras la muerte.

Por fin unas palabras amables. Me incliné hacia ella y tomé sus manos entre las mías. Es asombroso lo que un poco de afecto y el contacto de unos dedos pueden hacer para diluir la tensión. De repente, me sentía un poco más ligero.

Lo cual no significaba que fuera a darme por vencido.

—Siempre estaremos juntos, cariño. Pero imagínate que la gente hubiera pensado lo mismo ante los primeros trasplantes de órganos, o ante los primeros tratamientos de quimioterapia.

—Aquello se llamaba medicina, no resucitar a los muertos.

Le resumí entonces el mismo discurso que tantas veces había escuchado en los vídeos de Mizar. «¿Recuerdan los años cincuenta, cuando no existía la reanimación cardiopulmonar?», repetía en ellos su presidente emérito, un hombre de aspecto bonachón y sonrisa serena que conseguía transmitir la sensación de normalidad que su empresa necesitaba. «En la actualidad es posible reanimar a alguien minutos después de que el corazón deje de funcionar, algo que sonaría a brujería hace unas décadas. Entonces se pensaba que la vida acababa con el cese de los latidos, pero ahora sabemos que la muerte no se produce de forma espontánea, que más bien es un proceso que tarda varios minutos en completarse. Hoy, la ciencia se pregunta: ¿y si este proceso es más largo de lo que creemos? ¿En qué instante se vuelve irreversible? La muerte clínica, el punto que hoy consideramos el final, podría ser solo parte del camino, y tal vez exista en el futuro una tecnología capaz de evitar que sigamos recorriéndolo, algo tan revolucionario como en su día fue la RCP. La criónica no pretende obrar milagros, como la gente piensa, la única intención de Mizar es preservar el cuerpo en ese estado intermedio, ofreciendo a nuestros pacientes una posibilidad de que la medicina del futuro pueda salvarlos».

—Vamos que, según ellos, no serás un cadáver, sino un paciente a la espera de ser reanimado.

—Exacto —sonreí, esta vez sin esfuerzo.

—¿Y quién llevará tu cuerpo hasta Arizona?

—Ellos se ocupan de todo. Yo solo tengo que pagar la cuota anual y el seguro de vida en su nombre. En total, no llega ni a dos mil euros al año. Como ves, no se trata de un capricho disparatado para ricos excéntricos.

—No es caro, pero tampoco es calderilla. Podríamos emplear ese dinero en la hipoteca de un chalet nuevo.

Aj. El puto chalet.

Nunca me ha importado la ambición desmedida de Andrea, a pesar de que resultara obvio que la única motivación detrás era la necesidad de destacar en el entorno tóxico de competitividad desmesurada que su madre había construido alrededor de ella y sus dos hermanas. No puse ninguna pega cuando sus aspiraciones comenzaron a afectar a mi carrera —alguien tenía que perderse de vez en cuando alguna reunión para recoger al niño cuando los abuelos no podían, o quedarse en casa con él cuando estaba enfermo—. Al fin y al cabo, mi trabajo me aburría y ambos sabíamos que ella era más espabilada que yo. Tampoco protesté cuando sus amigas de Toledo empezaron a parir segundos hijos y a ella se le puso entre ovario y ovario que no podíamos ser menos. Y cuando, tras su último ascenso, tratamos de comprar un chalet en La Moraleja y el banco nos rechazó, hice todo lo posible por consolarla. «Este piso tampoco está nada mal, cariño», le decía. «Es de construcción nueva, tiene 150 metros cuadrados y una terraza donde se podría jugar al tenis. Y solo será temporal, pronto podremos comprar una mansión donde tú quieras».

«Para que puedas ver a Gabi jugar en el jardín por videollamada desde tu oficina», pensaba después para mis adentros.

—No te preocupes por las finanzas—contesté, mordiéndome la lengua. Sabía que una pelea no haría más que retrasar mi objetivo—. Recuerda que ya no tenemos que pagar el colegio privado. Usaremos ese dinero y así podremos seguir ahorrando.

Mi razonamiento pareció pillarla desprevenida. Torció el labio inferior, como suele hacer cuando se da cuenta de algo, se colocó junto a mí e hizo ademán de acurrucarse sobre mi hombro, aunque se retiró enseguida (¿por miedo a hacerme daño o por simple frialdad?).

—Lo siento, cielo —susurró—. Sé que es más duro para ti que para

mí. A veces olvido que no fui yo la responsable. Si esto te ayuda a superar la culpabilidad, adelante.

Me quedé blanco. Incapaz de responder.

Sí, sé que fue mi culpa. Sería mezquino no reconocerlo. Pero ¿no se sentía ella parte de todo esto también? ¿No se le pasaba por la cabeza que, si no hubiera estado tan obsesionada por el trabajo, si nuestras mañanas hubieran sido algo menos estresantes, la desgracia nunca habría ocurrido? Ella eligió anteponer el trabajo a la familia, y este fue el resultado.

Respiré hondo. «No la cagues ahora, estás a punto de conseguirlo».

—Nuestra vida no cambiará para nada, Andrea —musité con la voz quebrada—. Firma el formulario y olvidémonos de esto hasta el día de mi muerte. Esperemos que sea dentro de mucho tiempo.

Le tendí el papel de nuevo.

—Está bien —cedió al fin—. Supongo que me lo tengo merecido. Ya sabía lo cabezota que puedes llegar a ser y aun así me casé contigo.

«La persistencia es el recurso de los que no somos tan listos como tú». Tuve que hacer un nuevo esfuerzo para callarme y vencer mi impulso a tener la última palabra. Por lo menos hasta que consiguiera lo que quería.

Se levantó, apoyó el documento sobre su escritorio y lo firmó.

A partir de ese momento, Andrea se desentendía de mi cuerpo una vez un médico declarase mi muerte de forma legal.

—Aquí lo tienes —soltó derrotada mientras me lo devolvía—. Solo espero que la próxima vez puedas hacer un esfuerzo por ver mi punto de vista e intentar ponerte de acuerdo conmigo.

Le arranqué el documento de las manos y me dirigí hacia la salida del despacho. Consciente de que el próximo vuelo a Phoenix salía en unas horas y que, aunque ella no lo supiera, esa sería la última vez que nos veríamos, me detuve junto al marco de la puerta y me volví para hacerle llegar unas últimas palabras:

—Tienes razón. Podría ceder y ponerme de acuerdo contigo más a menudo. —Andrea arqueó sus cejas en señal de sorpresa—. Pero entonces ambos estaríamos equivocados.

Su gesto se transformó en la mirada de odio glacial a la que me

tenía acostumbrado. No la dejé replicar. Abandoné la habitación cerrando la puerta con más energía de la necesaria y no la volví a ver.

Si llegué a pensar que podría contarla el resto del plan, fui un iluso. Ella nunca lo aprobaría. Una cosa era que tu marido tuviera un contrato para una crionización que quizás nunca sucedería y de la que nadie tenía por qué oír hablar, y otra muy distinta era ser etiquetada como la esposa del loco que se suicidó para viajar al futuro pensando que allí podría recuperar a su hijo. La gente la señalaría por la calle, sus compañeros susurrarían a sus espaldas, sus amigas de Toledo fingirían no conocerla y sus hermanas se compadecerían de ella. Su peor pesadilla.

Pero yo sé que no estoy loco. Hay una manera de recuperar a Gabi.

Aunque mi plan tiene unas probabilidades de éxito remotas, para mí es suficiente.

Qué más da si Andrea se siente humillada cuando le lleguen las noticias de Phoenix. Si todo funciona como espero, nada de esto habrá importado.

III

—¿Míster Urquiza?

Una voz femenina me devuelve a la realidad. Al levantar la cabeza, reconozco a Darlene Clemens, la directora de membresía de Mizar. Se trata de una simpática mujer de mediana edad con quien ya he hablado por email y a quien ya he visto en un vídeo de un tour guiado de las instalaciones de la compañía. El mismo que está a punto de ofrecerme.

No es que esté en posición de criticar el aspecto de nadie, pero me sorprende su apariencia informal. Viste unos vaqueros amplios y una camiseta verde de lunares negros un poco desteñida. Su pelo, castaño y con las primeras canas asomando, va recogido en una funcional coleta, y no lleva maquillaje. Está casada, a juzgar por el anillo en su mano izquierda, y encaja a la perfección con el estereotipo de madre trabajadora americana: diligente, extrovertida y llena de confianza.

Verla en persona y escuchar su familiar voz aumenta un punto o dos el nivel de realismo de mi situación. Me invade una extraña embriaguez cercana a la euforia. Tal vez así se sienta quien se juega toda su fortuna a una carta.

—Me alegro de verle —dice, tendiéndome la mano. A ella no parecen sorprenderla mis pintas. Sonríe y su expresión es amable, aunque sí me parece detectar algo de fatiga en sus ojos—. Espero que haya tenido un buen vuelo desde España.

Le devuelvo el saludo mientras me levanto y le aseguro que el vuelo fue maravilloso. Al dejar la revista sobre la mesa de cristal, empujo por error el montón de panfletos, que caen al suelo y quedan esparcidos por la sala de espera. «Miguzas, ya la estás liando», diría Andrea.

—No se preocupe, alguien lo recogerá —me dice ella, haciendo un gesto con la mano para que no le dé importancia e invitándome a que la siga por uno de los pasillos.

Eso hago, tratando de esconder mi cojera en la medida de lo

posible.

—Disculpe la demora. Todo se debe a una desafortunada coincidencia —aclara a medida que avanzamos—. Nuestra media de muertes al año oscila entre ocho y doce, y precisamente anoche se produjo una. Cuando eso sucede, nuestra rutina salta por los aires y lo dejamos todo para asegurarnos de que el paciente es criopreservado lo antes posible.

Eso explica sus ojeras y su aspecto.

—Si es un mal momento, podemos aplazar nuestra cita a mañana —le ofrezco. No me haría ninguna gracia esperar, pero tampoco me apasiona la idea de jugarme mi destino con alguien que está deseando largarse a su casa a dormir.

—En absoluto, señor Urquiza. Siempre es un placer conocer a nuevos miembros.

Su respuesta me tranquiliza. Lo cierto es que su actitud siempre ha sido muy profesional conmigo y no tengo motivos para dudar de ella. Decido aprovechar la ocasión para preguntarle sobre este último caso. Sé que la transparencia es un pilar importante en la política de Mizar y que no desaprovechan la oportunidad para hablar de su producto.

—Podría haber salido mejor, si le soy sincera —responde ella. Seguimos caminando por un amplio pasillo con despachos a ambos lados y fotografías de retrato en las paredes—. A pesar de saber que su muerte era inminente, la paciente decidió quedarse en su casa, en el estado de Washington, en lugar de pasar sus últimos días en uno de los hospitales de cuidados paliativos con los que trabajamos aquí, en Scottsdale.

—¿Supongo que querría estar en compañía de su familia al morir?

—Y no hay ningún problema en ello. Cuando eso sucede, enviamos a nuestro director de Respuesta Médica y a un equipo *stand-by* subcontratado para que comiencen el proceso de criopreservación en cuanto la paciente es declarada legalmente muerta. El problema vino después, a la hora de transportarla.

—¿Puedo preguntar qué sucedió?

No insisto cuando Darlene mira su móvil y deja de hablar. De todas formas, Mizar tiene un archivo público de casos en su página web, así

que, si no me lo cuenta ella, lo leeré en un par de días en internet.

No, espera. El plan es estar muerto para entonces.

—Claro, no tenemos nada que esconder —contesta ella al fin, levantando de nuevo la mirada—. Nuestros casos deben publicitarse más para que la gente de a pie pueda deshacerse del estigma de excentricidad que rodea a nuestra organización. Aunque, a decir verdad, este no es un caso que pueda ser usado como modelo.

Llegamos a una puerta de doble hoja a la derecha del pasillo. Pone la mano en el pomo y se detiene antes de entrar.

—Nuestro equipo procedió de la manera habitual —explica—. Acompañaron a la paciente durante varios días en su domicilio, hasta su muerte legal. Una vez esta fue certificada por el médico, restablecieron la circulación sanguínea y la respiración de forma temporal para proteger al cerebro de la falta de oxígeno y poder administrar medicamentos anticoagulantes vía intravenosa. Después, la enfriaron en un recipiente de agua helada para ralentizar su metabolismo y usaron un equipo de perfusión para reemplazar su sangre con la solución de preservación de órganos. Permítame que le muestre los dispositivos que usamos para ello.

Abre la puerta y me invita a pasar.

—Esta es nuestra sala de operaciones. Cuando el paciente muere en Scottsdale, realizamos la perfusión aquí.

Me señala un recipiente rectangular donde descansa un maniquí rodeado de cubitos de plástico que simulan hielo.

—Este es el lugar donde preparamos a los pacientes para su criopreservación. El cuerpo debe mantenerse a diez grados durante el proceso.

No hago preguntas sobre la perfusión, ya sé cómo funciona. Los dos grandes tubos que salen de la máquina de al lado se conectan al tórax del paciente, uno para extraer su sangre y el otro para inyectarle la solución crioprotectora. Por muy convencido que esté de mi plan, no puedo evitar sentir un escalofrío al pensar que muy pronto tendré dos mangueras del grosor de una serpiente pitón incrustadas en mi pecho.

—Cuando la perfusión se realiza en remoto, tenemos un equipo portátil que funciona igual de bien. Nuestra paciente del estado de

Washington fue tratada y su cuerpo estuvo listo enseguida. A partir de ahí, nuestra gente solo tenía que asegurarse de que el transporte a Phoenix se efectuaba de la manera más rápida posible y que el cuerpo se mantenía en la temperatura adecuada. Todo estaba listo para el viaje, pero no contábamos con las restricciones de ese condado en particular.

—¿Qué ocurrió?

—Resultaron ser harto exigentes a la hora de adjudicar un permiso de tránsito para trasladar a un fallecido fuera del estado. Hoy hemos estado todo el día trabajando en convencer a la administración del condado de que no somos unos locos de una secta que colecciona cuerpos.

—Vaya, espero que todo haya salido bien al final.

—Algún día lo sabremos —sonrió—. Lo ideal es introducir al paciente en el nitrógeno líquido cuanto antes.

—¿Qué ocurre cuando encuentran el cuerpo demasiado tarde?

—Por nuestra parte no hay problema, Mizar sigue el mismo proceso. Por ejemplo, hace unos meses encontramos a un miembro en su residencia, cuarenta y ocho horas después de su muerte legal.

—¿Y procedieron a criopreservarle de todas formas?

—Es nuestra obligación, por contrato. Permítame que reitere que no creemos, como muchos dicen, que la muerte sea reversible. Una vez muerto, alguien es irrecuperable. La gran pregunta es, ¿cuándo llega el momento de la muerte? ¿Cuándo es imposible recuperarse de la pérdida de estructura neuronal y de memoria?

—Según he leído, lo que los expertos llaman infomuerte se produce a las ocho horas de estar clínicamente muerto. A partir de entonces no hay evidencia de actividad cerebral ninguna.

—Ha leído usted bien.

—En ese caso, ¿para qué molestarse? Si no hay opciones, ¿no sería más lógico que el dinero del seguro de vida fuera a parar a la familia del fallecido?

—No soy quién para decidirlo. Ni yo, ni nadie en Mizar. Nuestro deber es criopreservar al paciente siempre que el cuerpo sea recuperable. Solo hubo una ocasión en que esto no pudo ocurrir, y fue

cuando uno de nuestros miembros falleció en los ataques al World Trade Center en 2001.

—Entiendo. Es la decisión del paciente, no de ustedes.

—Eso es. Y, si le digo la verdad, solo el futuro dirá lo que es posible y lo que no. Es cierto que aquel hombre tiene menos opciones que los demás, pero todo depende del progreso de la tecnología. Es lógico pensar que, tanto él como nuestros primeros pacientes, con los que se usaron métodos de vitrificación más dañinos, deberán esperar más que el resto, por lo menos hasta que la nanotecnología haya progresado lo suficiente como para restablecer los tejidos afectados.

—*Last In First Out* —señalo, sin poder evitar la comparación. He pasado demasiado tiempo en consultoría—. Como si fuera un almacén de ladrillos.

—Exacto. O, como suele decir nuestro CEO, los últimos serán los primeros en el reino de los cielos.

Afirmo pensativo, preguntándome si yo me encontraré entre ellos.

A continuación, me muestra el equipo de separación neurológica, un término que me parece un eufemismo maravilloso para referirse a una máquina de cortar cabezas. Algunos clientes deciden preservar solo su cerebro, ya que piensan que la tecnología del futuro les podrá conceder un cuerpo que esté más en forma que el suyo en el momento de su muerte. Además, sale más barato.

Una vez termina de enseñarme la sala de operaciones, avanzamos por otro pasillo hacia lo que ella denomina el *patient care bay*, otra manera bonita de llamar al lugar donde guardan los cuerpos. Por el camino, me explica que los retratos de las paredes pertenecen a los pacientes criogenizados. Me sorprende la antigüedad de algunos de ellos, y ella afirma que el primero data de 1967. Aprovecho para hacerle otra pregunta. Sé que la respuesta no será del todo satisfactoria, pero Darlene es una mujer positiva y quizás me anime escuchar lo que ella piensa.

—Dígame, en su opinión, ¿cuánto tiempo cree que pasará hasta que los primeros clientes puedan ser reanimados?

—Vaya, esa es la pregunta del millón. Aunque no podemos más que elucubrar al respecto, yo soy optimista. Dados los últimos avances en

nanotecnología, no me sorprendería si ocurriera en unos cincuenta o cien años.

—¿Y Mizar seguirá existiendo para entonces?

—Si lo que le preocupa es que sus posibilidades de ser reanimado desaparezcan con la empresa, tengo buenas noticias para usted. Es muy improbable que eso ocurra. Gran parte de la tasa que los clientes pagan va a parar a un fondo que Mizar reserva para tiempos oscuros. Si alguna vez ocurre algún desastre financiero o de cualquier otro tipo, aguantaremos años hasta que debamos preocuparnos de verdad.

—No me malinterprete, tengo total confianza en su empresa. Es solo que… hay tantas cosas que podrían salir mal… ¿qué me dice de algún ataque por parte de fundamentalistas religiosos? ¿Motines, vandalismo, guerras?

No añado desastres naturales, la revista de la sala de espera ya me dio la respuesta.

—Todo en esta vida es posible, señor Urquiza. Si le estuviéramos vendiendo una certeza nos acusarían de estafa. No podemos asegurarle que nada malo ocurrirá, ni tampoco que la tecnología para ser reanimado será alcanzada. Lo que sí podemos darle al menos es una opción. Quién sabe si la probabilidad de éxito es del 80% o solo del 10%, lo que importa es que hay una probabilidad. ¿Qué garantías le ofrece un entierro o una incineración?

—Entiendo.

—Tal vez lo que le voy a enseñar le tranquilice.

Llegamos a una sala de reuniones con un ventanal enorme en una de las paredes. La persiana que la cubre asciende en cuanto Darlene introduce un código en un panel.

—Al otro lado se encuentra el *patient care bay*. Este cristal es blindado y el acceso está vigilado y restringido. Como ve, tratamos de proteger a los pacientes, al menos en la medida en que nuestras finanzas nos lo permiten.

La sala no es en absoluto como esperaba. Puede que haya visto demasiadas películas, pero me la había imaginado como un laboratorio de última generación en el que los muertos flotan desnudos en tanques transparentes, sumergidos en un líquido viscoso

e iluminados por luces de neón azules. Nada más lejos de la realidad. Lo que veo me recuerda a un simple almacén, uno en el que, si no supieras a qué se dedica Mizar, pensarías que guarda algún tipo de fluido industrial en unos contenedores cilíndricos de acero inoxidable de unos tres metros de altura y uno de diámetro.

—¿Están los pacientes dentro de esos silos?

—Los llamamos *Bigfoot*, por la forma de sus soportes. Y sí, están ahí dentro.

—La factura de electricidad debe de ser tremenda —pienso en voz alta.

—No es el primero que nos lo dice —se ríe Darlene—. Pero no es así. Los Bigfoot ni siquiera están conectados a la corriente. Funcionan como un termo gigante que mantiene el frío dentro. Lo único que debemos hacer es sustituir el nitrógeno líquido evaporado cada dos semanas.

—¿Y si se quedan sin nitrógeno?

—Es difícil que eso ocurra. Tenemos una reserva para un año y siete proveedores solo en Phoenix. Además, es un producto fácil de conseguir. En caso de emergencia, cualquiera de nuestros clientes más ricos podría comprar una máquina y donarnos el nitrógeno que necesitemos.

—Ya veo. Un apagón no les afectaría en nada.

—Ha habido varios desde 1967 y nunca han constituido un problema. ¿Le gustaría pasar a ver los contenedores?

«Me muero por verlos», pienso, pero me guardo la broma para mí mismo. Hace tiempo que he perdido el sentido del humor y ni siquiera la ilusión renovada que me transmite este lugar puede devolvérmelo.

Si esperaba que la temperatura fuera más baja en la sala de pacientes, también me equivoqué. La sensación de que este lugar no es más que un almacén se ve reforzada por la presencia de dos operarios. El primero empuja un contenedor hacia una esquina —resulta que los Bigfoot tienen ruedas— y el segundo observa el lector electrónico de otro contenedor y toma apuntes en una *tablet*.

—Adelante, toque uno —me anima Darlene—. No muerden.

Me acerco al más próximo. Tiene un aspecto metálico y brillante, y

refleja nuestros cuerpos deformados al acercarnos.

—No está frío.

—No. Y, sin embargo, dentro están a -196°.

Me paseo por la sala, atento a cada detalle, y me detengo ante uno de los contenedores. La foto de una niña está pegada a él con celo.

—Se llama Einz. Falleció de cáncer a los dos años. Su familia ha venido desde Tailandia hace poco para grabar un documental de Netflix.

Conozco muy bien su historia. La primera vez que oí hablar de ella fue la mañana en que Gabi murió. Fue solo unos minutos antes del accidente, recuerdo que apareció en las noticias mientras desayunábamos en la cocina. Cuando, días después, me atreví a leer más sobre ella, sentí una oleada de celos y culpabilidad. Ojalá a mí se me hubiera ocurrido hacer lo mismo con mi hijo.

El silencio precavido de Darlene me indica que se ha dado cuenta del ensombrecimiento de mi expresión. Para olvidar el asunto, continúo haciendo preguntas.

—Hay algo que no entiendo, Ms. Clemens.

—Claro, dígame.

—Leí que ya tienen a 172 personas crionizadas. ¿Por qué aquí solo veo unos treinta contenedores?

—Un Bigfoot puede alojar hasta cuatro pacientes de cuerpo entero, repartidos en cuatro compartimentos verticales, y cinco cabezas, introducidas en otro compartimento central. Mucha gente se espera un tanque transparente donde los muertos flotan en pelotas, como en las películas —dice, y dejo escapar una risa cansada, como si yo no fuera uno de ellos—. Créame, no sería una visión agradable. Pero, si le sirve de ayuda para imaginárselo, los colocamos cabeza abajo. Así, si alguna vez nos falla el suministro de nitrógeno líquido y el contenedor se vacía, la cabeza será la última parte del cuerpo que se derrita.

Seguimos caminando hasta el fondo de la sala, donde me muestra un par de curiosidades.

—¿Ve ese contenedor de ahí? —pregunta, señalando uno más pequeño que los demás —. Es para las mascotas de algunos pacientes.

—Gatos y perros, supongo.

—No se crea. También tenemos una chinchilla, un mono capuchino y una tortuga leopardo. Bueno, en realidad solo tenemos sus cabezas.

La imagen de Mazinger Z dirigido por la cabeza de una chinchilla alojada en su pecho me asalta sin previo aviso. Si consigo volver a ver a Gabi, le encantará esta idea.

—Por último, si se ha preguntado qué hacen ahí esas taquillas, no son más que las pertenencias de los pacientes. Les ofrecemos almacenaje gratis hasta un pie cúbico, por si a usted le interesa.

—Está bien saberlo —contesto, pese a que me da bastante igual. Lo único que querré conservar será lo que lleve puesto y una foto de Gabi. No me habría importado un paquete de café Kopi Luwak, pero me temo que ya es demasiado tarde para ello. Espero que en el futuro las civetas de Indonesia no se hayan extinguido.

Tras explicarme el proceso para introducir a los pacientes en los contenedores a través de las grúas instaladas en el techo, me propone acompañarla de vuelta a la oficina para firmar el contrato.

Siento el efecto reparador de la adrenalina al escuchar estas palabras. Gabi está más cerca. Mi muerte también, aunque prefiero ver ese paso como un mero trámite.

De camino a su despacho, Darlene me habla de las últimas novedades en el mundo de la criónica, aunque apenas consigo concentrarme en lo que dice. Algo de que en 2003 unos científicos consiguieron vitrificar el riñón de un conejo, que desde entonces se han criopreservado con éxito algunos gusanos e insectos y que hace unos meses incluso se consiguió recuperar a un gato que llevaba sesenta minutos muerto. Esto último sí consigue llamar mi atención.

—¿Y no podría usarse el mismo método para reanimar a sus pacientes?

La respuesta resulta ser obvia, pero Darlene no pierde la paciencia conmigo.

—No olvide que han sido vitrificados —dice con una amable sonrisa—. Esta técnica, si bien es la mejor carta con la que contamos, no deja de ser dañina. Además de recuperar la señal eléctrica de un cerebro, la tecnología de reanimación también debe ser capaz de revertir los efectos de vitrificar el cuerpo, algo que puede ser todo un

reto en caso de órganos como los pulmones o el hígado.

—Otra razón para elegir una separación neuronal —digo, aunque no seré yo quien tenga las agallas para elegir esa opción.

—Exacto. Muchas personas creen que acabarán en cuerpos distintos al suyo, incluso en estructuras no orgánicas.

Estoy a punto de callarme mi siguiente duda, pero la mente abierta y la actitud despreocupada de Darlene me hacen sentir que no me juzgará por nada. Y, qué coño, ¿qué importa si lo hace?

—Ms. Clemens, ¿cree usted que el alma abandona nuestro cuerpo al morir? ¿Seré la misma persona tras ser reanimado?

No tiene que pensarse la respuesta. Tengo la sensación de que contesta preguntas como la mía a menudo.

—La gente que trabaja en el mundo de la criónica suele creer que el alma no es más que el conjunto de estructuras y señales eléctricas producidas por el cerebro. La memoria…

Un compañero que abandona la oficina se cruza con nosotros en el pasillo y Darlene se para un instante a charlar con él. Se felicitan por el éxito de la operación de hoy y se despiden. A continuación, Darlene se gira, abre una puerta con su nombre en una placa y me invita a pasar a su despacho y tomar asiento. Se sienta tras su escritorio y continúa su explicación.

—Como le decía, la memoria a largo plazo, así como la personalidad y los instintos, se almacenan en la estructura del cerebro, mientras que los últimos recuerdos son solo parte de la actividad cerebral reciente, es decir, las señales eléctricas producidas por las neuronas. La crionización no daña la estructura del cerebro, pero no podemos reproducir aquellas mismas señales eléctricas. Por ello, tendemos a creer que las personas seguirán siendo ellas mismas, aunque se despertarán habiendo olvidado las últimas horas de su vida anterior.

—Tal vez sea lo mejor.

—Créame, en muchos casos así es. ¿Le gustaría tomar algo?

Tres cafés rancios en una tarde son demasiados, incluso para mí. Declino su oferta. Ella saca una carpeta de un cajón de su escritorio y la abre.

—Muy bien, señor Urquiza —dice mientras extrae un documento de un archivador de plástico—. Aquí tengo su archivo. Veo que ya ha contratado un buen seguro en nuestro nombre y que ha firmado la orden DNR (*Do Not Resuscitate*) para que no se le practique la RCP en caso de que sea necesario en el momento de su muerte. En su lugar, el equipo stand-by procederá con el apoyo cardiopulmonar, que es lo mismo, pero no incluye reanimación. Solo para asegurarnos que su cerebro sigue recibiendo oxígeno.

—Correcto.

—Me alegra ver que también ha cuidado sus finanzas. Ha adquirido usted participaciones en diversos fondos de inversión, acciones de *start-ups* en múltiples países, bonos soberanos, oro y hasta criptomoneda. Y, lo más importante, no ha comprado nada de ello a su nombre, sino al de su fondo de reanimación. Es usted un hombre prevenido.

—Bueno, en mi país los muertos no pueden tener posesiones. Y no tendría mucho sentido despertarme dentro de cien años para tener que vivir bajo un puente.

Darlene me da la razón y pasa al siguiente apartado.

—Veamos… también ha rellenado el documento de preferencias de reanimación. ¿Le gustaría hacer algún comentario al respecto?

Lo cierto es que no tengo ninguna gana. Sin embargo, tengo que asegurarme de que la doctora entiende *cuándo* debo volver a la vida. De lo contrario, mi plan será inútil.

—Como sabe, las circunstancias en que se debe producir mi reanimación son un tanto… específicas.

—Oh, no se preocupe —me tranquiliza, restándole importancia con un gesto—. Estoy acostumbrada a tales peticiones, le sorprendería los casos que tenemos. Hay un señor que ha indicado que no quiere ser reanimado hasta el año tres mil, aunque la tecnología lo permita antes. Otro dice que nada de despertarle hasta que el ser humano haya terraformado Marte y se pueda vivir allí. Incluso hay quien no nos deja reanimarle hasta que los Suns lleguen a las finales de conferencia, algo que es, a efectos prácticos, lo mismo que despedirte de esta vida para siempre.

Estas peticiones me hacen sentir mejor. Si en Mizar están acostumbrados a trabajar con estas excentricidades, la mía no les hará llevarse las manos a la cabeza.

—¿Ha oído hablar de la predicción computacional? —pregunto. Es la primera vez que comparto estas palabras con alguien y me siento como un panoli al pronunciarlas.

—Me he informado tras leer su solicitud. Ahora entiendo lo que usted desea.

—No quisiera ser reanimado antes de que existan simulaciones perfectas del pasado. Y de que se pueda introducir a la gente en ellas, claro.

—No hay ningún problema. Lo tendremos en cuenta. Será un placer contar entre nuestros pacientes con una de las primeras personas en viajar al pasado.

Me gustaría corregirla. «No voy a ir al pasado, señora, eso es una tontería. ¿Se acuerda usted de Cifra, aquel calvo malvado que traicionó a Neo para vivir una vida perfecta dentro de Matrix? Pues ese soy yo. Solo que yo no he traicionado a Neo, sino a mi esposa».

—Y, a decir verdad —continúa ella—, quizás el momento en que se pueda reanimar a un paciente crionizado no esté muy lejos de aquel en que podamos crear simulaciones del universo.

—¿Eso cree usted?

—Piénselo. Solo será posible reparar un órgano el día en que la nanotecnología esté lo suficientemente avanzada. Nuestro conocimiento de la información alcanzará el nivel subatómico, lo cual, unido a un progreso similar en la capacidad computacional, podría significar la habilidad de predecir el comportamiento del cerebro. Y, si es posible analizar a este nivel la conducta humana, la más complicada de los seres vivos, ¿por qué no podremos atrevernos con otros algoritmos menos complicados, como el del clima, los movimientos sísmicos o las corrientes marinas? A partir de ahí, solo faltaría reunir todo en un mismo programa para obtener una simulación de nuestro mundo.

—Me alegra que sea usted tan optimista.

—Solo creo que tiene sentido. Eso sí, la capacidad computacional

debería avanzar al mismo ritmo que la nanotecnología, y eso ya no sé si será posible.

De esto sé un poco. Llevo días enfrascado en lecturas al respecto.

—Según los pronósticos, no haría falta siquiera que se cumpliera la ley de Moore para poder alcanzar tal punto antes del cambio de siglo —le aseguro—. Mucho antes, si conseguimos dominar la computación cuántica. Podremos crear simulaciones tan complejas que no habrá manera de diferenciarlas de la realidad. Con tiempo, recrearemos todo lo que ha ocurrido en la Tierra en cualquier momento de la historia. Todos los seres vivos, todas las personas que jamás han existido, todo lo que les ha ocurrido en vida. El resultado de todas sus decisiones, por insignificantes que sean.

—Y, si es factible crear una simulación del pasado, no debería ser un problema introducir a alguien en ella.

Exacto. Y entonces volveré a ver a Gabi y podré prevenir su muerte. De acuerdo, será solo en un entorno ficticio, pero para mí será indistinguible de la vida real.

—Lo ha entendido a la perfección. Gracias, Ms. Clemens.

La directora asiente, dando el tema por zanjado, y abre un cajón de su escritorio.

—Ya solo nos falta cerrar los últimos flecos —dice mientras me entrega un estuche de cuero azul con el logo de Mizar impreso en la tapa—. Aquí dentro tiene su pulsera y su collar de paciente. Le recomendamos no quitárselas nunca bajo ningún concepto.

Abro el estuche. Las dos piezas de plata están encajadas en un acabado interior de terciopelo. Antes de ponérmelas, me detengo a leer la inscripción grabada en ambas. Incluye mi número de paciente, además de instrucciones e información de contacto en caso de que alguien me encuentre muerto.

—Y, por último, la orden anti-autopsia. —Darlene tuerce la pantalla de su ordenador hacia mí—. En realidad, esto no es más que un formulario para registrarse en la sociedad del venturismo. Tal vez le suene a secta por estar registrados como religión, pero créame, esta es la manera más rápida y fiable de eludir la autopsia.

—¿Funciona?

—Sí, siempre que no muera en circunstancias extrañas. En ese caso, puede que la policía o los forenses decidan saltársela a la torera.

—¿Por ejemplo?

—Cuando alguien se suicida.

Mierda. Se me tensa la espalda. Intento no sonar nervioso.

—¿Tienen algún caso así?

—Sí, ocurrió en 2014. —Darlene se reclina en su asiento—. Yo misma recibí la llamada de aquel hombre. Me pidió que le dijera a su familia que los quería y escuché un disparo. Lo primero que hice fue contactar a uno de nuestros abogados, ya que debía presentar de inmediato una orden judicial para tratar de bloquear la autopsia. Por suerte, la policía y el forense declararon obvia la causa de la muerte, tomaron muestras de sangre y lo liberaron. Si no hubiese estado tan claro, la autopsia habría sido inevitable, lo cual hubiera retrasado el proceso de preservación y reducido las posibilidades de éxito. Además, en muchos casos usan procedimientos que dañan el cerebro.

—Si le he entendido bien, la policía no hace autopsia cuando la causa de la muerte está clara.

—Eso es lo normal, pero debemos estar preparados para defender los derechos de nuestro cliente. Como puede imaginar, no somos muy populares entre los forenses. De todas formas, permítame recomendarle una cosa: no importa cuán angustiado esté, si quiere que su crionización funcione, no se suicide.

—Descuide —miento.

—Además —insiste ella—, el seguro no le cubriría.

Silencio. Me quedo petrificado.

—¿Cómo dice? —alcanzo a responder al fin con torpeza.

—Su seguro solo cubre suicidios a partir del tercer año tras la firma.

Soy incapaz siquiera de soltar alguna maldición. No puedo eludir el hecho de que Darlene me está revelando una realidad demoledora: mis planes acaban de irse al garete. Solo puedo pensar en lo imbécil que he sido al no comprobar algo tan obvio.

«Genial, Miguzas. Lo has vuelto a hacer». La voz de Andrea retumba en mi cabeza.

—¿Le supone esto algún inconveniente, señor? —la directora me mira con suspicacia. Mi gesto debe de haber sido un poema.

—No, en absoluto —consigo articular—. ¿Le importa si voy un momento al baño?

Declino su oferta de acompañarme, abandono su despacho y enfilo el pasillo hasta llegar al vestíbulo del edificio. Por suerte, la recepcionista ya se ha marchado a casa. Salgo al aparcamiento tan rápido como la cojera me permite. Disimularla es ahora mi última preocupación.

Apenas soy capaz de aguantar la rabia durante el camino, y me resulta imposible hacerlo tras cerrar la puerta del Hyundai por dentro. Gritando, me golpeo la frente contra el volante hasta sentirme al borde del mareo.

«Miguzas, eres un inútil redomado. ¿Cómo no se te ocurrió leer la letra pequeña del seguro? ¿Te crees que iban a ser tan tontos como tú y permitir que te tiraras por un puente nada más contratar la póliza? Si fuera así, ya estarían arruinados».

¿Y ahora qué cojones hago? No puedo continuar con el plan como si nada. De hacerlo, el seguro no pagará mi crionización. Y voy listo si pienso que Andrea lo hará.

Eso sí, por lo menos dejaría de sufrir. Y, si la vida existe después de la muerte, tal vez me reúna con Gabi.

Noto como una gota de sangre me nace en una ceja y desciende entre mi ojo izquierdo y la nariz. El espejo retrovisor me devuelve la imagen de un reguero oscuro descendiendo por mi mejilla. Como el de Gabi, pero más lento y menos brillante.

¡No!

No contemplo ninguna opción que no sea volver a ver a mi hijo. En esta vida.

Permanezco un buen rato inmóvil frente al volante, ajeno al atardecer, a la sangre que resbala por mi rostro y a los empleados que me saludan con la mano al salir.

Al fin, enciendo la luz interior del coche y me paso un pañuelo por la cara.

He tomado una decisión.

Tenía un plan, y continuaré con él. Solo tengo que adaptarme a las nuevas circunstancias. Después de todo, cualquiera que haya visto *CSI* sabe que hay maneras de encubrir un suicidio.

Salgo de nuevo al aparcamiento. La puerta de la oficina de Mizar sigue abierta, a pesar de que una noche estrellada ha caído ya sobre Phoenix y casi todos los empleados se han ido a casa. Los únicos vehículos que permanecen allí son mi Hyundai y una desvencijada camioneta *pick-up* que, supongo, pertenece a…

«Hay cosas, Telémaco, que te sugerirá tu propio instinto, pero un dios también te guiará; pues estoy seguro de que los dioses te han acompañado desde el momento en que naciste hasta hoy».

Atenea, la Odisea, Canto III

Miércoles, 10 de abril de 2019

Faltan setenta y ocho minutos para que muera mi hijo.

Y ahí sigo, varado en una orilla de sábanas, inmóvil por culpa de lo que creo justo llamar tedio, ajeno a la verdadera crueldad del destino. Atrapado por la tenue oscuridad del dormitorio, por la banda sonora de las elecciones israelíes, por los gemidos remolones de Andrea. Por la insolente certeza de que todo lo malo me pasa a mí. Hasta el problema más nimio te quita el sueño cuando no conoces el significado real de la palabra desgracia. Estos son los últimos setenta y ocho minutos de mi vida en los que me puedo permitir tal lujo.

Ayer cumplí treinta y ocho años y no encontré mejor manera de celebrarlo que con otra noche en vela; una de esas en las que dejo que mi mente me asalte a una hora intempestiva blandiendo una ristra de pensamientos aleatorios. Primero fue el clásico «¿abriste la puerta de la habitación de Gabi antes de irte a dormir?» —con su correspondiente incursión para comprobarlo—, seguido por un arbitrario «¿cómo se llamaba el equipo de Mark Lenders?» —que me obligó a buscarlo en el móvil tras devanarme los sesos sin éxito—, para después pasar a la sección de recuerdos bochornosos: «¿recuerdas aquella vez en el instituto cuando llamaste amatxo a la profesora?»

El problema no es cómo empiezan estas noches, sino cómo acaban. La oscuridad y el silencio de las madrugadas no se llevan bien con el optimismo, y, tras una breve incursión en el Reino de la Miseria Cotidiana, con sus logopedas a desmano y sus gimnasios inflexibles, me adentré en un territorio farragoso donde las preguntas absurdas se convirtieron en meras teloneras de un espectáculo más lúgubre, una exhibición de torturas existenciales en la que yo era tanto la víctima como el verdugo.

Todo parecía tan fácil hace nueve años, resplandeciente anillo en la mano izquierda y flamante diploma de *project manager* en la derecha. Pero, de alguna manera, las cosas se complican y, cuando quieres darte cuenta, son las cuatro de la mañana de un miércoles y te estás preguntando por qué aquel puto anillo no venía con un manual de

instrucciones y por qué aquel inútil diploma no venía con el valor necesario para plantarle cara a tu jefe. Y, cuando vuelves a darte cuenta, son las cinco y media y ya no sabes si tus dudas respecto a tu esposa y a tu trabajo son legítimas, o solo producto de unas expectativas exacerbadas. ¿Estoy malgastando mi vida? ¿O acaso soy un desagradecido?

El agotamiento acabó imponiéndose a mis vaivenes emocionales cuando los primeros rayos de sol ya se filtraban por los huecos de la persiana, apenas unos minutos antes de que un paquidermo musical se abalanzase sobre mí.

Por muy acostumbrado que esté a la dichosa melodía del noticiario, su irrupción me provoca un sobresalto digno de la escalera del motel Bates. Todo lo contrario que a Andrea, que apenas da señales de vida. Solo comienza a revolverse cuando aquella voz gris empieza a hablar de la noticia principal: elecciones en Israel. Apasionante.

Quiero estirar el brazo sobre ella y bajar el volumen, pero mi cuerpo no responde. ¿Es por cansancio? ¿O por miedo a que el gesto sea confundido con un abrazo? Qué más da.

Sin preaviso, una mano aparece de la nada y frota mi entrepierna. Segundo sobresalto de hoy, y eso que el reloj todavía marca las siete y doce.

—Cielo, hoy tenemos que hacerlo.

Mierda. Lo que me faltaba.

Según el calendario menstrual de Andrea, hoy es el primer día de su ventana de fertilidad. Si llegué a pensar que el estrés le haría olvidarse de ello, me equivoqué. Hasta el próximo martes, toca mambo todas las mañanas.

No es que no me apetezca, tal y como ella puede comprobar al percibir la rapidez con la que mi sangre se concentra en latitudes inferiores de mi cuerpo. Si bien es cierto que no estamos pasando por nuestro mejor momento, Andrea sigue estando tan buena como siempre, y uno no es de piedra.

Se trata, más bien, de lo que viene después. Ya sabes, el bebé.

Estoy a punto de protestar, pero entonces ella se encarama sobre mí y el valor me abandona. Mis manos cobran vida propia y se abalanzan

sobre el cordón que cierra los minúsculos shorts de su pijama.

Aunque el valor haya desaparecido —si es que alguna vez me acompañó—, la ansiedad sigue fiel junto a mí. «Vamos a ver, Miguel», me dice mientras mis dedos libran una despiadada batalla contra el nudo del pantalón, demasiado sofisticado para ellos. «¿No deberías pensar en la manera de disuadir a tu esposa?».

Okey, por qué no. Pensar no duele.

«De acuerdo, cariño», le diré. «Reconozco que un bebé es una ricura. Mea arcoíris y caga croissants. También es cierto que nuestro bolsillo puede permitirse un miembro más en la familia, es lo único bueno de que ambos vivamos esclavizados en una consultora. Y, último factor, no por ello menos importante, tus amigas de Toledo ya tienen todas dos niños y nosotros no podemos quedarnos atrás. Pero, *kabenzotz*, Andrea, ¿de dónde sacamos el tiempo? Nuestra vida ya es un recital de agobios: prisas matutinas al llevar a Gabi al colegio, discusiones para dilucidar quién le ayuda con los deberes, ruegos al teléfono para que tus padres le recojan de natación... Somos incapaces de compaginar nuestro trabajo con la atención que él necesita. ¿Por qué no puede una mente tan lúcida como la tuya ser consciente de que tener otro niño es una locura?»

Las palabras están a punto de abandonar mi boca, pero se desvanecen en cuanto Andrea resopla irritada, me aparta los dedos de un manotazo y deshace ella misma el nudo. Después se sienta a horcajadas sobre mí y se arranca la camiseta de tirantes. Sus pechos, exuberantes, producen un maravilloso contraste con el resto de su delicado cuerpo. Siguen tan firmes como el día en que la conocí, misteriosamente ajenos a la gravedad. En los tiempos en los que congeniábamos, solía fingir que llamaba por teléfono a Íker Jiménez para proponerle su estudio. «Íker dice que la razón es que tus tetas son tan obstinadas como tú», le decía después. «Habló de putas la polvillos», contestaba ella.

No sé si se debe a pensar en Íker o en las tetas de Andrea, pero el caso es que la ansiedad desaparece por el mismo camino que el valor. La sala queda vacía.

—Espera un segundo —susurra, y se estira hacia la mesilla de

noche para apagar el noticiario en su móvil—. No quiero engendrar a un bebé mientras pienso en el quinto mandato de Netanyahu.

Aprovecho la interrupción para desnudarme, con más rapidez que elegancia. Por un breve instante, mi mirada se detiene frente a mi imagen en el espejo del armario. Piel blanquecina, torso fofo y de hombros caídos, pelo revuelto con entradas crecientes y una nariz que eclipsa el resto de la cara. Aparto la vista.

Ella, que, al contrario, no perdería la sensualidad ni cubierta por una capa de estiércol y plumas de buitre, se baja de la cama con parsimonia, se desprende de sus braguitas y las lanza a la almohada, cerca de mí. Desprenden un suave aroma a champú de cereza y almendra —orgánico, comprado en el balneario de Burgo de Osma, 28,95€. No vaya a ser que algún invitado inspeccione nuestra ducha y vea que usamos un jabón del Mercadona.

Cuando vuelve a la cama amago levantarme, pero ella me lo impide presionando con la palma de la mano sobre mi pecho. «Tú ahí quieto, Miguelito. Déjame hacer a mí».

Su cuerpo, ligero y firme, se desliza sobre el mío con elegancia, casi flotando. Ejerce la presión justa en los lugares oportunos y con las armas adecuadas. Usa su lengua, sus dedos y hasta las puntas de los rizos de su pelo para juguetear conmigo, consigue elevar mi temperatura corporal hasta que me siento a punto de explotar.

Ella lo sabe, y es en ese momento cuando me atrapa entre sus muslos. Me acoge en su interior y acompaña ese cosquilleo de bienvenida con varios movimientos impetuosos de cadera.

Tres, para ser exactos.

Durante un instante demasiado breve, los problemas que no me permitieron pegar ojo pasan a formar parte de una realidad lejana e inferior. Desearía que fuera posible detener el tiempo, permanecer para siempre en esa exacta milésima de segundo en la que los sentidos y los pensamientos se ven anulados, conquistados por una ola de placer tal que lo único que importa es el aquí y el ahora.

Pero no lo es, y todo lo bueno se acaba.

Andrea se incorpora de golpe, como si mi cuerpo le quemara. Se da la vuelta, arrima el culo a la almohada, eleva las piernas y apoya los

talones en la pared. Lo hace con cuidado, ya que ahí es donde cuelga su más preciada posesión: un horripilante cuadro abstracto de garabatos rojo chillón, un adefesio que podría haber pintado Gabi con la mano izquierda, los ojos tapados y un bote de kétchup.

«Es un Pollock, ignorante». La frase más repetida de mi matrimonio.

—Rápido y eficiente —dice, con la mirada perdida en el Pollock. No se refiere al pintor, aunque bien podría—. Ojalá todos los empleados de nuestra empresa fueran así.

Sin esperar a mi respuesta, coge su móvil de la mesilla de noche y abre la bandeja de entrada para revisar los emails que ha recibido durante la noche.

Su comentario pone punto final a mi fugaz periodo de tregua. Las sombrías cavilaciones regresan en tromba a mi mente, ahora acompañadas por el temor a tener un segundo churumbel en camino.

Por un momento me veo tentado a confesarle mis miserias a Andrea. A dejar el sarcasmo a un lado y proponer la única solución al problema que se me ocurre. Cariño, ¿qué te parece si dejo el trabajo y dedico unos meses a encontrarme conmigo mismo y prestar más atención a Gabi?

Solo imaginar su expresión de terror me hace temblar para mis adentros. Hay temas que es mejor evitar cuando tu esposa es un pez gordo dentro de tu propia empresa.

Por ello, me conformo con preguntar a mi siguiente mejor amigo. Alcanzo mi móvil e, ignorando las treinta y dos notificaciones de correo corporativo, abro el buscador.

«¿Por qué odio mi trabajo?»

Introduzco esta pregunta con la ingenua esperanza de escuchar lo que quiero oír.

«Solo es temporal, campeón. Pronto te trasladarán a un proyecto interesante, con un jefe razonable que te dejará más tiempo para ver a Gabi. Tu *performance rating* subirá y conseguirás que te asciendan a socio, como Andrea. Ella volverá a mirarte con admiración y dejará de recriminarte que llevas ya cinco años estancado como senior manager, conseguiréis salir de Las Tablas para vivir en su ansiado chalet al otro lado de la M-40 y volveréis a ser felices. ¿Que ella quiere más niños?

No hay problema, os podréis permitir todos los *au pair* que necesitéis».

Sin embargo, no es eso lo que la búsqueda produce. En su lugar, los expertos me recomiendan «elegir un oficio que me apasione y así no tener que trabajar nunca más» o «no dejar que mi puesto absorba mi vida y dedicar más tiempo a la familia».

Oh, por supuesto. Cómo no me había dado cuenta antes.

Estoy a punto de lanzar el móvil contra la pared —la del Pollock, idealmente— cuando escucho el chirrido de una puerta al fondo del pasillo. La bisagra necesita aceite desde hace semanas, pero no encuentro el momento para arreglarla.

Gabi está despierto.

Oigo sus pasos avanzando hacia nuestro dormitorio. Pisadas de niño de seis años, alegres, despreocupadas, propias de quien no se despierta escuchando el noticiario.

Podría haber esbozado una sonrisa. Podría haber saltado de la cama y corrido a abrazarle. Podría haber hecho tantas cosas, o incluso ninguna. Cualquier opción habría sido mejor que quedarme pensando —deseando— que ojalá se hubiera quedado esta noche a dormir con sus abuelos. Que así no tendría que pasar por el martirio de todas las mañanas.

Y eso es todo lo que se me pasa por la cabeza en ese momento, lo primero que se me ocurre al ver a Gabi en el día de su muerte.

«Todos somos tus hijos, mas no tienes piedad de nosotros en nuestras penas y aflicciones».

Filetio, la Odisea, Canto XX

IV

Un pitido discontinuo, suave pero persistente, me rescata de un lugar de sombras y me acompaña durante mi viaje hacia la consciencia.

Dejarse llevar por el letargo es mucho más tentador que abrir los ojos y enfrentarme a la luz y a la razón. Si no fuera por la sucesión de recuerdos que afloran de manera inevitable, podría haber permanecido en aquel rincón oscuro para siempre.

Los ojos de Gabi. Esa es la primera imagen que se cuela entre las grietas de mi memoria.

Primero estaban vivos. Su pupila cambiaba de tamaño en función de la luz, su brillo reflejaba su entusiasmo permanente y sus párpados dejaban adivinar si se hallaba agotado o lleno de energía, furioso o eufórico, desolado o feliz. Con él, nunca había término medio.

Eso fue antes del accidente. Antes de que el rey Miguzas se creyera invencible, de que pensara que las desgracias solo les suceden a otros y que las personas a su alrededor no son más que súbditos suyos, marionetas que deben apartarse con presteza para dejarle paso. Su majestad tenía cuestiones apremiantes que atender y no iba a malgastar su tiempo respetando las leyes del universo.

El necio monarca se dejó llevar por lo que él creía urgente y despreció lo único que importaba. El castigo a pagar por ello fue la vida de su hijo. El recuerdo de aquellos ojos vacíos, carentes de alma, le perseguiría hasta el día en que descendiera a la casa de Hades.

Comienzo a desvariar, a cruzar la frontera de raciocinio que separa la vigilia del sueño, pero el dolor es como un ancla pesada que no me permite marchar. Es un dolor real, tanto que me oprime el pecho. En comparación, abrir los ojos resulta hasta placentero.

Tardo un buen rato en acostumbrarme a la luz.

—¡*Howdy*, bello durmiente!

No alcanzo a distinguir de quién proviene esa voz. Es alguien a mi derecha, oculto tras un bulto enorme con una forma que me resulta familiar. Mi visión tarda unos segundos en adquirir la nitidez que

necesito para distinguirlo.

Un ramo de flores.

Miro alrededor: dos camas —la mía y la del tipo que me ha hablado—, una cortina beige que deja entrever un día soleado, una puerta cerrada y otra entreabierta, paneles granulados en el techo. Tiene pinta de habitación de hospital.

Un catéter conecta mi brazo con una bolsa de suero y tengo un tubo de plástico de sabor amargo en la boca. Otro tubo sale de mi entrepierna, envuelta en unos amplios calzoncillos blancos, y mi pecho está cubierto por vendas y esparadrapo. Por lo demás, estoy desnudo. Me cuesta reconocer mi cuerpo. Pálido, flácido, escuálido. «Por veinticinco pesetas, más palabras que rimen y que definan ese guiñapo postrado en la cama».

Cálido.

Gotas de sudor descienden por mi sien y por mis costados. ¿Es normal que haga tanto calor?

El pitido se acelera.

—No te pongas nervioso, chaval. Todo va bien. A ver si se te va a estropear tu corazón nuevo nada más comprarlo.

El hombre estalla en carcajadas. Sus risas se van convirtiendo poco a poco en un ataque de tos, lo cual parece llamar la atención del personal. Un enfermero entra raudo en la habitación.

—¡Señor Dalton! ¿Se encuentra bien?

—¿Tú que crees, imbécil? ¿Alguna vez te han resucitado para decirte que estás a punto de morir? ¡Déjame en paz y ocúpate del nuevo, inútil!

El enfermero vuelve la cabeza hacia mí. Sonríe amable, se acerca y pronuncia unas palabras que llegan a mis oídos difuminadas por su mascarilla quirúrgica.

—Reggie, aquí DeAndre Cornell. El paciente 174 ha despertado. Llama a la doctora.

Se inclina hacia mí, me retira el tubo de la boca y me observa durante un buen rato, sin decir nada. Yo le aguanto la mirada y detecto algo extraño en sus ojos, unos centelleos azules casi imperceptibles.

—Miguel Urquiza, paciente 174, ha vuelto a la consciencia a las 13:41 del lunes 6 de octubre. Su temperatura es de 37.1 grados y presenta 98 pulsaciones por minuto. Su análisis de sangre es satisfactorio, aunque los linfocitos solo están al 24% y los neutrófilos al 53%. Necesita glucosa, añade doce mililitros al suero, por favor, y guarda los resultados en su historial. Mueva los dedos de los pies y de las manos.

Tardo un tiempo en darme cuenta de que su última frase va dirigida a mí. Me repite la orden y obedezco.

—Está usted hecho un chaval, señor Urquiza. Bienvenido al futuro.

Sin esperar mi respuesta, se va por donde había venido.

—Ay, querido Michael —me habla de nuevo la voz de la cama de al lado—, no te fíes ni un pelo. Esta gente es tan idiota que no podrían ni enseñar a una gallina a poner un huevo.

—¿Disculpe?

La garganta me duele al hablar por primera vez y convierte mis palabras en un susurro apenas audible.

—El mundo se ha ido a la mierda, ¿no lo ves?

—¿Por qué lo dice? —mi voz suena un poco más humana tras carraspear. No me vendría mal un vaso de agua.

—¿No te das cuenta? ¿Es que no sabes diferenciar una mofeta de un gato? —El tal Dalton parece enfadado conmigo, algo que no ayuda a despejar incógnitas—. De acuerdo, acabas de despertar; necesitas un tiempo para afilar tu mente. Te daré algunas pistas: hace más calor que en el infierno y no hay aire acondicionado. El enfermero es un negrata y la doctora una mujer. Y los Dallas Cowboys ya no existen.

Todavía estoy demasiado aturdido como para contextualizar sus palabras. Solo sé que hay algo que no me gusta en ellas.

—Claro, que vienes del 2019. —El hombre no se da por vencido—. Tal vez ya estés acostumbrado a tales barbaridades. Solo te diré una cosa: si Reagan levantara la cabeza…

Un fogonazo de recuerdos asalta mi memoria para desvanecerse al instante. Mis intentos por recuperarlos son inútiles. ¿Qué hago aquí? ¿Se debe al accidente? No, no puede ser. Salí ileso, excepto por un hombro dislocado, un collarín y una cojera permanente. Recuerdo

haberle dicho a Andrea que ojalá hubiese muerto yo, y no Gabi. Este último pensamiento consigue cerrarme la garganta.

—¿He estado en coma? —pregunto con un hilo de voz.

Dalton estalla en carcajadas de nuevo.

—Disculpa, no sabes lo divertido que resulta cuando es otro quien sufre de amnesia. En fin, deja que te ayude. ¿No recuerdas haber firmado un contrato con Mizar?

Aquel nombre me resulta familiar. Me viene a la mente un cuento que Gabi tenía sobre las estrellas de la Osa Mayor, pero algo me dice que no es a eso a lo que Dalton se refiere. A lo mejor podría dar con ello si el tipo cerrara el pico.

—Mizar, esos locos de Arizona que cortan y congelan cabezas. ¡No congelamos, vitrificamos! ¡Losúltimos serán los primeros! ¡El Bigfoot será tu hogar!

«Bigfoot».

Oh, madre mía.

Los recuerdos afloran a mi mente como un torrente imparable. Esta vez se quedan ahí.

Phoenix. Darlene Clemens. Un almacén de tanques cilíndricos.

Instintivamente, levanto el brazo izquierdo e intento alcanzarme la frente, donde me di aquellos cabezazos con el volante. Mi último recuerdo pertenece a aquel aparcamiento.

Mover el brazo me provoca un dolor lacerante en el pecho. Mi gemido lastimero provoca que Dalton se desternille de risa y acabe de nuevo tosiendo y emitiendo desagradables sonidos guturales.

—No te preocupes, chaval —continúa tras recuperarse—. En un par de días recuperarás la fuerza. Por lo menos la necesaria para sostener una Glock 26. Tengo la sensación de que aquí nos hará falta.

El tal Dalton me da mala espina. No respondo, pero mi silencio no le disuade de seguir escupiendo sandeces.

—Disculpa, muchacho. Supongo que es demasiado pronto para hablar de pistolas. Había olvidado lo que te ocurrió, no me extraña que no lo hayas superado. Que Dios bendiga tu corazón.

Un momento. Después de todo, quizá este tipejo pueda ayudarme.

—¿Usted sabe qué me pasó?

—No debería, pero ya sabes que esta gente de Mizar se pasa la privacidad de los pacientes por donde las putas cobran peaje.

—No recuerdo nada.

—Oh, Jesús bendito. Lo siento, chico.

Intento incorporarme para verle la cara y pedirle que me lo cuente, pero mis músculos no responden. Me tiemblan los labios y me invade una repentina sensación de desamparo, pero no me dejo llevar por ella. Él sigue hablando.

—Por lo visto, fuiste tan incauto como para pasear de noche por el gueto de Maryvale. Encontraron tu cuerpo en un descampado al lado de unos edificios de protección municipal, con un agujero de bala en el pecho. Algún simio puesto hasta arriba, seguro.

Esta vez sus palabras no me traen ningún recuerdo. ¿Fue realmente un crimen? ¿O conseguí que alguien me ayudara a encubrir mi suicidio? Es entonces cuando la realidad me golpea, una realidad que trasciende cualquiera que sea la manera en que he acabado aquí: he muerto y he resucitado. No podría destacar ninguna emoción dominante entre la oleada de sentimientos que me desborda. Bueno, una sí: la expectación por saber si podré ver a Gabi.

—Si te sirve de consuelo, podrías estar peor —continúa Dalton, ajeno a mi torbellino interior—. Podrías estar agonizando, como yo. Pedí que me despertaran cuando hubiera una cura para el cáncer, y estos incompetentes me han hecho menos caso que a un caballo estéril. He estado congelado más años de los que tengo solo para volver a morir, y encima me iré al otro mundo con el pulmón de un puto cerdo.

Antes de que pueda pedirle que se explique, la doctora aparece en la habitación.

—Buenas tardes, señor Urquiza —me saluda con una sonrisa sincera. Es una mujer de semblante amable, sorprendentemente joven. No aparenta más de veinticinco años—. Soy la doctora Greggs.

Le devuelvo el saludo. Sonreír ya es más difícil.

—Supongo que se estará haciendo mil preguntas.

—Ya estoy yo aquí para ponerle al día, señorita —interviene Dalton—. Estas conversaciones deben ser mantenidas de hombre a hombre.

La reacción de la doctora no se hace esperar.

—Usted se calla la puta boca —dice alzando la voz—. Si le oigo decir una palabra más, le juro que no olerá la protomorfina hasta que vuelva a ser un fiambre.

El hombre cuchichea algo para sí mismo y se calla. La doctora se sienta a mi lado, de espaldas a él, y me dedica un gesto cómplice de consternación que intento devolverle.

—Señor Urquiza, ¿qué tal se encuentra?

—Confundido. Y apenas puedo moverme.

—No se preocupe, es normal. Tenga en cuenta que no ha movido un músculo en medio siglo. Pero con un poco de práctica y unas descargas eléctricas, en tres o cuatro días estará en forma.

—¿Medio siglo?

—Estamos en 2064.

«Ahí va la ostia». Mi mente no encuentra otras palabras para reaccionar.

La doctora decide atajar mi aturdimiento cambiando de tema.

—Y esto, señor Urquiza —dice, señalando el vendaje de mi pecho—, es su nuevo corazón. Bioimpreso en 4D, autorregulable y a prueba de infartos. Acabamos de operarle, es normal si se siente molesto.

Tal vez se trate de mi imaginación, pero creo sentir un cosquilleo en el pecho, como si un móvil me vibrara dentro de él.

—¿Po… por qué? —acierto a preguntar.

—Porque puede permitírselo, señor. De lo contrario, habría tenido que conformarse con un xenotransplante de cerdo o chimpancé, algo que no siempre funciona —le dirige una mirada hostil a Dalton—, ni siquiera para aquellos que más en común tienen con aquellos animales.

Mi compañero, que ya parece haberse aprendido la lección, no muerde el anzuelo y mantiene la boca cerrada. Yo sigo a lo mío:

—Lo que quería decir es ¿por qué necesitaba un trasplante?

—Su corazón quedó destrozado en 2019. Le hemos desvitrificado y, antes de devolver la sangre a su cuerpo, le hemos instalado uno nuevo. Ah, y también le hemos implantado un CNI en su médula.

—¿Un qué?

—Un Chip Nacional de Identidad. Es obligatorio para todos los ciudadanos estadounidenses.

—Pero yo soy español, doctora.

—Me temo que ya no. Para España, usted está muerto. Y, según la ley de aquí, toda persona nacida o renacida en Estados Unidos debe recibir la nacionalidad americana.

—Es una puta vergüenza —farfulla Dalton.

La doctora le lanza una mirada asesina.

—Reggie —dice sin apartar la vista de él—, cancela el próximo suministro de protomorfina para el paciente 84.

—¡No puede hacer eso, perra!

—Es solo una pequeña muestra. A la próxima, cumpliré mi amenaza —responde ella, inflexible, y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Como le iba diciendo, su cuerpo ha respondido muy bien, tanto al nuevo órgano como al tratamiento de nanobots para restaurar los tejidos dañados.

—¿Por qué me han reanimado ahora?

—No dispongo de esa información, señor. Este es un hospital privado, aquí solo seguimos órdenes de Mizar.

—¿Puedo hablar con alguien de la empresa?

—Claro, le visitarán enseguida. Tengo entendido que su caso lo lleva la señora Clemens.

—¿Sigue viva?

La doctora Greggs parece encontrar mi pregunta divertida.

—Le aconsejo que no le haga ese comentario a la cara. Es vieja, pero no tanto.

V

La palabra «enseguida» parece tener tan poco rigor en 2064 como en 2019.

Darlene no viene a verme aquel día. En su lugar, celebro mi renacimiento sufriendo dolorosas descargas eléctricas, recibiendo cucharadas de puré por parte del enfermero Cornell y simulando que duermo para eludir las peroratas de Dalton sobre lo mucho que ha empeorado el mundo desde 1985.

A la mañana siguiente me despierto con la nariz congestionada y la garganta irritada. La doctora Greggs me asegura que solo es una reacción alérgica a los polvos y pólenes extraños del futuro, que mis nanobots se encargarán de arreglarlo y que se me pasará a lo largo de la mañana. Así es, y en un par de horas vuelvo a respirar sin problemas.

Antes del almuerzo consigo incorporarme y reunir las fuerzas necesarias como para alimentarme sin necesidad de ayuda. Por suerte, la doctora no le ha prohibido el sedante a Dalton de manera definitiva, así que duerme como un bendito.

Por la tarde, tras la tercera sesión de electroestimulación y una siesta, soy capaz de levantarme y dar un paseo hasta la máquina de café, agarrado del brazo de una enfermera.

Mientras constato que el café de los hospitales del futuro es incluso peor que el que yo recordaba, trato de entablar conversación con ella, de averiguar por qué Darlene no ha venido todavía y por qué no son capaces de activar el aire acondicionado o de enchufar un ventilador para que todos dejemos de sudar como cerdos. La enfermera, que para todo lo demás ha sido muy amable, esquiva mis preguntas con una disculpa. «No se preocupe, Ms. Clemens estará aquí pronto para responder sus dudas». Por alguna razón, nadie quiere contarme qué ocurre y, ante mi insistencia, tanto ella como sus compañeros reducen al mínimo su trato conmigo. Incluso Reggie, el programa de inteligencia artificial que da soporte al hospital, parece tener

instrucciones para evitarme. El único que no me rehúye es Cornell, y aun así tengo que interrogarle para que me cuente qué es aquel brillo azul en sus ojos.

Dice que lo llaman *lentes*. Son el equivalente a un teléfono móvil de mi época y están conectadas en red, al igual que los chips (o CNIs) que todos los americanos, yo incluido, llevamos implantados en la nuca. Aceptando que esta es la mayor explicación que voy a recibir por su parte, le pido que me acerque a la ventana para ver el paisaje.

Si esperaba encontrarme con una escena futurística de Phoenix a lo Blade Runner, estaba equivocado. El hospital se encuentra en medio del desierto y solo alcanzo a ver un par de edificaciones blancas desperdigadas, unidas entre ellas por una carretera secundaria. El cielo, lejos de estar cubierto por una omnipresente y apocalíptica niebla, es tan azul y carente de nubes como lo recordaba. Tal vez la niebla habría encajado mejor con la confusión que me invade desde que desperté.

Exhausto por el esfuerzo y con los músculos pidiendo clemencia por las últimas descargas del día, caigo rendido en la cama. Mis gemidos, producto de sueños pegajosos en los que Gabi muere una y otra vez, alertan a una enfermera. Me pasa un paño húmedo por todo el cuerpo, me administra un calmante y quedo fuera de combate hasta la hora del desayuno.

El tercer día las emociones me llevan por una montaña rusa. A veces me siento solo, desorientado, exasperado por la falta de información y furioso con Mizar y con Darlene, mientras que al cabo de unos minutos me sorprendo felicitándome por el éxito de la crionización, orgulloso de mi valor y convencido de que todo saldrá bien, de que solo necesito un poco de paciencia. Esta esperanza intermitente es lo único que me mantiene a flote, lo que me anima tanto a seguir las indicaciones de la doctora como a soportar el dolor de las descargas. La evolución es notable y, como ella vaticinaba, mi cuerpo no solo adquiere el músculo que había perdido, sino que también se recupera de las lesiones que arrastraba tras el accidente. El hombro sana hasta estar como nuevo y la cojera desaparece.

Es durante la mañana del cuarto día, nada más meterme en la cama

tras el primer paseo sin ayuda y mientras abro la tapa de un yogur vitaminado, cuando Darlene se presenta en la habitación.

—Buenos días, señor Urquiza. —Me saluda como si nos hubiéramos visto ayer por última vez.

Ha envejecido, pero no aparenta los ochenta y tantos años que debería tener. Viste unos pantalones blancos, demasiado cortos tanto para su edad como para una visita a un cliente, y una desgastada camiseta de tirantes de motivos florales.

—Enhorabuena por su renacimiento —dice jovial al sentarse junto a mí. Su rostro no tiene más arrugas que las que produce su sonrisa, algo que me hace preguntarme si todo esto es una broma. Lleva el mismo flequillo que cuando la conocí, aunque esta vez el resto del pelo, apenas un poco más castigado que antes, va recogido en un moño alto, un poco torcido—. Veo que se recupera a buen ritmo. Pronto podrá dejar los líquidos y los purés y comerse un buen filete de guisante.

—Prefiero esperar al sábado para tomarme uno de ternera.

Dalton ya me ha explicado antes, con el horror reflejado en sus ojos de cuencas hundidas, que en 2064 solo es posible comer carne los fines de semana. Si los nanobots detectan la ingesta de proteína animal de lunes a viernes, informarán a las autoridades, que extraerán cinco mil dólares de tu cuenta sin preguntar.

—Ah, veo que se va familiarizando con el futuro. —Baja la voz—. Aunque permítame un consejo: no se fíe de lo que le diga el señor Dalton.

Darlene vuelve la cabeza hacia mi compañero. El viejo tejano sigue bajo los efectos de la protomorfina y no despertará hasta la hora de cenar. Si es que despierta.

—Por lo menos él me cuenta algo —respondo. No hago ningún esfuerzo por evitar el tono recriminatorio.

—Lo sé, señor Urquiza, y le pido mil disculpas. Traté de venir en cuanto se despertó, pero Reggie no me lo permitió. Detectó una bacteria en mi cuerpo que podría ser dañina para usted y no me ha dejado entrar en la planta de reanimación hasta hoy. Son buenas noticias, significa que su sistema inmunológico ya se ha fortalecido lo

suficiente.

Vaya. El futuro está lleno de buenas excusas.

—No importa, Ms. Clemens. Solo espero que tenga buenas noticias para mí.

Mira hacia abajo y se entretiene abriendo una carpeta y rebuscando en ella. La reconozco, es la misma donde guardó mi archivo hace cuarenta y cinco años.

—La mejor noticia que puedo darle es que su crimen ya ha prescrito.

Su respuesta me pilla desprevenido.

—¿Cómo dice?

—¿Recuerda el día en que firmó el contrato con Mizar?

Asiento.

—Poco más de veinticuatro horas tras nuestra reunión, recibimos una llamada de la policía. Acababan de encontrar su cuerpo en Maryvale con una bala en el pecho.

Esto confirma la información de Dalton, pero sigue sin aclararme nada. Darlene continúa.

—Después de la correspondiente trifulca con los forenses, conseguimos que la autopsia se llevara a cabo de forma virtual para no dañar su cerebro. Tal vez el tatuaje de su nuca ayudó.

—¿Un tatuaje?

Darlene me hace un gesto para que me incorpore, me examina detrás de la cabeza y confirma:

—*Do not autopsy*. En letras mayúsculas, grandes y negras, para que se vean bien. Se lo debió de hacer aquella misma mañana.

No puedo evitar sonreír ante mi propia ocurrencia.

—Su cerebro estuvo sin oxígeno menos de seis horas en total. En cuanto conseguimos acceder a su cuerpo, procedimos a la vitrificación. Tras seis días, el 24 de julio a las 16:54, le introdujimos en el tanque de nitrógeno líquido. Para entonces, el seguro ya había dado el visto bueno y nos había pagado los doscientos mil dólares. El contratiempo llegó unas semanas después.

—¿Qué ocurrió?

—El detective encargado de su caso seguía buscando al asesino,

quien parecía haber cometido el homicidio con una pericia inusual en aquel lugar. No había huellas, ni arma, ni testigos, ni indicios de pelea. El criminal se había desvanecido. Hasta que hallaron esto.

Darlene me muestra una foto que obtiene de mi archivo. Se trata de una pistola sobre un suelo de césped.

—Una Smith & Wesson, modelo 4506. Pesa 1,16 kilogramos.

Me pregunto por qué el peso es relevante en todo esto. Darlene me mira como si sus palabras debieran haberme refrescado la memoria y, al ver que no es así, continúa.

—Fue encontrada por un niño en el jardín de su casa, en Glendale, a unos ocho kilómetros en dirección noroeste. Tras comparar su cañón con las marcas de la bala alojada en su pecho, dedujeron que aquella fue la pistola que acabó con su vida.

—¿Y les reveló algo sobre el autor del disparo?

—Nada. No fue hasta unos días más tarde, mientras el detective paseaba cerca del lugar donde apareció el arma, cuando vio algo que le dio una pista. Según él en su propio informe, «un andrajo de plástico rojo enganchado a un cactus». ¿Le refresca esto la memoria?

Me encojo de hombros. No tengo ni la más remota idea de qué podría ser.

—El detective pidió una orden para investigar su teléfono móvil. La última búsqueda era «proveedores de helio en Phoenix».

Aunque sigo sin recordar, ahora empiezo a imaginarme lo que hice. Darlene prosigue y confirma mis sospechas.

—Cuando se acercó a la tienda más próxima y pidió revisar las grabaciones de la cámara de seguridad, halló la respuesta. Allí estaba usted, preguntando por un globo de helio que pudiera volar sujetando un peso de kilo y medio. Le hincharon uno rojo allí mismo, lo comprobó con una bolsa llena de arena, pagó y se largó. Eso fue una hora y veinte minutos antes de que la policía recibiera su llamada. Les dijo que alguien le había disparado a quemarropa, le había robado la cartera y había desaparecido en coche.

La última llamada de mi vida. Me invade una mezcla de angustia y orgullo al pensar en el valor necesario para apretar el gatillo («No lo llames valor. Desesperación encaja más»).

—¿Constituye esto un problema, señora Clemens?

—Como le dije, su crimen ha prescrito. Tiene suerte de que todavía exista un vacío legal en lo que se refiere a personas reanimadas. De lo contrario, su compañía aseguradora podría llevarle a juicio por encubrir su suicidio.

El alivio no me dura demasiado.

—Quien sí podría darle problemas es su mujer.

—¿Disculpe?

—La aseguradora presentó una denuncia y ella tuvo que pagar daños y perjuicios. No creo que le hiciera mucha gracia.

Aj, mierda. Ya me sentía mal por haber dejado a Andrea en la estacada. Ahora resulta que también arruiné su vida al marcharme. «Miguzas, la has vuelto a liar parda».

—Aunque, si me permite mi opinión, yo no me preocuparía demasiado por la señora De Cantillana —me consuela Darlene en cuanto ve mi expresión de horror—. Por lo que sé, no le ha ido nada mal desde entonces.

—¿Está viva?

—Eso tengo entendido. Cuando se haga con un par de lentes, debería preguntar por ella a su agente de inteligencia artificial. Ya no googleamos cosas, por cierto.

Venzo la tentación de preguntarle a Darlene más sobre Andrea. Ahora las prioridades son otras, ya descubriré más tarde qué ha sido de mi esposa. Y me cuidaré de que no se percate de mi vuelta a la vida, ya que, conociéndola, harían falta mucho más que cuarenta y cinco años para que se le pase el enfado.

—Darlene, le agradezco que me aclare todo esto, pero… lo que me interesa saber es la razón por la que me han despertado.

No contesta de inmediato. En su lugar, baja la vista y vuelve a rebuscar en mi carpeta. Mala señal.

—Preferencias de reanimación —lee en voz alta mientras sostiene una página del contrato con las dos manos—. El paciente 174 desea volver a la consciencia solo cuando los avances en predicción computacional permitan generar simulaciones perfectas de la vida en la Tierra, tanto del presente como del pasado, y sea posible

introducirle en una de ellas. —Levanta la mirada hacia mí—. Supongo que se refiere a esto, ¿me equivoco?

—Dígame que ya es posible.

Darlene suspira antes de contestar. Pésima señal.

—Señor Urquiza, que yo sepa, todavía no existe un ordenador capaz de construir tal simulación.

No puedo evitar dejar caer las manos, abatido, y derramar el yogur sobre mi muslo izquierdo. Darlene saca un pañuelo de su bolso e intenta limpiarme, pero le hago un gesto para que se detenga.

—Déjelo, así al menos me refrescará un poco.

Ella asiente, retira el pañuelo y permanece unos instantes con la cabeza gacha.

—¿Por qué estoy despierto entonces? —pregunto al fin. No puedo evitar esconder la irritación en mi tono.

—Es… complicado.

—Tengo tiempo, ¿no cree usted?

Darlene se encoge de hombros, como diciendo «tú lo has querido». Se seca las perlas de sudor de la frente con un pañuelo y comienza su relato.

Me habla de una gran guerra, aunque tarda una eternidad en contarme cómo leches me afecta esto a mí. Entre sus pobres explicaciones y mi impaciencia, no me entero de gran cosa. Lo único que me queda claro es que ahora existen tres grandes bloques en el mundo: por un lado, una especie de élite globalista occidental empeñada en instaurar un nuevo orden; por otro, un grupo arbitrario de países cuyo único punto en común es estar gobernados por dictadores populistas; y, por último, algo llamado el Cinturón Asiático, que viene a estar compuesto por China, amigos de China y lameculos de China. Por lo visto, los tres bandos llevan décadas luchando por imponer sus ideas y establecer una nueva línea ideológica que sustituya al moribundo capitalismo.

—¿Muertos? No, quite, quite. Esta guerra no es de las que usted recuerda. Aquí las armas son los datos. Y los soldados, los ciudadanos.

En realidad, aquello que Darlene llama «gran guerra» resulta no ser más que la amenaza continua de ataques cibernéticos. Sí, todo el

mundo está expuesto a ellos y se suceden casi a diario, pero las consecuencias no van más allá de suponer un leve incordio a las víctimas. Tal vez no puedas usar tus lentes durante unos días porque los servidores de Samsung en Suwon han sido inutilizados, o tengas que cambiar de proveedor para tus compras online porque el motor de búsqueda de Amazon ha sido boicoteado. Eso es todo.

No puedo evitar interrumpir su explicación soltando una risa desprovista de alegría.

—Si eso es lo peor que puede pasar, creo que he oído hablar de guerras más cruentas.

—De vez en cuando pasan cosas peores —insiste, casi ofendida—. Por ejemplo, que un hacker inutilice el sistema ERP de la empresa energética que abastece Phoenix y que la ciudad entera dependa de baterías privadas durante el octubre más caluroso de los últimos cien años. Por eso no hay aire acondicionado en el hospital.

Me reafirmo para mis adentros en mi comentario. Antes, la gente moría en las guerras. Ahora se quejan por pasar calor.

De cualquier manera, la política del futuro me importa incluso menos que la de mi tiempo.

—¿Me cuenta ya por qué me han despertado?

—A eso voy —replica, paciente. Su flequillo canoso ondea con el aire producido por un ventilador de mano que se ha sacado del bolso—. Tal vez estas perturbaciones le parezcan asuntos de importancia menor, pero, en conjunto, llevan a desastres mayores que sí afectan a la vida de la gente. Como, por ejemplo, que la mayor empresa de criónica del mundo, una organización sólida y sin fisuras durante su siglo de vida, tenga que cerrar el negocio.

No me gustan estas últimas palabras. Me incorporo, recuperando el interés en la historia.

—En 2056, el candidato republicano, un ultraconservador de derechas, ganó las elecciones. —Por el tono de Darlene, deduzco que ella no fue de los que le votaron—. Tal y como se esperaba, California y Oregón hicieron uso de su derecho unilateral de secesión y se independizaron de Estados Unidos para formar juntos la República del Pacífico.

—¿Y cómo afectó esto a Mizar?

Darlene agacha la cabeza y baja un poco la voz.

—Estos últimos han sido unos años oscuros para nosotros. No solo para Mizar, también para Arizona. Al ser vecinos del nuevo país, nos contagiamos del espíritu independentista. La violencia en las calles se saldó con la victoria en las elecciones de un grupo fundamentalista cristiano que, entre otras muchas medidas retrógradas, decidió que Mizar pasase a estar regulada por la Ley de Pompas Fúnebres de 2004, lo cual, en la práctica, significa que no podemos seguir vitrificando a los muertos. Por lo visto, no está bien visto a ojos de Dios.

—¿Y esto también significa que Mizar debe reanimar a los pacientes ya crionizados?

—La ley no nos obliga a ello, pero no nos queda más remedio. Sin los ingresos de nuevos miembros no podemos financiar el mantenimiento.

—Pensé que una parte de la tasa de cada paciente iba a parar a un fondo con el que hacer frente a estas adversidades.

—Y es cierto, pero ese fondo ya está agotado. Tenga en cuenta que, aunque el avance de la tecnología juega a favor de los pacientes, va en contra de nuestro modelo de negocio. En 2043, un equipo médico coreano fue capaz de revivir a un paciente que llevaba clínicamente muerto una hora y media. A medida que estos casos proliferaban, la gente perdió el incentivo de ser crionizado. ¿Para qué esperar a la tecnología del futuro si el futuro ya estaba aquí? Sin apenas nuevos miembros, hicimos uso de nuestro fondo durante casi dos décadas, hasta que el gobernador de Arizona nos prohibió seguir crionizando. Desde entonces, nos vemos obligados a reanimar a todos nuestros pacientes. Siento que no hayamos podido cumplir con sus preferencias de reanimación, pero supongo que prefiere esto a estar muerto.

Yo no estaría tan seguro.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

—Le he traído una guía de supervivencia para pacientes de los años 2010 —dice mientras saca un libreto de su bolso—. Disculpe el gasto en papel, en cuanto tenga sus lentes le pasaremos la edición digital.

—¿Eso es todo? ¿Folleto, patada en el culo y a correr?

—Señor Urquiza, siento esta situación tanto o más que usted. Sin ir más lejos, mi mujer y yo teníamos en mente ser crionizadas hasta el día en que Estados Unidos derogase la segunda enmienda. Ahora moriremos sin ver nuestro sueño cumplido.

—Vaya, debe de ser terrible —contesto sarcástico. Pese a que no tengo ni puta idea de qué es la segunda enmienda, dudo que pueda compararse con la muerte de mi hijo.

—Entiendo su frustración. —Darlene ignora mi dardo con la paciencia de una santa—. Mire, pronto recibirá el alta. Le hemos reservado una habitación en un hotel de Scottsdale. Pensión completa y spa con piscina, así tendrá tiempo de pensar e investigar un poco sobre su nuevo presente. Además, en cuanto llegue, unas lentes le estarán esperando en la habitación. No es fácil vivir sin unas hoy en día.

Sus palabras, ahora sí, consiguen calmarme un poco. No puedo decir que Darlene no haya hecho todo lo posible para facilitar mi ingreso en este nuevo mundo.

—Se lo agradezco.

—No tiene por qué hacerlo. Hemos usado parte de su fondo de reanimación para pagar la reserva.

—¿Cuánto dinero me queda?

Darlene sonríe.

—Bueno, digamos que no todo son malas noticias. Nunca deberá preocuparse por su situación económica.

A nuestro lado, Dalton se despierta y le entra un ataque de tos que desemboca en lastimosos estertores. Aparecen dos enfermeros y Darlene se levanta de la silla.

—¿Tiene alguna pregunta más, señor Urquiza?

—Ahora que lo dice… ¿por qué no tengo noticias de mi esposa? Pensé que, por contrato, ella sería la primera a quien se avisaría de mi reanimación.

Darlene vuelve a adoptar el tono serio de antes.

—Me temo que su esposa exigió que retirásemos su nombre del acuerdo. Se ve que no le hizo ninguna gracia tener que pagar su tasa de crionización.

No puedo culparla.

—Okey, Ms. Clemens. Gracias por todo.

—Estoy a su disposición para lo que necesite.

Dicho esto, abandona la habitación.

Los enfermeros, en vista de que los estertores de Dalton no remiten, llaman a la doctora Greggs. Esta decide que el tejano necesita ser intervenido de urgencia y se lo llevan a quirófano. Tengo la sensación de que no volveré a verlo jamás. No es que le tuviera en gran estima, pero su patética existencia hacía que no me sintiera solo, insignificante y obsoleto.

Cierro los ojos y pienso en Gabi hasta quedarme dormido.

VI

A la mañana siguiente piso por primera vez el exterior. Huyendo del calor y de una luminosidad a la que todavía no me he acostumbrado, me apresuro a despedirme de Cornell y meterme en el vehículo autónomo, propiedad del hospital, que me llevará al hotel.

Se trata de un Ford de una línea y diseño desconocidos para mí, con el porte de un utilitario y el tamaño de una furgoneta. No tiene volante, ni salpicadero, ni siquiera asientos para piloto y copiloto. Solo una cabina interior con cuatro filas de butacas de cuero desgastadas por el uso. Una vez arranca, me pego a la ventana para curiosear ese nuevo mundo, algo que, por un momento, me produce un pinchazo de culpa. Mírame, padre del año, olvidando a su hijo muerto por unos segundos y mostrando interés por trivialidades.

El tráfico de la vieja carretera que atraviesa el desierto es ligero pero diverso. Los vehículos con que me cruzo tienen formas y tamaños poco familiares y son muy distintos entre sí, como si cada usuario hubiera personalizado su diseño. Algunos tienen conductor y otros no, aunque, tras incorporarme a la autopista y también después, al entrar en la ciudad, son todos autónomos. Tal y como me contó el enfermero, ahora la conducción tradicional solo está permitida fuera de núcleos urbanos y vías rápidas. Cornell también dijo que solo los ricos poseen un coche en propiedad, que lo normal es pertenecer a alguna red de vehículos autónomos compartidos. Esto explica que no existan atascos cuando nos adentramos en Phoenix en plena hora punta (supongo que también ayuda el hecho de que los semáforos hayan desaparecido y los vehículos estén interconectados y, por tanto, siempre en movimiento). Al aproximarnos a Scottsdale descubro otra razón: una carretera aérea de drones portando paquetes de diferentes tamaños se alza a unos diez metros sobre el nivel del suelo. El transporte de mercancías parece haber abandonado las vías terrestres.

La mayoría de los vecindarios por los que paso, aparte de encontrarse vacíos de peatones —debido al calor, supongo—, tienen

un aspecto sucio y desvencijado, más decrépito incluso que los más pobres suburbios americanos que recuerdo de mis tiempos. Sin embargo, tras cruzar una ancha avenida plagada de vehículos policiales y puestos de vigilancia, la decadencia se ve abruptamente reemplazada por el lujo. Mansiones, vehículos deportivos de tamaño XXL, jardines ostentosos, balnearios y clubes de golf. De repente, el mundo es un lugar menos hostil y extraño.

En este opulento barrio, a los pies de una colina virgen, se encuentra mi hotel.

La arquitectura del Royal Palms Resort evoca a una suntuosa hacienda mexicana, de aquellas en las que se refugian los capos de la droga en las pelis, rodeados de su familia y sus secuaces. Arcos de piedra y ladrillo, paredes de cerámica granate cubiertas por vegetación, porches abarrotados de muebles de época barnizados y jardines cuidados con esmero.

El botones me recibe en la entrada exterior, recoge la pequeña maleta con mis escasas posesiones y me acompaña hacia la recepción. Caminamos por un paseo ajardinado, flanqueado por palmeras y aspersores que proyectan una fina y refrescante lluvia sobre nosotros. Durante este trayecto a pie, me ventila con un abanico gigante. Cuando le advierto que no tengo dinero para propinas, su respuesta me deja descolocado.

—Descuide, señor. Los androides no podemos aceptar dinero.

Solo tras fijarme mejor en él me doy cuenta del toque metálico de su voz, de sus ojos inexpresivos y de la apariencia artificial de su piel, como si fuera un muñeco de cera de un museo. No sé si me inquieta o me fascina.

Entramos en el edificio principal y pasamos por varios patios adoquinados de fuentes suntuosas, cubiertos con cúpulas de cristal para no dejar escapar el aire frío de un aire acondicionado que, a diferencia del hospital, funciona a pleno rendimiento. Claro, sería una vergüenza que los huéspedes no pudieran tomarse un café caliente con su chaqueta de punto de Ralph Lauren sobre los hombros.

—Bienvenido, señor Urquiza —me saluda la recepcionista. Supongo que no debería sorprenderme que sepa mi nombre. Recuerdo que

tengo implantado un CNI y que seguramente el hotel tiene sensores a la entrada para reconocerme.

Lo que sí me incomoda es su mirada fija, un tanto apática. Tardo unos instantes en dilucidar que, como el botones, se trata de un robot. Bastante realista también, aunque no lo suficiente como para no darte cuenta si la miras a los ojos. Tal vez quien esté acostumbrado a ellos pueda diferenciarlos a primera vista, o incluso desde lejos.

El primer androide —Charlie, según su etiqueta— me acompaña hasta mi habitación, una elegante suite abovedada con dos camas *king size*, una chimenea ornamental y un balcón rústico con vistas a Camelback Mountain. Sobre una antigua cómoda restaurada me espera un paquete con mi nombre.

—Mizar ha enviado esto para usted —dice Charlie señalándolo—. Además, le han dejado este mensaje.

Sigue hablando, aunque ahora lo hace con la voz de Darlene Clemens, lo que me provoca un sobresalto. Hasta ahora no había decidido si los androides me producían rechazo o simpatía. Esto inclina la balanza hacia la primera opción.

—Bienvenido a su suite, señor Urquiza. Espero que se encuentre cómodo y que disfrute de sus primeros días en 2064. Dentro de este paquete se encuentran sus nuevas lentes, además de la clave para acceder al sistema blockchain donde hemos almacenado su documentación. No olvide modificarla y guardarla en un lugar seguro. Ah, y antes de ponerse las lentes, asegúrese de leer las instrucciones. Un saludo, y mucha suerte.

Una vez el mensaje ha sido transmitido, Charlie recupera su mecánica voz y se despide de manera un poco abrupta. En cuanto cierra la puerta por fuera, la realidad cae sobre mí como una manta mojada: estoy solo. No es que en el hospital disfrutara de gran compañía, pero al menos había alguien ocupándose de mí. Ahora me enfrento a un mundo nuevo y no tengo a nadie. Se me pasa por la cabeza contactar con mi hermano, pero lo descarto enseguida. No sé si Íñigo sigue vivo y, de ser así, tiene mucho que recriminarme.

Necesito una distracción, así que lo primero que hago es abrir el paquete. Cuanto antes aprenda a usar la tecnología del futuro, antes

podré valerme por mí mismo.

Y antes sabré si de verdad no existe ninguna opción de volver a ver a Gabi.

Las lentes vienen en dos recipientes circulares de plástico duro, unidos por un puente, y flotan en una solución acuosa. Van acompañadas de un botecito con líquido y de un auricular diminuto que se coloca en una oreja, aunque Darlene ya me advirtió que tendría más sentido que pidiera una cita para implantarme un minialtavoz dentro del oído. De momento, esto valdrá.

Tras ponerme la segunda lentilla, un cegador haz de luz invade mi campo de visión y siento un escozor intenso, como si me estuvieran rociando con spray de pimienta. Cerrarlos no sirve de nada. «Obviamente, estúpido», resuena la voz de Andrea en mi cabeza. Intento quitármelas, pero mi falta de experiencia con lentillas y mis manos temblorosas convierten la empresa en una torpe sucesión de intentos acompañados de blasfemias y maldiciones.

Cuando al fin lo consigo, tengo los ojos llorosos y la vista nublada. Mi primer impulso es llamar a Darlene, pero no sé cómo. Doy vueltas nervioso por la habitación hasta que, para mi gran alivio, me recupero lo suficiente como para poder leer las instrucciones.

«Importante», dice un rótulo con grandes letras rojas. «Aplique unas gotas de líquido protector sobre la retina antes de colocar las lentes».

Andrea habría disfrutado de esta escena. Ella siempre me criticaba por no leer las instrucciones hasta que los cajones de la cómoda de Ikea acababan con la base hacia arriba.

La segunda vez tengo más suerte. Nada de escozor, solo un área luminosa en forma de rectángulo que aparece en la parte inferior de mi campo de visión. Es translúcida y sobre ella se puede leer con claridad el mensaje de bienvenida que me ofrece AntF, el fabricante del producto.

«Parpadee dos veces si desea acceder al tutorial de uso», dice después.

Eso hago, y paso la siguiente media hora aprendiendo a usarlas. El sistema operativo no es muy diferente al de un teléfono móvil de 2019, excepto porque los textos se introducen solo a través de voz y

los menús se navegan a través de un conjunto de acciones que combinan movimientos de ojos o párpados y comandos de voz simples que pueden formularse en la garganta, sin tener que abrir la boca.

«¿Cómo desea llamar a su agente?»

Pienso en Reggie, el asistente del hospital programado con inteligencia artificial, y deduzco que a esto se refieren las lentes. Algo así como el Siri o la Alexa del futuro.

—Wick —contesto.

—¡Me gusta mi nuevo nombre! —suena una voz femenina a través del auricular—. Encantado de conocerte, *Migüel*.

Me conecto a la red inalámbrica del hotel, cambio el idioma al español para que la IA pronuncie bien mi nombre y reemplazo la voz de Wick por la del actor de doblaje de Keanu Reeves. Paso un buen rato jugando con la configuración y, una vez me familiarizo con el uso de las lentes, procedo a descargar las aplicaciones más útiles según la guía que me ha proporcionado Darlene.

Una de ellas es el servicio blockchain de alojamiento de archivos. Al acceder con mi clave nueva, echo un vistazo a la documentación ya guardada en él por Darlene: mi pasaporte americano, mi certificado de renacimiento y las facturas del hospital. El almacenamiento en este sistema es ilimitado y gratuito, aunque financiado por cuñas de publicidad cada vez que abro un documento. «Bienvenido al último eslabón», proclama la primera, que muestra una imagen de un teléfono móvil seguido de unas gafas inteligentes, unas lentes y, por último, un hombre y una mujer, ambos sonrientes y en pelota picada. «iBod, el primer dispositivo de comunicación integrado en su mente. Visita el Online Apple Park el 5 de noviembre para conocerlo».

Según la lista de tareas de Mizar, ahora debo contratar un proveedor de datos. Antes, accedo a mi fondo de reanimación para comprobar el estado de mis finanzas. Al ver mi saldo, tengo que entornar los ojos (aunque eso no sirva de nada con unas lentes) para asegurarme de que estoy distinguiendo bien la cifra.

Darlene no exageraba. Mi capital ha aumentado hasta llegar a casi doscientos bitcoins. Al cambio, trescientos veinte millones de dólares. Incluso teniendo en cuenta la inflación, tengo recursos suficientes

como para reservar esta suite de manera vitalicia y vivir el resto de mis días desayunando bogavante con coñac mientras un androide de mirada perdida me masajea los pies.

Descubro lo fácil que es mover mi dinero de forma digital. La presencia física del usuario no es necesaria para ningún trámite, ya que mis lentes están conectadas a mi CNI y nadie puede usurpar mi identidad. Recordando las palabras de Darlene sobre la independencia de California y Oregón, decido abrir cuentas en cinco bancos americanos —uno por cada estado en lo alto de la lista de los más conservadores—, para así minimizar el riesgo de perder mi dinero en caso de secesión. Liquido todos mis activos financieros, reparto el dinero entre las cinco cuentas y decido dejar la tarea de investigar nuevas inversiones para cuando tenga el estómago lleno.

—Wick, ¿cómo puedo pedir una pizza en este hotel?

—Aquí tienes la carta. Elige una y yo me ocuparé del resto.

El menú del restaurante aparece en una cuadrícula en la parte inferior izquierda de mi campo de visión. Al dirigir la vista hacia él, cambia de color para indicar que lo estoy seleccionando. Entonces emito el comando que he personalizado para abrir objetos (un «hm-hmm» apenas audible en el fondo de mi garganta) y la carta se despliega ante mí. Abro más los ojos para hacer zoom en la sección de pizzas y elijo una.

—Pídeme una pizza ranchera, Wick. Y una cerveza.

—Permíteme recordarte que hoy es jueves. La impresora de alimentos no podrá poner bacon en tu pizza.

—Cuatro quesos, pues.

—Marchando.

La siguiente tarea en la lista de Mizar es darme de alta en «Waternet», un sistema que monitorea mi uso de agua, que impone multas si me sobrepaso de los límites diarios y que me permite vender la cantidad sobrante a otros usuarios. Una vez registrado, un mensaje de aviso en las lentes me comunica que he recibido un email del gobierno de Arizona. De acuerdo a la ley forestal y basándose en mi situación financiera, a la cual tienen acceso según la cláusula de bla-bla-bla, tengo la obligación de adoptar mil doscientos ochenta y tres

árboles. Me ofrecen la opción de hacerlo a través de un tercero o de pagar algo más de quince mil dólares y que lo hagan ellos. Me decido por lo segundo.

Por último, la lista de Mizar dice que he de contratar un seguro médico. Aunque no es tan fácil como los trámites anteriores, consigo hacerlo antes de que llegue mi comida. Solo tengo que contactar con un agente de seguros online, una señorita muy amable que suena real pero sospecho que no lo es, y confirmar que estoy de acuerdo en darle acceso a mi CNI para que pueda conocer mi estado de salud en tiempo real a través de mis nanobots. Una vez firmo la cláusula, diez compañías me hacen llegar sus ofertas. Lo cierto es que me da bastante pereza analizarlas.

—Wick, ¿cuál es la mejor?

—Define «mejor», Miguel. ¿Te refieres a la más barata? ¿A la mejor relación calidad-precio? ¿La de mayores prestaciones? —no sé si es mi imaginación o Wick suena irritado—.

—La que más eventualidades cubre.

—La número seis.

—Okey. Contrátala.

Me tumbo en la cama para devorar la pizza y le pido a Wick que me muestre algún vídeo resumen sobre la historia del siglo XXI y algún otro sobre la situación económica actual. Que sean cortitos, eso sí, solo para saber a qué me enfrento.

Resumen: Dalton no andaba desencaminado.

Para empezar, toda la información que veo parece fuertemente sesgada en una de las tres posibles direcciones que Darlene mencionó: globalismo, imperialismo o nacionalismo. Solo comparando las noticias de uno y otro lado consigo sacar algunas conclusiones.

Los primeros parecen ser los sucesores de las élites financieras occidentales de mis tiempos, ahora unidos en un grupo de poder conocido como el Comité de los 400. Abogan por un nuevo orden mundial al que llaman neocapitalismo progresista, un sistema cuya piedra angular es la colaboración entre las primeras potencias económicas (que para ellos son la Unión Europea y Estados Unidos), carecen de vínculos con la Iglesia o con cualquier otro órgano

religioso, ignoran los valores tradicionales y pregonan una sociedad laica y abierta a todas las culturas.

Por otro lado, se encuentra China, líder del Cinturón Asiático. Sus empresas tecnológicas son su principal arma, y han ido ganando terreno en todo el mundo hasta liderar las cuotas de mercado. Conocen a los usuarios mejor que nadie, están más unidos que la amalgama de países occidentales y hace ya tiempo que sus habitantes se convirtieron en su propio producto. Sus líderes parecen tener claro que quien posee la información obtendrá el poder.

La situación geopolítica global es un tira y afloja entre estos dos bandos, aderezada por las contribuciones intermitentes de un tercer protagonista: los nacionalistas, representados por el líder patriótico de turno; hoy de un país, mañana de otro; con poca cohesión entre sí y empeñados en revertir el proceso globalizador. Temen la diversificación cultural y la pérdida de identidad, valoran las antiguas jerarquías y rehúsan renunciar a sus privilegios raciales, nacionales o de género. No simpatizan precisamente con China, pero sí comparten un enemigo común con ellos. Así, se alían a menudo con el Cinturón Asiático para atacar a las instituciones globalistas, a quienes acusan de ser una minúscula élite cuyo objetivo final es la creación de un gobierno único, mundial y totalitario bajo una permanente oligarquía hereditaria propia del siglo XV. Aseguran que el Comité de los 400 ansía unificar a los países para que estos actúen bajo las directrices de los órganos que ellos controlan: la Reserva Federal, el BCE, las principales compañías de seguros, las grandes corporaciones y fundaciones, los grupos financieros de Wall Street y las redes de comunicación y tecnológicas. Para ellos, el tópico de que la economía global está gobernada por un pequeño grupo de ricachones avariciosos que mueve los hilos de todo es tan válido hoy como lo era en mis tiempos. Me pregunto si aquellos dictadorcillos son en realidad conscientes de que el mundo es un lugar demasiado complejo para ser comprendido o dirigido por unos pocos. ¿O acaso es más efectivo inventarse un enemigo que cuestionarse si su dogma es la causa real de sus males?

La buena noticia es que, a pesar de las décadas de tensiones entre

estos tres bloques, no hay ni rastro de la temida guerra nuclear que los agoreros de mi tiempo anunciaban. La mala, que mientras el mundo permanece desunido, las sucesivas crisis han ido poco a poco acentuando la desigualdad y reduciendo la calidad de vida de los ciudadanos.

La primera de estas crisis fue una pandemia en 2020, poco después de mi crionización. Mientras Wick me lee un artículo al respecto, no puedo evitar pensar en cómo nos habríamos enfrentado a ella de no haber muerto Gabi. Los tres confinados en casa, el niño subiéndose por las paredes, Andrea atacada de los nervios por no poder trabajar en paz y yo haciendo lo imposible por cumplir los deseos tanto de mi jefe como de mi esposa. Una vez más, me prometo a mí mismo que, si algún día recupero mi vida, dejaré de ser un cantamañanas complaciente.

Sigo viendo vídeos. Por lo visto, la COVID-19 no ha sido la peor crisis en lo que llevamos de siglo. Aquel honor le corresponde a la crisis de la basura espacial, producida por un efecto bola de nieve de colisiones espaciales que destruyó todos los satélites en el 2039 y que dejó al mundo durante más de dos años sin tecnología GPS, servicios meteorológicos o internet por satélite, además de destruir la Estación Espacial Internacional, detener todos los programas de investigación espacial y posponer la misión a Marte. Según quien sea el autor del vídeo, el héroe de la historia es un bando u otro. Deduzco que el principal artífice de la recogida de basura fue el Cinturón Asiático, mientras que el mérito de la creación de un protocolo para evitar impactos orbitales corresponde a la Unión Europea y a Estados Unidos. Los que no suelen estar nunca en posición de reclamar ningún éxito son los movimientos nacionalistas, lo cual tiene sentido. Los problemas globales requieren soluciones globales, y los grandes patriotas no suelen ser capaces de pensar más allá de sus fronteras.

A esta crisis le siguió una segunda pandemia, con su correspondiente recesión económica, y la secesión de California y Oregón, que causó un efecto tsunami en las economías occidentales. Y todo esto aderezado por los cada vez más frecuentes desastres naturales resultantes del cambio climático. Los tornados, las

inundaciones y las sequías no ayudaron en nada a recuperar la estabilidad global. De respetar los acuerdos sobre emisiones del tratado de París, ya ni hablamos.

Muchos vídeos hablan de algo llamado «efecto 50/50», como dando por sentado que todo el mundo lo conoce. Encuentro un artículo independiente al respecto que lo explica muy bien. Afirma que, si los tres bloques se hubieran preocupado menos por el poder y más por su gente, tal vez se habrían dado cuenta de que el verdadero enemigo no era humano. Pero no lo hicieron, y la disrupción que supuso la inteligencia artificial desembocó en lo que ahora se conoce como la irrelevancia de la clase media. O, en términos políticamente correctos, el efecto 50/50: en 2050, el 50% de la población no tenía acceso a trabajo, bien por falta de formación o porque habían sido reemplazados por máquinas. Ante este problema, lo único en lo que coincidieron los tres bloques fue en que era necesaria una RUB —una renta universal básica—. Para 2055, la mayoría de los países ya se habían adherido a ella.

No es que la gente cobre por no hacer nada. Desde un punto de vista productivo, se dice que son irrelevantes. Participan en la economía a través del consumo, eso es todo. No se espera nada más de ellos. Pese a que la RUB les permite sobrevivir, su calidad de vida es muy limitada y no disponen de las herramientas necesarias para salir de esa situación. Como era de esperar, hay opiniones dispares al respecto. Algunos, los que son felices con muy poco, están de acuerdo con la medida. El resto se queja por sentirse enjaulados en el sistema.

A finales de la década de 2050 comenzaron las guerras de datos entre los tres bloques: ataques informáticos, cuyo autor raramente trascendía, con el objetivo de robar la mayor cantidad de información posible y usarla en contra del otro. Y así hasta hoy. Este parece ser el día a día del que Darlene hablaba. La gente va poco a poco acostumbrándose a vivir con la RUB, a no trabajar, a pasarse las jornadas frente a programas de televisión, videojuegos y aplicaciones de entretenimiento en sus lentes. Las máquinas hacen su trabajo, y se ha vuelto imposible pasar un solo día sin interactuar con agentes de IA o androides: para comprar en el supermercado, para contratar un

seguro o para ser operado de apendicitis. Es imposible sobrevivir sin unas lentes, sin estar permanentemente conectados al sistema. Los dirigentes lo saben, y usan esta dependencia para manipularnos. En función de si tus lentes son de Apple o de Huawei, o de si usas Holoface o WeHol, estarás expuesto a la información de un bando o de otro. Adquirirás sus productos, comprarás sus ideas y, con un poco de suerte, no te afectarán los ataques informáticos demasiado a menudo.

—Miguel, tengo una pregunta —me dice Wick al oído. No sé si es casualidad o ha esperado a que termine el último vídeo para interrumpirme.

—Dime —contesto, metiéndome el último trozo de pizza en la boca. No me ha sabido a nada, pero tenía hambre.

—¿Te gustaría contratar el paquete básico de AntF Entertainment? Por solo ciento noventa y nueve dólares podrás acceder a un selecto menú de videojuegos y a la mayor base de datos de películas y series del mundo, así como…

—Wick.

—¿Sí?

—Si me vuelves a ofrecer publicidad, te reseteo.

—Disculpa, Miguel. Solo pensé que, dadas tus primeras búsquedas, tal vez apreciarías la sugerencia. No volverá a ocurrir.

—No te preocupes, Wick. No es tu culpa haber sido programado así.

Me doy cuenta de que estoy tratando de hacerle sentir mejor a un robot, y me pregunto si tiene algún sentido.

Qué más da. Ya me embarcaré en reflexiones filosóficas más tarde, ahora tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

—Wick, me gustaría que me ayudaras en algo.

—Claro, para eso estoy.

—¿Cuál es la mejor manera de encontrar información sobre alguien a quien no has visto en cuarenta y cinco años?

—¿Tienes su nombre o una imagen suya?

—Se llama Andrea de Cantillana. Ahora te enseño una foto.

Me levanto para sacar de la maleta la fotografía de Gabi que guardé en la taquilla de Mizar y en la que Andrea aparece de fondo, pero me detengo a medio camino al oír a Wick.

—No será necesario —dice—. Hay mucha información suya online.

Antes de que pueda pedírselo, me abre un artículo de Wikipedia.

—¿Te lo amplío? —ofrece.

—Mejor díctamelo —contesto—. No acabo de acostumbrarme a leer artículos en las lentes.

—¿Has probado a cerrar los ojos?

Su sugerencia resulta más cómoda. Aun así, ya tengo los ojos cansados, así que insisto en que lo lea él.

—Andrea de Cantillana Sanz (Toledo, 23 de marzo de 1984) es una empresaria española, vicepresidenta, consejera y socia accionarial de ACBA Consulting. Además, está casada con Juan Herrero, la tercera persona más rica de España. Combina su ocupación empresarial con la filantropía, presidiendo la fundación que lleva su nombre y que se dedica a apoyar a las víctimas de accidentes de tráfico en países subdesarrollados, a estudiar la prevención de los mismos y a la formación en seguridad vial. Andrea es licenciada en…

—Wick, para.

—Sí, señor.

Permanezco un rato en silencio, tratando de asimilar el torrente de emociones que me invade.

Andrea parece haber alcanzado el éxito que siempre ansiaba.

¿Siento algún resquemor por ello?

No. Me parece estupendo.

«¿De verdad, Miguzas? ¿Me vas a decir que no te atormenta no haber sido tú quien me ha acompañado hasta la cima?»

No. Andrea se lo merece, fui yo quien elegí abandonarla a su suerte. ¿Celos? Sí, ahí están. Pero no debido a su fama, más bien se deben al hecho de que se haya vuelto a casar. Me la imagino compartiendo cama con otro hombre, haciendo el amor con él de madrugada, desayunando juntos en el jardín de un chalet en la Moraleja o pasando el verano con su nueva familia en un yate anclado en una cala de Menorca, y se me revuelve el estómago.

Sé que todas estas escenas forman parte del pasado, que Andrea tiene ochenta años y que, para ella, han pasado cuarenta y cinco desde la última vez que me vio. Sin embargo, yo la recuerdo como si la

hubiera visto la semana pasada. De acuerdo, es cierto que teníamos nuestros problemas y que, desde que murió Gabi, nuestra relación se había convertido en una sombra de lo que fue, pero quizás aún la quería. Escuchar cómo ella superó tanto la pérdida de nuestro hijo como la mía para rehacer su vida y alcanzar un éxito que nunca habría conseguido conmigo hace que la pizza quiera abandonar mi cuerpo por donde entró.

Y, aun así, no es eso lo que más me corroe.

«Se dedica a apoyar a las víctimas de accidentes».

Así, Miguzas. Así es como se lidia con una pérdida. Te enfrentas a ella. No la niegas, no permites que la rabia y el resentimiento te consuman. Acoges la tristeza, te envuelves en aquella profunda sensación de vacío y esperas a que el tiempo te lleve a un lugar llamado aceptación. No lo superarás, pero podrás elegir como utilizar aquella energía negativa que te invade desde la pérdida.

Andrea eligió ayudar a los demás. Me la imagino llegando a casa por la noche y sentándose sobre una cama de sábanas de seda, contemplando la foto de Gabi en su mesilla y contándole cómo le ha ido el día. Tal vez hoy haya salvado la vida de algún niño.

Yo, mientras tanto… yo elegí abandonar a mi esposa y viajar al futuro para buscar un sustituto de mi hijo dentro de una simulación que ni siquiera existe todavía. No solo es patético, también es egoísta. Incluso aunque hubiera funcionado… ¿es esta la historia que me gustaría contarle a ese Gabi de mentira cuando vuelva a verle?

—Wick, apaga el sistema.

—Agur, Miguel.

Me quito las lentes, las devuelvo a su recipiente y me tumbo sobre la cama. La luz de un atardecer otoñal entra por las ventanas y crea sombras alargadas en la habitación.

Por primera vez desde que desperté en el futuro, me derrumbo. Hundo la cabeza en la almohada y me rindo ante el llanto hasta quedarme dormido.

«Preferiría ser un criado en casa de un hombre pobre, que reinar entre los muertos».

Aquiles, la Odisea, Canto XI

Miércoles, 10 de abril de 2019

Gabi está despierto.

Oigo sus pasos avanzando hacia nuestro dormitorio. Pisadas de niño de seis años, alegres, despreocupadas, propias de quien no se despierta escuchando el noticiario.

¿Es normal que no me alegre de verle? ¿No debería saltar de la cama y correr a abrazarle? ¿Por qué mi único deseo es que se hubiera quedado en casa de sus abuelos para así eludir el martirio de todas las mañanas?

—¡Diez goles, papi! —grita al irrumpir en la habitación y saltar sobre la cama— ¡He marcado diez goles!

Mi esposa pone los ojos en blanco, como siempre que *el niño*, como ella le llama, habla de fútbol. Se cubre con la sábana, le da los buenos días con un rápido beso en la cabeza y sale de la habitación en dirección al cuarto de baño.

—¡No te olvides de que hoy tenemos que salir de casa a las ocho! —me advierte a gritos desde el pasillo.

Recuerdo entonces que su coche está en el taller, que acordamos que hoy la acercaría yo a la oficina de la avenida de América antes de llevar a Gabi al colegio, para después, por fin, aparecer en mi oficina justo a tiempo de dirigir la telco diaria de las nueve.

Miro el reloj: las 7:24 ya. Hoy solo tenemos treinta y seis minutos para arreglarnos y, lo más difícil, conseguir que Gabi se vista cuanto antes y que desayune algo.

Las órdenes directas no suelen funcionar, así que lo mejor es distraerle. Que no parezca que tenemos prisa.

—¿Y quién era el rival? —le pregunto mientras le agarro del brazo y tiro de él para que baje de la cama.

—Era Messi, papi —contesta, apartando mi mano y sentándose—. Y Ronaldo. E *Ibrahimóvil* también, el de las patadas voladoras. Jugaba yo solo contra todos ellos, y les gané diez a cero.

De acuerdo. Le escucharé cinco minutos. Cuando le prestamos atención se porta mejor, tal vez así luego consiga que me obedezca y

se ponga el uniforme del colegio él solo.

—¿Hiciste el tiro del tigre? —le pregunto, y me siento a su lado.

—Claro, varias veces. Y el tiro con efecto, y la catapulta infernal. Todos los trucos del vídeo que me enseñaste funcionaron.

Aunque solo sea un sueño, me pregunto cómo puede uno hacer la catapulta infernal si no tienes a un compañero de equipo que te impulse, pero me callo para no aguarle la fiesta.

—¿Me enseñas otro vídeo, papi?

—Claro, campeón —respondo mientras coloco la almohada contra el cabecero de la cama para que la usemos como respaldo—. ¿También de Oliver y Benji?

Abro la aplicación de vídeo en el móvil, que muestra todavía el último clip reproducido. Fue ayer por la noche, cuando me escapé de una reunión con mi cliente que no estaba yendo nada bien para meterme en el baño a ver un ranking de las mejores escenas de lucha de las pelis de John Wick. Cada uno se relaja como puede.

—¡No, quiero ver este!

Dudo que sea una buena idea, pero justo en ese instante nos llega desde el baño el sonido del agua cayendo sobre el plato de la ducha, lo que significa que Andrea tardará en volver. Tenemos vía libre.

Pasamos los siguientes cuatro minutos en grande, viendo a Keanu Reeves repartir estopa y celebrando cada una de sus patadas y cada tiro en la frente de un adversario. Gabi decide que no está de acuerdo con la clasificación del vídeo y afirma que la escena en la que Wick mata a tres enemigos con un lápiz es la mejor con diferencia.

—Eso es porque no has visto esto —le digo con una sonrisa, y le enseño un extracto del tráiler de la tercera película, que se estrena dentro de un mes. Sé que ya han pasado los cinco minutos asignados, pero es difícil decir que no a John Wick.

Si pudiera explicar qué es la felicidad, lo haría describiendo la cara de Gabi al ver a un tipo duro de mirada pétrea matando motoristas a diestro y siniestro desde la grupa de un caballo negro. Sus ojos brillan en la tenue oscuridad del dormitorio y su amplia sonrisa deja ver cada uno de sus diminutos dientes de leche y los dos huecos frontales por los que ya asoma con timidez una pequeña línea blanca. Su nariz

chata forma aquellas arrugas que aparecen siempre que hace algo a sabiendas de que su madre podría reprenderle, como chupar el cartón de la pizza, arrancar las teclas del portátil para deletrear su nombre o bajarse los pantalones y comprobar hasta dónde se estira su prepucio en la cola del Zara de Preciados. Me resulta imposible no contagiarme de su risa, aquella carcajada incontenible que solo los placeres culpables provocan.

—¿Todavía así? —nos interrumpe Andrea al entrar de nuevo en el dormitorio. Una toalla blanca rodea su cuerpo, sin apenas ocultar sus afiladas piernas ni su espalda de piel perfecta— ¿Qué estáis haciendo?

—¡Nada, mami! —grita Gabi, y salta de la cama. Tras salir al pasillo, se da la vuelta y me guiña un ojo.

—¡Vístete ya, delincuente, que llegamos tarde al colegio! —le reprendo yo para disimular.

—¡Pues entonces deberías haber empezado a gritarme antes! —contesta él, y sale corriendo hacia su habitación. Conociéndonos a Andrea y a mí, no puedo reprocharle que siempre quiera tener la última palabra.

Andrea se dirige a mí con tono severo, vigilándome a través del espejo del armario.

—Espero que no le hayas enseñado uno de tus vídeos violentos. Recuerda que solo tiene seis años.

—Descuida, cariño —contesto, apresurado, y abandono el dormitorio raudo, cual forajido que huye del sheriff.

¿Qué quiere que le diga? Ojalá tuviera tiempo para aprenderme la historia de los tres jodidos cerditos y así poder contárselo al niño en vez de tener que recurrir a YouTube, pero he estado demasiado ocupado haciendo el payaso para obtener una promoción que no llega. La misma que ella consiguió hace ya dos años.

Dejo a Andrea y a Gabi vistiéndose, hago café soluble y lo sirvo en la mesa de la cocina mientras preparo unas tostadas. Aunque hace un día fantástico que invita a desempolvar la prensa francesa y desayunar en la terraza al calor de los primeros rayos de sol, sé que Andrea se pondrá nerviosa si no salimos rumbo a su oficina antes de las ocho. La opción rápida es más segura. Resignado, aparto de mis pensamientos

el fuerte sabor picante de aquel café molido, mezcla de Arábica de Zimbabue y la India, que nos envió mi hermano Íñigo por Navidad. Tendrá que esperar en el cajón de los caprichos prohibidos junto a su otro regalo, una edición especial de la Odisea de Homero que sospecho es más una indirecta que un obsequio.

Como de costumbre, intento hacer demasiadas cosas a la vez y olvido que la tostadora está estropeada y ya no avisa. Al sacar los trozos de pan chamuscados, me quemo el dorso de la mano izquierda y suelto un alarido. La respuesta de Andrea, desde el baño, no se hace esperar.

—¿Qué ha pasado ahora, Miguzas?

Así es como me llama cuando, en sus palabras, la lío parda. En realidad, no fue ella quien se inventó este apodo, sino alguna mente brillante del colegio mayor que, en honor a mi propensión a las maniobras torpes de resultados embarazosos, me bautizó como Miguzas el Chapuzas.

Le aseguro a mi esposa que todo está en orden. Cuando tienes uno de esos días en los que todo parece salirte mal, lo mejor es mantener un perfil bajo y minimizar el riesgo de altercados.

Mientras el agua fría del grifo de la cocina alivia mi dolor, me asalta una idea tentadora.

¿Y si hoy me quedo en casa?

Podría llamar a mi jefe y decirle que la cena me sentó mal. Que llevo toda la noche vomitando y que no tengo fuerzas ni para levantar la tapa del váter.

Después iría a la habitación de Gabi y le comunicaría las buenas noticias. Hoy no vas al cole. Nos vamos con la bici al parque de Valdebebas. Todavía no ha empezado primaria, así que no tengo que dar explicaciones a su profesora. Pasaríamos el día entero juntos. Al mediodía podríamos pedir una pizza y ver una peli adecuada para su edad, y por la tarde haríamos puzles, leeríamos libros y le enseñaría a jugar al Uno. Incluso podríamos hornear un bizcocho de plátano y arándanos, el favorito de Andrea, y degustar una selección de cafés y un Cola Cao.

El instinto me dice que no es la peor idea del mundo. Seguro que no

me arrepentiría de hacerlo. Y, así y todo, soy consciente de que acabaré encontrando una excusa para echarme atrás y acudir miserable a la oficina, como todos los días.

Tal vez, si cupiese la posibilidad de que Andrea no se enterase, tendría agallas para llevar a cabo el plan. Pero es imposible no involucrarla, y sé que ella no lo aprobaría. Y, aunque lo hiciese, no sería justo para ella saberlo, ya que la convertiría en cómplice de mi mentira ante nuestra empresa. Mejor que me olvide de la idea antes de que tome forma en mi mente y me resulte más difícil desecharla.

Gabi acude al olor de las tostadas, y yo reprimo un bufido al ver que todavía está en pijama. Mientras las engullimos, la pequeña pantalla colgada en la pared de la cocina retransmite el telediario, cuyo reloj en la parte inferior derecha anuncia las 7:35. No debe de estar pasando gran cosa en el mundo, porque los titulares se centran en las elecciones israelíes y en la noticia de una niña tailandesa que acaba de convertirse en la persona más joven del mundo en ser crionizada. Después, muestran algo curioso: alguien ha fotografiado por primera vez un agujero negro. La imagen no deja ver demasiado, se trata solo de una decepcionante mancha oscura rodeada de un irregular fulgor naranja, pero la comunidad científica lo celebra como si hubieran ganado la Champions League.

—Vaya panda de frikis —musito sin poder evitarlo.

—¿Cómo dices, papi?

—Nada, hijo.

Con el objeto de evitar más preguntas, salgo de la cocina y vuelvo al dormitorio. De todas formas, más me vale ducharme y vestirme enseguida o el tiempo se nos echará encima.

—¿Sigues sin arreglarte, cielo? —se sorprende mi esposa cuando me la cruzo por el pasillo. Ella ya está enfundada en un impoluto traje que vale más que unas vacaciones en Punta Cana. Apenas se ha maquillado —ni falta que le hace— y ha domado sus rizos con el moño de las ocasiones especiales, el que provoca que su amable rostro se estire y que sus redondeadas facciones se endurezcan para darle un toque de severidad. Como dice ella, nunca viene mal cuando eres la única mujer en una sala llena de directores dispuestos a pasarte por

encima a la mínima señal de debilidad.

—Estoy listo en cinco minutos —le aseguro.

Por supuesto, es uno de esos días en los que el nudo de la corbata se me resiste. Esos cinco minutos se convierten en diez.

Una vez trajeado y maletín en mano, me doy cuenta de que no soy el único que va con retraso. Gabi sigue en la cocina, desayunando en pijama. O, más bien, contemplando embobado el pronóstico del tiempo. Andrea, de pie junto a él pero ignorándole, teclea con furia en su móvil. Su café y las tostadas están intactos.

—Cariño, ahora sí que llegamos tarde —me lamento mientras señalo a Gabi.

—No me jodas, Miguel. Tengo una presentación importante en tres cuartos de hora y todavía me faltan las slides de los inútiles de siempre. Encárgate tú del niño, narices.

«Vivo apesadumbrado, pero no quisiera sentarme a quejarme y llorar en una casa ajena».

Ulises, la Odisea, Canto XIX

VII

Un tamborileo hueco me despierta a primera hora de la mañana.

Se trata de un pájaro carpintero que taladra con persistencia un cactus en uno de los patios interiores del hotel. El primer impulso es hacerle una foto para enseñársela a Gabi más tarde.

Aparto el pensamiento como quien da un manotazo al aire para librarse de una mosca y me alejo de la ventana. Me ducho, me lavo los dientes y me pongo unos vaqueros y una camisa verde de un material parecido al lino, ambos cortesía de Darlene. «Puede llevar esta ropa durante semanas. Su tejido se adapta a la temperatura, repele el sudor y desprende desodorante».

Al mirarme al espejo del baño, percibo algunos cambios. El tratamiento de nanobots no solo me ha devuelto a la vida y me ha curado las lesiones en el hombro y en la pierna, también ha mejorado mucho mi aspecto. Las canas y las entradas han desaparecido y mi pelo recuerda algo a la melena castaña que lucía en mi época universitaria. Lo mismo puede decirse de mi barba. No me he afeitado desde mi reanimación y mi vello facial, tan disperso como siempre, es ahora más suave, de apariencia juvenil. Las arrugas y, sobre todo, las patas de gallo se han desvanecido, no hay ni rastro de acné y las lentes aclaran mis ojos de manera que ahora parecen de color avellana. Si los nanobots pudieran reducir el tamaño de mi nariz, hasta podría pasar por guapo.

Tengo un aspecto saludable y descansado, pero esto no se corresponde con mi estado de ánimo. Aunque no me siento tan desdichado como anoche, me resulta difícil encontrar una explicación para mi existencia. ¿Qué se supone que he de hacer ahora con mi vida?

Permanecer en la habitación solo me hará sentir más miserable, así que decido bajar a desayunar.

En el restaurante descubro algo que me levanta un poco el ánimo. El mayor avance tecnológico de este siglo no son las lentes, ni la

inteligencia artificial, ni siquiera la nanotecnología. Se trata de las máquinas de zumo de los hoteles, que ya no funcionan con ese chorro tan lento que te daban ganas de abrir la tapa de arriba y sumergir tu vaso en la garrafa. Lo celebro con tres vasos de zumo de piña y me doy un paseo para ver si hay más cambios. La carne ha sido sustituida por filetes procesados de proteína de insecto, pero, por lo demás, los bufés de 2064 no son muy diferentes a los de 2019.

Mientras desayuno unos huevos fritos y unas rodajas de tomate, le pido a Wick que me resuma las noticias del día.

En Estados Unidos hablan de cómo el debate presidencial de anoche casi llegó a las manos, de las revueltas propiciadas por el apagón del suroeste y del primer aniversario de la inundación de Miami, cuyos habitantes comienzan a retomar su vida normal a pesar del alto riesgo de que se produzca un desastre incluso peor. En España se preparan para el puente del 12 de octubre entre debates sobre si la monarquía debería reinstaurarse y discusiones sobre si la decisión de la presidenta de cancelar el desfile debido al riesgo de ataque terrorista es acertada. China sigue en conflicto con Taiwán y anuncia nuevos aranceles para todos los alimentos de fuera del Cinturón Asiático, al cual, por cierto, pronto se unirá Corea del Norte.

—Wick, apaga.

No tiene sentido escuchar las noticias por inercia, solo porque la costumbre de Andrea de levantarse con ellas cada mañana siga arraigada en mí casi medio siglo después. Lo cierto es que no tengo ningún interés en lo que esté ocurriendo en el mundo. Solo vine al futuro por un motivo y, ahora que mis planes se han hecho añicos y la soledad es tan tangible que casi duele, lo que necesito es…

«¿Qué es, Miguzas? ¿Tienes la más remota idea de lo que quieres?»

No. No lo sé. Pero en algo sí que he progresado: ahora tengo claro que la redención no se encuentra frente a un puñado de unos y ceros con la cara de mi hijo. Una simulación informática nunca cambiará lo que ocurrió.

¿Debería entonces centrarme en mí y tratar de superar el pasado?

Pese a sospechar la respuesta, me niego a creer que esa es la única solución. Suena demasiado injusto.

¿Por qué le grité así?

¿Por qué tuvieron que ser aquellas las últimas palabras que escuchó de mí?

Nunca aceptaré que mi niño abandonó este mundo sin saber que lo significaba todo para su padre, pensando que no era más que un estorbo.

Piensa, Miguel. Ha pasado casi medio siglo desde su muerte. Tal vez se haya inventado algo desde entonces que se me escapa.

—Wick, ¿estás ahí?

—Siempre a tu disposición, Miguel.

No pierdo nada por preguntar.

—¿Es posible viajar al pasado?

—Un momento, por favor. Necesito algo de tiempo para recopilar información.

Tras unos diez segundos, me ofrece una respuesta.

—El 99% de las fuentes consultadas cree que, según las leyes de la física, las probabilidades de revertir la entropía son infinitesimales y, por tanto, no sería posible para un humano violar el principio de causalidad. En otras palabras, el universo no nos permite viajar al pasado.

—¿Y el uno por ciento restante?

—Hay quien cree que el primer paso para revertir la entropía es conocer el estado original de la misma y que, dados los últimos avances en implantes cerebrales, pronto podremos hacerlo.

—¿Qué tienen que ver los implantes cerebrales con los viajes al pasado?

—Imagina que tienes un GPS que solo funciona con coordenadas. Por mucho que sepas el nombre del lugar al que quieres ir, no podrás hacerlo si no conoces la longitud y la latitud a la que se encuentra. En una teórica máquina del tiempo, las coordenadas serían los estados de la materia.

—¿Y cómo nos ayuda un implante a conocerlos?

—Un solo implante no servirá de nada. Pero si muchas personas con uno han atestiguado un evento, la información sobre el mismo crece hasta adquirir la capacidad de ser usado como instrucción de

destino. Cuando eso suceda, solo necesitaremos inventar la máquina del tiempo.

—¿*Solo*? ¿Y qué posibilidades hay de que lo consigamos?

—Si asumimos que el método más fiable, con un índice de aceptación del 24% entre la comunidad científica, es la superación de la velocidad de la luz, los pronósticos más optimistas hablan de mediados del siglo XXII. Eso teniendo en cuenta que sea posible viajar a tal velocidad, lo cual ha sido denegado por el 61% de los físicos teóricos.

Tal vez me esté agarrando a un clavo ardiendo, pero lo que oigo es «si encuentras la manera de aguantar vivo cien años más, tendrás alguna posibilidad de volver a ver a Gabi». A veces para avanzar hay que retroceder. O al revés, en este caso.

—Wick, ¿hay alguna manera de viajar al futuro aparte de la criónica?

Mientras Wick busca la respuesta, un androide de servicio se acerca a mi mesa y recoge mi plato sin preguntar. ¿Cómo sabía que no me iba a comer aquellos tomates insípidos?

—Hay una opción interesante. —El pulso se me acelera al oír de nuevo a Wick—. En 2052, una empresa china llamada Yǒuxiàn Yǔzhòu, o Yoyuz, como se la conoce popularmente, consiguió fabricar una nave que puede viajar a 0,04C (el 4% de la velocidad de la luz) usando el método Bussard. Fueron capaces de volar hasta Urano y volver en solo catorce días, de los cuales doce se emplearon en ponerse en órbita y acelerar hasta alcanzar la velocidad punta.

—Tengo entendido que el tiempo pasa más lento a medida que aumenta la velocidad. ¿Me estás sugiriendo que haga un viaje espacial?

—Yoyuz ha estado trabajando desde entonces en mejorar las prestaciones de la nave y en aumentar la velocidad. Por lo que veo, ya ofrecen vuelos comerciales a más de 0,90C.

—Necesito más información sobre estos viajes.

—Claro, ¿te gustaría que contactara con su servicio de atención al cliente?

—Sí, por favor. Me gustaría hablar con un agente cuanto antes.

—Hecho.

—Gracias, Wick. Avísame cuando hayas concertado una cita.

—Ya te he avisado, Miguel. El agente está en línea desde que dije «hecho».

—Buenos días, señor Urquiza —suena una voz femenina a través de mi auricular—. Mi nombre es Edurne Ochoa y Yoyuz me ha puesto a su disposición para ayudarle. Me dice su asistente que le interesan nuestros servicios.

Me lleva unos segundos responder, los que tardo en recuperarme de la sorpresa. El futuro no es tan oscuro como lo pintaba Dalton. No me costará acostumbrarme a esta inmediatez.

—Hola, Edurne. Me gustaría obtener información sobre los vuelos espaciales que ofrece su empresa y los requisitos para participar en ellos.

—Por supuesto, señor Urquiza —no sé si es mi imaginación o la IA de Yoyuz habla con un acento demasiado vasco para provenir de China. Se me pasa por la cabeza que quizá se trate de una persona real, pero entonces pienso que es bastante más probable que las IA telefónicas adopten el nombre y las características en función del lugar de procedencia del cliente—. Tenemos cuatro productos a su disposición: vacaciones en órbita, visita lunar, crucero a Marte o viaje al futuro. ¿Cuál de ellos le interesa?

—El viaje al futuro.

—Excelente. Se trata de nuestro producto más exclusivo y nos enorgullece ser la única empresa en el mundo capaz de ofrecerlo. Consiste en un vuelo interespacial a una velocidad punta de 0,93C durante, al menos, un año para el pasajero, lo cual se traduce en treinta y siete años para un observador externo.

—¿Puedo elegir la duración de mi viaje?

—Sí, señor. Aunque Yoyuz se reserva el derecho de asignarle a una nave con una duración ligeramente distinta en función de la demanda.

—Me gustaría regresar a la Tierra a finales del siglo que viene.

—Para ello harían falta unos cuatro años de trayecto.

—¿Tiene algún viaje de tal duración planeado?

—Hay uno con fecha de salida en enero de 2065 cuyo destino es

2188. ¿Le valdría?

—¿Qué necesito para reservar?

—Basta con que tenga implantado un CNI válido. Después deberá aprobar un examen físico y psicológico, además de abonar la tasa completa al menos veinte días antes de su viaje.

—¿Cuál es el precio?

—Novecientos ochenta millones de yuanes, señor. Al cambio actual, son unos cuatrocientos millones de dólares americanos.

Joder con los viajes espaciales, ni siquiera un ricachón como yo puede permitírselos. ¿No decían en mi tiempo que Elon Musk los iba a democratizar?

Estoy a punto de colgar cuando me surge una idea. Tal vez exista la manera de reunir el dinero que me falta. Como tantas veces últimamente, doy vía libre a mis impulsos.

—¿Cómo puedo registrarme?

—Puede firmar los documentos de la pre-reserva y pagar una tasa del diez por ciento ahora mismo. Deberá volar a Haiyang antes del 15 de diciembre para realizar las pruebas y, en caso de aprobarlas, abonar el resto del dinero e instalarse en el puerto aeroespacial marítimo para una cuarentena de dos semanas antes del despegue.

—Me parece genial, Edurne. Hagámoslo así, pues.

Excepto por mis torpes intentos de replicar mi firma con movimientos oculares sobre el contrato, la gestión se lleva a cabo sin problemas. En menos de veinte minutos, ya tengo plaza en una nave de nombre impronunciable.

—Lièhùzuò —me aclara Wick—. Significa *Orión*, ya que utiliza una tecnología similar al proyecto de 1958 con ese nombre.

—Tengo tiempo para aprender a pronunciarlo.

De repente, me encuentro de mucho mejor humor, y no solo por haber encontrado de nuevo una meta. Había olvidado lo que se siente al tomar una decisión así sin que tenga que ser aprobada por mi esposa o por mi jefe. La certeza de que a Andrea no le haría ninguna gracia que me gastara este dineral lo hace todo más excitante.

—Miguel, si no te importa, tengo una pregunta para ti.

—¿Qué te ocurre, Wick?

—Has contratado un viaje por un precio mayor del que puedes permitirte. ¿Eres consciente de que te faltan ochenta millones de dólares para poder pagarlo?

Me sorprende que Wick tenga la capacidad —y el permiso—, para cuestionar mis decisiones. Tal vez más adelante necesite regular su configuración para que se entrometa menos.

—Sí, Wick, lo sé. ¿Qué te parece un viajecito a España para conseguir ese dinero?

VIII

Obtener la dirección de Andrea es mucho más sencillo de lo esperado.

Existe una aplicación que analiza el fondo de fotos y vídeos de redes sociales y busca coincidencias en un mapa vía satélite. En el caso de Andrea, hay tanta información suya online que ni siquiera tengo que contratar el paquete premium para que me dé el resultado.

Por lo visto, ahora vive en una finca cerca de Somosierra, al límite de la Comunidad de Madrid. Tras un vuelo directo a Barajas y una noche en un hotel al lado del aeropuerto, un robotaxi me lleva a primera hora hasta la entrada de su propiedad. Se encuentra en pleno campo, al final de un camino de gravilla que transcurre por un agreste encinar y rodeada por un muro de granito con alambre de espino en lo alto. Los pinchos puntiagudos de la verja de metal animan a pensárselo dos veces a quien se atreva a saltarla y un escudo de bronce con un anagrama que mezcla las letras J y A anuncia la llegada a la finca. Tal vez a otros les parezca una simple parcela en el campo, pero a mí se me antoja un lugar hostil e incómodo. Por un momento me veo tentado a quedarme en el taxi e introducir la dirección del hotel en el navegador, pero me obligo a salir y caminar hacia la verja. No me he sometido a doce horas de tortura en un avión para rajarme ahora.

—Colóquese de espaldas al lector, por favor —suena una voz masculina a través de un intercomunicador insertado en el muro.

Un pitido indica que mi CNI ha sido identificado.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Urquiza?

—Vengo a ver a Andrea de Cantillana.

—¿Tiene cita previa?

—¿Puede pedirle a Andrea que me abra, por favor?

—Lo siento, señor. Sin cita previa no puedo dejarle pasar.

—¿Y cómo puedo pedir una cita?

—No me corresponde a mí darle esa información.

No merece la pena discutir. He vivido en 2064 lo suficiente como para identificar a una IA y saber que es imposible disuadirlas de nada. Lo único que funciona con una máquina es hacer algo que no se espera.

Le indico al robotaxi que ya se puede ir y espero a Andrea sentado en el suelo, apoyado en la encina más cercana. La temperatura es agradable y me entretengo con una aplicación que, a través de dos diminutos parches colocados a ambos lados de la cabeza, identifica los impulsos eléctricos de las redes neuronales conectadas al hipocampo y los convierte en imágenes en la pantalla de las lentes. La calidad de las fotos de Gabi que veo frente a mí deja bastante que desear, pero revela detalles que ni siquiera yo sabía que recordaba, como el burrito de peluche del que no se separaba cuando era un bebé o la camiseta del Alavés que llevaba puesta cuando dio sus primeros pasos. Me cuesta contener las lágrimas al ver una imagen suya en la cocina de la casa familiar de Bernedo, agazapado contra el horno. Aquel día mi hermano Íñigo le había regalado un disfraz de ninja y le había asegurado que si se quedaba muy quieto junto a un fondo negro nadie podría verle. Se mantuvo inmóvil en esa posición durante más de media hora, mientras nosotros aprovechábamos el momento de tranquilidad para tomarnos un vino en el porche.

A las dos horas escucho un sonido familiar, uno que pertenece a un mundo olvidado. Me pongo en pie y aparece un Porsche 911 de gasolina. Por lo visto, la prohibición de estos motores no va exenta de excepciones, supongo que para permitir a los ricachones de turno sacar a pasear su *oldtimer* los domingos por la mañana. Como era de esperar, el deportivo no es autónomo, sino que va conducido por un hombre mayor con boina francesa y camisa blanca de cuello de pico. El tipo baja la ventana al verme.

—¿Eres el portero? —me pregunta a modo de saludo. El iris de sus ojos está oscurecido por el modo gafas de sol de sus lentillas, algo que a la gente de 2064 le parece de lo más normal, pero que a mí me pone los pelos de punta.

Estoy a punto de contestar que no, pero entonces se me ocurre algo. Es obvio que no vive aquí ni conoce a Andrea lo suficiente. Con toda

seguridad, tiene una cita con ella o con su marido. Además, me ha tuteado, lo cual es una señal inequívoca de que cree que soy un androide. Sería estúpido desaprovechar esta oportunidad.

—Colóquese de espaldas al lector, por favor —le digo.

—Joder, ¿es que Herrero no puede permitirse un robot que me identifique a simple vista?

El tipo sale del coche y camina con desdén hacia el lector. Yo trato de mantenerme fuera del alcance de la cámara.

—Bienvenido, señor Ortín —suena el intercomunicador, y la puerta se abre.

—Le acompañaré a su destino, señor Ortín —añado yo, y me subo al asiento del copiloto sin esperar a su respuesta y sin mirarle a los ojos para no delatarme. El hombre farfulla una maldición entre dientes, pero arranca.

—Tú dirás —dice una vez pasamos la verja. Frente a nosotros, el camino de gravilla se divide en dos.

—Gire a la derecha —contesto. Con confianza, aunque no tenga ni puta idea.

Al cabo de cinco minutos oyéndole lamentarse por el estado del camino y preguntándose por qué no le han avisado de que debería traer el todoterreno, llegamos a un chalet rural de aspecto descuidado. Faltan varias tejas, la hiedra cubre parte de las ventanas y a la barandilla del porche le está ganando la batalla el óxido.

—¿Es aquí?

—Acceda al edificio, señor Ortín, y continúe hasta la tercera puerta a la derecha —me invento—. Hay un 55% de posibilidades de lluvia, permítame llevar su vehículo al garaje.

Ni siquiera le echa una mirada confundida al cielo, azul y sin nubes. Tampoco contesta, solo sale del coche y camina hacia la entrada. Lo importante es que ha dejado las llaves puestas.

En cuanto accede al porche, me cambio de sitio, arranco y tomo el camino de vuelta.

Aquel chalet no puede ser la residencia de Andrea, ella preferiría estar muerta antes que llamar a ese lugar tan destartalado su casa. Tal vez se trate de la antigua residencia para el mayordomo o el servicio

de limpieza. Ahora que esas tareas las realizan los robots, sospecho que allí ya no vive nadie. De ser así, el hombre se pondrá en contacto con Andrea o su marido en cuanto se dé cuenta y los guardias de seguridad comenzarán a buscarme enseguida. Es un plan bastante deficiente, pero no tengo más opciones. Con suerte, conseguiré llamar la atención de Andrea antes de que sea demasiado tarde.

Conduzco más rápido de lo que debería, al ritmo de mis pulsaciones y sin importarme demasiado arruinarle los bajos al Porsche. Llego a la verja principal, tomo el otro sendero y continúo unos dos kilómetros. Allí me encuentro con algo que tiene mejor pinta.

Se trata de una mansión palaciega de unos tres pisos de altura, más cercana en estilo a Versalles que a la arquitectura rural que alguien se esperaría de este lugar. Está rodeada por un jardín diseñado con minuciosidad y adornado con fuentes y cascadas, estatuas de bustos victorianos y coloridas camas de flores.

«Esto sí que le pega a Andrea», pienso al aparcar el deportivo en una plaza circular a los pies de unas escaleras de mármol. En lo alto, un portón verde de madera maciza de doble hoja, con diversos ornamentos grabados en la piedra a su alrededor, constituye la entrada principal. Me dirijo hacia ella, pero, antes de poder siquiera alcanzar el primer escalón, cuatro guardias aparecen corriendo, dos por cada lado del edificio.

Me rodean y me piden que las acompañe. Son androides femeninos que van vestidas de uniforme y equipadas con una porra y un táser. Sería absurdo resistirse, así que me dejo llevar por el sendero adoquinado que rodea el palacio.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—No le haremos daño, señor —responde la que parece la líder—. Le hemos denunciado por allanamiento de morada y la policía nos ha pedido que le mantengamos en custodia hasta que vengan a recogerle. ¿Le gustaría tomar algo para amenizar su espera?

Es una oferta extraña, dadas las circunstancias. La añado a la cesta de extravagancias del futuro y la declino. Estoy a punto de pedirle que busque a Andrea, de asegurarle que su dueña querrá hablar conmigo si sabe que estoy aquí, pero sé que es inútil. Estos guardas son solo el

resultado de un fragmento de código, nada de lo que yo diga conseguirá desviarles de lo programado. En su lugar, mientras caminamos en torno al palacio, me dedico a escudriñar las ventanas, preparado para correr y gritar en cuanto detecte movimiento en alguna de ellas. Lo que sea, con tal de llamar la atención. Solo hace falta que Andrea levante la vista y me vea.

Al dar la vuelta a la segunda esquina y acceder a la parte trasera del edificio, pasamos por una sección del camino que bordea una larga cuesta ajardinada, cargada de hortensias y rosales. Al fondo, a unos veinte metros, puedo ver el techo de una cúpula de cristal transparente, formada por varios paneles. Es la cubierta de una piscina.

Me asomo con el mayor disimulo posible y veo que hay una señora descansando sobre una de las tumbonas. Viste un bañador negro de una pieza, engalanado con unas anillas doradas que cierran un escote hasta el ombligo, y una pamela de paja que cubre su cara del sol.

No sé si se trata de Andrea y desconozco dónde está la entrada a la cúpula. Incluso si lo supiera, no es probable que pudiera correr hasta ella sin ser alcanzado por unas androides que tienen pinta de estar en mejor forma que yo. Pese a todo, aquella piscina es lo más cerca que nunca estaré de conseguir mi objetivo. Solo hay una solución posible, y merece la pena arriesgarse.

Me abalanzo sobre la cuesta de la manera más repentina posible. Intento bajarla corriendo en vez de rodando, lo cual funciona durante los primeros tres o cuatro metros. El resto lo desciendo a la desesperada, ignorando tanto a la androide que me pide a gritos que me detenga como a los pinchazos y arañazos que las espinas de los rosales me producen en brazos y piernas.

Alcanzo el final de la cuesta. Es más abrupta de lo que parecía, y la distancia con el techo de la cúpula mucho mayor. Debería caminar en paralelo hasta encontrar un sitio mejor desde el que saltar, un lugar desde el cual no corra el riesgo de romperme la cabeza contra el cristal, pero un vistazo hacia atrás me disuade de hacerlo. Las androides están casi encima de mí.

Sin pensarlo más, salto al vacío.

El impacto contra la cúpula es brutal. Siento el crujido de algunas costillas y me quedo sin respiración durante unos instantes. Aunque estoy a punto de perder el conocimiento, consigo mantener la lucidez y, lo más importante, captar la atención de la señora de la piscina. Se pone en pie y mira aterrada hacia arriba.

Identifico esa expresión a través del cristal. Podrían haber pasado un millón de años, nunca olvidaré aquellos ojos. Son los de Andrea, y creo detectar algo más que miedo en ellos. ¿Me ha reconocido?

La siguiente parte del plan discurre de una manera diferente a como la había imaginado.

Antes de poder reaccionar, el panel cede a mi peso y se rompe en mil fragmentos. Caigo en medio de una lluvia de cristales, demasiado sorprendido como para siquiera gritar, y voy a dar de bruces con el agua de la piscina.

El golpe es casi tan fuerte como el anterior. Por suerte, el nivel del agua es lo suficientemente profundo como para amortiguar mi caída. Aturdido, nado hacia la tumbona donde se encuentra Andrea y me pongo en pie en cuanto puedo. El dolor de las costillas es lacerante y me cuesta respirar. ¿Me habré dañado los pulmones?

Andrea observa mi dramática entrada en escena con los ojos como platos, sin decir una palabra. Ni siquiera tuerce el gesto al verme vomitar. La masa sanguinolenta flota en su dirección y naufraga en las escaleras de entrada a la piscina. Ella sigue sin reaccionar.

—Siento los daños, Andrea —consigo decir al fin, entre jadeos—. Mi seguro te los cubrirá.

IX

Al igual que Darlene, Andrea aparenta una edad muy inferior a sus ochenta años. Pese a un cuerpo algo más deteriorado de lo que recuerdo, conserva una buena figura y una piel bronceada, sin arrugas. Su rostro transmite un cansancio y una adustez que no estaban ahí antes, pero, por lo demás, no me cabe duda: sus ojos marrones de mirada penetrante, la nariz redondeada de proporciones perfectas, los labios voluminosos con las comisuras ligeramente curvadas hacia arriba y aquella pequeña mancha de nacimiento en forma de luna encima de su ceja izquierda. Es Andrea.

Ella también parece reconocerme, aunque sigue sin encontrar las palabras. La situación también es incómoda para mí, pero al menos he tenido tiempo de prepararme el discurso. Ante su estupefacción, explico que he venido desde muy lejos solo para hablar unos minutos con ella, y le pido por favor que les indique a las androides que dejen de perseguirme.

—Ginoides —responde ella, lo que me deja confundido.

—¿Perdona?

—Son robots femeninos. Se llaman ginoides.

Su voz no ha perdido un ápice de la determinación que la caracterizaba. Se me eriza la piel de los brazos bajo el agua de la piscina.

—Ah, claro. Ginoides —respondo.

Tal vez más adelante se dé la circunstancia en la que Andrea y yo podamos debatir sobre la lógica de asignar una identidad de género a un puto robot, pero algo me dice que ahora no es el momento.

Se produce un silencio árido, extraño, que solo finaliza cuando sus guardias particulares irrumpen en el recinto.

—Linda, todo está en orden —reacciona ella.

—¿Necesita nuestra ayuda, señora De Cantillana?

—Solo es un viejo amigo. Llevadle al cuarto de baño de invitados y dadle una toalla y una inyección postraumática. Y que se ponga un albornoz mientras laváis y secáis su ropa.

La ginoide no parece sorprendida por la orden.

—Hemos detectado que el señor Urquiza tiene implantados nanobots de última generación, señora —contesta.

—En ese caso, la inyección no será necesaria.

Dicho esto, Andrea me hace un gesto para que salga de la piscina y siga a las ginoides. Ella se queda junto a la tumbona, colocándose un pareo fucsia alrededor del cuerpo.

Me suben por una escalera de piedra y accedemos a un porche con cubierta de madera y unas vistas espectaculares a la sierra. Allí, una ginoide me entrega una toalla para que me seque antes de acceder al interior de la mansión y me pide que me descalce.

Una cristalera se abre al detectar nuestra presencia, dando paso a un salón enorme de estilo diáfano, colores cálidos y mobiliario curvilíneo de superficies brillantes. Sobre una chimenea moderna cuelga un viejo cuadro al óleo —de bastante mal gusto, todo sea dicho de paso— que confirma la información que leí en mis lentes sobre Andrea. En él aparece retratada ella con su nueva familia: un marido de expresión arrogante y tres niñas adolescentes clavadas a ella.

«Su nueva familia». Aquellas palabras siguen resultándome inverosímiles. Es uno de aquellos momentos, tan frecuentes últimamente, en los que estoy tentado a darme una bofetada a mí mismo para comprobar que todo esto no es un mal sueño.

Cruzamos el salón bajo la mirada atenta de los diez ojos del cuadro y subimos a través de unas escaleras de piedra lisa hasta el cuarto de baño del piso superior, una estancia tan lujosa como cabría esperar. La ginoide me indica que use el albornoz que ha dejado doblado sobre la cómoda junto a la ducha y que acuda después al salón, donde me esperará la anfitriona.

Me tomo mi tiempo para hacerlo, fijándome en cada detalle de la casa. Aunque el cuarto de baño no revela gran cosa, el pasillo está lleno de fotos de las tres hijas de Andrea.

Solo de ellas.

Ni rastro de Gabi.

Hay imágenes de cada una de las niñas, desde que eran bebés hasta que aparecen con sus propios hijos y maridos —esposa, en el caso de

la mediana—. Por un instante me parece ver también un retrato de Gabi, pero pronto me doy cuenta de que solo se trata de la hija mayor, que se le parecía cuando tenía su misma edad. Sigo sin verle a él por ningún lado.

La garganta me oprime de repente. Aprieto los puños con fuerza. Me gustaría descargarlos contra alguna de esas fotos.

Me invade la misma rabia y frustración que solía experimentar cuando, después de la muerte de Gabi, alguien actuaba como si nada hubiera ocurrido.

¿Cómo explicar aquel sentimiento?

Tal vez la gente que no ha perdido un hijo crea que no recordártelo es lo correcto, pero hay algo que ignoran: absolutamente nada en el mundo puede conseguir que aquella desgracia no esté presente en tus pensamientos a cada segundo, que tiña tu nueva realidad con un manto de amargura, de rencor hacia el mundo y hacia ti mismo. Lo único que consiguen al obviarlo es crear la sensación de que tu niño nunca existió para ellos, de que aquel ser tan extraordinario, tan maravillosamente especial, tan lleno de vida y de planes de futuro, no consiguió dejar la impronta en el mundo que tú creías. Aquello que para ti significó la vida, cuya pérdida es ahora lo único que te define, no es digna para ellos de un gesto de cariño. Ni siquiera de una mención casual.

O, en el caso de su propia madre, de una maldita foto en la pared.

Necesito calmarme. Respirar hondo. «Olvídalo». Una pelea con Andrea echará por tierra cualquier esperanza de volver a verle. «Hazlo por él».

Me concentro en analizar las demás fotos con la esperanza de que eso consiga apaciguarme. Una de ellas logra captar mi atención. Es la hija mayor de Andrea, celebrando el Año Nuevo de 2050 en la Puerta del Sol. Una idea inquietante comienza a tomar forma en mi mente, al menos hasta que una voz me interrumpe.

—¿Le puedo ayudar en algo, señor Urquiza?

No había oído a la ginoide acercarse. Le digo que no se preocupe por mí, aprieto el cinturón del albornoz y bajo las escaleras.

—Doble expreso sin azúcar, ¿verdad? —me recibe Andrea en

cuanto me ve. Correcta, pero carente de sonrisa.

Se ha puesto una bata de seda rosa y está sentada sobre un sofá de cuero blanco orientado hacia la chimenea y al cuadro al óleo de su familia, que tiene la cualidad de resultar aún más feo cuando uno se acerca. Frente a ella, sobre una mesa ovalada de cuarzo a juego con el sofá, descansa una bandeja con café y pastas.

—Ya sabes que nunca digo que no a un buen café.

Mi voz suena fría, pero ella no parece darse cuenta. Le ordena al androide mayordomo que me llene la taza hasta la mitad y después se dirige a mí. Me pregunto si me acostumbraré a estar sentado en el mismo sofá que ella, a ver su rostro de cerca. Hace unos días tenía mi edad. Ahora, por mucho que sus nanobots escondan su condición de octogenaria, un par de arrugas en el borde de sus párpados delatan que ya no es ninguna chavala.

Sus siguientes palabras, inesperadas, consiguen desarmarme.

—Siento lo de tu hermano, Miguel.

—¿Cómo dices?

Frunce la nariz de manera breve, casi imperceptible, como solía hacer cuando temía haber metido la pata.

—¿No… no lo sabías? Murió hace unos tres meses.

Asiento con lentitud. No sé qué pensar.

No es que me sorprenda la muerte de Íñigo. Al fin y al cabo, ya tendría ochenta y tres años. Lo que me resulta complicado de entender es mi reacción ante la noticia. Nunca volveré a verlo, ¿por qué no siento ganas de llorar? ¿Tan vacío me ha dejado el duelo por Gabi que he renunciado a sentir nada por los demás? ¿Incluso hacia mi hermano gemelo, la persona de la que no me separé hasta cumplir los veinticinco?

—El café está bueno —es todo lo que alcanzo a responder.

—Es un Devil's Roast —contesta ella, con seguridad aliviada de pasar a un tema más ligero—, una mezcla de Arábica de Panamá y Robusta de Angola. Casi seiscientos euros el kilo.

Andrea y su costumbre de asignarle un valor a todo. En eso no ha cambiado.

—Supongo que no se debe solo a la inflación.

—Bueno, el café… ya sabes. Sequía, inundaciones, guerras, tala de bosques… Entre unas cosas y otras, nos estamos cargando las plantaciones de Arábica del planeta. La variedad Robusta aguanta mejor estas condiciones, pero no es suficiente para satisfacer la demanda.

Asiento, y se produce otro silencio incómodo. No se me escapa su falta de interés. Todavía no me ha preguntado qué narices hago aquí y cómo he conseguido que me revivan. Parece el comienzo de una anodina conversación entre viejos conocidos.

Al igual que con las fotos del pasillo, hago un esfuerzo por no permitir que me afecte. Dejo atrás el resentimiento e intento pensar con claridad, ponerme en su lugar. ¿Qué pasará por su cabeza? Sospecho que todo lo que tiene para mí son reproches, y que, tras esa máscara de indolencia, se debate entre si merece la pena hacérmelos llegar o si vale más olvidarlos.

Decido facilitarle la decisión. Hora de bajarse los pantalones.

—Siento lo de Mizar, Andrea. Te dejé un buen marrón con el seguro.

—Agua pasada —replica, sin rodeos y haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Y lo de marrón ya no se usa. Ahora decimos «una putada de trece ovarios», que además suena más acorde con lo que hiciste.

Aunque esto último sí parece arrancarle una ligera sonrisa, es difícil saber si se debe solo a la forma de sus labios. Hubo un tiempo en que solía leer sus expresiones.

—Quizá sea agua pasada para ti, después de tanto tiempo, pero yo tengo la sensación de que ocurrió hace dos semanas.

—¿Y qué esperas de mí? ¿Buscas mi absolución para no sentirte mal por ello?

—No… —Estoy a punto de llamarla «cariño»—. No, Andrea. Sé que no hice lo correcto y entendería si no me lo perdonaras.

Resopla con sorna —un gesto petulante que, ese sí, lleva haciendo toda su vida— y toma un sorbo de café. Yo hago lo mismo, esta vez deteniéndome a saborearlo. Amargo, áspero, con aroma a ceniza. Los prefiero más dulces, aunque he de reconocer que este encaja mejor

con el cariz que la conversación comienza a tomar.

—Miguel, mira a tu alrededor.

Creo que sé a dónde quiere llegar, y no me gusta demasiado.

—Parece que te ha ido bien.

—¿*Bien*? —deja escapar una breve carcajada cargada de malas intenciones—. «Bien» es como les va a aquellos que viven de las rentas de la generación de nuestros padres, o a los que pueden permitirse un trabajo que les salve de la RUB, o a quienes tienen acceso a una sanidad privada. —Clava sus ojos en los míos— ¿Tú crees que a mí solo me va *bien*?

—Lo capto, Andrea. A ti te va espectacular.

—Yo suelo usar la palabra espléndido, pero la tuya también me vale.

—Me alegro mucho por ti. Has trabajado muy duro.

—Oh, no te equivoques. El trabajo es definitivamente un factor a tener en cuenta, pero no el único. También es necesario contar con una pareja con la misma ambición e inteligencia. Y, sobre todo, alguien por quien puedas poner la mano en el fuego en los momentos importantes.

—Y supongo que yo no era esa persona.

—Pensé que lo eras, Miguel —suspira—. Vale, tenías tus defectos. Roncabas, eras un poco torpe y a terco no te ganaba nadie. Pero yo confiaba en ti. Nunca pensé que me defraudarías. Entonces llegó 2019, y lo echaste todo por la borda. Primero mataste a Gabi, y luego decidiste dejarme sola para enfrentarme a ello. No te equivoques, eso fue lo peor que hiciste. ¿Y vienes a pedirme perdón por lo del seguro? Ni siquiera me acordaba ello, eso solo fue la guinda del pastel.

He de apretar fuerte los puños para contenerme. La rabia apenas me ha permitido escuchar sus últimas palabras.

—Yo no maté a Gabi —contesto entre dientes.

—¿No? ¿Y quién provocó ese accidente?

Respiro hondo. No he venido aquí para buscar pelea. Si caigo en la trampa, dinamitaré mi plan y no volveré a ver a mi hijo. He de hacerlo por él.

—Déjalo —dice ella antes de que yo pueda contestar. Acompaña

sus palabras con el mismo aspaviento que antes—. Hace ya cuarenta y cinco años de eso. El rencor no me devolverá a Gabi.

—No parece que te importe demasiado.

Andrea levanta de nuevo la mirada hacia mí y entorna los ojos.

—Había olvidado lo mucho que te gusta hablar sin tener ni puta idea de lo que dices. No te puedes imaginar el infierno por el que pasé. El tiempo le ayuda a uno a sentirse mejor, eso es todo.

—No sabes cómo te envidio por poder pronunciar esas palabras. Para mí, solo hace unos meses que ocurrió. Ojalá ya lo hubiera superado.

—¿Y te crees que yo sí lo he hecho? Tiene huevos, Miguel, ¿te han congelado los de Mizar las pocas neuronas que tenías? El recuerdo de Gabi me acompañará hasta la tumba. No ha pasado ni un solo día en que no haya pensado en él. Es cierto que he rehecho mi vida y que he llegado a alcanzar cierta felicidad de nuevo, pero eso no significa que haya superado la muerte de mi único niño. Mejor que te vayas preparando para ello.

—Veo que has tenido tres hijas desde entonces.

Andrea no parece entusiasmada con mi observación.

—A ver si lo entiendo… ¿has venido hasta aquí solo para preguntarme qué tal me va?

Tal vez sea el momento de contarle la verdad. Conociéndola, es mejor no enfadarla andándome por las ramas.

—He venido a por mi dinero.

Se vuelve hacia mí de inmediato, con una actitud entre la sorpresa y la desconfianza.

—¿Qué dinero?

—Si mal no recuerdo, teníamos varias inversiones juntos antes de mi muerte.

—¿Pretendes que me acuerde de cómo usamos nuestra calderilla hace casi medio siglo?

—Bueno, para nosotros no era calderilla, Andrea. Y, después de tantos años revalorizándose, me consta que ahora lo es mucho menos.

—¿Sabes con exactitud la cifra que me estás reclamando?

—Ciento veinte millones de euros.

Mi respuesta le provoca la primera carcajada sincera desde nuestro reencuentro, sucedida por una súbita severidad.

—Mira, he sido paciente hasta ahora en honor a nuestra historia juntos, pero creo que va siendo hora de que te largues de aquí.

—No soy un oportunista, Andrea. Si lo deseas, te puedo enviar ahora mismo la documentación que me acredita como propietario de esas acciones. No deseo engañarte, solo recuperar mi dinero.

—¿Te crees que mi cartera lleva estancada medio siglo? Esas inversiones pasaron a ser de mi propiedad tras tu muerte, lo más seguro es que las liquidara o las reinvirtiera hace tiempo. Tu petición no tiene ninguna base legal.

No por esperada su respuesta resulta menos dolorosa. ¿Por qué esta mujer siempre tiene que poner las cosas tan difíciles? Ahora me va a obligar a tirarme un farol.

—Yo que tú no hablaría sin saber nada de leyes sobre criónica —contesto—. Te sorprendería saber los derechos que poseemos los reanimados.

—No me corresponde a mí conocer la ley, para eso tengo a mis abogados. Y créeme, tendrás noticias suyas después de entrar hoy a mi casa sin mi permiso.

La cosa se está poniendo fea. Por suerte, me guardo un as en la manga.

—Usa a tus abogados todo lo que desees, Andrea. Mientras tanto, yo me pasaré por Toledo para saludar a tu familia y a tus amigas.

La expresión de Andrea denota confusión al principio. Sin embargo, poco a poco va mutando en algo que no me gusta demasiado. Esperaba nerviosismo por su parte, pero ella parece encontrar mi amenaza divertida.

—Además de rastrero y mezquino, eres un papanatas —dice. Muestra esa sonrisa de satisfacción que tan familiar me resulta y que tanto detesto—. No, espera… ¿cómo era? Ah sí. ¡Chapuzas! Miguzas el Chapuzas —hace una pausa para señalarme y reírse—. Eres tan ingenuo que piensas que no he cambiado nada en cuarenta y cinco años. ¿Te crees que sigo siendo la misma estirada de antes, siempre preocupada por lo que los demás piensan? ¿Pensabas que me iba a

avergonzar cuando les contaras a todos la verdad sobre lo que ocurrió? Vives estancado en 2019, cielo. Sigues en el mundo donde la vida privada era privada, donde las grandes y pequeñas indiscreciones no estaban a disposición de todos, donde una podía ocupar un puesto importante en una empresa sin que sus secretos se convirtieran en propiedad pública. Ve a Toledo, si así lo deseas. Cuéntales a todos nuestra historia. Te reto a encontrar a alguien que no la conozca ya.

Andrea parece percibir la lividez de mi rostro. Sabe que no esperaba esta reacción y que me he quedado sin opciones para convencerla. En estas situaciones, es como un tiburón que huele la sangre.

—¡Linda! —grita a la ginoide—. Vuelve a llamar a la policía y diles que vengan a detener a este *caballero*.

—Espera, Andrea.

—No. Ni se te ocurra.

Se levanta, dando nuestro café por concluido, y se encamina hacia el exterior. Es entonces cuando se me ocurre una última baza. Se trata del mismo pensamiento que se me pasó por la cabeza hace unos minutos, cuando curioseaba las fotos de su familia en la planta superior. No las tengo todas conmigo y, si funciona, no me sentiré orgulloso, pero no tengo otra opción.

—¡Si no me das mi dinero, hablaré con ella!

Andrea se detiene y se da la vuelta.

—Perdona… ¿con quién?

Señalo el cuadro de su familia sobre la chimenea.

—Con tu hija. ¿O debería decir *nuestra hija*?

Me acerco todavía más al óleo para que quede claro que a quien señalo es a la niña mayor, que posa seria junto a sus hermanas tras un sillón de dos plazas en el que se sientan Andrea y su marido.

Se lleva las manos a la boca para, acto seguido, acercarse con decisión hasta mí.

—No te atreverás, malnacido.

—Se parece mucho a Gabi, ¿verdad? Y es muy sospechoso que cumpliera treinta años justo el día de Año Nuevo de 2050. Su foto en aquel balcón de Sol soplando esas velas me ha dado muchas pistas.

¿Puede que, al fin y al cabo, este mundo todavía te deje guardar algún que otro secreto?

Andrea se deja caer en el sofá y se tapa la cara con las manos.

Sus lágrimas, aunque sospecho que son fingidas, me hacen sentir mal por unos instantes. Me siento tentado a retractarme, pero consigo recomponerme a tiempo.

—Andrea, respeto tu decisión como madre —le digo en voz baja, sentándome de nuevo a su lado—. Si mi pareja se hubiera suicidado de esa manera, yo nunca se lo habría confesado a mi hija. Cualquier historia habría sido mejor. Y te alegrará saber que no tengo ningún interés en conocerla, ni tampoco en revelarle mi identidad.

No miento. ¿Por qué debería sentir curiosidad, por no mencionar cariño, hacia una joven a quien no conozco, que ha crecido con otros padres y que ni siquiera sabe de mi existencia? Los genes no me dan derecho a nada. A todos los efectos, yo solo tengo un hijo.

—Te prometo que tu mentira quedará intacta —continúo. Es hora de darle la estocada final—, siempre y cuando mañana me despierte con ciento veinte millones de euros más en mi cuenta. Ya que para ti es calderilla, seguro que no te importará.

Se aparta las manos de la cara y me atraviesa con una mirada furiosa, enrojecida de odio.

Pero no replica.

—Hasta luego, Andrea —me despido. Termino el café de un trago y le aprieto el hombro—. Y, por cierto, no me vendría mal que una de tus ginoides me acercara hasta Madrid. Tu parcelita está en el culo del mundo.

«No hay nada mejor en este mundo que la concordia entre marido y mujer. Ello molesta a los enemigos, alegra a los amigos y da buena fama a los esposos».

Ulises, la Odisea, Canto VI

Miércoles, 10 de abril de 2019

Una vez trajeado y maletín en mano, me doy cuenta de que no soy el único que va con retraso. Gabi sigue en la cocina, desayunando en pijama. O, más bien, contemplando embobado el pronóstico del tiempo. Andrea, de pie junto a él pero ignorándole, teclea con furia en su móvil. Su café y las tostadas de ambos están intactos.

—Cariño, ahora sí que llegamos tarde —me lamento mientras señalo a Gabi.

—No me jodas, Miguel. Tengo una presentación importante en tres cuartos de hora y todavía faltan las slides de los inútiles de siempre. Encárgate tú del niño, narices.

Eso hago, como casi todos los días.

Apago la tele y le doy un ultimátum a Gabi. O se bebe la leche y se viste enseguida, o esta tarde está castigado sin dibujos.

El resultado es una rabieta de tipo C. Las lastimeras.

—¡No puedo! —se queja entre sollozos—. ¡Necesito tiempo!

Su gesto de impotencia y sus lágrimas me hacen sentir remordimientos. No es su culpa que nuestra vida sea un circo todas las mañanas.

Le tranquilizo con promesas de más vídeos de John Wick y consigo que se calme. Aliviado, veo cómo procede, diligente, a lavarse los dientes y vestirse.

Decido que la crisis ha sido mitigada, que ya no necesita vigilancia y que puedo usar estos minutos para revisar si alguno de los treinta y dos emails que he recibido durante la noche necesita atención inmediata.

Abro primero aquel con el asunto más agresivo.

«URGENTE!! Necesito esas cifras YA».

Es de mi jefe, enviado a las 2:16 de la madrugada. Antes de que pueda leer el texto para entender a qué cifras se refiere, el teléfono vibra y su nombre aparece en la pantalla.

—Buenos días, Antoine —intento sonar lo más casual posible.

—Miguel, espero que hayas visto mi mensaje de anoche.

Antoine Roux es el *Client Account Lead*, es decir, el tipo al que debo enviarle mil y una actualizaciones cada día sobre el más mínimo detalle del proyecto de armonización de datos maestros que dirijo para las filiales en España y Portugal de una multinacional eléctrica suiza. Bajo ese tono de preocupación genuina que caracteriza a la mayoría de ejecutivos galos que conozco, esconde unas ansias de control irrefrenables.

—Estoy en ello —miento—. Lo tienes en diez minutos.

—Mejor en nueve. Recuerda que lo necesito antes de las ocho.

Miro el reloj tras colgar. Son las 7:51 y ni siquiera sé qué necesita de mí.

Leo con detenimiento el cuerpo del email. Cuando llego a la mitad, necesito sentarme.

Lo que Antoine me pide es imposible. Pretende que reúna el porcentaje de limpieza de datos de todos los equipos de mi proyecto. «En especial los de Finanzas y Compras. No me fio ni un pelo de ellos». Normal, yo tampoco lo haría. Incluso aunque les hubiera reenviado el email de mi jefe nada más recibirlo, habría sido de locos esperar que me contestasen a tiempo.

Y la urgencia del encargo no es lo más aterrador. Es la razón del mismo lo que me preocupa.

Antoine necesita estos datos para calcular la progresión con respecto al plan original, ya que debe participar en una presentación al respecto a las ocho y media.

En la reunión que tendrá lugar en nuestras oficinas de la avenida de América.

Que será dirigida por la temida directora de Consultoría Digital.

Que no es otra que mi esposa.

No tardo mucho en atar cabos y deducir que yo soy uno de los «inútiles de siempre» a los que se refería Andrea en la cocina, los que todavía no han enviado sus slides. Ella no lo sabe todavía, pero no tardará en enterarse.

Por un instante, puedo ver el futuro inmediato. El gesto de mortificación de Andrea durante la reunión de las ocho y media, al percatarse, tras tirar de un par de hilos, de que el único dato que falta

para completar su informe debería haber sido provisto por su propio marido. Murmullo entre los directores. «Un tal Miguel Urquiza, creo. Hace unas Excel maravillosas, pero no le saques de ahí». Risas incriminatorias, comentarios ácidos, acusaciones sobre la capacidad de Andrea para liderar el departamento de CD cuando ni siquiera puede manejar su propio hogar. La mirada asesina que me dedica ella por la tarde, al llegar a casa, y la horrible pelea que tiene lugar después.

Como si este mero pensamiento hubiera activado una alarma en su cerebro, oigo sus gritos desde la cocina.

—¡Miguel, nos tenemos que ir! ¿Está el niño listo?

Levanto la cabeza y me asomo a la puerta del baño. Gabi sigue en pijama. Está dibujando un hombre a caballo con pasta de dientes en el espejo.

—¡Mira, papi, es John Wick!

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Es hora de tomar decisiones. Puede que no tenga ni la aptitud para ser socio ni las ganas de llegar a serlo, pero eso no significa que no sepa solucionar situaciones fuera de control. Sé que existe una combinación de acciones que evita el resultado de una esposa furiosa, un jefe frustrado y un niño miserable, y que todavía hay una posibilidad de que pueda ejecutarlas en los próximos siete minutos.

—Gabi, vamos a hacer un trato —le digo a mi hijo bajando la voz, algo que atrapa de inmediato su atención. Sabe que, cuando uso este tono, tiene mucho que ganar—. Si te pones el uniforme del colegio en menos de tres minutos, esta tarde te dejo beber una lata entera de Coca Cola.

El niño sale disparado hacia su habitación. Sé que puedo contar con que esta parte del plan tendrá éxito.

Ahora toca resolver lo más difícil.

Corro al recibidor, donde mi portátil espera metido en el maletín de cuero. Me siento en el suelo, lo enciendo y busco entre mis carpetas la presentación que dirigí la semana pasada ante los principales *stakeholders*, tanto de parte del cliente como de mi consultora. Había una diapositiva en la que figuraban los datos que mi jefe me pide. Aunque ya se hayan quedado obsoletos, me servirán de plantilla para

calcular, mediante una simple regla de tres, el porcentaje solicitado. Sí, soy consciente de que Antoine no es amigo de estas trampas, pero qué le vamos a hacer. *C'est la vie, gros con*. Además, los directores como Andrea solo buscan quedarse tranquilos sabiendo que el *status* del proyecto queda lejos del color rojo. Mientras reporte ámbar o verde, les importará un caracol estreñido que mis usuarios clave hayan limpiado las cuentas de reconciliación al 85% o al 87%.

Pese a que la idea es buena, su ejecución resulta más difícil de lo esperado. A medio camino, mi ordenador me anuncia mediante una ventana emergente que ha completado la instalación de actualizaciones y que es obligatorio reiniciar. Sin esperar a que guarde el trabajo, la pantalla se vuelve azul y comienza el proceso de encendido.

—Ya son las ocho, ¿nos vamos o qué? —Andrea aparece en el recibidor, brazos en jarras, al mismo tiempo que Gabi. Ambos están ya preparados para salir.

No puedo decirle la verdad. Si lo hago, me recriminará no haber leído mi correo nada más despertarnos, como siempre hace ella.

—Me acaban de llamar del colegio, cariño —miento—. Al tutor de Gabi le gustaría verme en privado antes de que empiecen sus clases. ¿Te importaría coger un taxi al trabajo?

—Si es tan importante, podrían habernos avisado con tiempo —responde ella irritada, pero saca el móvil y pide un Uber. Nos lanza un beso a cada uno y sale corriendo de casa.

Oímos sus pasos escaleras abajo, hasta que de repente se detiene y me llama. Vuelvo a abrir la puerta. El eco de su voz reverbera en las escaleras.

—¡No te olvides de meter el cuaderno de vacunas de Gabi en su mochila! ¡Recuerda que hoy mi madre le tiene que llevar al médico después del colegio!

Contesto con un «okey» a voz en grito y cierro la puerta con un portazo involuntario.

El portátil ya se ha reiniciado, así que intento concentrarme en la búsqueda de información.

—¿Qué quiere decirte mi tutor, papi?

—Si no has hecho nada malo, no tienes de qué preocuparte.

Mi respuesta no parece tranquilizarle y se queda pensativo junto a mí.

Mi teléfono vuelve a sonar. Lo ignoro. Sé que es mi jefe y que no ganamos nada hablando ahora.

Por fin, a las ocho y once, consigo producir una slide más que decente. Incluye una tabla y un gráfico 3D con los colores corporativos, un envoltorio de lujo para una información totalmente inútil y falsa. Se la mando a mi jefe y en veinte segundos recibo su confirmación. «Tarde, pero me vale». Y ya está. Sin ningún *«merci, mon coeur»* detrás.

—Papi, ¿cuándo nos vamos?

Levanto la cabeza. Gabi lleva esperándome un buen rato sin decir una sola palabra. Sabe que su Coca Cola está en juego y no quiere pasarse de listo. Hasta ha tenido el detalle de sacar él mismo el cuaderno de vacunas del cajón de la cómoda del recibidor. Lo sostiene sobre sus dos manos, bien visible, para que su acto de bondad no pase desapercibido.

—Ponte los zapatos y vámonos.

Se calza, solícito. Ni siquiera intenta engañarme poniéndose las botas de fútbol «por error», como todos los días.

—Oye, papi —dice, abriendo la puerta—. ¿Echamos una carrera hasta el coche?

«Espero que viendo la paja sepas ver cómo era la espiga».

Ulises, la Odisea, Canto XIV

X

—Deberíamos hacer esto más a menudo, Miguzas.

—Si me vuelves a llamar así, te aseguro que no me vuelves a ver el pelo.

Íñigo me dedica una sonrisa cómplice y le da un trago a su cerveza. La tarde es cálida e invita a sentarse en el porche a contemplar la paleta de colores que la puesta de sol va pintando en el ligero mosaico de nubes. De fondo nos llega el canto de los mirlos y los gritos atolondrados de Gabi y sus primos, que corren desbocados tras un balón finca abajo.

—Tampoco es que haya mucho que ver —dice, levantando la vista hacia lo alto de mi cabeza—. ¿Qué le ha pasado a tu lustrosa cabellera?

—Por lo visto la genética no es la única razón para la calvicie —reconozco mientras me paso los dedos por las entradas y echo un vistazo a su pelo, de apariencia bastante más saludable—. En fin, nada que un viajecito a Turquía no pueda arreglar.

Cuando veo que baja la vista y acaricia el borde del botellín, sé enseguida que está rumiando algo. Me apostaría una mano a que piensa en la mejor manera de hacerme llegar una de esas críticas de hermano mayor (aunque solo me saque dos minutos de edad).

—Puede que esto te parezca una locura, *bro* —murmura, adoptando su tono de transición hacia un tema serio—. ¿Has pensado en bajar un poco el ritmo? Disfrutar un poco de la vida nunca le hizo daño a nadie.

Bingo.

Íñigo sabe que él es el único que puede dejar caer tal sugerencia sin que yo me ponga a la defensiva. No descarto que el aita esté detrás de todo esto.

—Bueno, aquí estoy, ¿no?

—Mikel, os ha costado un año y medio encontrar un fin de semana libre para venir a Bernedo. Y, aun así, Andrea y tú os habéis pasado el sábado peleando por el turno para conectaros al portátil. Yo te

conozco y sabes que no me ofendo por estas cosas, pero me está costando convencer a Jon de que no os intentáis escaquear de nuestra compañía.

—No sé, tío. Nuestro curro es así, ¿qué quieres que te diga?

Tarda en contestar, hasta el punto de hacerme creer que la conversación morirá aquí. No tengo tanta suerte.

—Diez años y medio, Mikel.

—¿Cómo dices?

—La última vez que leímos la Odisea fue en septiembre de 2008. ¿Te acuerdas?

Aquí está. El temido elefante en la habitación que llevo más de una década evitando.

Íñigo y yo crecimos respetando una tradición sagrada: leíamos la Odisea una vez al año, durante las vacaciones de verano, y después nos sentábamos juntos a charlar sobre ella. Al principio no eran más que tonterías inocentes de niños. Señalábamos los dibujos de la edición ilustrada y fantaseábamos con formas de matar a Escila, a Caribdis y a todas las demás criaturas.

Cuando me mudé a Madrid a estudiar y él decidió quedarse en Vitoria para estar cerca de la familia, nos prometimos que la tradición no caería en el olvido. Se convirtió en una excusa para juntarnos él y yo, a solas, al menos una vez al año, para ponernos ciegos a pizzas precocinadas y cualquiera que fuese el licor más barato del Eroski —sin contar el Licor del Polo, como siempre apuntaba él—. Hablábamos de Ulises y sus aventuras durante unos minutos y, poco a poco, a medida que las cervezas dejaban paso al whisky DYC, la charla viraba hacia asuntos más personales y nuestros corazones se abrían hasta que ni el más bochornoso de los secretos quedaba en pie. Éramos uña y carne, parte esencial el uno del otro. Sin él, yo nunca me habría atrevido a dar el primer paso con Andrea; sin mí, él nunca habría salido del armario y conocido a Jon. Unos hermanos ejemplares.

Hasta que comencé a trabajar en mi empresa y me casé. La consultoría y mi matrimonio con Andrea no eran demasiado compatibles con largas noches de cháchara y alcohol. O con leer cualquier libro que no fuera un manual de S/4HANA o un libreto de

preparación para el examen del PMP.

Los primeros años me sentía mal al rechazarle. Después, ambos formamos una familia y resultó más fácil usar a los niños como excusa. Me imaginé que se habría olvidado del tema, pero estaba equivocado.

—Sí, me acuerdo —respondo.

—¿Y? ¿Qué te parece si este año retomamos la tradición?

—Claro, tío. Es una idea cojonuda.

Nos quedamos mirando hacia los niños, en silencio. Ambos sabemos que solo lo he dicho para finiquitar la conversación. Que, a diferencia de él, no puedo compensar dos días libres haciendo una guardia en el hospital. Que nunca me atrevería a decirles ni a mi jefe ni a Andrea que voy a estar desaparecido en combate durante toda una noche y parte del día siguiente. La tensión que nos ahoga durante los siguientes segundos podría medirse en decibelios.

—Te propongo un trato —dice al fin él, inclinándose hacia delante y clavando en mí sus ojos oscuros, no muy diferentes a los míos pero transmisores de una mayor sensatez—. Tú me contestas a una sola pregunta y yo te dejo en paz.

Le conozco muy bien. No va a ser una pregunta fácil.

—Kabenzotz, Íñigo. ¡Y yo que pensaba que íbamos a hablar de fútbol! Ni siquiera hemos mencionado al Alavés todavía, y eso que parece que estamos a punto de salvarnos otro año, ¿eh?

—¿Estás intentando cambiar de tema?

—Sí. Y tú acabas de hacer la pregunta de la que hablabas. Ya hemos terminado, ¿no?

No le hace gracia. Se reclina en el respaldo de tela, cruza las piernas y me lanza una mirada indignada hasta que me doy por vencido con un suspiro.

—Venga, melón. Dime qué quieres saber.

—¿Trabajas tanto porque te hace feliz o porque te sientes obligado a ello?

«Ahí va la hostia». Pues eso. La madre de todas las preguntas. Y yo que vine a la finca familiar a relajarme.

Decido ser sincero.

—Me gustaría contestarte que es por lo primero, pero no estoy seguro.

Íñigo asiente con parsimonia y da un trago de cerveza antes de darme su opinión.

—No sé si eres consciente de tu propia suerte, tío. No muchos pueden decir que no necesitan su trabajo. Tú podrías dejarlo en cualquier momento y pasar una temporada sabática o, si lo prefieres, hacerte *freelance* y trabajar como consultor a tu propio ritmo. De acuerdo, tu sueldo no sería tan estratosférico, pero tal vez sea hora de valorar si lo que necesita un chaval de seis años es el dinero de su padre… o a su padre.

Nada que no haya escuchado antes. La diferencia es que ahora no oigo estas palabras en boca de algún fracasado que trata de justificar su mala trayectoria profesional y que gasta sus escasos ahorros en tazas de Mr. Wonderful. Es mi hermano mayor quien me lo dice. El orgullo de los aitas, nada menos que el reputado jefe de servicio de la unidad de cardiología del Hospital Universitario de Álava. *Mr. Perfecto McPerfect,* como le suele llamar Andrea.

—Da igual, Mikel —se rinde tras mi silencio prolongado—. No pretendo sermonearte como haría amatxo.

—¿Qué te parece si metemos a los niños en la cama y después seguimos hablando?

Íñigo asiente, como si se creyera que seré capaz de acostar a Gabi tan pronto. Nos levantamos y bajamos las escaleras con la mano sobre los ojos para protegernos del sol mientras avistamos a los niños.

En realidad, no tengo intención de volver al porche. En cuanto meta a Gabi en la cama con el iPad y una peli, me quedaré en la habitación con un dolor de cabeza como excusa y me sentaré a terminar la presentación que Antoine me ha pedido para los *orals* del lunes en Zúrich. Si ganamos este cliente, tengo asegurada mi promoción en noviembre.

Podría haberle explicado la situación a Íñigo, pero sé que no la entenderá. Una vez alcance el estatus de socio, ya tendré tiempo de relajarme y ser feliz. Entonces podré volver a Bernedo, pasar un finde en condiciones con la familia y sentarme de nuevo a tomar una

cerveza con él. A hablar de la puta Odisea, incluso, si él lo desea. Le diré que el estrés ha terminado y que el esfuerzo ha merecido la pena. Que Andrea está orgullosa de mí, que acabamos de firmar la hipoteca de un chalet en La Moraleja y que ya he solicitado los tres meses de vacaciones atrasadas para enseñar a Gabi a nadar en nuestra nueva piscina.

Solo de pensarlo, no puedo evitar sonreír.

XI

Despierto con un largo gemido, seguido de varios jadeos al luchar por incorporarme sobre los codos.

Esta vez no he perdido la memoria.

«Solo será una larga siesta», me tranquilizó la doctora Wang antes de embarcar en la Lièhùzuò. «Se despertará de la hibernación descansado, como si hubiera dormido ocho horas seguidas, y recordará todos los detalles».

Tenía razón. Lo que no mencionó es que las pesadillas seguirían ahí. Desconozco si se han producido durante todo el viaje o solo durante el proceso de reanimación, pero ¿acaso importa? El único sueño que consigue removerte las entrañas es el último.

Me encuentro en una estrecha estancia blanca de paredes acolchadas, con un panel de control en una de ellas. Yazco boca arriba sobre la superficie de vinilo de una cápsula abierta, junto a la cual hay una mujer en pie que me mira fijamente.

—Urquiza xiānshēng, ¿se siente usted bien?

Quiero sonreír, pero varias sombras oscurecen mi ánimo. Sombras que no solo cobran la forma de Gabi, sino también la de Íñigo. El maldito sueño ha sacado a la luz recuerdos olvidados. Tal vez sea un truco de mi subconsciente para que asimile que no volveré a ver a mi hermano.

—Todo en orden, doctora Wang. ¿Dónde estamos?

—El viaje ha transcurrido según lo planeado y nos queda menos de un mes estándar para llegar a nuestro destino. Ahora debemos esperar a que nuestra velocidad se reduzca a 0,04C para poder contactar con la Tierra.

Me quedo pensativo unos instantes. Aunque es reconfortante oír sus palabras tras despertar, el tema de la comunicación con nuestro planeta me genera algo de inquietud. Ha pasado mucho tiempo, el suficiente como para que no podamos dar por sentado que la generación actual tendrá alguna intención —o capacidad— de recibirnos según los términos acordados. ¿Cuánto habrá cambiado la

Tierra en los últimos 125 años?

La respuesta terrestre determinará en gran medida si esta excursión ha sido una buena idea, pero no merece la pena sentir ansiedad por ello. No hay nada que pueda hacer al respecto, así que intento preocuparme de asuntos más inmediatos.

—Supongo que es normal que no pueda mover un músculo, ¿verdad?

—No se preocupe, lo que importa es que sus constantes están en orden. Su cuerpo ha vuelto a los treinta y seis grados, ha recuperado tanto su frecuencia cardiaca como su ritmo de respiración y su actividad cerebral parece correcta, incluso para una rata occidental como usted.

La doctora me dirige una mirada traviesa, por si no me quedaba claro que bromea. ¿Será parte de los tests para medir mi capacidad de reacción? Por si acaso, me provoco a mí mismo una risa forzada.

—El equipo médico vendrá enseguida a retirarle los tubos. Me alegro de verle de nuevo, Urquiza xiānshēng. Fui la primera en salir de la hibernación y los últimos dos meses han sido largos y aburridos.

—¿Ha despertado ya Sokolov xiānshēng?

—Sí, y ya ha empezado a poner a prueba mi paciencia —contesta con un suspiro mientras abre la puerta y abandona la aséptica estancia. Sigue hablando desde el pasillo—. Tal vez debería anestesiarle unas semanas más.

Fyodor Sokolov es un ex astronauta ruso. Viejo, adinerado, sin familia y sin trabajo, su única perspectiva en la vida es meterse en una nave espacial china para comprobar si las sexbots del futuro saben chuparla mejor. Dado que es el único pasajero que ya ha estado en el espacio antes, cree que puede cuestionar las decisiones tanto del capitán como de la doctora. Ellos parecen considerarle un gilipollas integral, pero yo creo que tiene cierta gracia, por lo menos cuando no eres el blanco de sus comentarios. Además, su buen humor y sus continuas bromas tienen la capacidad de hacerme olvidar mis penas durante un rato. Nos convertimos en inseparables durante las primeras semanas de viaje, mientras la nave aceleraba y nuestros cuerpos se preparaban poco a poco para la hibernación.

El equipo médico aparece en mi cabina al cabo de unos pocos minutos, tal y como prometió la doctora Wang. Uno de los sanitarios me conecta a un aparato de electroestimulación —no muy diferente al que usó Mizar tras reanimarme— y se sienta en un taburete con los ojos cerrados para monitorizar las reacciones de mi cuerpo a través de sus lentes. Otro retira todos los tubos que salen de mi cuerpo: el catéter urinario, el de ácido sulfhídrico y el de grasa oscura.

El tercer médico, en pie frente a mí, me pide que le diga mi fecha y lugar de nacimiento, el nombre de los miembros de mi familia y todo lo que recuerdo desde el día en que contraté el viaje al futuro con Yoyuz.

No escatimo en detalles sobre mi vuelo de Madrid a Haiyang, sobre la temporada que pasé en la ciudad china superando las pruebas físicas y de aptitud o sobre las dos semanas de cuarentena en la base aeroespacial marítima, incluyendo la tormenta que casi da al traste con nuestra fecha de despegue.

Por suerte, pudimos abandonar la Tierra en el día planeado, de lo contrario habríamos tenido que esperar varios meses hasta conseguir el momento orbital óptimo. Un transbordador nos enseñó lo que se siente al despegar con veinte cohetes en el culo, sufrir un empuje de más de cinco millones de kilos, acelerar de cero a treinta mil kilómetros por hora en ocho minutos y entrar en estado de ingravidez. Todo un sueño para aquellos que padecemos miedo a volar.

Ya a cuatrocientos kilómetros de la Tierra —y haciendo lo posible por esquivar las gotas de vómito que escapaban flotando de nuestras bolsas— fuimos transferidos a la Lièhùzuò. Lo más difícil de todo el proceso fue aprender a llamar a la nave por su nombre chino.

El capitán nos explicó que el inicio del viaje se realizaría mediante una maniobra de Hohmann doble, impulsándonos con la órbita de la luna primero y del sol después, para así minimizar el uso de hidrógeno. Pasados tres meses, ya fuera del sistema solar, la nave apagó su motor de fusión y activó el de antimateria para abandonar los 0,04C y acelerar hasta alcanzar el 93% de la velocidad de la luz al cabo de medio año. Ninguno de los dieciséis pasajeros llegamos a ser testigos del cambio de motor, ya que fuimos inducidos a la

hibernación unos días antes.

—¿A qué se dedicó durante los tres primeros meses de viaje?

—Abra el cajón alargado bajo la cápsula.

El médico no se cuestiona mi petición y obedece.

—«Gabi el explorador»—dice en voz alta, leyendo el título del libro que escribí a mano.

—El protagonista es mi hijo —explico—. Fyodor revisó que estuviese bien documentado, pero la historia y las ilustraciones son mías.

El cuento relata las aventuras de Gabi en un cruel desierto americano, en una apocalíptica urbe china y en varios planetas lejanos e inhóspitos. Tengo la esperanza de que algún día podamos leerlo juntos, de que se convierta en su libro favorito. Por supuesto, esto me lo callo frente al examinador. Tal vez sea contraproducente decirlo en voz alta delante de alguien cuyo trabajo es evaluar mi estado mental.

El hombre me mira confundido, como si tratase de averiguar si mi comportamiento se debe a un ataque de locura producido por el viaje o si la locura ya venía de serie.

—Dibuja usted como el culo —dice por fin con una sonrisa, y no tengo más remedio que darle la razón.

—No todo fue trabajar en el cuento —continúo—. Pasé la mayor parte del tiempo en la sala de ocio con Fyodor Sokolov. Espero que se encuentre bien.

—Sokolov xiānshēng ya ha despertado —me confirma tras consultarlo en sus lentes—. Su salud es óptima, pero el informe revela que su sentido del humor sigue dejando bastante que desear.

—Eso significa que todo está en orden.

—Una última pregunta, Urquiza xiānshēng —insiste el médico—. ¿Se acuerda de las últimas horas antes de su puesta en hibernación?

—Fue un día normal, excepto porque nos prohibieron comer durante las últimas dieciséis horas. La mayoría de los pasajeros nos reunimos en la sala de ocio para jugar al durak y al mahjong mientras íbamos siendo llamados por orden de edad biológica. Yo fui de los primeros en acceder a la cápsula. Me colocaron el catéter de grasa oscura y me conectaron a la máquina hipometabólica. Poco a poco

empecé a sentirme somnoliento, y lo siguiente que recuerdo es despertarme frente a la doctora Wang.

Evito hablarle de las pesadillas, aunque todavía me cuesta sacármelas de la cabeza.

—Perfecto —me confirma mientras inicia el protocolo de apagado en el panel de control—. Los resultados son excelentes. Parece ser que tanto su mente como su cuerpo han superado la hibernación sin problemas.

—¿Cuándo podré levantarme?

—Pruebe ahora.

Uno de los sanitarios me retira las ventosas de todo el cuerpo y me hace un gesto para que lo intente. Mis músculos responden de manera torpe y un poco dolorosa, como cuando en Madrid me despertaba tras haber jugado el primer partido de fútbol en seis meses la noche anterior. La diferencia es que ahora parecen acostumbrarse con rapidez al movimiento y al cabo de unos minutos el malestar desaparece.

—Le sugerimos que salga a dar un paseo al anillo cóncavo para recuperar la forma por completo. Y, por cierto, no se alarme si Liwei no le contesta. Desconectamos su función cognitiva para ahorrar energía y ahora la estamos reiniciando.

Dicho esto, los médicos abandonan la estancia. Decido seguir su recomendación de mover las piernas.

El anillo cóncavo es un pasillo de suelo curvado hacia arriba y paredes lisas, no muy distinto a la rueda de un hámster. Rodea a la Lièhùzuò como si fuera el canto de una moneda que nunca deja de girar —aunque para nosotros el movimiento sea imperceptible—, y actúa de distribuidor, dando paso al resto de las estancias a través de angostos pasillos a ambos lados. Todavía me resulta extraño ver caminar a los demás pasajeros unos metros más adelante, erguidos a pesar de una pendiente que mi cerebro percibe como vertical.

La gravedad artificial no es lo único que llama la atención en el interior de la nave. Sus paredes blancas, de tacto sedoso y mullido, siempre presentan un aspecto prístino, impoluto. Nada de tuberías, paneles, tornillos o juntas, ni siquiera carteles señalizadores o con

advertencias. Tan solo el suave reflejo de la luz que emana del techo, ahora más tenue que nunca para no dañar nuestros ojos tras la hibernación. Esta extraña pureza visual aumenta la sensación de irrealidad que me acompaña desde que desperté.

En el anillo me cruzo con varios pasajeros. Algunos de ellos me saludan con amabilidad, otros ignoran mi existencia o incluso me lanzan miradas torvas, de pocos amigos. Estos últimos son los mismos que no me dirigieron la palabra en los primeros tres meses de viaje, sospecho que por ser occidental. De hecho, según Fyodor, mi presencia fue la principal causa de que la tripulación se dividiera de manera informal en dos grupos: los que celebran, o por lo menos aceptan, mi presencia, y los que desearían meterme en la escotilla de salida junto a la basura de la que nos deshacemos una vez a la semana. Nunca pensé que las consecuencias de aquellas divisiones globales de las que oí hablar en el hotel de Phoenix en 2064 llegarían a afectarme personalmente.

Pese a que el paseo consigue disipar la modorra, el recuerdo de Gabi no se va a ningún sitio. Sigue reciente en mi memoria, acompañándome a todos lados como un parásito que se alimenta de la energía de su dueño. No importa el tiempo, terrestre o estándar, que haya transcurrido desde su muerte, para mí el accidente se produjo hace tan solo unos meses.

Por lo menos ahora, caminando por la curvatura cóncava, la percepción de una realidad tan distinta a la mía provoca que se entremezcle entre mis lúgubres sentimientos una combinación de orgullo y optimismo. He muerto, he resucitado, he recorrido medio mundo en avión y me he enfrentado a Andrea (y mira qué buen provecho le he sacado al dinero de esa bruja). He acabado en algún rincón del universo, en una nave que me llevará a un futuro esperanzador. Sigo sin tener garantías de volver a ver a Gabi, pero no puedo evitar pensar que, si algún Dios existe, no podría ser tan cruel como para permitirme llegar hasta aquí para nada. Me repito a mí mismo que todo saldrá bien, empezando por lo más inmediato. En unas horas contactaremos con la Tierra y nos confirmarán que nos están esperando.

Tras media hora de caminata y reflexión, cuando ya siento las piernas más fuertes y el corazón más ligero, levanto la vista y diviso al fondo del pasillo la silueta inconfundible de Fyodor, que camina con parsimonia hacia mí.

No ha cambiado nada desde la última vez que lo vi. Es un tipo larguirucho de hombros caídos, barba y melena descuidadas, ojos azules de mirada lánguida y una nariz tan larga y puntiaguda que no me extrañaría que la agencia espacial rusa hubiera tenido que fabricar un casco espacial a medida para él. Una apariencia pusilánime que no tiene nada que ver con su personalidad, enérgica, bromista y dicharachera, y que hace arquear las cejas a todo aquel a quien asegura que fue el experto en comunicaciones de la Estación Espacial Internacional hasta no hace mucho tiempo. Tiene ciento dos años oficiales —noventa y ocho biológicos, ya que la hibernación no cuenta a efectos médicos—, pero no parece más viejo que mi padre. Sigo sorprendiéndome ante la edad real de la gente que me rodea, como si olvidara que, desde que los nanobots recorren mi sangre, yo también estoy hecho un chaval.

Fyodor alza los brazos y se le enciende la cara al verme.

—¡Miguzas, *moy drug*!

Nunca debí haberle confesado mi apodo.

—*Xuj tebé*, Fyodor. ¿Todo bien?

Salvo el saludo en ruso, hablamos en español, ya que él se empeña en usar mi idioma a pesar de que su tosca pronunciación y su incapacidad de pronunciar los artículos harían que Cervantes quisiera arrancarse el brazo bueno solo para taparle la boca con él.

—Como toro —contesta, y se señala el cuerpo de arriba abajo. Viste todavía el traje gris con el que todos hemos hibernado, un chándal térmico un tanto ceñido que no hace nada por mejorar su desgarbado aspecto—. Creo que hibernación me ha vuelto todavía más joven y hermoso. ¿Y tú?

—Me siento descansado.

—¿Y aquí? —pregunta mientras tamborilea mi frente con el dedo índice. Tal vez mi semblante no refleje la paz mental que creía estar alcanzando.

—Tuve un sueño más vívido de lo habitual y no consigo quitármelo del todo de la cabeza. Pero en breve hablaremos con la Tierra y eso me animará. Estoy seguro de que nada ha cambiado por allí.

Esto último lo digo más para mí mismo que para él.

—Bueno, espero que algunas cosas sí cambiar… tú entiendes.

Por si me quedaba alguna duda, Fyodor hace un gesto obsceno con sus caderas.

—¡Siglo veintidós, allá vamos!

Incapaz de contener su alegría, me da un abrazo. Yo se lo devuelvo, quizá de manera más emotiva de lo que él esperaba. Fyodor consigue convertirme en una persona corriente, alguien con un mínimo de entusiasmo y con algo más de energía que aquella blandengue piltrafa que se iba arrastrando por las calles de Madrid, Phoenix y Haiyang.

Tras el reencuentro, seguimos paseando.

—Fyodor, la doctora Wang no me dejó muy claro dónde nos encontramos. ¿Tienes alguna idea exacta del tiempo que queda para contactar con la Tierra?

—Según propios cálculos, estamos a unos seis mil millones de kilómetros de sistema solar.

—¿Y eso qué significa?

—Estamos decelerando, *blyad*. Según capitán, ya estamos muy cerca de velocidad mínima de motor de antimateria. Calculo que barrera de 0,04C será cruzada en próximas horas, así que seguro escucharemos noticias de planeta muy pronto. Después, si tenemos luz verde y podemos mantener velocidad constante, tardamos tres semanas en llegar a casa. Tiempo de sobra para escribir últimos capítulos de «Gabi explorador».

De manera instintiva, nos encaminamos hacia la cúpula, nuestro lugar favorito de la Lièhùzuò. Allí se puede divisar el espacio exterior, lo que convierte a esta sala en el único lugar donde resulta obvio que la gravedad que sentimos es artificial, producida por la fuerza centrífuga de la nave al girar sobre sí misma. Sentir que no estamos sobre un planeta, sino surcando el espacio a bordo de una mota de polvo metálica con aspecto de Phoskitos, tiene un efecto reparador sobre nosotros.

La cúpula es del tamaño de un dormitorio y su nombre se debe al suelo acristalado en forma de bóveda, donde nos gusta tumbarnos boca abajo a disfrutar de las vistas. Fyodor dice que es como el mirador de la Estación Espacial Internacional, pero veinte veces más grande.

—Era lo malo de ingravidez —suele decir al comparar la estación con la Lièhùzuò—. No podías construir habitación más amplia que cuerpo. Pero por lo menos allí podíamos estar tanto tiempo como salir de cojones.

En eso tiene razón. No nos está permitido permanecer en esta sala más de diez minutos por cada día estándar, ya que el cristal de la cúpula no brinda la misma protección de la radiación interestelar que el resto de la nave.

—Haz prueba —me dijo el primer día—. Cierra ojos.

Le hice caso y comprobé que, cada dos o tres segundos, un fulgor blanco iluminaba mi campo de visión.

—Son destellos cósmicos —me explicó—. Se deben a impacto de radiación con retinas. Misma radiación que atraviesa cerebro.

Aquello fue suficiente para motivarme a respetar la regla de los diez minutos. Una verdadera pena, ya que tanto Fyodor como yo podríamos pasarnos aquí las horas muertas, observando obnubilados los millones de estrellas y galaxias que dejamos a nuestro paso.

Con radiación o sin ella, lo cierto es que admirar la inmensidad del espacio siempre me reconforta. Tal vez sea porque me transmite la sensación de que mi existencia es tan relevante para el universo como la de una gota de agua para el océano Pacífico. No soy nadie y, por tanto, mis problemas no existen. Por unos instantes, me olvido de todas las preocupaciones.

Las vistas parecen tener el mismo efecto en Fyodor, que, por una vez, se queda un rato callado. Ambos permanecemos tumbados, con la frente apoyada contra el cristal y envueltos en un solemne silencio, hasta que recibimos un aviso del capitán en nuestras lentes. El desayuno está listo. Lo normal es que sea Liwei la encargada de comunicarnos esto, pero la IA parece seguir en fase de reinicio.

Regresamos al anillo cóncavo, y de ahí al comedor.

Al igual que todo el interior de la Lièhùzuò, el comedor por la mañana está alumbrado por unos tonos cálidos, de color salmón. A medida que avanza el día estándar, la iluminación adquiere un tono más azulado y la luz gana en intensidad. Después de cenar, nos sumimos en una tenue oscuridad, la señal circadiana que nuestros cuerpos necesitan para empezar a bostezar e irnos a la cama.

Somos los últimos en llegar. Los demás pasajeros ya están sentados, charlando sin alzar demasiado la voz, repartidos a ambos lados de una única mesa alargada de metal cuyo extremo da a una abertura cuadrada en la pared. Solo tres o cuatro nos saludan al unirnos a ellos, y no de manera demasiado efusiva. En cuanto Fyodor y yo tomamos asiento en nuestro lugar asignado, las bandejas aparecen por la abertura y desfilan a través de una cinta transportadora hasta detenerse frente a cada comensal. Normalmente, el menú está diseñado de manera individual según las necesidades nutritivas transmitidas por nuestro CNI, pero hoy apenas hay diferencias: a todos nos sirven una sopa de fideos con tofu, unas empanadillas de verdura y un cuenco de bolitas de sésamo. Nada de carne, lácteos o legumbres. No hemos usado nuestros estómagos en cuatro años estándar, así que hay que empezar con algo suave.

Tras el desayuno, pasamos a la sala de ocio. Algunos pasajeros tratan de entretenerse jugando al billar o al mahjong, otros se limitan a sentarse en silencio, en actitud de espera. No soy el único que está nervioso. Todos sabemos que el momento en que se anunciará que la nave ha contactado con la Tierra está cerca, que pronto descubriremos si este viaje ha valido la pena o si se trata del mayor error de nuestras vidas. ¿Volveremos a ver nuestro hogar o moriremos en algún lugar del universo, sin planeta donde aterrizar?

Fyodor y yo ignoramos las miradas hostiles de los tres pasajeros que rodean la mesa de billar y nos sentamos en una mesa cuadrada a su lado. Se nos unen Li Qian, un acaudalado empresario de Hong Kong, y Mei, su hija de trece años. No tenemos demasiado en común con ellos, pero por lo menos no se horrorizan ante la mera idea de entablar conversación con un blanquito de CNI americano y un ruso simpatizante de occidente.

—Dime, Mei Mei —se dirige Fyodor a la niña, usando el apodo cariñoso que en China solo los familiares pueden emplear. No me extrañaría nada si su padre la agarrara del brazo ahora mismo y se la llevara a otra mesa—, ¿qué harás cuando regresemos a casa?

La joven mira hacia su padre, como si necesitara permiso para hablar, y este le corresponde con una sutil afirmación de cabeza.

—Sokolov xiānshēng, lo primero será averiguar si mi restaurante favorito sigue abierto —contesta entonces. Habla con determinación, pero sin mirar a los ojos a su interlocutor, como la mayoría de los jóvenes que he conocido desde que llegué a 2064—. Si es así, mi padre y yo encargaremos un Hot Pot cantonés.

—Me parece una idea estupenda —aprueba Fyodor, que en inglés no tiene problema con los artículos—. Cada vez que volvía de la EEI, me iba directo al mejor restaurante de Moscú a hincharme de caviar de esturión. Mataría por una cucharada cuando volvamos, pero me temo que tal manjar ya no existirá.

—¿Y usted, Urquiza xiānshēng? —me pregunta Li Qian—. ¿Qué hará al volver?

Estoy a punto de encogerme de hombros y levantarme con alguna débil excusa para no responder. Fyodor es el único que conoce mi historia, y solo debido a una combinación inoportuna de chupitos de vodka, preguntas insistentes y la sensación de insignificancia que siempre me asalta tras una visita a la cúpula. No tengo intención de pasar por ello de nuevo.

Sin embargo, qué narices, tal vez me ayudaría fingir que soy un tío normal. Que me sobran los millones y que el mejor uso que se me ha ocurrido para ellos es escaparme de mi vida para aparecer en un mundo extraño donde a nadie le importo. ¿Qué sería lo primero que haría en ese caso?

—Comprobaré si el Alavés sigue en primera división y si existe algún descendiente vivo de mi hermano. Si es así, nos reuniremos en la finca familiar de Bernedo para ver algún partido, nos tomaremos un buen café y les contaré alguna historia de su tatarabuelo.

La reacción de Li Qian es extraña. Permanece con sus ojos escrutadores clavados en mí, sin siquiera pestañear, durante el tiempo

suficiente como para que comience a resultar incómodo. Quizás el bocachancla de Fyodor le ha contado algo y esperaba que me sincerase.

Al fin, fuerza una leve sonrisa, como dándose por satisfecho con mi respuesta, y, a pesar de que nadie le ha preguntado, procede a enumerar, sin un ápice de emoción en su tono, una lista de restaurantes de lujo que considera imprescindible visitar en la primera semana tras su vuelta, siempre y cuando el concepto de restaurante todavía exista. Me pregunto qué pensarán los camareros del Hong Kong del futuro, si es que no han sido todos sustituidos por robots, al ver a un tipo de aspecto trasnochado, que usa expresiones del siglo anterior y cuyo peinado engominado de raya en medio dejó de estar de moda hace varias décadas. ¿Seremos unas reliquias andantes? ¿O la convivencia con visitantes del pasado se habrá convertido en algo normal?

Es entonces cuando Mei grita, sacándome de golpe de mis pensamientos.

Es un grito de dolor, al que siguen unos alaridos de angustia mientras se tapa la sien con las manos. Su padre se abalanza sobre ella, gritando algo en chino. Fyodor y yo nos ponemos en pie como un resorte, pero no hay mucho más que podamos hacer. Nos quedamos helados en el sitio, mirando confusos a nuestro alrededor. ¿Qué ha ocurrido?

Tras varios segundos de desconcierto, Li Qian consigue que la niña baje las manos. El golpe se ha producido al lado del ojo, que comienza a ponerse morado. Le acaricia la frente y le susurra algo al oído con tono tranquilizador. Ella se calma, aunque sigue sollozando.

Por el rabillo del ojo, veo cómo Fyodor coge algo del suelo y, al verlo, exclama su palabra favorita.

—¡*Blyad*!

Entre las manos sostiene una bola negra y brillante con un número ocho.

Todos levantamos la vista hacia la mesa de billar.

Los tres tipos que estaban jugando permanecen en pie. En silencio, brazos cruzados, piernas separadas, ojos clavados en mí. Con la

barbilla bien alta, en ese gesto tan humano, da igual de qué raza, continente o época, que viene a transmitir algo así como «ven *pacá*, mindundi, que se me caen las hostias de las manos». Dos de ellos son los mismos chavales que se sientan conmigo a la mesa cada día y que todavía no me han dirigido la palabra. El tercero, un hombre de unos cincuenta años, se ha quitado la chaqueta del traje gris y se ha arremangado el brazo, dejando a la vista un tatuaje con unas letras en chino.

—Has fallado —dice este en inglés, dirigiéndose a uno de los jóvenes. Nunca los había oído usar este idioma, es obvio que desean que les entienda—. Se supone que debías darle al culoblanco.

Conque de eso se trata.

No hay que ser muy espabilado para darse cuenta de que no me tenían en gran estima, pero nunca pensé que su racismo llegaría hasta este punto. Supongo que, si no han tratado de buscar gresca antes, es porque nos encontrábamos bajo la vigilancia de Liwei. Hoy, sin embargo, sin la IA, aquellos tipejos se sienten lo suficientemente valientes como para enfrentarse al gran enemigo.

Li Qian se pone en pie, profiriendo lo que, por el semblante agravado de los tres matones, interpreto como algún insulto en chino.

Uno de los dos jóvenes, el que parece más atlético, se acerca a él hasta que sus rostros quedan a menos de un centímetro. Solo dice una palabra, tras la cual, sin dejar de mirarle, lanza otra bola a la cabeza de Mei. Ella, más preparada esta vez, se protege, por lo que la bola impacta contra su antebrazo. A pesar de que el impacto no parece demasiado violento, la niña rompe en llanto otra vez. No es el brazo lo que le duele.

No conozco demasiado a Li Qian. Un par de paseos por el anillo cóncavo, alguna que otra visita a la cúpula y varias partidas de mahjong sin cruzar una palabra, ese es el balance de nuestra relación en los meses que hemos estado despiertos en esta nave. Suficiente como para saber que han cometido un error al provocarle. ¿Quién querría tener a uno de los hombres más poderosos de China en su contra?

Pero su reacción es opuesta a la que yo esperaba. Se da la vuelta,

sin participar en el juego del agresor, y baja la mirada. Tiende la mano a Mei para que la niña se levante y señala la puerta con la cabeza, como indicando que es hora de largarse de aquí.

En ese instante vuelve a suceder algo inesperado.

Mei desobedece a su padre. No levanta la mano para dejarse ayudar. Y, en ese fugaz momento, su gesto es inconfundible. Tal vez aquella expresión pueda pasar desapercibida para los demás, pero para mí su significado está muy claro. Tan claro como el cielo de Madrid durante, digamos, la mañana del diez de abril de 2019.

Comprendo esa mirada. *Me duele* esa mirada.

Aquellos ojos desconcertados, deambulantes entre la incredulidad y la decepción, se me clavan como un aguijonazo. Un puñal en el vientre sería menos doloroso.

«¿No vas a defenderme, papá?»

Li Qian nunca se prestará a una pelea con esos tres tipos, por mucho que casi hayan dejado ciega a su hija. Y es esto, más que el ataque de los tres imbéciles, lo que enciende una llama desconocida dentro de mí.

Una furia abrumadora me embarga de repente.

No es demasiado tarde para demostrarle a esa niña que alguien está dispuesto a luchar por ella. Debe saber que el mundo no es un lugar donde los adultos se dejan superar por los acontecimientos, sin importarles una patata de Gorbea lo que te ocurra a ti.

Si su padre no es capaz de demostrárselo, lo haré yo.

Le arrebato la bola de las manos a Fyodor y la lanzo con todas mis fuerzas hacia el joven que se acaba de enfrentar a Li Qian, cuyo rostro todavía refleja el asombro por la actitud indisciplinada de su hija.

Una versión anterior de mí mismo, aquella a la que conocían como Miguzas, no solo no le habría acertado, sino que la bola habría volado a través de la sala hasta aterrizar sobre la cabeza de algún tripulante inocente, uno de esos que contemplan la escena sin mover un dedo. Bien pensado, tampoco les estaría mal empleado.

Pero ya no soy Miguzas.

Soy el hombre que regresa de entre los muertos. Soy aquel que atraviesa el universo, el viajero del tiempo. Alguien que ha conseguido

metas más difíciles que alcanzar a un idiota con una bola de billar.

El proyectil impacta con su nariz, dejándole aturdido unos instantes. Sería un error permitirle reaccionar, así que me abalanzo sobre él antes de que recuerde que tiene un palo de billar en la otra mano. Se lo arrebato y le golpeo con todas mis fuerzas.

La punta gruesa aterriza en su oreja. Cae al suelo, inconsciente.

Levanto el palo y lo dirijo hacia los otros dos camorristas, amenazándolos. Ellos hacen lo mismo.

Por desgracia, saben que mi éxito solo se debe al factor sorpresa. Además, ahora me superan en número, ya que Li Qian permanece inmóvil junto a su hija sin intención de intervenir y Fyodor no tiene aspecto de poder aplastar ni una bola de helado.

Aguanto las primeras embestidas protegiéndome con el palo, pero pronto queda claro quién va a salir perdiendo. En cuanto me acorralan contra la pared, pierdo el control y comienza el festival de golpes. La madera se siente fría al aterrizar en mi cabeza, en mis costillas, en mi entrepierna. En mi hombro, el mismo que me disloqué justo antes de mirar a los ojos a mi hijo muerto.

Duelen, pero no importa. Por alguna razón, es un dolor que me hace sentir bien. Doy la bienvenida a cada uno de los impactos, los acojo como a una taza de moka en una tarde lluviosa de invierno.

Sin saber muy bien qué golpe es el que me ha derribado, de repente me veo a mí mismo tirado sobre el suelo, desorientado y con la mejilla aplastada contra un charco viscoso. Vómito o sangre, qué más da. Comienzo a perder la visión periférica y a emprender el camino hacia la inconsciencia. Entonces, los golpes cesan.

Oigo varias voces en chino. Algunas suenan nerviosas, a la defensiva. Otras, sosegadas, apacibles, con un tono carente de emoción que me resulta familiar. Androides.

Alguien ha llamado a los androides de seguridad.

—¿Estás bien, *moy drug?* —Fyodor se agacha a mi lado.

Me incorporo y escupo en el suelo.

—De puta madre.

Él se ríe. Cree que es sarcasmo.

Dos androides me ayudan a levantarme. Ya no hay ni rastro de mis

atacantes. Fyodor me acompaña, y Li Qian, todavía en pie junto a su hija, me regala un gesto de aprobación al abandonar la sala de ocio.

No hay demasiado que los enfermeros puedan arreglar que no estén curando ya mis nanobots, así que se limitan a acompañarme a mi camarote, a limpiarme las heridas y a darme un sucedáneo de opioide para que me duerma mientras mi cuerpo se sana a sí mismo.

Cuando despierto, un androide me espera en pie al lado de la cama. Me pide disculpas en nombre de Yoyuz y me asegura que tales incidentes no volverán a ocurrir, que Liwei vuelve a estar operativa al 100% y que a partir de ahora su vigilancia no permitirá que ocurran este tipo de altercados.

—Espera un momento —consigo balbucear al incorporarme—. ¿Significa eso que ya podemos hablar con la Tierra?

—Sí, señor. El capitán ha anunciado el contacto hace unas horas.

—¿Y cuáles son las noticias? —Tengo que hacer un esfuerzo por no gritarle.

El androide sonríe. O, para ser exactos, pliega sus músculos artificiales de manera que las comisuras de sus labios se elevan y algunas arrugas aparecen bajo sus ojos.

—Los terrestres siguen vivos. Yoyuz todavía existe y los controladores espaciales han confirmado que podremos aterrizar en la fecha señalada.

XII

Liwei se encarga de que el resto del viaje transcurra sin percances.

Bajo la certidumbre de estar siendo vigilados por la IA y con el precedente de la última vez, los tres macarras deciden que no vale la pena buscar gresca. Aun así, trato de evitarles en la medida de lo posible y ocuparme de mis propios asuntos. Juego al mahjong y al mus con Li Qian y con quienquiera que se preste, veo películas rodadas en las décadas que pasé crionizado y paseo con Fyodor por el anillo cóncavo mientras él me cuenta alguna estupidez de su etapa de astronauta, como la dieta de eneldo a la que forzó a seguir a todo su equipo para eliminar los gases, y así evitar «convertir estación en prisión con olor a boñiga».

Llegamos a la órbita terrestre en febrero de 2188, tal y como estaba planeado.

Los dieciséis pasajeros nos apelotonamos en la cúpula para observar nuestro planeta a medida que nos aproximamos a él. En apariencia, nada ha cambiado. Reconocemos el Cuerno de África, allá donde las nubes nos permiten ver tierra, y es mientras me fijo en el amarillo intenso de las llanuras somalíes cuando siento una presión familiar en el esternón. El miedo a volar ha vuelto. Mejor que vaya al baño antes de que el descenso comience.

Un transbordador de Yoyuz, no muy diferente a un avión de carga de mis tiempos, nos espera en la órbita LEO. Para asombro de Fyodor, el acoplamiento con la Lièhùzuò es dirigido por las IA de ambas naves.

—Que yo recuerde, contacto entre dos vehículos espaciales era operación más complicada para ser humano —medita con la frente pegada al cristal—. Era imposible memorizar número de fallos potenciales que podrían ocurrir, solo quedaba confiar en preparación y pericia de piloto. Ahora, capitán solo tiene que reclinarse en asiento a comer palomitas mientras deja a robots hacer. ¿Qué más vamos a encontrarnos ahí abajo?

Una vez el acoplamiento ha finalizado, Liwei anuncia que faltan cuarenta y cinco minutos para la fase GECO; o, en otras palabras, que

la Lièhùzuò dejará de girar sobre sí misma y entraremos en estado de ingravidez. Regreso a mi camarote, donde uno de los androides me coloca una escafandra de seguridad, me indica que me tumbe sobre la cama y me abrocha varios cinturones. Permanece a mi lado durante el proceso de apagado del motor gravitatorio, primero sentado en el suelo y después flotando por encima, sin más medida de protección que su mano agarrada a la pata del escritorio.

Aunque la gravedad desaparece poco a poco, eso no evita que se me revuelva el estómago y que me sienta como si la sangre se me hubiera subido a la cabeza. Sé que es normal, ya lo experimentamos al salir de la Tierra, así que no le doy importancia. Lo que sí me asusta es la cantidad de objetos pequeños flotando por el interior de la nave. Tornillos y tuercas, pelusas, trozos de plástico, virutas de metal… ¿es que ha habido una avería?

—No se preocupe, Urquiza xiānshēng —interviene el androide al detectar mi inquietud—. Es solo la basura acumulada en la nave en los últimos cuatro años, liberada por la ingravidez. En realidad viene bien para hacer limpieza.

Tras el aviso correspondiente de Liwei, cada androide acompaña a su pasajero durante la entrada al transbordador. Comparados con los robots, los humanos somos torpes y nos cuesta impulsarnos en la dirección adecuada, pero gracias a su ayuda conseguimos cruzar la escotilla sanos y salvos. Nos dirigen a nuestros asientos, comprueban nuestros cinturones de seguridad y desaparecen.

Al poco tiempo, el transbordador pone rumbo hacia nuestro planeta. Al introducirnos en la atmósfera terrestre, las ventanillas se iluminan con una luz de intenso color naranja, los asientos vibran con violencia y el ruido se vuelve tan ensordecedor que dejo de oír los gritos de Mei a mis espaldas. O tal vez sea yo quien está gritando.

La locura dura solo unos segundos, al cabo de los cuales la aeronave se endereza e inicia el proceso de aterrizaje de forma mucho más suave, no muy diferente a como lo haría un avión comercial. Quién me hubiera dicho que me alegraría de volver a tener esa sensación.

Tras una media hora sobrevolando el océano a cada vez menos

altitud, tocamos tierra.

«Bienvenidos a casa —dice la IA del transbordador por los altavoces, primero en chino y después en un inglés de acento desconocido para mí—. Son las 6:43 del domingo 13 de febrero de 2188. Acabamos de aterrizar en el espaciopuerto de Shanghái. Por favor, permanezcan con los cinturones abrochados hasta el fin del rodaje».

Una vez la aeronave se detiene, la IA nos indica que abandonemos el avión según nos vayan llamando, y que accedamos a los taxis de manera individual para nuestro traslado a las instalaciones de Yoyuz. Levanto la vista hacia Fyodor y él me devuelve la misma mirada de incomprensión.

—¿Es aquí donde decir adiós? —me pregunta.

—Estoy seguro de que nos veremos en un rato, amigo.

No las tengo todas conmigo, pero lo último que me apetece es una escena de las suyas para despedirnos.

La salida del transbordador no da a una escalera que baja a pista, ni tampoco a una pasarela de acceso a una terminal. Recalo en una pequeña cabina metálica, muy parecida a un ascensor, donde me espera una maleta de mano con mis escasas pertenencias. Las puertas se cierran tras de mí y, para mi horror, la cabina se eleva con suavidad hasta unirse a una fila aérea de enormes drones con hélices. Me las había prometido muy felices sentado en el asiento trasero de un taxi terrestre.

Con las manos temblorosas, busco un asiento o un cinturón de seguridad. No hay ninguno. Tras arrodillarme y concentrarme en respirar durante unos minutos, reparo en que no son necesarios porque el vehículo, a pesar de alcanzar una velocidad considerable, nunca frena ni acelera tanto como para que los pasajeros necesiten ir amarrados. Los drones deben de estar interconectados y, por tanto, los cambios de velocidad son suaves y el riesgo de accidentes es nulo. O eso quiero suponer.

Reuniendo todo el valor del que soy capaz, me asomo por la ventana.

Joder, he conocido lunas que estaban más cerca de su planeta que

yo ahora mismo del suelo. No me atrevo a calcular la distancia, pero la altura es tal como para no poder percibir los cambios que se han producido en la superficie terrestre.

Solo puedo concluir que vuelo sobre una ciudad que se expande en todas direcciones, hasta donde la vista alcanza. Es un panorama sobrecogedor, aunque no muy distinto al de 2011, cuando mi empresa me obligó a volar a Shanghái para revisar la implantación de un sistema ERP en una fábrica del extrarradio y… oh, espera, no todo es igual. La nube permanente de contaminación ha desaparecido, dejando a la vista un limpio amanecer.

El dron reduce su altura, cruza un amplio río y me dirige hacia una zona de rascacielos que, por las miradas furtivas que dirijo al exterior, reconozco como Pudong, el distrito financiero de la ciudad. Pese a su nueva apariencia y a mi mala memoria (la única vez que estuve aquí apenas me dio tiempo a dar un paseo a orillas del Huangpu), algunas de sus torres son inconfundibles.

Los nuevos edificios consiguen que la Pearl Tower o el Jin Mao, otrora los más altos de la ciudad, parezcan insignificantes a su lado. El resultado impresiona más por su contundencia que por su elegancia. Hubo un tiempo en el que cada nueva construcción era planeada con precisión y personalidad y que su inauguración era celebrada por sus habitantes, pero es difícil imaginar que esto haya continuado siendo así. Hay tantos mastodontes verticales, todos ellos tan sombríos y homogéneos, que da la sensación de que todos han salido del mismo molde.

El dron rodea Pudong, se introduce por una avenida desierta que avanza entre aquellos rascacielos inmensos y se detiene frente a uno de ellos. Para mi consternación, no lo hace a ras de suelo, sino a media altura entre la calle y la azotea. Agazapado en el centro de aquel cubículo, alcanzo a distinguir entre mis rodillas temblorosas como el edificio, además de ventanas en su fachada, también presenta compuertas. Y, a medida que nos acercamos, una de ellas se va abriendo para recibirme. Una vez el dron se ha acoplado a la pared mediante unos enganches metálicos, las puertas se abren. Lo hacen con suavidad, pero no la suficiente como para que mi pulso no se

dispare.

¿Qué pensaría Gabi si me viera ahora mismo, ovillado en el suelo de un ascensor volador, hiperventilando con la cabeza hundida en las rodillas y con la expresión de una cobaya en la boca de un mastín? Qué tontería. Gabi nunca se avergonzaría de mí, ni siquiera en estas circunstancias.

Quien sí se abochorna soy yo, sobre todo al darme cuenta de que hay alguien al otro lado. Cuando aquella figura me tiende la mano, mi mirada se desvía hacia su brazo, tan escuálido que no parece real.

Pertenece a una joven sonriente, ataviada con un ajustado vestido blanco y tacones imposibles. Podría considerarse atractiva si no fuera por su extrema delgadez.

—Bienvenido, Urquiza xiānshēng. ¿Se encuentra usted bien?

Tras comprobar la estabilidad del suelo, me levanto y me apresuro a salir de aquella máquina infernal. Un gato bajo la ducha tiene más dignidad que yo en estos momentos.

—Buenos días —respondo, parco.

Las puertas se cierran a mis espaldas y me provocan un sobresalto. Ella tiene la gentileza de fingir que no se ha dado cuenta. Se da la vuelta y me pide que le acompañe. Yo, con más curiosidad que modales, la pregunto quién narices es.

—Eso depende de usted. ¿Qué nombre me pondrá?

Ya he pasado por esto una vez. Cambiar de época lleva consigo tener que adaptarse con rapidez a costumbres nuevas, y no siempre es necesario entenderlas. A veces, lo mejor es dejarse llevar.

Le propongo el primer nombre que me viene a la cabeza.

—¿Qué le parece Helena?

—Me encanta. Todo un halago por su parte.

La mujer hace un gesto que interpreto como un saludo. Codo pegado al costado, antebrazo levantado hacia un lado, palma abierta y dedos estirados. Su raquítico cuerpo se inclina unos grados hacia el otro lado. No puede ser una postura cómoda. Yo me limito a alzar la mano, como quien saluda a un compañero de oficina por obligación.

—Encantada de conocerle, Urquiza xiānshēng. Soy una ginoide propiedad de Alicent Group y he sido subcontratada por Yǒuxiàn

Yǔzhòu para guiarle en su llegada al futuro. Mi código de identidad es G67CHAG3945, pero durante los próximos tres días atenderé por Helena, tal y como hemos acordado.

Una ginoide. Ahora entiendo mejor lo del nombre. Debí haberme dado cuenta por su aspecto. Pese a que sus acabados son indistinguibles de un ser humano, su delgadez no puede ser natural. ¿Será así como se construye ahora a los androides? ¿O acaso es este el canon de belleza del futuro?

El aspecto interior del edificio no difiere mucho del externo. Avanzamos por pasillos de paredes compuestas por bloques de hormigón gris que nadie se ha molestado en pintar. La iluminación es un tanto exagerada, como si intentaran compensar la falta de claridad natural. Apenas hay ventanas, la decoración brilla por su ausencia y nuestras pisadas, en especial las de Helena, producen eco al repiquetear contra el suelo de cemento. Es un interior algo chocante, pero tampoco inconcebible. Inesperado, a lo sumo, como una iglesia con paredes de gotelé.

—A muchos viajeros del pasado les desagrada este estilo arquitectónico —dice la ginoide al percibir mi expresión escéptica—. A decir verdad, hay una buena razón para explicarlo. Sin embargo, no podría exponérsela sin contarle otros asuntos antes, y esa es precisamente la razón por la que estoy aquí. Mi objetivo es que usted entienda el mundo de hoy y pueda abandonar las instalaciones de Yoyuz este miércoles estando preparado para la vida en 2188.

«Me da igual todo eso, señorita. Solo dígame si puedo reencontrarme con mi hijo».

Venzo la tentación de preguntárselo. Lo más probable es que su programación no le permita darme una respuesta satisfactoria. Además, la experiencia me ha enseñado que es mejor informarse sobre el nuevo presente antes de dedicarse a buscar como un pollo sin cabeza. Quizás esta introducción de tres días sea justo lo que necesito.

Me lleva hasta una sala angosta, tan gris como los pasillos. Aparte del suelo y las paredes de hormigón, tan solo hay una camilla a un lado, un pequeño armario metálico al otro y un aseo al fondo. No tiene ventanas y la única luz proviene de un tubo mortecino en el

techo.

—Túmbese, por favor.

—¿Es un reconocimiento médico?

—No, ya he analizado su salud mientras caminábamos hasta aquí. Está usted sano, excepto por el cáncer que ha desarrollado en el hígado.

A pesar de su tono casual, aquellas palabras me alarman.

—Nada de lo que asustarse, Urquiza xiānshēng. Es normal que sus nanobots no hayan podido evitarlo, teniendo en cuenta la radiación a la que ha sido expuesto durante el viaje. Ahora mismo procederé a extirparle el tumor. En un par de horas estará usted como nuevo.

—¿Lo hará usted misma?

—Sí, señor. Por cierto, sé que en su tiempo esto no era lo normal, pero debo prevenirle de que existen droides que no se toman bien que un humano dude de sus capacidades.

Permanezco unos instantes dubitativo, preguntándome si es sensato dejar mi vida en manos de un robot. ¿Debería salir corriendo de allí en busca de algún empleado humano?

—Si esto le ayuda a sentirse mejor, almaceno más de dos mil Zetabytes de información proveniente de cerebros de cirujanos de todo el mundo desde 2077. No me tiembla el pulso, no olvido datos y mi hardware repele y extermina virus y bacterias. Conmigo tiene usted un 99,997% de posibilidades de éxito, frente al 85,334% que ofrece un cirujano humano.

Visto así, puede que tenga razón.

—Lo siento, Helena. Haga lo que deba hacer.

—Por cierto, durante la anestesia también procederé a actualizar su CNI y a insertar esto en su cerebro.

Helena abre el armario de metal y una nube de aire gélido escapa de su interior. Extrae un recipiente metálico sin tapa y me enseña su contenido. Se trata de una bola gelatinosa de color verdoso del tamaño de un garbanzo. Por mucho que me encuentre ante la mejor cirujana del planeta, las palabras «insertar» y «cerebro» sonarían mejor si no fueran juntas en la misma frase. Ella, por supuesto, detecta mi nerviosismo.

—No es muy diferente a un teléfono móvil o a unas lentes —dice, restándole importancia—. Sirve para conectarse a *Hedonet*.

—¿Hedonet?

—La red global. Para que usted me entienda, una especie de internet. Lo comprobará por sí mismo en breve.

Se me ocurre otra duda, algo que tal vez no pueda esperar. Mejor evitar malentendidos.

—Espera, Helena… ¿quién paga todo esto? No sé si puedo permitírmelo.

—No debe nada a nadie, Urquiza xiānshēng.

—¿Y a cuenta de quién corre este gasto?

—Los gastos de implementación forman parte de la cuota que pagó usted en 2065. En cuanto al coste del producto en sí, deje que lo compruebe. —Helena se queda inmóvil y hace una pausa de dos segundos antes de continuar—. Este chip orgánico fue producido en unos laboratorios a las afueras de Quanzhou, en la provincia de Fujián, bajo la supervisión del androide A53CHXM6132.

—Y ese androide… ¿a quién pertenece?

—Según su código, es propiedad de Xiamen, una empresa pública con licencia para fabricar chips orgánicos.

—¿Significa esto que el Gobierno de China me ofrece el chip gratis?

—No es una oferta, Urquiza xiānshēng. Es un chip obligatorio.

—¿Y si me negara a ello?

—Tendría que informar a las autoridades y sería sometido a un juicio rápido. Quizás su condición de viajero del pasado suavizara su condena, pero lo normal en estos casos es la pena de muerte.

Ahora todo tiene más sentido. Dejarte controlar por el Gobierno o morir.

No puedo volver a ver a Gabi si estoy muerto, así que va a tener que ser lo primero.

XIII

Despierto en la misma sala.

No tardo mucho en recordar qué hago aquí, la única duda es cuánto tiempo he permanecido inconsciente. Sin ventanas al exterior no hay manera de saber qué hora es.

La ginoide tiene cogida mi mano entre las suyas y me contempla con una expresión parecida a la ternura.

—Ha ido todo bien, Urquiza xiānshēng. Su cáncer ha sido extirpado y ya está usted conectado a Hedonet. Ahora sí, bienvenido al futuro.

Confundido, me fijo en nuestras manos entrelazadas.

—No tengo ningún interés sexual en usted, señor —aclara—. Solo sé que a los humanos les reconforta el contacto en momentos de tensión y que usted no tiene a ningún familiar cerca.

—Muy amable por tu parte, Helena.

Me incorporo y me concentro en las sensaciones. Un ligero mareo, pero nada de molestias. Reparo en que ya no llevo el uniforme de aterrizaje de Yoyuz, sino un traje de factura clásica con solapas de terciopelo y pajarita negra de raso a juego. A juzgar por su tela fina, suave y agradable al tacto, es de los caros. Bastante mejor que aquellos de material sintético que, para desesperación de Andrea, solía comprar en las rebajas de El Corte Inglés.

—¿Qué significa esto?

—No todos los días viaja uno al futuro. La ocasión lo merece.

«Cosas del futuro», pienso de nuevo y, sin darle más vueltas, me pongo en pie. Tengo sed.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Helena entra en el cuarto de baño y vuelve con una botella de agua de un litro. Ya hidratado, el mareo desaparece.

—Helena, me encuentro sorprendentemente bien. ¿No debería sentir algo distinto tras una operación de hígado y la implantación de un chip en el cerebro?

La ginoide entorna los ojos.

—No sé, ¿se refiere a algo así?

La puerta se abre de golpe y la temperatura sube varios grados de repente. No me da tiempo siquiera a preguntar qué ha ocurrido, pues alguien —o algo— entra en la sala y me deja sin palabras.

Se trata de un animal muy extraño. Su cuerpo, una mezcla entre león y caballo, está recubierto de escamas de pez. Además, tiene cola de lagarto y su cabeza está coronada por una enorme cornamenta de ciervo. A medida que avanza hacia nosotros, va desprendiendo llamas por su lomo y emitiendo sonidos guturales al ritmo de una pegadiza melodía.

Al llegar a nuestro lado, deja de canturrear y le habla a Helena.

—Busco a don Miguel Urquiza Hernández. —Su voz retumba como si poseyera una infinidad de cuerdas vocales.

—Aquí lo tienes —contesta ella, que no parece en absoluto sorprendida.

El bicho me mira con sus ojos felinos y solo dice una palabra.

—Monta.

No estoy soñando.

No, no lo estoy. Lo sé porque distingo las líneas de las palmas de mis manos. Porque si me tapo la nariz no puedo respirar. Porque el puto aliento de esa bestia huele a bacalao a la vizcaína, lo cual es demasiado absurdo incluso para un sueño. Tal vez la pastilla que me dio la ginoide sirva para algo más que anestesiarme.

—¡Monta! —insiste el león-caballo-lagarto-ciervo. No resulta ser un animal paciente.

Miro a Helena, que se encoge de hombros y sonríe.

Me ayudo de la camilla para encaramarme a él. Ha tenido el detalle de dejar de llamear para que me pueda subir a su lomo. Aunque su piel escamosa es dura como la de un cocodrilo, puedo sentir su calor y sus jadeos como si de un mamífero se tratara. Antes de que pueda preguntarme qué ocurrirá a continuación, la bestia se da la vuelta, se abalanza sobre la puerta y galopa a lo largo del pasillo de hormigón.

—Agárrate bien a mis crines —dice su voz multiplicada, y esta vez creo prudente hacerle caso de inmediato.

Al llegar al final del pasillo, las compuertas que dan paso al exterior

se abren. Debería estar aterrorizado, pero me siento demasiado aturdido como para ser capaz de albergar otro tipo de emociones.

El bicho llega al borde del edificio y salta al vacío. Encoge sus patas y se precipita hacia abajo de cabeza. Yo cierro los ojos y pongo todo el cuerpo en tensión durante los interminables instantes que perdura la sensación de vacío en el estómago. Una vez mi cuerpo se acostumbra a la caída, abro los ojos y, ahora sí, entro en modo pánico.

El suelo se acerca a gran velocidad, tanto que ya puedo distinguir las grietas de la calzada. Por suerte, ahora son las crines del animal las que me sujetan a mí, enrolladas en mis brazos como serpientes. De lo contrario, ya me habría soltado. Lo único que puedo hacer es cerrar los ojos de nuevo y gritar.

Lo siguiente que siento es una vibración bajo mis muslos que proviene de las entrañas de la criatura, acompañada de un rugido ensordecedor. Me atrevo a echar un vistazo y veo que está escupiendo fuego hacia el suelo para suavizar nuestra caída.

El truco parece funcionar. Aterrizamos con la elegancia de una gimnasta rusa en los juegos olímpicos.

—Que pases un buen día, Miguzas —me suelta una vez me bajo de su lomo, y desaparece avenida arriba con un trote casual.

Le sigo con la mirada hasta que se pierde en la distancia, y entonces oigo una voz tras de mí.

—¿Qué le ha parecido?

Es Helena, que de alguna manera ha conseguido descender a la calle en casi el mismo tiempo.

—Creo que vas a tener que explicarme muchas cosas.

—Para eso estoy, cielo… —hace una pausa—, si es que puedo llamarte así. ¿Te apetece dar un paseo?

Sin esperar a mi respuesta, me agarra del brazo y tira de mí.

La superficie de la avenida es un lúgubre desierto de asfalto. No hay vehículos terrestres ni peatones, ni siquiera escaparates o cristaleras en la planta baja de los edificios a través de los cuales podamos divisar algún ser humano. Nuestra única compañía es el zumbido ocasional de algún dron sobre nuestras cabezas, además de la sombra eterna de los rascacielos de hormigón.

Paseamos por el centro de la calzada, Helena asida a mi brazo con las dos manos. Va muy pegada a mí, como si necesitara ayuda para caminar con sus tacones de medio palmo.

—Has sido muy valiente, Miguel —me adula. Resulta obvio que su creador sabía cómo programar el flirteo—. La mayoría de los viajeros del pasado se niegan a tocar al qilin. Hubo uno que incluso sufrió una taquicardia y hubo que devolverle al Plano Ordinario.

—¿El Plano Ordinario?

—El mundo físico. El lugar donde estabas cuando me conociste.

—¿Quieres decir que todo esto no está sucediendo de verdad?

—Miguel —añade ceremoniosamente, y se detiene. Me mira a los ojos, se acerca hacia mí con lentitud y me rodea la cintura con aquellos brazos que, aunque parecen palillos, transmiten una fuerza inesperada. Permanezco inmóvil unos segundos, pero, al ver que no se retira, le devuelvo el abrazo. Sus pechos, menudos y firmes, se clavan en mi estómago. Su pelo, a la altura de mi barbilla, huele a fragancia de cereza y almendra, igual que el champú que solía utilizar Andrea —. ¿Es que te parece que esto no es real?

—¿Dónde estamos? —pregunto. Mi voz suena acobardada, desprovista de la fachada de confianza que acostumbro a fingir.

Se separa de mí y señala en rededor con el brazo.

—Esto es Hedonet.

Por alguna razón que no alcanzo a entender, siento vértigo. La sensación no es muy diferente al miedo a volar.

—¿Estoy encerrado aquí?

—No, tranquilo. Puedes volver al Plano Ordinario cuando quieras. Todavía no sabes cómo hacerlo solo, pero yo te enseñaré.

De repente, nos desvanecemos y aparecemos en la misma sala estrecha de antes. Ahora estoy en ropa interior, tumbado en la camilla. Tengo el torso afeitado y una cicatriz reciente sobre el hígado, acompañando a la antigua de mi pecho. Hace calor y siento náuseas.

Helena, en pie a mi lado, apoya su mano sobre mi hombro.

—Hedonet es un universo alternativo, fiel sustituto de la realidad. La mayoría de las personas pasan más tiempo allí que en el Plano

Ordinario. También lo llamamos Plano Subreal, aunque cada día más gente se pregunte por qué. Volvamos a él, así lo entenderás todo mejor.

Dicho y hecho. En una fracción de segundo, volvemos a caminar por las lóbregas calles de Pudong. El malestar físico ha desaparecido.

—Sé que vienes de 2064, Miguel. —Helena sigue agarrándome el brazo—. Hedonet no fue implementado hasta bien entrado el siglo XXII, así que primero debería resumirte todo lo que pasó entre medias para darte contexto.

Asiento en señal de conformidad, todavía demasiado aturdido como para formular preguntas específicas, y ella comienza su clase de historia.

—Algunos humanos creen que las IA os salvamos la vida. Otros te asegurarán que somos los culpables de que viváis enjaulados en Hedonet. El caso es que nunca puede llover a gusto de todos. En eso, el mundo no ha cambiado.

—¿Qué ocurrió, Helena?

—Veamos… ¿recuerdas la Guerra Fría Occidental? ¿La Guerra de Datos?

Asiento, aunque lo cierto es que no me suena haber escuchado esos nombres. Supongo que no presté demasiada atención en su momento.

—Ambas acabaron convergiendo en una sola gran guerra. Todo comenzó cuando el nuevo líder del Cinturón Asiático, desesperado por poner fin a una situación que ya se extendía décadas, apoyó a varios regímenes totalitarios occidentales para socavar la autoridad del Comité de los 400. Sin embargo, en lugar de debilitarlos, consiguió enfurecerlos hasta el punto de que estos cruzaron la peligrosa línea de las amenazas nucleares. La guerra, de repente, se volvió más real para todos. Ya no se trataba de esporádicos ataques informáticos, coacciones a gobiernos o historias de espionaje. A finales del siglo XXI, el riesgo de ataque nuclear entre la élite globalista y el Cinturón Asiático era mayor que nunca.

—¿Se llegó a producir algún ataque?

—Deja que te muestre algo —murmura con solemnidad, y me indica que giremos a la izquierda en el siguiente cruce.

Al hacerlo, abandonamos Shanghái.

Los enormes rascacielos se ven sustituidos por antiguos edificios color crema de tres o cuatro plantas, el suave frío se convierte en un bochorno insoportable y las grises y silenciosas avenidas desaparecen para dar paso a estrechas y bulliciosas callejuelas llenas de gente.

Se trata de un mercadillo urbano. Los puestos venden artículos de lo más variado, desde ropa y artesanía hasta alimentos a granel, aparatos electrónicos o libros antiguos. No reconozco el idioma que usan los tenderos al gritar a la gente que se apelotona frente a ellos, pero varios letreros en hebreo revelan que nos encontramos en Israel, algo que también explicaría el intenso olor a comida mediterránea proveniente de múltiples puestos de falafel.

—Mercado de Bezalel, Tel Aviv —confirma Helena—. 12 de junio de 2099.

—¿Hemos viajado en el tiempo?

—No, Miguel. Solo es Hedonet.

Asiento, sin entender del todo y preguntándome si Hedonet es la simulación que llevo buscando desde que salí de 2019. ¿Será posible aparecer como por arte de magia en el Madrid de mis días?

—Ven, en lo alto de ese edificio sirven un café exquisito.

Dejo de lado mis cábalas por el momento y obedezco.

Subimos unas estrechas escaleras, un tanto decrépitas, que dan a una coqueta cafetería familiar asentada en una azotea bañada por el sol. Helena se abre paso hacia la barra y pide dos cafés *kar*, algo que, aunque suena exótico, no es más que un café con hielo (eso sí, bastante mejor que aquellos a los que me han sometido americanos y chinos). Una vez servidos, me lleva de la mano hasta el borde del edificio, donde nos apoyamos en una barandilla de metal descascarillado a tomárnoslos mientras disfrutamos de las vistas del casco antiguo y de la frescura de la brisa marítima.

Aguardo con paciencia a que retome su historia, pero ella tiene otros planes.

—Yo que tú me terminaría pronto ese café —me advierte tras un par de sorbos. Después alza la vista hacia el cielo con las manos, formando una visera sobre sus ojos.

La imito.

Una formación triangular de aviones militares sobrevuela la ciudad a gran altura, tanta que ni siquiera los oímos.

Me llevo la taza a la boca, pero mis labios nunca llegan a tocarla.

De repente, todo es luz. Un resplandor blanco se extiende en todas direcciones y solo me permite distinguir las siluetas de las figuras más cercanas a mí. El ruido que sigue a continuación me sacude los huesos. Me tapo los oídos y me agacho, como si así pudiera protegerme de aquella fuerza devastadora que me levanta y me lanza hacia atrás.

Aterrizo en la calle, tres pisos más abajo. El impacto es doloroso, pero no sufro ni un rasguño. Sin tiempo para ordenar mis pensamientos, miro a mi alrededor.

Una nube de polvo, tan densa que casi cuesta caminar a través de ella, lo cubre todo. Doy un par de pasos temblorosos, sin rumbo y sin apenas distinguir nada. Llamo a Helena a grito pelado. La ginoide no aparece.

No reparo en el pitido que abotarga mis oídos hasta que empieza a remitir. Es entonces cuando escucho otros ruidos: explosiones, derrumbes, el furioso crepitar del fuego. Heridos gritando de dolor, largos gemidos de angustia, niños llorando que llaman a sus padres.

La luz del día no regresa. La nube de polvo se disipa un poco, dejando a la ciudad sumida en unas tinieblas desvaídas, de tonos agrios, como una tormenta de arena en un desierto rojo. Un tono adecuado para lo que estoy a punto de presenciar.

Cuerpos quemados. Niños atrapados entre los escombros. Un hombre de mirada vacía, apoyado en una pared derruida mientras ve sus entrañas caer.

Una mujer desnuda avanza arrastrando los pies. Al principio no sé por qué camina con los brazos levantados, es solo al verla de cerca cuando entiendo que lo hace para no tropezarse con la piel que cuelga de ellos. Al verme, se acerca hacia mí y me pide agua. Con un hilo de voz, contesto que no tengo.

Entonces, Helena aparece por detrás y le ofrece un vaso. Ella se lo bebe, cae de rodillas y muere a nuestros pies.

La ginoide vuelve a cogerme del brazo, como si nada hubiera ocurrido, y prosigue el paseo entre los escombros. No estamos heridos, ni siquiera manchados de polvo. Tanto mi traje como su vestido siguen impolutos. Aunque la experiencia es extraña, no lo es más que volar a lomos de una bestia del folclore chino. No es mi presencia aquí lo que consigue que me tiemblen las rodillas y que sienta náuseas. Es la destrucción y la tragedia; la certeza de que no se trata solo de una simulación, de que esto pasó de verdad. ¿Quién pudo permitir tal barbarie y por qué?

—La bomba atómica que cayó sobre Tel Aviv mató a casi medio millón de personas —dice Helena. La niebla y el horror van desapareciendo a medida que habla —. Incluidos varios líderes del país.

Cuando la bruma termina de despejarse, nos encontramos de nuevo caminando por las avenidas desiertas de Pudong. El zumbido de los drones ahí arriba se me antoja una dulce melodía en comparación con el espeluznante averno de donde venimos. Respiro hondo, aliviado por no tener que presenciar más dolor, aunque sepa que ignorarlo no cambiará lo que sucedió.

—¿Fue un ataque antisemita?

—No, más bien tuvo que ver con el hecho de que el Comité de los 400 tuviera su sede allí.

—¿Quién lanzó la bomba? ¿Hubo respuesta?

—Nadie reivindicó el ataque, y las investigaciones posteriores no fueron concluyentes.

—¿Esperas que me crea que, con la tecnología de aquel momento, fue imposible determinar el origen del avión que dejó caer la bomba?

—¿Quién ha dicho que procedía de un avión? Quizá los reactores que viste solo pasaban por allí para despistar.

—Pero supongo que estaba claro que el ataque llevaba la firma de algún país nacionalista o del Cinturón Asiático.

—Ahora sabemos que el proyectil había despegado desde Wedian, la capital de Egipto, que era un país simpatizante del Cinturón Asiático. Solo puedo decírtelo ahora porque ya no importa.

—No entiendo.

—Miguel, ningún humano dio luz verde al ataque.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez en 2064 oyeras hablar de la UNPNW, el órgano de la ONU para la prohibición de armas nucleares.

—No me es familiar.

—A finales del siglo XXI, muchas empresas y organismos internacionales empezaron a contratar a droides inteligentes para desempeñar puestos de importancia. En el caso de la UNPNW, hubo máquinas que llegaron incluso a formar parte de la junta directiva.

—Pensé que los robots solo desempeñaban tareas sencillas y repetitivas, que los trabajos de dirección necesitaban el discernimiento humano.

—Así fue al principio, pero pronto se demostró que las IA eran capaces de imitar o incluso mejorar el comportamiento de las personas más formadas. Aunque las empresas privadas fueron las primeras en darles puestos de responsabilidad, las instituciones no se quedaron atrás.

—¿Y qué tiene que ver esto con el ataque a Tel Aviv?

—Las IA en la cúpula de la UNPNW estaban programadas para una misión clara: evitar una guerra nuclear. Y juntas decidieron que la mejor forma de hacerlo era ofrecerle al mundo una pequeña demostración de lo que un ataque de tal magnitud puede ocasionar.

—No puede ser. Una de las primeras leyes que las IA deben obedecer es no hacer daño a los humanos.

—Y por eso ningún androide o ginoide apretó el botón que dio la orden de ataque. Lo único que hicieron fue persuadir a las personas adecuadas de que esta era la mejor estrategia.

—¿Cómo pudieron convencer a alguien de tal barbaridad?

—Estamos hablando de la época en que la amenaza de las *real fakes* todavía no era muy conocida. Nadie podía sospechar que la persona que tenía enfrente no era quien aparentaba ser. Una herramienta de engaño muy poderosa que marcó el fin de una era. Obviamente, desde entonces usamos identificadores digitales para evitar situaciones parecidas.

La historia me suena. Recuerdo que en 2019 ya se hablaba de *deep*

fakes. Vídeos falsos, pero tan realistas que podían poner palabras peligrosas en bocas equivocadas. Nunca me imaginé que evolucionarían tanto, y mucho menos que serían utilizadas para asesinar a millones de personas.

—¿Funcionó el plan de las IA?

—A las mil maravillas. Ellas sabían que el mundo había olvidado los desastres de Hiroshima y Nagasaki, y que una pequeña bomba serviría para recordárselo.

—¿Una pequeña bomba? —repito con retintín—. ¿Es que las IA también sufrís de culpa histórica?

Helena ignora mi pulla.

—Ten en cuenta que el arsenal que ambos bandos manejaban era mucho más potente que el usado en Tel Aviv, y que nunca se hubieran conformado con enviarlas de una en una. Las IA lo tuvieron claro. O provocaban el desastre una vez, o se arriesgaban a que ocurriera cien veces. Asesinas o salvadoras, qué más da. El caso es que sentaron las bases de una paz que todavía dura a día de hoy.

—¿Te permiten tus creadores justificar aquellos actos?

—No estoy justificando nada. Solo te estoy narrando los hechos. Un humano razonable te contará la misma historia.

Me pregunto por qué Helena ha sido programada para pensar así. ¿Habrá robots en este mundo que sí condenen lo ocurrido? Una IA sigue siendo un producto humano, no se puede librar de nuestros sesgos con tanta facilidad.

—¿Y qué tiene que ver el final de la guerra con Hedonet?

—La paz fue lo que desencadenó su creación. Tel Aviv significó el final a casi un siglo de tensiones, una oportunidad perfecta para que los mandatarios de los países más poderosos se juntaran a reflexionar sobre la mejor manera de evitar nuevos enfrentamientos.

—¿Y decidieron que lo mejor era crear una simulación de la realidad?

—No exactamente. Fueron capaces de admitir que un grupo de humanos es más propenso a vivir en paz con otro cuando ambos tienen un enemigo común. Tras lo sucedido, decidieron que las IA librepensantes eran ahora el principal enemigo de la humanidad, y

que solo había una forma de vencerlas: luchando juntos.

—Te equivocas en algo, Helena. Los humanos ya han luchado varias veces contra un enemigo común. Por ponerte un ejemplo de mis tiempos, el cambio climático no consiguió unir a nadie.

—La destrucción medioambiental no es el enemigo de la humanidad, sino el resultado de sus propias acciones. Ahora, el rival tenía una cara visible.

—Entiendo.

—Hedonet era un proyecto ambicioso que mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, unificaba a todos los países en una misma realidad, creaba una mente colmena que estaba más preparada para luchar contra una inteligencia superior. Por otro, solucionaba el problema de la irrelevancia de las clases medias. Para aquellos que llevaban décadas quejándose de vivir en la inmundicia de la Renta Universal Básica, Hedonet les proporcionaba una oportunidad de ser alguien. En el Plano Subreal no existía el dinero, no había límites físicos y podías adquirir la apariencia que desearas. El chip orgánico consigue estimular las mismas áreas de tu cerebro que una experiencia real, así que ¿dónde está la diferencia? La humanidad por fin tuvo acceso a un mundo donde no solo la supervivencia contaba. Hedonet les devolvió la vida.

—¿Algo así como una simulación de un mundo mejor?

—Es mucho más que eso. Hedonet es la realidad principal para el noventa y ocho por ciento de los habitantes de la Tierra. Se basa en las memorias de todos los humanos y es gratis para todos.

—¿Y cómo sobrevive el cuerpo de esas personas en el Plano Ordinario?

—Depende de donde vivas. En Europa, por ejemplo, a los gobiernos todavía les lastra un profundo sentimiento de culto al cuerpo. Cuentan con un ejército de robots sociales que tienen acceso a la vivienda de los ciudadanos para abastecerles de víveres y asegurarse de que están sanos. En China somos más prácticos. La población vive en residencias como la que acabas de ver, donde pueden estar conectados a varios tubos que les alimentan y recogen sus excrementos. Así, el mantenimiento es más fácil para el gobierno y los ciudadanos pueden

pasar más tiempo disfrutando con los suyos en el Plano Subreal mientras sus cuerpos están a salvo de catástrofes naturales, terrorismo ludita o pandemias.

Permanezco unos minutos en silencio, asimilando la información.

El mundo de 2064, aun siendo extraño para mí, era reconocible. Sin embargo, en 2188 me siento como un manatí tratando de entender un manual de inversión en criptomoneda.

Voy a tener que armarme de paciencia. Y Helena también, porque tengo una larga lista de preguntas para ella.

—Helena, antes mencionaste que Hedonet, además de servir como nuevo hogar a la gran mayoría, es usado para luchar contra las IA rebeldes.

—Así es.

—No entiendo cómo.

La ginoide se detiene de nuevo en medio de la calzada, me agarra con ambas manos bajo mis hombros y me mira a los ojos.

—Te lo explicaré, solo tienes que prometerme algo —dice.

Su sonrisa se ha borrado, algo que, para mi desconcierto, me infunde más respeto de lo que cabría esperar. Asiento, y ella continúa.

—Debes escucharme sin prejuicios. Ten en cuenta que no puedes juzgar el futuro con el criterio del pasado.

—Okey —acepto—. Pero basta con que me lo cuentes. Nada de sobresaltos esta vez, por favor.

Helena accede a mi petición, me hace un gesto para que continúe paseando y prosigue su historia.

—Antes mencioné que Hedonet funciona como una mente colmena. En realidad, esto no es así para todo el mundo. Igual que en la antigua realidad, hay un sistema de castas que define los privilegios a los que puedes acceder dentro del Plano Subreal. Por ejemplo, nosotros acabamos de viajar al pasado para ser testigos espectrales de la bomba de Tel Aviv, pero eso está al alcance de muy pocos. Todos empiezan desde cero en Hedonet y, para subir de nivel, necesitan reunir una serie de requisitos.

—¿Qué tipo de requisitos?

—Conocimientos, aptitudes, comportamientos, forma física… hay

todo un sistema global, unificado para todos los países.

—¿Y si no quieres ascender?

—No pasa nada. De hecho, solo el veinte por ciento pasa del primer nivel. El resto de la población está demasiado entretenida con las posibilidades que ofrece Hedonet como para malgastar su tiempo en formarse. Y, además, con el tiempo se ha generado cierta animadversión hacia aquellos de un nivel superior.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que tiene que ver con el hecho de que, cuando asciendes, adquieres las memorias en Hedonet de todas las personas del nivel inferior. Desde un punto de vista militar, el valor de una persona que pertenece a determinado nivel es igual al total de personas que conforman el anterior nivel.

—¿Militar?

—Recuerda que estamos en guerra con las IA librepensantes.

Creo entender un poco mejor la idea.

—¿Quieres decir que Hedonet es también una fábrica de soldados?

—Nunca lo habría expresado con esas palabras. Supongo que, de algún modo, así es.

—¿Y los que luchan contra las IA son los que se pasan todos los niveles?

—Bueno, esto no es un videojuego, pero la analogía no es errónea.

—A ver si lo he entendido bien… el miércoles, cuando termine mi introducción, mi vida pasará a transcurrir dentro del Plano Subreal.

—Sí, si así lo eliges. También puedes vagar por el mundo real, aunque lo cierto es que ya no hay mucho que ver allí.

—Y, una vez en Hedonet, tengo dos opciones, ¿verdad? O me limito a disfrutar de la vida, sin obligaciones ni necesidades que atender, o me dedico a estudiar para salvar a la humanidad de las máquinas.

—Hay más razones por las que la gente sube de nivel. Beneficios, prestigio, autorrealización…

—Y, si llego al último nivel, tendré un montón de información almacenada en mi memoria, pero eso tampoco significa que sea más inteligente que todo aquel de una casta inferior. ¿No es cierto?

—Más o menos. La estructura cerebral de cada uno nunca cambia,

aunque está comprobado que las personas con mayor coeficiente intelectual tienen mayores posibilidades de ascender. Además, como te dije, los ascensos te granjean beneficios. Y uno de ellos es la habilidad de leer los pensamientos de las castas inferiores.

Estas últimas palabras provocan que me detenga a pensar en las ramificaciones.

¿Cómo será vivir en un mundo donde algunos pueden saber con exactitud lo que piensas? Tal vez la privacidad se haya convertido en un lujo. Un bien por el que merece la pena luchar y ascender en la jerarquía de Hedonet.

—Recuerda, Miguel: sin prejuicios —dice Helena, entre divertida y alarmada, al ver mi expresión. Sigo caminando.

—¿A eso te referías con mente colmena?

—Eso es. La sabiduría que proporciona el repositorio mundial de recuerdos es necesaria, pero no suficiente. La única manera de estar a la altura de nuestro enemigo es mediante la coordinación de nuestras acciones. Los que llegan al último nivel deben poder comunicarse como uno solo, de la misma forma que lo hace una bandada de pájaros o una colonia de hormigas. Y, para ello, necesitan acceso al intelecto de los demás.

—¿Y esas son las personas encargadas de luchar contra las IA rebeldes?

—Entre otras muchas cosas. Ellos son los únicos que viven fuera del Plano Subreal, y solo a ellos se les concede el privilegio máximo, el de la reproducción.

—¿Y qué otras dedicaciones tienen, aparte de follar y de salvar al mundo de la rebelión de las máquinas?

—Se encargan de la preservación de la especie humana y de las IA leales. Ellos fueron los que consiguieron desviar la trayectoria del asteroide Diomedes en 2156, o los que idearon un sistema energético capaz de abastecer al mundo durante la tormenta solar de 2174.

No se me escapa que por fin la gente más preparada está a cargo del planeta. Sin embargo, no estoy seguro de que el precio a pagar para ello haya merecido la pena.

—No te voy a engañar, Miguel. Esto no lo oirás de manera oficial,

pero todo el mundo sabe que las personas en el último nivel son seres superiores. Una vez despiertas en el Plano Ordinario con tantos datos en tu cabeza, necesitas implantes no orgánicos para dar soporte a tal cantidad de información. Eso, unido a los demás implantes, nanobots o prótesis que puedan llevar en el resto del cuerpo para enfrentarse a los peligros de la realidad, los convierte de facto en una especie diferente, unos seres a los que los demás ya conocemos como posthumanos.

—¿En qué lugar os deja todo esto a las IA obedientes?

—Estamos aquí para servirles a ellos. Vivimos sobre todo en el Plano Ordinario, pero también nos dividimos en castas y, en función de nuestro nivel de inteligencia, podemos acceder a Hedonet en mayor o menor medida.

—Por lo que me has demostrado hoy, deduzco que tú eres bastante afortunada.

—Pertenezco a una empresa que requiere unos mínimos de calidad.

Seguimos caminando sin rumbo fijo por una avenida de igual aspecto que aquella donde se encontraba el edificio de Yoyuz. Podría ser la misma, no tengo modo de saberlo. Me quedo un rato pensativo, tratando de procesar toda la información que acabo de recibir. ¿Me encuentro más cerca de mi objetivo?

Si el mundo de 2188 es capaz de crear una simulación tan perfecta y compleja del pasado como Hedonet, puede que los implantes cerebrales sean ya capaces de habilitar las coordenadas del pasado que Wick mencionó. En ese caso, el problema para revertir la entropía estaría resuelto. La pregunta entonces sería: ¿dónde introducirlas?

No se me escapa tampoco que Helena ha dicho que está aquí para servir a los posthumanos, y que ahora mismo se encuentra a mi servicio. ¿Significa eso que gozo de los mismos derechos que la casta superior? ¿Facilitará eso mi acceso a una máquina del tiempo, si es que esta existe?

Decido que ha llegado la hora de sincerarse con la ginoide y de hacerle todas estas preguntas. Pero, antes, he de atender la llamada de la naturaleza. Parece ser que en el Plano Subreal también se mea.

—Helena, ¿te importa que volvamos al Plano Ordinario? Necesito ir

al baño antes de continuar con esta conversación.

—¿Y si te coloco un catéter y nos vamos a la playa?

—Estoy de acuerdo en lo de la playa. En cuanto a lo otro, prefiero la manera clásica.

Helena accede y, tras una breve pausa en el mundo real, nos volvemos a conectar a Hedonet.

Ahora nos hallamos recostados en sendas sillas plegables bajo una sombrilla, en una soleada playa de aguas turquesas, arena fina y brisa suave. La reconozco al instante.

Falasarna, Creta.

Helena ha elegido uno de mis recuerdos favoritos como escenario para nuestra siguiente conversación: las únicas vacaciones decentes que Andrea y yo tuvimos durante los seis años de vida de Gabi. Ha reproducido incluso la mesita de plástico entre ambos, sobre la que descansan un cuenco de patatas fritas, otro de aceitunas y dos botellines de cerveza Mythos fría. Por un momento creo que voy a ver a mi hijo jugando con su cubo de arena frente a nosotros, pero estamos solos.

No hay problema.

Siento que este viaje está a punto de llegar a su fin.

Pronto construiré todos los castillos de arena que a Gabi le apetezcan.

XIV

—Eres capaz de leerme la mente —le digo a Helena tras el primer trago de cerveza. No es una pregunta.

—Muy observador.

—Y también puedes transferir información a mi cerebro a través del chip orgánico que me implantaste.

«Correcto», afirma ella dentro de mi cabeza, y acompaña su mensaje con una sonrisa que ilumina su delicado rostro.

Siento que estoy sonrojando. Aunque he tratado de no fijarme en su cuerpo, sé que, en algún rincón de mi psique, ella podrá encontrar los esporádicos pensamientos que tuve hace unos segundos sobre lo escalofriante que resulta su esquelético y blanquecino torso en aquel bañador rojo de una pieza que no alcanza a llenar.

—Es normal que mi cuerpo te repugne. No te preocupes por ello.

—¿No te sientes ofendida?

—Las IAs hemos sido diseñadas para causar un ligero rechazo físico. Un recordatorio de que, aunque estemos aquí para serviros y haceros sentir bien, no somos del todo de fiar.

Aparto la mirada, intentando esconder mi vergüenza sin éxito. Hora de cambiar de tema.

—¿Por qué hemos tenido esta conversación? ¿No hubiera sido más fácil que descargaras a mi cerebro todo lo que necesito saber?

—Cuando aprendiste a nadar, ¿hiciste ese mismo día la prueba de los cuatrocientos metros mariposa?

—Entiendo.

—Poco a poco, Miguel. Acabamos de empezar. Para el miércoles, sabrás cómo salir y entrar a Hedonet y podrás defenderte por ti mismo.

—¿Y qué vendrá después?

Helena coge una aceituna, se la toma y se queda abstraída, como si se tuviera que pensar mi pregunta. Sé que es una farsa, que no necesita pensar nada y que ni siquiera necesitaba comerse esa

aceituna porque es una ginoide, pero supongo que lo hace para transmitirme la sensación de que no es una cuestión sencilla. Quizás insinúe que debo ser yo mismo quien decida lo que hacer con mi futuro.

—Tienes ahorros, ¿verdad? —dice por fin—. Fuiste prudente y abonaste una cantidad considerable al fondo de inversión de Yoyuz antes de tu viaje. Tras 126 años, tus activos se han revalorizado bastante.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de escuchar malas noticias?

—Eso depende de tus pretensiones. Si lo que esperas es convertirte en posthumano de la noche a la mañana, voy a tener que decepcionarte. El dinero es una condición necesaria, pero no suficiente.

—Solo deseo convertirme en posthumano si esa es la manera de conseguir mi objetivo.

—Quieres reunirte con Gabi.

Me incorporo sobre la tumbona y me giro hacia ella para mirarla de frente.

—Helena, dime lo que debo hacer.

Otra vez aquel gesto reflexivo. Tras la pausa, da un trago de cerveza y continúa.

—Como sabes, el pasado en Hedonet está formado por el conjunto de memorias humanas. Por desgracia, empezamos a registrar los recuerdos de los humanos en 2170, y, por tanto, no es posible visitar más allá de la primera memoria del humano más longevo, que data de agosto de 2033 y se reduce a una reproducción imprecisa y borrosa de una granja a las afueras de Puebla, en México. Y los primeros años, al haber menos gente y ser los recuerdos más lejanos, son de menor calidad. ¿No te diste cuenta de ello en Tel Aviv?

Lo cierto es que no noté ningún fallo, pero ese no es el tema.

—Ahora Hedonet tiene acceso a mi memoria —insisto—. Puede usarla para replicar el mundo de 2019.

—Quieres decir *tu visión* del mundo de 2019. En primer lugar, el Consejo de Arquitectura nunca aceptaría crear toda una era en función

de la perspectiva de un solo hombre, ya que esto produciría un sesgo en la manera que tenemos de interpretar aquellos años. Y, en segundo lugar, incluso si accedieran a hacerlo, Gabi no sería Gabi. Solo existiría de la forma que tú le percibías y en las situaciones de las que tú te acuerdas. Supongo que sabrás que nuestros recuerdos se adulteran con el paso del tiempo, por lo que sería una simulación terrible.

—No quiero una simulación, Helena. Mi destino es el pasado real.

Helena intenta contener una sonrisa.

—Perdona, no debería reírme, pero… imagina que un visitante de 1960 llega a tu época y pregunta dónde están los coches voladores. Así es como suenas ahora mismo.

—¿Quieres decir que los viajes al pasado no han sido inventados todavía?

—Ni lo han sido ni lo serán.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Puedes inventar sombreros para unicornios, pero de nada te servirá si los unicornios no existen.

—No entiendo.

—El tiempo, Miguel. Es el tiempo lo que no existe. ¿Cómo vas a viajar a través de él entonces?

—Ya lo hice para llegar aquí.

—Usaste un atajo al futuro, no un viaje.

—De acuerdo. ¿Dónde están los atajos al pasado, entonces?

—Lo que tú llamas pasado no es más que una herramienta de tu cerebro para entender una de las dimensiones del espacio. No es muy distinto a lo que ocurre con los colores. Sabías que no existen los fotones azules, ¿verdad? El color solo es la manera en que tu cerebro percibe cierta frecuencia.

—Pero Wick dijo…

—Es irrelevante lo que un robot del siglo pasado dijera, Miguel. Viajar al pasado es una contradicción, un absurdo. No hace falta que entre en detalles sobre las paradojas que se producirían. Y, si algo hemos aprendido sobre el universo, es que no hay lugar para imprevistos.

Ahí está la respuesta que buscaba.

Vuelvo a reclinarme en el respaldo de la silla. Ojalá tuviera puestas unas gafas de sol bien grandes para que Helena no pudiera adivinar mi expresión de desconsuelo.

Al instante, la ginoide me tiende unas gafas de aviador oscuras que saca de su bolsa de playa.

Se lo agradezco y me quedo un rato en silencio, con la mirada perdida en las dóciles olas del Mediterráneo, como si ellas me pudieran ayudar a asimilar mi fracaso.

—¿Y qué hago ahora? —pregunto al fin, con la voz quebrada. Si me da igual parecer desesperado es porque lo estoy.

—Haz lo que haría cualquier padre —responde con confianza, como si una ginoide lo supiera todo sobre paternidad. Bien pensado, seguro que sabe más que yo—. Enfréntate a la vida. Por suerte, ahora vives en una época en la que tienes dos realidades donde elegir.

—No sé si puedo aceptar haber llegado tan lejos para nada.

—¿Para nada? Miguel, naciste en 1981. Eres uno de los humanos más antiguos de la Tierra ahora mismo. Créeme cuando te digo que aquí no te faltarán oportunidades. Es cierto que deberás empezar en el nivel más bajo de Hedonet, pero eres inteligente y tienes dinero para permitirte implantes y un buen equipo que mejore tu experiencia virtual y tus posibilidades de ascender. Podrías convertirte en posthumano en cinco o seis años.

—¿Y si no me gusta Hedonet? ¿Y si prefiero vivir en el Plano Ordinario?

—No hay ningún problema, puedes permitírtelo. Aunque pronto te darás cuenta de que la realidad se ha quedado bastante vacía y puede resultar algo aburrida. Aprovecha todo lo que Hedonet puede ofrecerte, ya verás cómo te sorprenderá. Si te limitas a disfrutar del momento, estoy segura de que serás feliz aquí.

—No sé, Helena…

—Si lo que te preocupa es la presión por los ascensos, como te sucedía en 2019, que sepas que nadie está obligado a ello. Desde el primer nivel tus necesidades básicas estarán cubiertas y tendrás acceso a tanto entretenimiento que te resultará imposible aburrirte. Tal vez

desees superar tu miedo a volar, pilotar un F-16 y practicar salto base; o meterte en la piel de tus héroes de infancia en tus películas favoritas; o, simplemente, coleccionar cromos de pelota vasca. Las posibilidades son infinitas, Miguel. Hay una razón por la que la mayoría de los ciudadanos de Hedonet eligen quedarse en el primer nivel.

Ignorándola, me levanto y camino hacia el mar hasta que el agua cubre mis tobillos.

A Gabi le encantaba quedarse de pie en la orilla mientras las olas le enterraban poco a poco en la arena.

«Papi, ¿crees que si me quedo aquí mucho tiempo atravesaré la Tierra y saldré por el otro lado?».

Esta será la única manera que tendré de volver a verle. Dentro de mi cabeza.

Cuando siento los brazos de Helena abrazarme desde atrás, no puedo evitar romper en sollozos. Esta vez no los ahogo, solo agacho la cabeza y dejo que las lágrimas escapen a su gusto. Que resbalen por mi cara, que se pierdan en la espuma de las olas. Que naufraguen en la orilla. Tal vez aquel mar sea de mentira, pero mis lágrimas son muy reales.

—Miguel, ¿por qué haces esto? —pregunta Helena una vez mis ojos se han secado y he dejado de temblar. Ha permanecido abrazada a mí todo este tiempo, paciente y sin decir palabra. Tiene la cabeza apoyada en mi espalda y sus brazos cerrados con fuerza sobre mi pecho, como un bebé koala que se aferra a su madre. Aunque, en este caso, es ella la que cuida de mí.

—¿Por qué hago qué?

—Buscar a Gabi con tanto ahínco.

—¿Por qué preguntas, si puedes leerme el pensamiento?

—De acuerdo, olvídalo.

Entonces me doy cuenta de que, en realidad, ella no necesita oírlo. Soy yo quien necesita decirlo.

Está bien. Cierro los puños y me armo de valor. ¿Cómo explicarlo?

«Zeus da prosperidad a ricos y pobres según le parece, así que has de aceptar lo que haya querido enviarte y soportarlo como puedas».

Nausícaa, la Odisea, Canto VI

Miércoles, 10 de abril de 2019

—Oye, papi —dice Gabi, abriendo la puerta—. ¿Echamos una carrera hasta el coche?

Perfecto. No hay nada que funcione mejor cuando tenemos prisa. En cuanto acepto el reto, abandona el piso como una exhalación. Tras cerrar con llave, me lanzo escaleras abajo para no perderle.

Cuando voy por el primero, escucho cómo abre el portal y sale corriendo al vestíbulo exterior. Es entonces cuando me viene a la mente el recuerdo, acompañado de un escalofrío en el pecho, de que ayer aparqué el coche al otro lado de la calle. Gabi sabe que no debe cruzarla solo, pero también es cierto que ha heredado el espíritu competitivo de su madre y que sería capaz de atravesar a nado un foso de cocodrilos con tal de ganar.

Bravo, Miguzas.

Sacudido por los nervios, bajo las escaleras de dos en dos y estoy a punto de estamparme contra la puerta de cristal del portal tras tropezarme en el último escalón. Mientras corro hacia la acera, las noticias de sucesos se proyectan en mi mente. «Padre anima a hijo a que cruce una calle de cuatro carriles en hora punta». «Podría haberle alcanzado, pero el vago de los cojones llevaba meses sin ir al gimnasio y se quedó sin aliento nada más salir del portal».

Pulmones jadeantes, axilas sudorosas, pies doloridos. Da igual. Ignoro los obstáculos que me impone mi propio cuerpo y vuelo tras Gabi, que ya se encuentra a unos dos metros del paso de cebra. El semáforo está en rojo, los vehículos rugen sobre el asfalto.

¿Llego demasiado tarde?

No. Gracias al cielo, o a los dioses, o a su ángel de la guarda, lo que sea, consigo alcanzarle y agarrarle del brazo justo antes de que pueda poner un pie en la calzada.

—¡Espera, coño! —le grito. Me arrepiento enseguida de mi lenguaje al ver a una madre que pasea al bebé en su carrito y que me condena con el gesto—. ¡Nada de carreras!

Él protesta, confundido por las órdenes contradictorias y asustado

por mi tono, pero me agarra la mano fuerte y no me suelta hasta llegar al coche, que, por suerte, no está aparcado muy lejos.

Le coloco en su asiento, conecto mi móvil al manos libres, arranco el motor y me apresuro a incorporarme en la dirección del tráfico antes de que llegue la furgoneta que veo por el espejo retrovisor. A juzgar por la pitada que me llevo, no lo he calculado demasiado bien.

El GPS anuncia la llegada a las 8:34. Si tenemos suerte con el tráfico, tal vez consiga recortar varios minutos y llegar a tiempo. De momento, la salida de Las Tablas no parece demasiado congestionada.

Para amenizarme el viaje, Gabi decide cantar la canción de cabecera de Oliver y Benji a todo pulmón. Una vez más, maldigo el día en que pensé que sería una buena idea mostrarle aquella lista de reproducción de YouTube.

Cuando tomo la salida hacia el denso tráfico de la A-1 y Gabi berrea el estribillo, suena el teléfono. Le grito que se calle y le doy al botón verde. Mi jefe, de nuevo.

—¡No me vale, *putain*!

—¿Cómo dices, Antoine?

—El usuario clave de Compras dice que sus compañeros ni siquiera han empezado todavía a limpiar los contratos marco. Eso significa que, como mucho, llegan al 50% de progreso, mientras que tu maldita slide dice que llevan el 81,14%. ¿En qué quedamos, Miguel?

Uf, qué pillada. ¿Cómo puedo haberme desviado tanto? Una diferencia tan grande significa que el status del proyecto pasa de inmediato a rojo, algo que debería ser notificado a Andrea en la reunión que está a punto de comenzar. Y lo peor no es el status en sí. No saber con seguridad si nuestras cifras tienen sentido, si hemos de reportar rojo, ámbar o verde, es la mayor catástrofe que puede ocurrir en un proyecto. Y esta incertidumbre solo puede tener un culpable: el Project manager. Que soy yo, por supuesto.

—Antoine, deja que haga una llamada relámpago —contesto, tratando de mantener la calma—. Te digo algo en dos minutos.

Necesito hablar con el usuario clave de compras, el mismo imbécil que me aseguró ayer que todo iba viento en popa con los contratos marco.

Me incorporo a la M-30 y trato de encontrar el teléfono en la agenda mientras avanzo por el caos matutino de la circunvalación madrileña. Gabi decide que es buen momento para volver a cantar.

—¡Gabi, deja de tocar los huevos ya, hostias!

Los remordimientos me asaltan de inmediato. Miro por el retrovisor y, como era de esperar, ahí está su gesto limítrofe. Ojos acuosos, nariz arrugada, labios apretados y temblorosos. Si no actúo enseguida, el llanto está asegurado.

—¿Quieres jugar a algo en el iPad hasta que lleguemos?

Es una pregunta retórica, claro que quiere.

Sin apartar la vista de la carretera, estiro el brazo para abrir el maletín, a los pies del asiento del copiloto.

Por supuesto, el iPad está en el bolsillo contrario. El que tiene la cremallera fuera de mi alcance.

Levanto el maletín y lo coloco sobre el asiento. Ahora me resultará más fácil acceder a él.

Mientras rebusco nervioso, el móvil comienza a vibrar en mi bolsillo. La pantalla del salpicadero muestra el nombre de mi jefe. Qué tío más cansino. Le cuelgo y sigo buscando el iPad.

—Papi, que te pasas la salida.

Joder, Gabi tiene razón. Con todo este lío, estoy a punto de continuar hacia la avenida de la Ilustración en lugar de girar hacia Fuencarral. Tuerzo a la derecha con rapidez para enmendar mi error.

Antes de alcanzar el carril que abandona la M-30, un insistente pitido proveniente de mi ángulo muerto me hace saber que mi maniobra no es bien recibida. Temeroso a colisionar con un vehículo al que no puedo ver, doy un volantazo a la izquierda y regreso a mi carril.

Durante unas felices milésimas de segundo, estoy convencido de que el único precio a pagar por mi despiste será perder la salida del colegio y echar por tierra toda opción de que Gabi llegue a tiempo a clase y yo aparezca puntual en mi telco de las nueve. Pero eso es antes de que una fuerza descomunal embista mi vehículo por detrás.

Golpeo el cabecero. El dolor en el cuello es tan intenso como inesperado y me hace chillar como un cerdo al que acaban de rebanar

el pescuezo a traición. Trato de sobreponerme y permanecer al control del volante. Es imposible.

Todo gira a mi alrededor.

Dicen que los accidentes más peligrosos cuando viajas con niños son aquellos en los que el coche da vueltas de campana, que la brusquedad de tales accidentes puede causar que los cinturones de seguridad de sus asientos no consigan retener sus pequeños cuerpos.

Lo primero que consigo dilucidar es que, por suerte, nuestro coche no ha sido volteado. Sigue fuera de control y la fuerza centrífuga es tan potente que ni siquiera puedo girar la cabeza hacia Gabi, pero en ningún momento tengo la impresión de estar boca abajo. No hay nada que temer, pues. Intento calmarme.

Me parece oírle. ¿O quizá sea mi imaginación?

No. Está gritando. Es su grito de pánico, como cuando está a punto de perder el equilibrio en un columpio, o como aquella vez que una cinta del pelo marrón de Andrea cayó sobre su pierna desnuda y él pensó que se trataba de una tarántula.

Entonces, de repente, un impacto aún más fuerte que el de antes, acompañado de un ruido sordo, pone fin a nuestro movimiento. Por un instante, el mundo se apaga.

Lo siguiente que siento es una vibración discontinua en el muslo.

Me pregunto si he perdido la consciencia. De ser así, no habrán sido más de unos segundos. Cuando levanto la cabeza, todavía se escenifica la típica secuencia derivada de un accidente de carretera. Dentro del coche no hay más que silencio, pero puedo escuchar de manera amortiguada el ruido de neumáticos al frenar con intensidad sobre el asfalto, el de puertas de coches abriéndose, el de voces lejanas gritando. Todos aquellos sonidos se ven eclipsados por un pitido tan penetrante que parece provenir de las profundidades de mi mente.

Mi muslo sigue vibrando. No consigo dilucidar por qué.

El estallido de un cristal me saca de mi estupor.

Gabi.

El pánico rasga una grieta oscura en mi estómago. El terror que nace de ella se va propagando por el resto de mi cuerpo, algo que, sin embargo, no es suficiente para conseguir que reaccione. Mis piernas y

mi torso yacen agarrotados sobre el asiento y no responden a mis órdenes.

El esfuerzo que debo hacer para girar el cuello es sobrehumano. Consigo vencer el dolor y mirar hacia la derecha. No es suficiente. Gabi está sentado justo detrás de mí.

Pruebo con el otro lado, y lo que veo me deja la sangre helada durante unos instantes. La razón por la que no puedo mover las piernas es porque estamos aprisionados entre el morro de una furgoneta y el guardarraíl de la carretera. El cubículo del conductor ha encogido y ha atrapado mis extremidades. Pero lo que me aterra no es eso.

El mayor impacto se lo ha llevado la parte de los asientos traseros.

—¡Gabi!

No obtengo ninguna respuesta.

—¡Hijo, contesta!

Mi voz tiembla, siento un escozor creciente en la garganta y mi vista se humedece. Solo quiero volverme y comprobar que Gabi está bien, eso es todo. Nunca he deseado algo más que ahora.

Alguien aparece tras la ventana del copiloto, no puedo distinguir quién. El cristal se ha dividido en cientos de pequeñas grietas, dificultando la visión. Solo sé, por la voz, que se trata de una mujer.

—¿Está usted bien?

—¡Mi hijo! ¡Está detrás! ¡Sáquele de aquí!

No puede abrir ninguna de las dos puertas, el guardarraíl debe de haber quedado incrustado en ellas. Golpea la ventana delantera. Al segundo impacto, una parte del cristal cae sobre el asiento, rompiéndose en mil pedazos. La mujer asoma su cara por el boquete. Es joven, ni siquiera habrá terminado la carrera. Pelo liso y negro, piel pálida, ojos oscuros y saltones, o quizá solo muy abiertos. Lleva un suéter rojo de cuello alto, demasiado grueso para la temperatura de hoy. Son detalles que no se borrarán de mi memoria.

Primero me ve a mí. Está asustada, pero quiere ayudar.

—¡Mi hijo, joder! ¡Dígame que está bien!

Ella se sorprende, como si no me hubiera oído antes. Entonces se vuelve a asomar, esta vez introduciendo un poco la cabeza a través del

boquete para poder ver el asiento trasero.

Su expresión cambia, y ese es el preciso momento en el que comprendo el verdadero significado de la palabra miedo.

La chica del suéter rojo y ojos como platos se aparta rápido del coche, se lleva las manos a la boca y fracasa en su intento de ahogar un sollozo. Un hombre aparece por detrás, la rodea por los hombros y se la lleva.

Grito y me revuelvo en mi asiento. Los huesos de las piernas me crujen, los brazos me palpitan de dolor, el cuello apenas sostiene mi cabeza. No importa. Voy a salir de este asiento maldito aunque sea lo último que haga.

Me retuerzo tanto hacia el interior del coche que, al fin, consigo dislocarme el hombro y cambiar de posición. El violento tirón me coloca mirando hacia atrás, con la vista a la altura del estrecho hueco entre el asiento y el cabecero.

Es todo lo que necesito para ver por última vez a mi hijo.

Su cabeza yace reclinada sobre la almohadilla lateral del asiento infantil. La postura no es muy diferente a la que adopta cuando se queda dormido, excepto porque el ángulo de su cuello, dirigiendo su rostro hacia arriba, parece un tanto forzado. Además, su pelo está empapado de un líquido carmesí y una gota que desciende por su mejilla deja por detrás un reguero brillante.

Pero lo que no puedo dejar de contemplar son sus ojos.

Sus ojos.

Abiertos. Inmóviles. Enfocados hacia el techo del vehículo, como si su alma hubiese escapado por ahí.

Pienso en John Wick.

Tal vez, si le muestro el vídeo de antes, sus ojos brillarán de nuevo. Será como si nunca hubiesen dejado de hacerlo. Gabi se enderezará y arrugará su nariz entre carcajadas culpables, y después saldremos del coche e iremos a pasar el día con su bici al parque de Valdebebas.

John Wick sobre un caballo negro. Eso es todo lo que necesito.

Este es mi último pensamiento antes de que la oscuridad lo envuelva todo. El pitido dentro de mi cabeza y la vibración que me taladra el muslo se vuelven tan insoportables que no puedo evitar caer

rendido ante ellos.

«Es mejor morir que seguir viviendo sin conseguir el premio que tanto hemos esperado».

Leodes, La Odisea, Canto XXI

XV

No volví a ver a Helena.

Sé que tan solo era una ginoide y que el bienestar que me transmitía no era más que fruto de su programación, pero, aun así, la eché en falta. Extrañaba su ternura, su empatía, su capacidad para ayudarme a plantarle cara a la tristeza. No solo le había contado cómo murió Gabi, también fue la única a quien confesé una verdad que antes me había negado a mí mismo: que seguía buscándole porque era más fácil que aceptar que murió por mi culpa. Que sufriría mil torturas, que viajaría hasta el fin de los tiempos, que moriría, si era necesario, antes que rendirme.

—Debo llegar a ser el padre que él merecía —le dije al fin, las lágrimas todavía cayendo al falso Mediterráneo. Ella me abrazó más fuerte.

Sin embargo, tras el periodo de adaptación, Helena desapareció de mi vida. Quiero pensar que vive en algún lugar del país y que de vez en cuando se acuerda de mí, pero lo más probable es que su memoria fuera reseteada y que fuera reprogramada para una nueva misión. Al menos me dejó un buen regalo antes de irse.

Se trataba de un mensaje del gobierno chino: «La auditoría realizada por la unidad G67CHAG3945, propiedad de Alicent Group, ha resultado positiva. Su permiso de residencia, su renta mensual básica, su acceso a Hedonet y su vivienda de protección oficial en Pudong han sido aprobadas y serán financiadas por el Estado sin contrapartida. ¡Bienvenido a la gran República Popular de China!».

Resulta que Helena no estaba ahí para entrenarme, sino para examinarme.

Y, por algún motivo misterioso que solo ella conoce, decidió que algún día podría serle de utilidad a su país.

Mi nuevo hogar tenía un aspecto tan poco acogedor como la sala donde fui conectado a Hedonet por primera vez. Una cama, una cinta de correr y un armario; ese era todo el mobiliario entre las cuatro

paredes de hormigón, únicamente iluminadas por un tubo bioLED en el techo. Al menos contaba con un cuarto de baño y un servicio de habitaciones que me traía una bandeja de comida tres veces al día.

Sí, podía permitirme un lugar mejor, pero debía ahorrar hasta el último yuan. ¿Y si llegaba el día en que alguien diera con la manera de llevarme con Gabi?

Además, tal y como Helena me había advertido, el Plano Ordinario era decepcionante y no merecía la pena invertir en él. Shanghái era una ciudad muerta, enterrada en su mayor parte bajo metro y medio de agua. La zona de Pudong, donde se encontraban los rascacielos que acogían en sus celdas a toda la población de la urbe, había sido protegida mediante presas y esclusas, algo que, por otro lado, se antojaba innecesario en vista de la ausencia de vida en su superficie. Caminar solo por sus amplias y desiertas avenidas, sin más ruido que el zumbido ocasional de algún dron, era sobrecogedor.

¿Dónde estaban los posthumanos? Más tarde descubrí que todos ellos habían emigrado a ciudades sostenibles construidas en zonas rurales, que no querían saber nada de las grandes concentraciones urbanas ni tener contacto físico con las castas inferiores. Con este panorama, solo hicieron falta un par de días para darme cuenta de que, sí quería seguir persiguiendo mi objetivo, debía conectarme a Hedonet.

Shanghái rezumaba vida en el Plano Subreal, sobre todo fuera de Pudong. Los efectos del cambio climático habían sido eliminados en la simulación y, en cuanto cruzabas el río, el bullicio, el olor a comida china y los neones de mil colores embargaban tus sentidos. La mayoría de la gente existía allí con su aspecto real, pero también había otros que elegían adoptar una fachada imaginaria. Vi animales parlantes, criaturas mitológicas, personajes históricos y otras muchas apariencias personalizadas. Humanos de piel azul y peinados imposibles, gigantes del tamaño de un edificio o grupos de diminutas hadas que volaban con la coordinación de un enjambre de abejas. Más tarde, alguien me explicó que yo no podía modificar mi aspecto, que se necesitaba llegar por lo menos al tercer nivel para ello.

Nanjing Road tenía un aspecto mucho más saludable que en el

Plano Ordinario, similar al que yo recordaba. Eso sí, dado que en Hedonet no existían las posesiones materiales, todos los comercios habían sido sustituidos por centros de entretenimiento. Había salas de cine y videojuegos, bibliotecas, karaokes, teatros, talleres, espectáculos, parques infantiles, puestos de feria, bares, restaurantes, discotecas y otras mil formas de diversión. A un par de manzanas comenzaba el barrio rojo, donde se ofrecían servicios y espectáculos que nunca me habría atrevido a imaginar.

Era como un parque de atracciones a gran escala. Los trabajadores de aquel mundo —actores, dependientes, camareros, bailarines, prostitutas…— parecían reales, pero ni siquiera eran droides. Solo eran una IA sin cuerpo, parte de la simulación.

No existían ni el dinero ni las obligaciones. Como me había asegurado Helena, todo consistía en disfrutar.

Y, sin embargo, me veía incapaz de hacerlo.

Siguiendo los consejos de la ginoide, lo probé todo: crucé el río Huangpu en moto acuática, me atreví a hacer puenting sin cuerda desde lo alto de la torre Jin Mao, comí cinco veces mi peso en los restaurantes *all you can eat* y traté de relajarme en un lujoso spa submarino construido sobre el fondo del océano Pacífico. También descubrí las simulaciones históricas: conduje un tanque soviético en la batalla de Stalingrado, jugué la final del mundial del 86 con el número diez a la espalda y me convertí en un coyote mexicano de 2017 cuyo objetivo era ayudar a inmigrantes a pasar la frontera con Estados Unidos. Nada funcionó. Regresaba de cada actividad con un sentimiento vacío, de culpa, un tedio agotador que solo me dejaba fuerzas para volver al Plano Ordinario y acurrucarme en un rincón, sin pensar en nada más que en el tacto del frío hormigón contra mi sien.

No era culpa de Hedonet. Al fin y al cabo, las sensaciones en el Plano Subreal no se diferenciaban en nada de las de verdad. Simplemente, yo no estaba preparado para divertirme. En mi cabeza, solo hacía unos meses que había perdido a Gabi.

¿Cómo darle sentido a esta nueva vida? ¿Qué podría proporcionarme la motivación para seguir adelante mientras esperaba a que surgiera la oportunidad de reunirme con mi hijo? ¿Debería

centrarme en mí mismo, tratar de conseguir puntos de ciudadano para subir de nivel y aspirar algún día a posthumano? ¿O, igual que tantos hoy en día elegían, consagrar mi vida al arte y llenar el vacío de la autorrealización a través de la pintura, la fotografía o, por qué no, el puto origami?

No. Nada de eso era lo mío. Por muy tentador que sonara pasarme los ratos muertos doblando papeles.

Tras pensarlo con detenimiento, tomé una decisión.

Lo mejor sería dedicarme a viajar por Hedonet.

Porque, quizás así, descubriría alguna pista.

Porque necesitaba algo que me proporcionara la sensación, o por lo menos la ilusión, de que estaba acercándome a mi hijo.

Y porque, a veces, el viaje más arduo no es el más lejano, sino el que te lleva a aceptar la realidad.

Primero lo intenté a través de los métodos que ya conocía. Tomé un taxi al aeropuerto y, con la tranquilidad de que mi cuerpo real se hallaba seguro en tierra firme, superé el miedo a volar y me embarqué en el primer avión con destino a un rumbo atractivo. Koh Pha-ngan, en Tailandia, resonó en mi memoria como uno de los lugares a los que Andrea y yo siempre quisimos ir, pero nunca tuvimos tiempo para hacerlo. Era un lugar tan adecuado como cualquier otro para empezar.

Durante el vuelo me senté junto a un grupo de *cheerleaders*, de esas que siempre aparecían en las películas americanas para adolescentes, excepto que también incluía componentes masculinos, vestidos de manera tan ridícula como ellas. Me confesaron que, en realidad, no eran más que seis ancianos de nivel cuatro que compartían residencia en el Melbourne del Plano Ordinario y que se habían propuesto dar la vuelta al mundo en Hedonet a la antigua usanza. Cuando les pregunté si había otra forma de hacerlo, se rieron y me explicaron con amabilidad que nadie en el Plano Subreal usaba medios de transporte, a no ser que fuera el trayecto en sí lo que quisieran disfrutar.

—Solo tienes que imaginar el lugar al que quieres ir y alcanzarlo con tu mente —me aseguró uno de los animadores mientras gesticulaba con sus pompones rojos en la mano. Lo único que cubría su atlético cuerpo era un calzón de licra amarillo y unas botas

militares —. No es muy diferente a mover tu mano cuando deseas coger un objeto. Claro que, para ello, tienes que conocer el destino de antemano.

—Entonces, ¿solo puedo teletransportarme a lugares que ya conozco?

—No necesariamente, jovencito —añadió una alegre chavalilla de escote exagerado—. Puedes usar un *ancla*. Te vas a una agencia de viajes, eliges el destino y te expones durante unos segundos a una simulación de las sensaciones que el lugar transmite: sus vistas, sus aromas, sus ruidos… Así, Hedonet puede reconocerlo cuando te lo imagines y llevarte a él de forma automática.

Es decir, para viajar a lugares nuevos necesitaba introducirme antes en una simulación dentro de la simulación. A veces el Plano Subreal no era tan intuitivo como me lo habían vendido.

Decidí probarlo en cuanto aterricé en Bangkok. En lugar de tomar el segundo vuelo hacia Koh Samui y después un ferry a Koh Pha-ngan, me fui a una agencia de viajes en el mismo aeropuerto y pedí un ancla para la isla. Al minuto, ya estaba en la playa. Y, varios cubos de playa rellenos de ron cola más tarde, arrastrándome por la arena, incapaz de pronunciar una palabra inteligible y cubierto por mi propio vómito.

Desperté en mi zulo chino, sorprendido por la ausencia de resaca y, sobre todo, por el hecho de que, durante unas horas, no me había sentido ahogado por la angustia y los remordimientos de cada día. No me acordaba de mucho, pero puede que incluso hubiera disfrutado. Tal vez este fuese el camino.

Empecé a entender por qué tampoco se veía a nadie por las calles ficticias de Pudong. Allí no había más que asfalto y hormigón, y ¿para qué ibas a desperdiciar tiempo en Hedonet caminando hasta tu destino, si solo tenías que imaginártelo para aparecer allí? Todas las mañanas, en cuanto me despertaba en el Plano Ordinario tras una noche de desenfreno, engullía el desayuno que me habían dejado a la puerta, caminaba un kilómetro en la cinta de correr —más por obligación que por placer, el Estado te ponía multas si dejabas que tu cuerpo se deteriorase—, hacía una visita al baño y me tumbaba en la cama para conectarme al Plano Subreal. Primero me imaginaba la

agencia de viajes de Nanjing Road y, una vez allí, pedía un ancla a un nuevo lugar.

Descubrí que Koh Pha-ngan era una excepción. Como era de esperar, los lugares de moda en 2019 habían quedado olvidados en 2188 —o, para ser más precisos y seguir el calendario hedoniano, en HN66—. Los nuevos centros de la diversión mundial se hallaban en lugares tan insospechados como Nepal, Dinamarca o Nicaragua. Me habría gustado volver a Ibiza, pero para ello habría necesitado viajar hasta antes de 2085 —o año 37 antes de Hedonet— y, por desgracia, las simulaciones de viajes al pasado no eran posibles hasta alcanzar el nivel seis.

No importó. Pese a mi escepticismo inicial, el Hedonet actual resultó ser suficiente. Mis jornadas consistían en beber, probar cuantas drogas fuera posible y acostarme con quien se pusiera a tiro, sin distinción de sexo, edad, tamaño, número de extremidades o planeta de procedencia.

No era una vida de la que sentirse orgulloso, pero quién dijo que en estos tiempos el orgullo fuera un rasgo positivo. Aquel sentimiento entraba dentro del mismo saco que la honra, la autoestima, la autosuperación o el prestigio; el mismo saco que llevaba una etiqueta que rezaba «lacras heredadas de generaciones pasadas».

Los días pasaban, y eso era lo más importante.

XVI

Hoy me he levantado con un dolor de cabeza terrible.

Es la primera vez que me ocurre en los dos años que llevo aquí, así que no sé muy bien cómo enfrentarme a ello. Evadirme en Hedonet no me ha funcionado, ya que el torrente de sensaciones que a uno le invade nada más conectarse al Plano Subreal ha empeorado las cosas y ha provocado que tenga que correr al baño.

Sé que tengo la capacidad de contactar con la IA del edificio para que me traiga un medicamento, pero no tengo ni idea de cómo se hace. Nunca he necesitado resolver nada en el Plano Ordinario. No me queda más remedio que permanecer acostado deseando estar muerto, al menos hasta que escucho el sonido de un androide deslizando el almuerzo por la rendija junto a la puerta de mi habitación. Me arrastro hasta el pasillo y le explico lo que me ocurre. El calmante que me da no tarda en hacer efecto y a los pocos minutos me siento mucho mejor.

Desconozco a qué se debía la migraña. ¿Tal vez esté relacionada con el cambio de ritmo que he experimentado esta semana?

Empezaba a cansarme de tanto festejo, así que hace un par de días decidí introducir un nuevo elemento en mi rutina. Un placer de otro siglo del que casi ni me acordaba: el café.

Hice una lista de lugares famosos por sus degustaciones, seleccioné los mejores y elaboré un exhaustivo itinerario que me está llevando a dar la vuelta al mundo en una semana. Ya he visitado varias plantaciones de Costa Rica y algunas de las cafeterías más prestigiosas de Finlandia, mientras que el itinerario de los próximos días comprende desde las complejas fábricas de Colombia y Brasil hasta los ritos milenarios de Etiopía y Uganda del Norte, pasando por Indonesia —la cuna del Kopi Luwak—, y Vietnam —con sus baristas especializados en la variedad Robusta—. Pruebo todas las variedades, repito si es necesario y, una vez he ingerido tanta cafeína que alcanzo el ritmo cardiaco de una liebre en carrera, decido que ya es hora de

pasar al alcohol.

Entonces, en lugar de encontrar algún festival nuevo, como habría hecho antes, lo que me apetece es meterme en cualquier bar de mala muerte en el culo del mundo, un tugurio lo más sucio posible donde poder atiborrarme de cualquiera que sea el licor local y contarle mis penas a la IA de turno, programada para secar vasos de chupito con un trapo mientras finge escucharme.

Es difícil saber qué llegó antes. ¿Fueron el sabor y el aroma del café quienes arrastraron consigo a la melancolía? ¿O fue la nostalgia quien atrajo un antojo olvidado? Sea como fuere, acabo de descubrir que ni siquiera el paraíso está libre de miserias. Hedonet me ha ayudado a olvidarme de mis penas durante casi dos años, pero no ha podido evitar esta recaída.

No hay problema. Ya he pasado por esto antes y sé cómo superarlo. Nada de rollos psicológicos, manuales de autoayuda u otras patrañas zen por el estilo. El truco está en no hacer nada y esperar a que pase el vendaval.

Hoy decido viajar a Sentama, un pequeño poblado al oeste de Etiopía. Allí me espera una ceremonia tradicional en la que podré catar cinco variedades de la región de Kaffa, el lugar donde nació el café y una de las zonas con mayor tradición del mundo. Había dejado esta excursión para el final de mi periplo cafetero por ser la más completa y la que más ilusión me hacía, pero siento que hoy necesito algo que me anime.

La experiencia no tiene nada que ver con la degustación industrializada de Costa Rica o con las lujosas cafeterías del centro de Helsinki. Aparezco en un poblado rural, compuesto por cabañas de madera y chapa, que gravita en torno a una carretera de tierra en medio de un frondoso bosque. En Hedonet no hay husos horarios y el reloj marca la misma hora en Adis Abeba que en Shanghái, de modo que aquí también es mediodía. Un grupo de niños camina por la carretera, de vuelta del colegio, mientras un camión que carga el doble de sacos de los que puede permitirse levanta una nube de polvo que ellos parecen encontrar divertida.

Uno de los sacos cae del camión y su tela se rasga al impactar con

el suelo, esparciendo cientos de semillas blancas. Los niños, entre gritos de alegría y empujones amistosos, corren como locos a llenarse las manos y los bolsillos. ¿Es esto parte del espectáculo? ¿O son chavales de verdad, conectados a Hedonet desde sus cabañas del Plano Ordinario? Al contrario que mucha gente que he conocido por aquí, prefiero no saberlo. Por mucho que intentemos superar nuestros prejuicios, los humanos siempre tratamos peor a las máquinas cuando sabemos que lo son.

—Son reales, señor Urquiza —dice una voz a mis espaldas. Al volverme, veo que se trata de otra niña, no mucho mayor que los otros. Viste una falda de tela blanca que le llega por los tobillos, una camiseta amarilla de flecos sin mangas y unas sandalias de esparto—. Están recogiendo semillas de Djimmah, nuestra planta de café local. Las que he preparado para usted proceden del mismo bosque.

De modo que esta es la IA que conducirá la ceremonia que contraté. Luce una sonrisa espléndida, de esas que te hacen devolvérsela sin querer.

—¿Cómo te llamas? Dicen que lo más importante de una cata es conocer el nombre de tu barista.

—Soy Abena.

—Un nombre muy bonito, ¿significa algo?

—Significa martes. Una de cada siete niñas en este poblado nos llamamos así.

Se me ocurren varios chistes, pero me los guardo por respeto.

Cruzamos un descampado donde un grupo de jóvenes juega al fútbol y nos adentramos en el bosque. Caminamos unos minutos entre plantas de café mientras ella me explica que allí se dan las condiciones perfectas para su crecimiento gracias a la sombra de los árboles altos. Por desgracia, en el Plano Ordinario los bosques se secaron o fueron talados hace unas décadas, por lo que los cafetos no pudieron sobrevivir al sol.

Llegamos a su cabaña y accedemos al patio, donde cinco variedades de semillas dispuestas en cuencos de cerámica nos esperan sobre el suelo de tierra. También hay una cacerola, una jebena, un mortero y una bandeja con dos tazas.

—La otra taza no es para mí, sino para Arsus, nuestro otro invitado —dice Abena, y justo en ese momento veo que alguien se agacha para salir de la cabaña.

No me importa compartir la cata con alguien más, pero, si algo me ha enseñado Hedonet en estos dos años, es que es mejor alejarse de la pedantería y la desfachatez de los personajes que se esconden tras un avatar. Este tipo hipermusculado, de dos metros y medio y unos doscientos kilos, lleva pantalones militares, el torso al aire y, por qué no, cabeza de oso pardo.

—¡Tu váter es una inmundicia, muchacha! —grita enfadado al salir. Las palabras apenas se distinguen, son más bien un gruñido modulado. Solo las entiendo porque una barra de subtítulos aparece junto a él.

A Abena se le borra la sonrisa y trata de disculparse.

—Lo siento, señor Arsus. Pensé que lo había limpiado antes de la ceremonia.

—Y lo hiciste, idiota. Me refiero a su estado actual, después de que yo haya pasado por allí. ¡Vas a tener que llamar a un fontanero especializado en desatascar zurullos de oso!

Estalla en carcajadas mientras avanza y se sienta en el suelo, no muy lejos de mí. No tarda mucho en quejarse de la incomodidad de las instalaciones, y es entonces cuando parece reparar en mi expresión indignada.

—¿Y tú que miras, cara tubérculo?

No he venido aquí para pelearme, y menos con un oso que me triplica en masa muscular. Nadie puede morir en Hedonet, pero las hostias duelen igual. Hago un gesto para restarle importancia al asunto y me vuelvo hacia Abena, que ya está tostando la primera variedad sobre una pequeña hoguera de carbón vegetal.

—¿Es esta la Djimmah de la que me hablaste? —pregunto, más que nada, por dejar atrás el altercado con Arsus.

—No, señor. Vamos a empezar con un Sidamo Guji, procedente de otro poblado cercano. Es más suave y ligero.

Cuando termina de tostar las semillas en la cacerola, las muele en el mortero y las introduce en la jebena, un jarrón de metal con cuerpo redondo y cuello muy fino. A continuación introduce el agua, que,

según nos explica, debe estar exactamente a noventa y tres grados.

El oso tiene algo que decir al respecto.

—Como si pudierais medir la temperatura en esta porquería de pueblo. ¿Es que nos tomas por gansos, niña boba?

—Yo… no señor —contesta ella cabizbaja—. Tal vez la temperatura varíe un poco.

—A ver, cállate y tráeme ya ese meado negro. He venido aquí a limpiar mis intestinos, no a escuchar sandeces.

Me da la sensación de que Abena está a punto de echarse a llorar, así que decido intervenir.

—Déjala ya, osezno. El café debe reposar entre ocho y diez minutos.

El oso para de gruñir y me mira a los ojos. Yo me preparo para desvanecerme del Plano Subreal en cuanto mueva un músculo hacia mí.

—A ver, gilipollas —levanta la voz. Por suerte, no parece tener intención de hacer lo mismo con la mano—. ¿Qué cojones haces defendiendo a un trozo de código? ¿O es que te crees que se trata de una niña de verdad?

—Me da igual lo que sea —replico—. Va a servirnos café y merece ser tratada con respeto.

—Oh, ya veo lo que ocurre aquí. Te molan las menores, ¿eh? Pues siento decepcionarte, pero no está programada para chuparte la polla.

Estoy a punto de volver al Plano Ordinario y dejar la cata para otro día, pero soy demasiado testarudo para abandonar. Quiero mi puto café etíope, y no voy a dejar que me lo arruine un imbécil que ni siquiera se atreve a mostrar su cara. Le ignoro y trato de entablar conversación con Abena sobre las demás variedades que vamos a degustar hoy.

Pasados unos minutos, la chica, que ya ha recuperado la sonrisa, coloca un filtro de crin de caballo en el cuello de la jebena y sirve el café en ambas tazas.

Me acerco a la mía y huelo su aroma tras remover tres veces con suavidad. Se percibe sencillo y honesto, uno de esos cafés que no decepcionan a nadie.

El primer sorbo confirma las sensaciones. La acidez es finísima, tal y como esperaba dada la altitud elevada y el clima húmedo de Kaffa, y posee un cuerpo sólido que transmite un dulzor y una frescura extraordinarios. Después del primer trago, el paladar se siente limpio y suave, como si por allí hubiera pasado un líquido divino capaz de obrar milagros. Cierro los ojos, me reclino apoyado en las manos y disfruto de aquella sensación mientras el sol del mediodía me calienta la cara. Como si quisiera unirse a la fiesta y poner la guinda al pastel, el bosque colindante nos regala el canto de los suimangas y los gritos de los colobos.

—¿Es una puta broma?

El rugido áspero de Arsus me arranca de aquel instante celestial.

—¡Esta bazofia sabe a diarrea de mono!

Lanza la taza al suelo y la hace añicos. El café salpica la bandeja y arruina el vestido de Abena. Además, un chorro ardiendo aterriza en su tobillo. La niña no puede evitar un gemido de dolor.

Lejos de disculparse, el oso agarra la cacerola vacía y se acerca hacia la pobre Abena con porte amenazador.

—¡Putos arquitectos! —grita. Parece haber perdido la cordura—. Se creen que somos idiotas, pero voy a mandarles un aviso ahora mismo. ¡Ven aquí, programa inútil, que te voy a arreglar el código a base de metal!

Abena está acorralada contra la pared trasera de su propia casa y no puede hacer más que agacharse y lloriquear. Sé que solo es una IA, pero ¿y si las máquinas tienen también sentimientos?

Además, si el oso le estampa la cacerola en la cabeza, la cata de café habrá terminado.

No sé cuál de los dos pensamientos desencadena mi decisión, el caso es que lo veo claro. Agarro la tetera, todavía con agua hirviendo, corro hacia el oso por detrás y la vacío sobre su cabeza.

He vivido lo suficiente en Hedonet como para saber que, al recibir un impacto de cierto calibre —o cualquier otro tipo de daño físico—, lo normal es que la persona se desvanezca y despierte en el Plano Ordinario con la sensación de dolor todavía en la memoria y con un picor característico a ambos lados de la cabeza. Sin embargo, no es

eso lo que ocurre. En su lugar, el oso se da la vuelta.

Ahora sí, es hora de largarse de aquí.

El oso sonríe, lo cual me confunde lo suficiente como para no desaparecer de inmediato. No es una sonrisa malvada como las que ha mostrado hasta ahora, sino amigable, como la de alguien que ve a un amigo después de mucho tiempo. Y, entonces, me habla con una voz diferente.

Una voz que me resulta muy familiar.

—¡Miguzas, *moy drug*!

Me da un abrazo, el cual no puedo devolverle debido al aturdimiento. Al separarse de mí, Arsus ya no es un tipo de doscientos kilos con cara de oso.

Es mi amigo Fyodor.

—¿Qué… qué haces aquí?

No contesta de inmediato. Me agarra por los hombros y se me queda mirando con una sonrisa enigmática.

Ha envejecido. En su desaliñada barba predomina el color blanco, la piel de sus pómulos tiene un aspecto ajado y su calva se ha llenado de manchas. Incluso su larguirucho cuerpo, perdido entre los pliegues de unos vaqueros y una camisa de cuadros que le quedan grandes, parece estar más encorvado que antes.

Sin responder todavía, me abraza otra vez. Hacía mucho que nadie se alegraba tanto de verme.

—Espera un momento —dice al fin tras separarse de mí—. Antes debo arreglar algo.

Se vuelve, agarra a Abena por el brazo y la ayuda a levantarse.

—Discúlpame, mi niña —no era mi intención hacerte pasar un mal rato, pero debía gastarle una broma a mi amigo.

—¿Una broma? —intervengo—. Fyodor, esto ha sido lamentable incluso para tus estándares.

—Paciencia, *blyad*. Pronto entenderás la razón de tal muestra de mal gusto. Por ahora, ¿qué tal si nos sentamos a disfrutar del resto de la cata?

Sin esperar a mi respuesta, se sienta en el suelo y tira de mi brazo. A pesar de su aspecto desmejorado, no ha perdido un ápice de

energía.

Abena baja la cabeza, no demasiado convencida de querer continuar. Cuando me mira de reojo y yo asiento, recupera un poco la sonrisa y procede a tostar el siguiente cuenco de semillas.

—Pues resulta que tenías razón, granuja —dice Fyodor. Como solía suceder antaño, no tengo ni idea de qué habla. Eso sí, parece que ha perdido su acento ruso y que ha aprendido a pronunciar los artículos —. En el transbordador dijiste que nos veríamos en un rato. Y es verdad. Solo se te olvidó especificar que ese rato duraría dos años.

Ya casi había olvidado aquello. A decir verdad, ni siquiera me acordaba de él.

—Fue un regreso confuso —trato de justificarme—. Lo siento, no se me ocurrió buscarte tras mi llegada. Bastante tuve con encontrarme a mí mismo.

—¿Y lo conseguiste?

Lo último que me apetece es hablar del propósito de mi vida —o de la falta del mismo—, así que aprovecho que Abena está pasando las semillas tostadas de la cacerola al mortero para cambiar de tema.

—¿Qué semillas son estas? —le pregunto.

—Son las Djimmah, señor. Las que le prometí antes.

Me enfrasco con ella en una conversación sobre la planta local y el café que produce. Abena asegura que el sabor es sólido y con trazas afrutadas, que recuerda un poco a un buen vino francés. Fyodor, que nunca se ha caracterizado por su paciencia ni sus buenos modos, trata de acaparar mi atención mediante gestos.

—No has cambiado nada, cabrón —interrumpe cuando ya no puede más—. Eres tan huidizo como siempre.

Bajo la vista y resoplo. Siento que necesito ese café.

—Fyodor, no encontré a Gabi —confieso, derrotado. Cuanto antes lo suelte, antes me dejará en paz—. No es posible viajar al pasado.

—Lo sé.

Dice esto último con un amago de sonrisa que no sé si interpretar como enigmático o petulante. Qué más da.

—¿Y tú? —pregunto para desviar la atención—. ¿A qué te has dedicado estos años?

—Bueno, aparte de asustar a niñas con mi traje de oso, he abierto algún que otro… negocio.

—¿En Hedonet?

—No seas zoquete. ¿Qué sentido tendría un negocio en un lugar donde no existe el dinero?

—¿Y qué sentido tiene en un lugar donde no hay consumidores?

—Nadie dijo que el modelo de negocio se base en los consumidores.

—Vas a tener que explicármelo.

—Claro, Miguzas. Para eso llevo buscándote más de dos años.

Abena anuncia que el café está listo y se dispone a servirlo.

—Entonces, ¿este encuentro no es casualidad? —le pregunto, ya con la taza de café en la mano.

—Me temo que no.

—¿Cómo me has localizado?

—Una vez alcanzas cierto nivel, algunas operaciones que antes parecían imposibles se vuelven cosa de niños.

Detengo la taza de café en el aire antes de que toque mis labios.

—Espera… los únicos que pueden localizar a cualquier individuo en Hedonet son los posthumanos.

Fyodor se levanta, recorre su cuerpo de arriba abajo con las palmas hacia arriba y hace una reverencia exagerada.

—¿Eres un posthumano, Fyodor?

—¿Qué te parece si hacemos un viajecito?

No me da tiempo a contestar. Antes de poder darme cuenta, me desvanezco del patio de Abena y la taza de Djimmah cae al suelo sin que haya sido capaz de probarla.

XVII

Aparecemos en un vasto paisaje invernal que me evoca imágenes de uno de los documentales que le ponía a Gabi en la tele los sábados por la mañana, mientras yo limpiaba mi bandeja de correo. En particular, de uno sobre la estepa siberiana, aquel en el que se veía venir a la legua que la manada de lobos nunca devoraría a la cría de ciervo almizclero que se había quedado rezagada. Por supuesto, su madre volvería para defenderla. Los carnívoros nunca ganan la batalla en la cuenta infantil de Netflix.

—¡Bienvenido a la Madre Patria! —exclama Fyodor.

Caminamos sobre una carretera cubierta de nieve prensada que recorre una inmensa llanura blanca. Al sur, la estepa se extiende hasta el horizonte, cubierta por esporádicos montículos y por un manto infinito de abetos congelados. Lo mismo al otro lado, excepto por un monte de pendiente constante que se alza solitario a tiro de piedra, cubierto por una red para evitar que los metros de nieve que lo cubren causen una avalancha.

No hace falta fijarse en el vapor que producimos al exhalar para saber que estamos bien por debajo de los cero grados, es suficiente con sentir el gélido pellizco del viento en la cara. Por suerte, Fyodor se ha encargado de vestirnos para la ocasión y ambos llevamos un grueso abrigo de forro animal, acompañado de guantes y gorro a juego.

—No te preocupes, ningún reno real murió para producir esta ropa —dice Fyodor. Sale de la carretera y comienza a caminar por la nieve virgen en dirección al monte. Le sigo.

«Papi, ¿por qué la nieve se queja al pisarla?»

Aparto el recuerdo de mi mente.

—¿A dónde me llevas, Fyodor?

—Mira, colega, he tardado dos años en encontrarte. Tú puedes esperar unos segundos a descubrir el porqué.

Cuando nos hallamos a pocos metros del abrupto inicio del monte, se detiene y se queda observándolo.

Poco después, la pared empieza a temblar. Cuando varios montones de nieve se derrumban ante nuestros pies y dejan al descubierto una pared lisa y gris, me doy cuenta de que me había equivocado. No se trata de un monte. Estamos frente a la puerta de un edificio descomunal.

Las dos pesadas hojas se separan la una de la otra con lentitud. La abertura resultante es tan grande que podría caber un edificio de tres plantas por ella, y da paso a un túnel abovedado de paredes metálicas e igual amplitud.

Caminamos unos metros por él, y entonces escuchamos el eco de unos pasos acelerados. Una figura aparece al fondo del túnel, precedida por su larga sombra, y avanza hacia nosotros.

—¡Por fin! —exclama al alcanzarnos.

Es un hombre que aparenta unos cincuenta años y viste una bata blanca. Pelo engominado con la raya en medio, mirada impasible, facciones duras. Tardo unos instantes en reconocerle.

—¿Li xiānshēng? —pregunto, no muy convencido. Apenas he pensado en él en los últimos dos años y no acabo de reconocerle. Sobre todo porque aquel comedido entusiasmo no encaja con el recuerdo que tengo de él. En la nave era un tipo tranquilo y circunspecto.

—¡No te alegres tanto de verle! —bromea Fyodor.

Li Qian no tiene en cuenta mi fría reacción y me tiende la mano enérgicamente. Incluso me agarra el antebrazo con la otra mano, como si temiera que escapara.

—Tenerle aquí me aligera el corazón —dice. Sus palabras cálidas desentonan con su expresión acartonada. Aquel hombre transmite menos emociones que un dragón de Komodo con parálisis facial.

—Para mí también es un placer —contesto, tratando de sonar sincero. Por alguna razón, me siento culpable por no haberle buscado a él tampoco tras llegar a Shanghái, así que trato de justificarme—. Me habría gustado despedirme de usted en condiciones.

—Oh, no tiene que molestarse en mentir. Ambos sabemos que eso no es verdad —dice, aunque no parece ofendido. Habla rápido, como si las palabras fueran un engorro que deseara quitarse de encima

cuanto antes—. Pero eso no importa ahora. Está aquí por otras razones, y créame que, cuando se las explique, de veras se alegrará de verme. Se lo contaré todo en mi despacho. Sígame.

Avanzamos por el túnel hasta llegar a una plaza circular que parece ser el lugar central del edificio, ya que a ella van a dar todos los pasillos y niveles. Su planta se eleva como un cilindro a lo largo de unos veinte pisos, hasta llegar a una abertura en el techo que deja pasar la luz. No se ve ni un alma ni se escucha un ruido, por lo que nuestras voces y pasos producen un prolongado eco.

Subimos a un ascensor en el medio de la plaza que nos lleva, sin que nadie pulse un botón o emita un comando de voz, a la octava planta. Una vez allí, cruzamos una pasarela de cristal hasta un distribuidor circular del que parten varios pasillos con despachos a ambos lados. Li Qian nos conduce a uno de ellos.

—Tal vez se pregunte por qué hemos caminado hasta aquí desde la entrada, en lugar de teletransportarnos —dice. Se sienta en un imponente sillón tras un amplio escritorio transparente, nos ofrece asiento frente a él y sirve té verde en tres tazas de metal. A sus espaldas, un ventanal con vistas a la estepa nevada ocupa casi toda la pared—. Solo queríamos mostrarle las instalaciones para que sepa cómo son de verdad, en el Plano Ordinario. Como se puede imaginar, allí están bastante más concurridas.

—¿En el Plano Ordinario?

—Eso he dicho.

—¿Usted vive allí?

—Correcto.

Li Qian no bromea. Siento que me estoy perdiendo algo.

—Un momento… ¿significa eso que usted también es posthumano?

—¿Lo ves, Qian? —interviene Fyodor—. Te dije que el cerebro de Miguel no sirve solo para llevar ese culete respingón de un lado a otro.

Li Qian ignora al ruso.

—No siempre lo hemos sido, Urquiza xiānshēng. Nos graduamos hace unos meses.

—No puede ser. Se necesitan al menos diez años de experiencia en Hedonet.

Se reclina en su sillón, da un sorbo a su té y entorna los ojos, como si estuviera buscando la manera de explicarme algo complicado.

—En realidad, eso no es siempre cierto…

—Lo que quiere decir Qian —le interrumpe Fyodor, tratando de ayudarle—, es que también puedes pagar tu ascenso. Aquí el camarada Li tiene dinero para aburrir.

Asiento con lentitud. No es ninguna sorpresa que haya tanta corrupción aquí como en mi siglo.

—No es corrupción —se apresura a corregir Li Qian, mirándome con una repentina severidad—. Hemos entrenado duro. El dinero solo nos ha permitido pagar prácticas adicionales para acelerar el proceso. Y es por una buena causa.

Vaya. Había olvidado que, como posthumano que es, tiene acceso a mis pensamientos. Esto explica que no se tragara mi mentira de hace un rato. Siento cómo los colores se me suben a la cara.

—No debe avergonzarse de una reacción tan humana como la de mentir para no hacer daño al prójimo. Es nuestra naturaleza y todos hemos pasado por ello.

«Okey. Pero tampoco soy un puto principiante. ¿Por qué hablar? ¿Por qué estamos teniendo esta conversación si podéis leer mis pensamientos?»

—Por la misma razón por la que estamos aquí, en lugar de aparecer en tu mente mientras empinas el codo en cualquier tasca chunga de algún pueblo rural polaco —dice Fyodor.

—¿Y cuál es esa razón?

—Necesitas ir acostumbrándote al Plano Ordinario.

—¿Ah sí? —su presuntuosidad me pone a la defensiva, pero entonces recuerdo que se supone que ambos eran (*¿son?*) mis amigos, y bajo un poco el tono—. ¿Y qué te hace pensar eso?

—Miguel, ¿tú sabes a qué nos dedicamos los posthumanos?

—Nunca he conocido a uno. Solo he oído que vosotros domináis el mundo.

Por el gesto resignado de ambos, deduzco que el rumor no se aleja mucho de la realidad.

—Quizá la palabra «dominar» suene algo peyorativa —me corrige

aun así Li Qian—. Somos conscientes de todas las teorías conspiratorias que circulan por el Plano Subreal y lo cierto es que, además de falsas, son injustas y desagradecidas. Yo lo llamaría «proteger».

—Qian tiene razón —interviene Fyodor—. ¡Qué fácil es concentrar todas las acusaciones en un solo grupo para explicar todos los problemas de este planeta!

—¿Qué problemas? —replico—. Hedonet es un mundo perfecto donde todos pueden conseguir lo que desean.

—Créame, no todos piensan así —responde Li Qian. No sé si no ha entendido mi sarcasmo o solo ha decidido ignorarlo—. Siempre hay algún aguafiestas. En especial los típicos intelectualoides de nivel siete, lo suficientemente espabilados para superar los primeros niveles, pero demasiado torpes para llegar a posthumanos. Hipócritas que venden el cuento de que la felicidad debería existir también en el Plano Ordinario, y no solo en el Subreal. Como si las reacciones que su cerebro provoca allí fuesen diferentes de las generadas por Hedonet.

—Los putos luditas, en eso no hemos evolucionado desde nuestros tiempos —sentencia Fyodor—. Tienen suerte de que sus propias teorías sean falsas, de lo contrario usaría mis superpoderes —entrecomilla esta palabra con los dedos— para dictarles lo que deben pensar. O fulminarles las neuronas, directamente.

—Si os sirve de consuelo, a mí el Plano Subreal me parece suficiente.

—Lo sabemos —Li Qian recupera la palabra—. Pero esperamos que no sea demasiado tarde para que acepte nuestra oferta.

—No pierdo nada por escucharle.

—Le hemos traído a las instalaciones asiáticas de la ISPIA, que viene a ser el equivalente a cualquier agencia espacial de su tiempo, solo que a nivel internacional. Nos dedicamos a la investigación, con especial atención a programas para encontrar exoplanetas habitables.

—¿Todavía seguimos empeñados en salir de la Tierra? Pensé que Hedonet había solucionado el problema del cambio climático.

Mi comentario provoca la risa de Fyodor.

—No, *blyad*. A no ser que puedas retroceder ciento cincuenta años y

detener todas las emisiones, me temo que estamos ante un proceso irreversible. Aunque el impacto humano en el planeta es mucho menor que cuando vivíamos fuera de Hedonet, nuestros antepasados pusieron en marcha un proceso que tardará milenios en ser revertido. Hasta entonces, tenemos que aceptar que vivimos en un lugar donde las inundaciones, los tornados y las sequías pueden destrozarnos en cualquier momento.

—Entiendo, pero ¿no es cierto también que el número de habitantes es menor y que todos los humanos viven concentrados en áreas de menor riesgo y confinados en lugares seguros? Al fin y al cabo, da igual el lugar de la Tierra donde se halle su cuerpo.

—Te olvidas de los posthumanos. A nosotros también nos gustaría vivir en un lugar decente. Además, las catástrofes naturales no son el único riesgo.

—¿Cuáles más hay?

—Tarde o temprano, la Tierra deberá enfrentarse a algún evento de los que ya provocaron las extinciones masivas del pasado. Meteoritos, tormentas solares, pandemias, volcanes… o incluso una invasión alienígena. Hemos encontrado pruebas de vida a nivel molecular en varios planetas de nuestra misma galaxia, por lo que no es impensable que tengamos que enfrentarnos a alguna raza hostil en algún momento.

—En resumen —interviene Li Qian—. No vamos a permitir que todos nuestros huevos estén en la misma cesta. Si podemos abandonar el sistema solar con garantías de una vida equiparable a la terrestre, lo haremos.

—Entiendo que tú te estés dedicando a esto —digo, dirigiéndome a Fyodor—. Eras astronauta y supongo que un programa así siempre fue tu sueño, aunque le dijeras a todo el mundo en la nave que tu motivación era algo más banal —el ruso sonríe, dándome a entender que no voy desencaminado—. Pero… ¿qué pinta usted aquí, Li xiānshēng? Pensé que su intención era seguir dedicándose a sus negocios en Hong Kong.

—Mis negocios pueden cuidarse a sí mismos. La humanidad, al contrario… —Deja el resto de la frase en el aire—. Fyodor me ayudó a

ver que el futuro está aquí y, como padre y como una de las personas más influentes de China, sería una irresponsabilidad por mi parte negarme a verlo.

—Qian se ha ganado un puesto en nuestro programa —le alaba Fyodor. Después me mira a mí y me guiña un ojo—. Y hay otro vacante.

—¿Y qué he hecho yo para merecerlo? A mi fortuna le faltan varios ceros y llevo dos años en Hedonet sin pasar siquiera del nivel uno. De hecho, no he hecho otra cosa que destrozar mi hígado.

—Tu hígado está en perfectas condiciones, Miguel. Y, en cuanto al dinero o el nivel, no tienes de qué preocuparte. No queremos convertirte en posthumano, solo buscamos a gente honesta y motivada. Gente con principios y con el valor suficiente como para defender a una niña del ataque de tres matones, o a una IA de un mastodonte con cabeza de oso.

—¿Lo de antes fue una prueba? ¿Es que no me conocéis lo suficiente?

—Tenemos acceso a tus memorias y a tus pensamientos, no a la estructura de tu cerebro. Necesitábamos pruebas de tu integridad para convencer a nuestros superiores de que podemos ofrecerte un puesto de voluntario en nuestro programa.

No puedo evitar sentir cierto entusiasmo al oír sus palabras. Es probable que, si me hubieran contactado en los dos últimos años, les hubiera mandado a freír champiñones sin siquiera escucharlos, regresando de inmediato a mi espiral de autodestrucción hedoniana. Pero ahora me pillan en un momento tonto. ¿Casualidad?

—Entiendo —me limito a contestar—. ¿Y qué necesitáis de mí?

Fyodor y Li Qian se dirigen una mirada cómplice. El primero toma la palabra.

—Te alegrará saber que también hay algo que tú puedes obtener con todo esto. Lo mejor es que lo veas por ti mismo.

Dicho esto, le hace una señal al cantonés. Este, solícito, se levanta. Rodea la mesa, se coloca detrás de mí y apoya las manos sobre mis hombros con suavidad.

—Relájese. Voy a enseñarle algo.

En cuanto asiento, el suelo bajo nuestros pies desaparece y me siento ligero, como si estuviera buceando.

Todo se vuelve negro excepto por dos enormes bolas de fuego frente a nosotros. Una de ellas, la más grande, es azul y brilla tanto que tengo que taparme los ojos de inmediato. La otra, de tamaño menor, me parece blanca en un principio, pero entonces me fijo en la negrura de su núcleo. El fulgor pálido que la rodea no es más que una espiral formada por la energía proveniente de la primera bola. Un haz de luz curvado nace en la estrella azul y se concentra en rededor suyo, como si se estuvieran abrazando.

Li Qian y Fyodor siguen junto a mí. Ambos están flotando, al igual que yo.

—Fíjate qué preciosidad —dice Fyodor. Su desgarbada y vieja melena forma ridículos tentáculos que escapan en múltiples direcciones—. Es una simulación de Cygnus X-1, un agujero negro que orbita alrededor de una estrella supergigante. El brazo azul que ves es la energía que le está robando.

—¿Y qué hay de especial en ello?

—Nos hallamos en el horizonte de sucesos, justo al límite del abrazo de la gravedad. Si nos acercáramos un poco más, Cygnus nos engulliría. Aquí, el único efecto es la dilatación del tiempo.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado cuando regresemos a la Tierra?

—Esto solo es una simulación de Hedonet, membrillo —se ríe—. Calla la boca y escucha.

Para ser un posthumano, no ha mejorado mucho sus modales. De todas formas, le hago caso. Li Qian, mucho más recatado —y cuyo pelo engominado no se mueve ni un centímetro—, prosigue la explicación.

—Hace unos meses enviamos detectores de anomalías gravitatorias a varios agujeros negros, con el objeto de estudiarlos.

—¿Así de sencillo? Tengo entendido que se tarda años en llegar al más próximo.

Fyodor vuelve a no dejarle contestar.

—El descubrimiento de los túneles espaciotemporales nos ha facilitado mucho la vida. No solo hemos aprendido a crearlos de

manera artificial, sino también a mantenerlos activos. Requieren tanta energía como tres jodidos Planos Subreales juntos, pero el universo está lleno de fuentes utilizables, si sabes dónde buscar. El caso es que podemos usar estos túneles para enviar detectores y naves pequeñas, y que ahora sabemos mucho más sobre los agujeros negros. Y así es como hemos descubierto algo que puede cambiar la historia. ¡La puta historia, Miguel!

Tras sus últimas palabras, simula un redoble de tambor que a Li Qian no parece hacerle demasiada gracia.

—Fyodor, no necesito tu apoyo para contar esto.

El ruso se calla, pero sigue haciendo como que golpea un tambor imaginario mientras la ingravidez le aleja un poco de nosotros. Li Qian pasa de él y va al grano.

—Hemos descubierto que los agujeros negros pueden actuar como puertas a otros universos.

—*¡Vot ono!* ¡Toma ya! ¿Qué te parece, perro?

Ignoro a Fyodor, que comienza a dar volteretas involuntarias, y me centro en la expresión férrea de Li Qian. Sus palabras suenan a disparate, pero tanto su tono como su semblante revelan que no bromea.

—¿Hay más universos que el nuestro, Li xiānshēng?

—Tantos como agujeros negros. Y créame, hay unos cuantos.

—¿Cómo saben lo que hay detrás? ¿Con el detector?

Fyodor se descojona en la distancia y Li Qian intenta sofocar una sonrisa. Debo de haber dicho algo graciosísimo.

—Qué cosas tienes, *blyad* —grita Fyodor desde lejos, todavía dando vueltas—. ¿Cómo vamos a ver lo que hay dentro de un agujero negro? Lo que sabemos proviene, naturalmente, de las personas a las que hemos enviado dentro.

—¿Cómo dices?

—Si —contesta orgulloso Li Qian—. A veintiséis voluntarios.

Joder. Tengo tantas preguntas que no sé ni por dónde empezar.

—¿Es posible atravesar un agujero negro? ¿Cómo saben que funciona?

—Aguarde, Urquiza xiānshēng…

Al instante, los tres aparecemos de nuevo sentados en el despacho de Li Qian. El té sigue humeando intacto en la taza de Fyodor y en la mía.

—Gracias, tío —dice el ruso—. Me estaba mareando.

Li Qian termina su té de un trago y vuelve a centrarse en mis preguntas.

—Para serle sincero, la tecnología que usamos todavía tiene mucho margen de mejora. —Mientras habla, busca la aprobación de Fyodor con la mirada—. No me refiero al viaje en sí, todos los voluntarios han atravesado el agujero negro sanos y salvos. Me refiero más bien a la comunicación una vez pasan al otro lado. Usamos unos dispositivos llamados ansibles, unidos entre ellos a través de un enlazamiento cuántico.

—En tu idioma —interrumpe Fyodor—, significa que podemos comunicarnos con cualquier parte del universo de forma instantánea, sin tener que ceñirnos a la velocidad de la luz.

—Pero… la información que necesitáis no se halla en este universo.

—Y ahí está el problema. La comunicación entre ansibles a ambos lados de un agujero negro funciona, pero los datos llegan a su destino muy deteriorados por la singularidad. Cada byte que traspasa el horizonte de sucesos debe ser procesado aquí, algo que resulta muy costoso y que lleva su tiempo.

—Por eso no hemos conseguido enviar mensajes de más de diez caracteres, tanto en una dirección como en otra —añade Li Qian—. Es demasiada información para el ansible receptor. Puede que algún día podamos recibir imágenes o vídeos, pero por ahora hemos de limitarnos a un críptico mensaje codificado.

—¿Y qué decían los mensajes que mandaron los viajeros?

—Todos confirmaron que la operación fue un éxito. Y la mayoría coincidió en algo muy interesante.

—Esto te va a gustar, *moy drug* —asegura Fyodor. Permanezco atento a la explicación de Li Qian.

—Urquiza xiānshēng, los demás universos son iguales al nuestro.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que oyes —contesta Fyodor—. Una copia exacta unos de otros.

Miles, millones, trillones de repeticiones. Es imposible saber cuántas.

Tardo unos segundos en asimilar el mensaje.

—Bueno, en realidad sí que hay una diferencia —se adelanta Li Qian a mi respuesta—. El nivel de entropía difiere de unos a otros.

—¿Y qué significa eso?

Ambos se miran con una expresión que en mi tierra interpretarían como «*kabenzotz*, ¿de verdad tenemos que explicarle todo a este mangarrán?».

Al fin es Li Qian quien accede a aclarármelo.

—Cuando un universo nace, solo hay átomos de hidrógeno. En ese momento, decimos que la entropía es baja. A medida que el universo va expandiéndose, esos átomos se fusionan entre ellos en las estrellas, formando helio. Los nuevos átomos de helio se fusionan a su vez, dando lugar a otros elementos que también se combinan entre ellos. Así, galaxias, estrellas, planetas y demás comienzan a formarse. Cuantas más combinaciones hay, más posibles configuraciones de la materia existen. Es entonces cuando decimos que la entropía ha aumentado. La vida en nuestro planeta nunca hubiera existido de no haber crecido la entropía.

—Es decir, —pienso en voz alta. Es inútil esconder mis divagaciones cuando sé que pueden escucharlas de todos modos—. Que si vamos a un universo paralelo de menor entropía, estaremos viajando al pasado, mientras que si lo hacemos a uno de mayor entropía apareceremos en el futuro.

—Podría llamarlo así, aunque, técnicamente, hablar de viajes en el tiempo es absurdo e incongruente, propio de humanos de la era prehedoniana que no entienden bien la naturaleza del universo. El tiempo no es más que un invento humano para entender y medir el ritmo de la entropía.

—Escucha, *blyad*, sin ofender —le interrumpe Fyodor—. Cada universo tiene su entropía y es imposible revertirla, por lo menos para nosotros. Para que lo entiendas desde el punto de vista de un insignificante humano de nivel uno, *el tiempo es el que es*. Y punto. Va hacia delante a razón de sesenta minutos por hora, y no hay nada que podamos hacer para cambiar eso. Como mucho, podemos provocar su

dilatación relativa aumentando la velocidad, como bien tú sabes.

—En otras palabras, no podemos viajar a nuestro pasado, pero sí al pasado de un universo paralelo.

—Empiezas a entenderlo.

—¿Y podéis calcular el momento exacto al que viajar?

—Nos hemos llegado a acercar diez segundos al objetivo temporal. No está nada mal, ¿verdad?

No puedo evitar una sonrisa bobalicona. ¿Podría ser que, después de todo, aquí se encuentre lo que llevo buscando tanto tiempo? Me doy cuenta de que, por mucho que intentara engañarme a mí mismo durante los últimos dos años en Hedonet, no había abandonado el sueño de volver a ver a Gabi. Tal vez todas esas borracheras hayan conseguido echarle un poco de tierra por encima, pero desde luego que no lo han enterrado.

No quiero hacerme ilusiones, así que voy al grano.

—Y supongo que vuestro plan es que me presente voluntario para viajar al pasado y que así pueda ver a mi hijo, ¿no es así?

—A grandes rasgos, así es. Con algunos matices, claro.

—Soy todo oídos.

—Usted sería el voluntario número veintisiete —dice Li Qian—. El universo al que viaje será uno nuevo, uno al que nunca haya ido nadie. Nunca repetimos universo por precaución. Suponga que algo sale mal y el voluntario que enviamos rompe el acuerdo de discreción. Si se trata de una sola persona, le tomarían por loco. Pero si son dos personas y sus coartadas coinciden puede que provoquemos un revuelo mayor del deseado. Podríamos incluso modificar el curso de la historia de manera significativa, y eso es lo que queremos evitar. Imagíneselo como unos buceadores en una barrera de coral. Están ahí para observar y quizás tomar muestras, pero deben tocar lo menos posible. Esta es una de nuestras primeras reglas, por lo menos hasta que sepamos más sobre el determinismo que rige en estos universos.

—¿Hasta qué punto debo evitar cambiar el pasado?

—No te preocupes por eso, amigo —responde Fyodor con una sonrisa afectuosa—. No vamos a intentar convencerte de que no salves a Gabi.

Apenas puedo creer lo que estoy escuchando. Es demasiado bonito para ser verdad. ¿Dónde está la trampa?

—¿Y después qué? —pregunto. Aunque intento sonar calmado, me tiembla la voz—. Si consigo salvarle, ¿tendré que volver?

—No, Miguel. Puedes quedarte allí. Lo único que te pedimos a cambio es que nos mantengas informados del resultado enviándonos un mensaje por los medios que te indicaremos. Todos salimos ganando, ¿no?

—¿Y si algo sale mal durante el viaje? ¿Podría regresar?

—No es imposible volver. Alguien ya lo ha hecho.

—¿Ah sí? ¿Y cuál fue su testimonio?

—Bueno, en realidad —Li Qian y Fyodor se miran dubitativos, como si estuvieran a punto de revelar información clasificada—, la persona que regresó no fue alguien que nosotros enviáramos. Apareció hace tiempo, antes del inicio de nuestro programa. Dijo que le enviaba otro universo y nos dio las claves para viajar. Así fue, en realidad, como todo comenzó. Por eso creemos que, en teoría, si tienes las coordenadas de tu universo de origen, puedes volver.

—¿Entonces no somos el universo que lo empezó todo?

—No, Miguzas —replica Fyodor con cierta condescendencia—. Pensar eso sería prepotente, ¿no crees?

—¿Y quién inició el bucle, entonces?

—Ay, amigo. ¿Qué vino primero, el huevo o el dinosaurio? Hay preguntas que no pueden responderse. Lo único que sabemos es que funciona.

—Entiendo. Solo me queda una duda: ¿por qué yo? Y no me vengáis con el cuento de mi integridad.

—No te creas tan especial, Miguelito. Ya te hemos dicho que eres el número veintisiete.

—Sí, pero ¿no podíais haber escogido a algún posthumano en vez de a un simple nivel uno?

—A ver… ¿cómo puedo decirte esto sin que te ofendas?

No hace falta. Li Qian lo hace por él.

—Urquiza xiānshēng, la dirección no nos permite enviar posthumanos. Dicen que sería un derroche de recursos.

—¿Así que usáis humanos como conejillos de indias?

—Miguel —responde, con tono solemne y usando mi nombre por primera vez—. Un padre nunca olvida a quien protege a su hija. Cuando surgió esta oportunidad, la primera persona en quien pensé fuiste tú. Sé cuánto lo deseas.

Nuestras miradas permanecen unidas unos instantes. Agacho la cabeza en señal de agradecimiento. Él me devuelve el gesto.

—Sí, mucho *feeling* por aquí y todo lo que quieras, pero hay algo que tiene que quedarte claro, amigo —Fyodor interrumpe aquel fraternal momento—. Una de las razones por las que no enviamos posthumanos es porque no queremos perderlos.

—¿Perderlos? —pregunto, alarmado.

—Mira, un posthumano es un resultado de años de esfuerzo, además de una inversión en mejoras, actualizaciones e implantes. Al enviarles a otro universo no solo les perdemos aquí, sino que aquellas mejoras desaparecerían también en el universo de destino.

—¿Por qué ocurriría eso?

—Debido a un fenómeno que conocemos como la unicidad del alma. Esto a lo mejor te suena a filosofía barata, pero el concepto funciona. En los casos en los que hemos enviado personas a universos en un momento temporal donde ellos mismos existían, el universo ha encontrado la forma de evitar que se dupliquen.

—¿Uno de ellos muere?

—No es tan sencillo. Yo prefiero llamarlo fusión.

—Vas a tener que darme más detalles.

—Tú, o lo que hace que tú seas tú; o, si lo prefieres, el conjunto de células que conforman tu cuerpo y tu mente y las conexiones entre ambos, constituyen una combinación única en el universo. Algunos lo llaman alma. Según esta teoría, las almas no pueden existir por duplicado en un mismo universo. Al atravesar el agujero negro, no puedes romper esta regla. En definitiva, tu alma, o tu esencia, o tu yo, o como mierdas quieras llamarlo, será incorporada a la ya existente, de manera que seguirás siendo tú, excepto que los recuerdos de ambos se solaparán. Recordarás todo lo sucedido hasta entonces en el universo de destino, que, de todos modos, no difiere de tu propio

pasado. Y, aparte, recordarás todo lo sucedido en el universo de origen después de 2019. Será como volver al pasado con una visión de lo que ocurrirá en el futuro si no intervienes para cambiarlo.

—¿Y qué ocurrirá con mi cuerpo?

—No me has entendido. El cuerpo es parte del alma, y el alma se fusiona. Por tanto, tu cuerpo también lo hace. Por alguna razón, ni siquiera tienes que viajar a la Tierra una vez cruzas el horizonte de sucesos. De alguna forma, el propio universo te identifica y te lleva al lugar que te pertenece. Como te dije, no sabemos cómo funciona, pero funciona.

Respiro aliviado. Esto no supondrá un problema.

—¿Y a qué momento tenéis pensado enviarme?

—Lo mejor sería hacerlo a la mañana en que Gabi murió, para así minimizar el riesgo de que cambies demasiados acontecimientos. Evitas su muerte, nos escribes una vez al año durante el resto de tu vida para describir la situación y listo. Es un trato justo, ¿no?

Todavía hay algo que no me cuadra.

—¿Y qué pasará con mi Gabi?

—¿*Tu* Gabi?

—El de este universo.

—No hay nada que podamos hacer por él, Miguel.

No es nada que no supiera antes, pero aun así sus palabras se me clavan como un aguijón. Salvar a Gabi en otro universo no evitará la desgracia en el mío. Atrás quedará un niño que murió pensando que a sus padres les importaba más un porcentaje de ejecución de proyecto que su propia vida.

—Miguel —infiere Qian con suavidad al ver mi gesto de dolor—. Recuerda la unicidad del alma.

—¿Qué pasa con ella?

—Tenemos razones para pensar que nuestras versiones de universos paralelos tienen algo en común, una esencia compartida que no llegamos a entender.

—En otras palabras —interviene Fyodor—, si salvas a un Gabi, los salvas a todos.

«Oh, así que ahora eres el experto en rescates espirituales, ¿eh,

Fyodor?»

Me gustaría escupirle esas palabras a la cara, pero me contengo. Mi viejo amigo solo intenta ayudarme.

—No lo soy —dice. Había olvidado que puede leer mis pensamientos—. Pero tampoco es que tú seas una eminencia en metafísica.

—¿Cuándo recibiréis mis mensajes? —pregunto para cambiar de tema.

Ambos sonríen. Saben que me han convencido.

—En cuanto traspases el agujero negro, comprobaremos nuestra bandeja de entrada. Si todo ha salido bien, tendremos tantos mensajes tuyos como años hayas vivido.

Sí, me han convencido. ¿Acaso tengo alternativa?

No, no la tengo. Es la mejor oportunidad de redención que he tenido nunca. La única que jamás tendré. De repente, me invade una euforia que hace tiempo creí perdida para siempre.

—De acuerdo —digo. Se me escapa una risa nerviosa—. ¿Cuándo salgo?

—Antes de lo que piensas. Lo único que debes hacer es firmar un permiso para que recojamos tu cuerpo en Shanghái y te enviemos en una cápsula espacial al túnel espaciotemporal más cercano, en las inmediaciones de Saturno. Este te llevará a un agujero negro similar a Cygnus, donde cruzarás el horizonte de sucesos. En total, el viaje no durará más de dos semanas, pero tu irás dormido desde que despegues de la Tierra. En eso hemos mejorado mucho desde 2065.

—Hagámoslo —sentencio—. Cuanto antes, por favor.

Fyodor y Qian lo celebran con una sonrisa sincera.

—Eso sí… a riesgo de reiterarme, permíteme recalcar esta regla —añade el cantonés—. A excepción de lo de Gabi, solo debes cambiar lo justo y necesario.

—¿Qué ocurrirá si cometo un error?

—Es imposible predecirlo y, en cualquier caso, no nos afectará a nosotros. Pero puede que perjudique al universo de destino. Algo me dice que es mejor no jugar con las leyes del determinismo.

«¡Cuán tedioso es un cuento contado de nuevo!».

Ulises, la Odisea, Canto XII

Miércoles, 10 de abril de 2019

El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, permanecerá en el cargo para dirigir al país durante un quinto mandato, después de que su mayor contrincante electoral, Benny Gantz, admitiera su derrota anoche. Con el recuento al 99%, el Likud alcanza ya los…

Conozco esa voz. Suena monótona, fatigosa, miserable. A notario con resaca leyendo unas escrituras. Es la voz que me despierta todas las mañanas. ¿Por qué al escucharla siento como si me estuviera reuniendo con un viejo amigo?

Una inquietud vaga y extraña me empuja a incorporarme de golpe. Miro alrededor.

La luz de los primeros rayos de sol se filtra por los huecos de la persiana, bañando la habitación con una luz desvaída que me permite ver, a través del espejo del armario, un cuadro abominable colgado en la pared. El puto Pollock.

Es el dormitorio del piso de Las Tablas.

«Claro, idiota. ¿Dónde vas a estar si no?»

Andrea duerme a mi lado.

«¿Y quién esperabas que fuera?»

Intento regresar al Plano Ordinario para comprobar que no se trata de una simulación. No puedo hacerlo. Ocurre lo mismo que aquellas veces que no me doy cuenta de que ya he abandonado Hedonet e intento volver a salir de él: nada. Ya estoy en el mundo real.

Fyodor y Qian no me estaban tomando el pelo.

Me siento cansado, con la mente abotargada y con una sensación de opresión en el pecho. Lo último que mi memoria registra es tumbarme en una camilla, tragarme la cápsula que me dio Qian y sentir una necesidad imperiosa de cerrar los ojos. A la vez, también recuerdo llevar toda la noche al lado de Andrea, sin poder dormir, absorbido por sombrías inquietudes que ahora me parecen triviales.

Soy un Miguel joven e ingenuo, pero también soy el Miguel que ha dado la vuelta al universo para volver al punto de partida. Aunque el primero se sentía raro al despertarse, como si hubiese tenido un mal

sueño, acepta rápido su nueva realidad. Ahora siento que ambos son uno.

Y ahora los dos coincidimos en que solo hay algo que importa: faltan ochenta minutos para que muera mi hijo.

Andrea emite un quejido somnoliento y se da la vuelta hacia mí. Todavía con los ojos cerrados, su mano palpa la superficie de la cama hasta toparse con mi rodilla. Entonces sube por el muslo hasta encontrar lo que busca.

—Cielo, hoy tenemos que hacerlo.

No. No he venido hasta aquí para echar un polvo. Necesito levantarme y correr a la habitación de Gabi. Tengo que comprobar que está ahí.

«Solo debes cambiar lo justo y necesario».

El recuerdo de las palabras de Qian me detiene en seco. ¿Se refería a situaciones como esta? Debería haberle preguntado por los detalles. ¿Qué significa para él lo justo y necesario? ¿Cuáles son las consecuencias?

Dudo que algo pudiera salir mal por una modificación tan insignificante, pero no me atrevo a arriesgarlo todo por un impulso. He esperado a Gabi casi dos siglos, puedo aguantar unos minutos más. Segundos, tal vez.

La visión de Andrea, ya desnuda sobre mí, facilita la decisión. A fin de cuentas, la última vez que tuve sexo real fue hace ciento setenta y cuatro años.

Con ella, en esta misma habitación.

Y en este mismo momento.

No puedo evitar soltar una risita histérica. Es todo demasiado raro.

—¿Te ocurre algo, cielo?

«Pues, ahora que lo mencionas, me muero por ir a abrazar a nuestro hijo muerto. Además, me resulta raro follar con una humana. Ya me estaba acostumbrando a las mutantes».

—No, no… todo va bien. Solo dame algo de tiempo.

Trato de concentrarme, pero… joder, estoy en otro puto universo. Según Qian y Fyodor, todo debería ser calcado al mío. Observo la habitación con disimulo, en busca de algo que les contradiga.

Nada. El dormitorio no difiere del que yo recuerdo.

Espera. ¿Dejé anoche la corbata tirada en el suelo?

Me asalta una inquietud. ¿Y si hay pequeños cambios para los que no estoy preparado? ¿Y si vivimos en un mundo donde el café no fue descubierto por aquel pastor etíope y ahora debo enfrentarme a sobremesas con infusiones de hierbas?

Podría ser incluso peor. ¿Y si se trata de una gran cantidad de pequeños detalles, en apariencia insignificantes, pero determinantes en su conjunto? ¿Es posible que poco a poco vaya perdiendo la cordura, al no diferenciar entre qué es real y que no?

¿Y acaso importa, mientras tenga a Gabi conmigo?

—Mira, da igual. —Andrea, que en este universo tampoco es demasiado paciente, desiste y se retira—. Ya lo intentaremos de nuevo esta noche.

Yo no protesto. En su lugar, enciendo la luz y me visto lo más deprisa que puedo.

Ella me mira, extrañada. Se pone en pie frente al espejo y se examina el cuerpo con expresión consternada. Entre esto y lo que la hice la última vez que nos vimos, siento un poco de lástima por ella.

—No es tu culpa, cariño —le digo para arreglarlo, atropellando mis palabras mientras salgo del dormitorio—. Estás tan buena como siempre.

Sin esperar a su respuesta, corro por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación de Gabi. Está entornada. Recuerdo que la bisagra necesita aceite, así que la abro solo un poco para no hacer ruido y despertarle.

Dentro, la habitación está en penumbras, con la única iluminación de su luz quitamiedos de Rayo McQueen.

Me acerco en silencio hacia la cama. Antes de llegar a su lado, veo cómo la silueta de una cabeza se eleva de repente.

—¿Papi?

Es su voz. Es la voz de Gabi.

Siento de inmediato un nudo en mi garganta.

—¿Papi, eres tú?

Soy incapaz de contestar. Es una suerte que la luz esté apagada y

así él no pueda distinguir la emoción que contrae mi rostro.

Le abrazo. Él levanta los pies para que le coja en brazos, y eso hago.

Sus piernas rodean mi abdomen y sus finos bracitos mi cuello. Yo paso mis brazos por su espalda, haciendo un esfuerzo por no romperle una costilla con la fuerza de mi abrazo. Le beso el cuello, las mejillas, la frente, hasta que él me detiene.

—*Puaj*, papi. Cómo pica tu barba.

—Gabi, te quiero más que a nada en el mundo.

—¡Y yo a ti! —contesta. Sé que no conoce el alcance de estas palabras, pero su respuesta me hace sentir la persona más afortunada de la Tierra— ¡Y a tu iPad! —añade, lo cual me tranquiliza. Este universo es clavado al anterior.

Le dejo en el suelo y abro la persiana. Cuando la luz del sol ilumina su cara, entorna los ojos y se los cubre con la mano.

Necesito tocarle una vez más para comprobar que es real. Paso la mano por las arrugas de su nariz, por sus orejas suaves y diminutas, por su pelo enmarañado. Le pido que abra la boca y coloco el dedo en el espacio de los incisivos superiores, donde ya asoman dos líneas blancas.

—Ay, papi, que eso molesta.

Ya más convencido de la autenticidad de la situación, decido dejarle en paz.

—¿Sabes que he soñado que metía diez goles? —dice.

—Déjame adivinar… ¿jugabas contra Messi, Ronaldo e Ibrahimović?

—¿Cómo lo sabes?

—No se lo digas a nadie, pero yo he soñado que me lo contabas. Y después me decías que habías usado todos los trucos que te enseñé ayer.

—¡Es verdad! El tiro con efecto, el tiro del tigre… incluso la catapulta infernal.

Sonrío tanto que tengo la sensación de que voy a rasgarme las mejillas.

Me pide que juegue con él a lanzar los coches desde la rampa de su garaje de juguete. Por mucho que me cueste hacerlo, tengo que

negarme. Esto no estaba en el plan. Tengo los acontecimientos de aquella mañana grabados en la memoria y lo mejor que puedo hacer es intentar que esta nueva realidad no difiera demasiado. Bastante me he desviado ya, presa de la emoción. Ahora necesito concentrarme. Una vez haya salvado a Gabi, ya podré despreocuparme de todo.

—¿Y qué te parece si vamos a la cama de papá y mamá a ver unos vídeos? Tengo uno que te va a encantar.

Como era de esperar, salta de alegría al escuchar mi oferta y sale corriendo de su habitación.

Por el pasillo se cruza con Andrea, que va camino de la ducha, y pasa de largo.

—¡Buenos días a ti también, antipático! —le grita ella.

—¡Buenos días, mami! —responde él, ya subido a la cama y dando saltos.

Mientras vemos el ranking con las mejores escenas de lucha de John Wick, recuerdo que aquella noche recibí un email urgente de mi jefe. Antoine necesitaba el porcentaje de limpieza de mis equipos antes de las ocho para reenviárselo a Andrea, que debe presentar esos datos a las ocho y media.

Miro el reloj. Son las 7:23.

¿Debería trabajar en ello ahora? Si lo hago, podré contestarle a tiempo, esta vez con los datos correctos. No solo quedaré bien con él y con Andrea, sino que también me ahorraré el estrés que me llevó a conducir como un imbécil y a tener el accidente que acabó con la vida de Gabi.

Por otro lado, hacerlo significaría violar otra vez la única regla que me pusieron Qian y Fyodor. Y ¿quién sabe lo que puede ocurrir si cambio demasiadas variables?

Si me atengo a esa norma, tendré que contestar a Antoine tarde y con los datos erróneos, para después lanzarme a la M-30 y, eso sí, estar bien atento para tomar la salida a Fuencarral sin sufrir ningún percance. Algo me dice que esta es la opción correcta.

Sí, matar dos pájaros de un tiro es tentador, pero no es eso para lo que estoy aquí. La prioridad es salvar a mi hijo, y eso haré. Qué importa si me gano una reprimenda de mi jefe o incluso si he de

discutir con Andrea porque la dejé en ridículo delante de los demás directores.

Está decidido. Debo replicar aquella fatídica mañana hasta el último instante.

—Papi, este ranking está mal. —Gabi interrumpe mis pensamientos. El vídeo ya ha terminado—. La mejor escena es la de los lápices, ¿verdad?

—Eso es porque no has visto esto —le digo con una sonrisa, y le enseño el extracto del tráiler de la tercera película.

Ahora sí, siento que he reconciliado ambos universos. Recuerdo a la perfección ese gesto de felicidad que Gabi muestra ahora mismo al ver a John Wick matando motoristas desde la grupa de un caballo negro. Y sé con exactitud en qué momento Andrea entrará en el dormitorio y dirá…

—¿Todavía así? ¿Qué estáis haciendo?

—¡Nada, mami! —grita Gabi. Salta de la cama, corre fuera, me guiña un ojo.

Andrea lleva una minúscula toalla azul alrededor del cuerpo, pero la deja caer en cuanto Gabi sale. Esto no lo recuerdo así. Me quedo contemplando su cuerpo más tiempo del que debería, y mi cara de pasmado parece halagarle.

—Espero que no le hayas enseñado uno de tus vídeos violentos —me advierte, vigilándome desnuda a través del espejo del armario. Ahora no suena tan enfadada como la última vez—. Solo tiene seis años.

—Descuida, cariño —contesto. Recuerdo lo que le grité a Gabi en aquel instante y repito mis palabras—. ¡Vístete ya, delincuente, que llegamos tarde al colegio!

—¡Pues entonces deberías haber empezado a gritarme antes! —contesta él desde el pasillo. Misma respuesta.

Me he desviado unos segundos y Andrea se está comportando de manera diferente, pero, a grandes rasgos, nada ha cambiado demasiado.

Las 7:25. Hora de preparar el café soluble y las tostadas. Voy a la cocina.

Aunque sé que me voy a quemar la mano al sacar el pan chamuscado de la tostadora, no hago nada por evitarlo.

—¿Qué ha pasado ahora, Miguzas? —me grita Andrea desde el baño al escuchar mi alarido.

Le digo que todo está en orden y meto la mano bajo el agua fría del grifo.

Enciendo la tele justo antes de que llegue Gabi. Telediario. Netanyahu, niña tailandesa crionizada, primera fotografía de un agujero negro. Las noticias no han cambiado, pero yo sí. Siento que entiendo todo un poco mejor. Que la reelección del primer ministro israelí es parte de una tendencia global obvia; que los padres de la niña tailandesa, ahora criticados hasta la saciedad, algún día podrán tener a su pequeña en brazos de nuevo; y que, a pesar de que aquella foto del agujero negro parece un despropósito, es un paso más en una serie de descubrimientos que cambiarán la ciencia para siempre. Sin ellos, yo no estaría aquí.

—Vaya panda de frikis. —Decir esto me hace sentir ignorante y desagradecido, pero hay que seguir el guion.

—¿Cómo dices, papi?

—Nada, hijo.

Ahora es cuando me toca ducharme. Pongo rumbo al dormitorio.

—¿Sigues sin arreglarte, cielo? —Siento alivio al ver que Andrea no solo se cruza conmigo por el pasillo en el mismo instante que la última vez, sino que también me hace la misma pregunta, en el mismo tono. Y lleva puesto el mismo traje, el de las reuniones importantes.

El río del tiempo parece estar volviendo a su cauce.

—Estoy listo en cinco minutos.

Tras ducharme y vestirme, me cunde el pánico al resistirse el nudo de la corbata más de lo que esperaba. ¿Tardé tanto la última vez? ¿Y si cambio los acontecimientos sin querer? Sería una jugada típica de Miguzas el Chapuzas.

Por suerte, consigo terminar el nudo justo a tiempo. Aunque no es el mejor que he hecho, valdrá.

La siguiente parte no es agradable, pero la reproduzco tal y como la recuerdo.

Vuelvo a la cocina, me quejo de que Gabi sigue desayunando. Andrea se pone a la defensiva y discuto tanto con ella como con él.

Lo de Gabi es solo una rabieta propia de un niño de su edad y se le pasa enseguida. Sin embargo, ahora que me siento como un espectador de esta historia pese a protagonizarla, soy capaz de ver más allá de los detalles, y algo me dice que el enfado de Andrea proviene de un lugar oscuro que nunca he sido capaz de vislumbrar.

Enfocarlo como un observador externo ayuda a poner las cosas en perspectiva. Frente a mis ojos hay una familia que se quiere y que posee todo lo que necesita y más. ¿Por qué no lo disfrutan? ¿Cuándo decidieron que la felicidad espera al final del camino, y no durante el mismo?

Tal pensamiento abre una vieja herida y me ayuda a meterme en el papel de padre gruñón. Mando a Gabi a lavarse los dientes y a vestirse y me dedico a abrir mis emails.

Ahí está. El mensaje de la discordia.

Y, poco después, la llamada de Antoine. Su mensaje se repite, palabra por palabra.

—Estoy en ello. Lo tienes en diez minutos.

—Mejor en nueve. Recuerda que lo necesito antes de las ocho.

Miro el reloj tras colgar. Son las 7:51, igual que la última vez. Trabajo en la solicitud de mi jefe hasta que oigo la voz exasperada de Andrea.

—¡Miguel, nos tenemos que ir! ¿Está el niño listo?

No, no está listo. No me hace falta asomarme al cuarto de baño para saber que está usando la pasta de dientes para dibujar hombres a caballo en el espejo.

Me prometo a mí mismo que a partir de ahora seré más permisivo, que le dejaré sentirse libre y desarrollar su creatividad, aunque sea a costa de mi tiempo.

Pero ahora no. Hasta que Gabi no esté a salvo en el colegio, seguiré siendo un ogro.

—¡Mira, papi, es John Wick!

Bajando la voz y poniéndome serio, le propongo el trato de la Coca Cola. Sale disparado hacia su habitación.

Mientras se viste, busco los datos que Antoine me ha pedido.

—Ya son las ocho, ¿nos vamos o qué? —Andrea y Gabi aparecen en el recibidor, ya preparados para salir.

La mentira sobre la llamada del tutor de Gabi vuelve a funcionar. Andrea encuentra un taxi, me pide que no olvide el cuaderno de vacunas de Gabi y desaparece a paso ligero.

Una vez se ha ido, dispongo todos los datos en una slide sin hacer ningún esfuerzo por comprobar su veracidad. Aunque termino un poco antes que la última vez, no se la mando a mi jefe hasta las ocho y once.

—Papi, ¿cuándo nos vamos?

—Ahora mismo —contesto, cerrando de golpe la tapa del portátil.

—¿Echamos una carrera hasta el coche?

Acepto la propuesta y Gabi abandona el piso como una exhalación en cuanto abro la puerta. Cierro con llave y bajo dos escalones, pero entonces me doy cuenta de que he olvidado el cuaderno de vacunas. En el otro universo sí me acordé de cogerlo —o, si mal no recuerdo, fue Gabi quien me lo dio—, así que no tengo opción. Son solo unos segundos, seguro que los puedo recuperar más tarde.

Vuelvo a entrar en casa, cojo el cuaderno del cajón de la mesa del recibidor y, ahora sí, me lanzo escaleras abajo a toda velocidad.

Escucho el ruido de la puerta acristalada del portal al cerrarse.

En ese momento me asalta un recuerdo incómodo: la última vez le detuve justo antes de que cruzara la calle.

«Te has vuelto a lucir, Miguzas. Más vale que aceleres».

Me apresuro al vestíbulo exterior y recorro los cinco o seis metros que me separan de la acera a la máxima velocidad que alguien con traje barato y zapatos seminuevos puede permitirse. No hay ni rastro de Gabi. ¿Cómo puede ser que un niño de seis años corra tan rápido?

Llego a la acera justo a tiempo para verle.

Sigue corriendo y está a punto de llegar a la calzada, a la altura del paso de peatones. El semáforo está en rojo.

—¡Espera, coño! —le grito.

Gabi me oye y se detiene en seco. Pero lo hace cuando ya había empezado a cruzar la calle, entre la segunda y la tercera línea del paso

de cebra.

El instinto y la adrenalina toman el control, apoderándose de mis piernas y de mis cuerdas vocales.

La mujer que pasea al bebé en su carrito, la que la última vez me miró con desdén, ahora se ha detenido en medio de la acera y permanece helada observando la escena. El problema es que se para justo en medio de mi camino.

Más tarde me daré cuenta de que las décimas de segundo que pierdo en rodearla son las que podrían haber marcado la diferencia.

Llego al paso de cebra justo en el instante en que una furgoneta blanca arrolla a Gabi.

Una espada de hielo me atraviesa el pecho. Ya he vivido esa sensación antes.

La última vez, mi cuerpo no me permitió moverme. Ahora es mi mente quien me juega una mala pasada.

Permanezco inmóvil mientras el aterrador sonido del impacto, cual sandía que explota contra la pared, reverbera en mi cabeza. Su cuerpo vuela a cámara lenta. De su mochila escapan disparados cuadernos de ejercicios, pinturas, cromos de Pokémon y una cáscara de plátano seca.

En cuanto aterriza sobre el duro asfalto, se aleja de mí rodando a una velocidad endiablada.

No opone resistencia. Sus extremidades no luchan contra el roce del pavimento. Se dejan llevar por la inercia, indolentes, rendidas. No me hace falta fijarme en el reguero de sangre que deja a su paso para saber que se ha ido para siempre.

No. Para siempre no.

Me acerco a él con pasos lentos, apenas consciente del escándalo a mi alrededor. Frenazos y gritos. Pitidos y sollozos. Da igual. Todo se reduce a Gabi y a mí.

Me agacho a su lado.

Esos ojos.

Son los mismos que vi en el coche. Aquel día pensé que tal vez un vídeo de John Wick los devolvería a la vida. Hoy no soy tan ingenuo.

—Lo siento, Gabi —digo. No reconozco mi propia voz. Suena ronca,

lejana.

Envuelvo su mano entre las mías.

—Te prometo que no volverá a ocurrir. —Me siento a punto de perder el conocimiento, pero consigo pronunciar unas últimas palabras—. Sí, te lo prometo. Voy a traerte de vuelta. Y esta vez te voy a proteger.

No tengo ninguna duda de que así será. Aunque sea lo último que haga.

«¡Loco!, debería haber sabido que no lo conseguiría, pues, cuando los dioses toman una decisión, no la cambian fácilmente».

Néstor, la Odisea, Canto III

XVIII

«La obstinación es la fortaleza de los débiles», solía repetir mi esposa cada vez que discutíamos. «Y a cabezota no te gana nadie», añadía después. Una manera sutil de llamarme inútil.

Infinita sabiduría la tuya, Andrea. Tú siempre tenías una frase ingeniosa para todo.

El caso es que tenía razón, aunque yo nunca lo habría admitido frente a ella, por supuesto. Al fin y al cabo, en eso consiste ser testarudo, en obcecarse incluso en negar que lo eres.

Si hoy escuchara esas palabras de su boca, mi reacción sería distinta. ¿Por qué no reconocerlo?

Sí, puedo llegar a ser bastante terco, pero he descubierto que esto no es necesariamente negativo. Solo depende de cómo lo uses.

Ahora, por ejemplo, se trata de una buena causa.

«Puede que tú dieras a Gabi por perdido, pero yo no lo haré. No descansaré hasta convertirme en el padre que siempre debí ser. Y si he de romperme las costillas otra vez sobre el techo acristalado de tu puta piscina cubierta, que así sea».

Reconozco el momento exacto en que debo salir disparado del sendero adoquinado para librarme de las ginoides de seguridad. Me abalanzo sobre la cuesta ajardinada y pierdo el equilibrio en el mismo punto que la última vez. Ruedo, me engancho con las ramas espinadas de varios rosales y, al llegar al final, me detengo un segundo y salto al vacío.

La reacción de Andrea al verme romper el techo de su piscina y caer en ella junto a cientos de cristales no cambia.

La conversación que tenemos después tampoco difiere en nada de la que recuerdo y, además, termina con el mismo resultado. Linda me acompaña al cuarto de baño de su palacete.

Ya me voy acostumbrando a esta sensación.

Vivir la misma vida por segunda vez es más complicado de lo que parece. Al principio me costó adaptarme a ello, pero ahora puedo

replicar con cierta naturalidad todo lo que hice o dije en mi universo de origen. El truco está en olvidarme de mis recuerdos, en dejar de ser la persona en la que el futuro me ha convertido y pretender que todo es nuevo para mí. Dejarme llevar por el instinto. Improvisar. Así, tras cada acto, compruebo que la decisión coincide con la que tomé con anterioridad. Es como cuando no recuerdas haber visto una película, pero sus fotogramas te van refrescando la memoria poco a poco.

En ocasiones pierdo la concentración e intento responder a una circunstancia basándome en mis recuerdos, en lugar de actuar como yo mismo. No suele salir bien. ¿A quién no le ha dado nunca la sensación, mientras veía uno de esos telefilms baratos que ponían en la tele los sábados por la tarde, de que, por mucho que el actor de turno se hubiera estudiado muy bien sus líneas, la peli no podía funcionar si no le ponía sentimiento al decirlas? Es algo parecido.

Cuando eso ocurre, los eventos se alteran. A veces se trata de una modificación insignificante, como cuando la azafata del vuelo de American Airlines no accedió a echarme otro chorrito de whisky en el café porque no le imprimí la suficiente desesperación a mi tono. En otras ocasiones resulta más preocupante, como cuando Andrea se negó a firmarme el acuerdo de crionización de Mizar y tuve que insistir más de lo esperado.

Pero por fortuna, tarde o temprano, todo acaba volviendo a su lugar. Es como si hubiera alguien controlando que todo sucede de determinada manera, por lo menos a grandes rasgos. Supongo que esto es a lo que Qian se refería cuando hablaba de determinismo. Suelo preguntarme si ese Dios —o ese regidor, o ese programa, o cualquiera que sea la entidad que adopta aquel concepto tan abstracto—, podría solucionar el entuerto si yo me desviase de mi misión diametralmente. Esta duda me genera curiosidad, incluso tentaciones de hacer algo grande, de cambiar el rumbo de la historia para comprobarlo. Luego recuerdo que no estoy aquí para entender la naturaleza del universo, sino para salvar a mi hijo, y se me pasa.

Resumiendo, así es como he acabado de nuevo en casa de Andrea: tras la segunda muerte de Gabi, viajé de nuevo a Phoenix, tuve la misma conversación con Darlene Clemens y me suicidé otra vez para

ser crionizado.

Podría haber solucionado los errores que cometí la primera vez. Así, Andrea no habría tenido que pagarle una fortuna a la aseguradora —a fin de cuentas, bastaba con comprar un globo de helio de mayor capacidad, o elegir un día con más viento—. También podría haber avisado a Darlene del problemón que se le venía encima, mencionar que tal vez deberían ir pensando en mudar su empresa a California antes de que el país se fuera al carajo. Pero ¿quién me aseguraba que aquella combinación de decisiones funcionaría? Solo sé que, aunque este no es un camino breve ni sencillo, acaba conmigo en el lugar donde debo estar para salvar a Gabi. He de asegurarme de que todo sale justo como la primera vez.

El cuarto de baño de la mansión de Andrea es tan lujoso como lo recuerdo.

Nada en plan grifos de oro, techos de espejo y toda esa parafernalia pretenciosa, sino que está decorado con buen gusto. Amplio, luminoso, sencillo, de materiales sólidos y colores tibios. A través de mis auriculares, Wick me pregunta al entrar si quiero conectarme a «Baño VII Somosierra», y contesto que sí. A partir de entonces, nada es manual. Grifos que se encienden al acercarme y que suministran agua en la temperatura perfecta. Un váter que me masajea los bajos con chorritos calientes al sentarme. Mensajes en mis lentes que me animan a usar la crema de manos Umido que Andrea guarda en el primer cajón de la cómoda («tu botecito está casi agotado, ¡pide uno aquí antes del 31 de octubre y disfruta de un descuento del 20%!»).

Tras curiosear todo un poco, me quito la ropa mojada y la coloco en una abertura en la pared que, tal y como me ha explicado Linda, la llevará a ser lavada y secada en unos veinte minutos. Después me pongo el albornoz azul que ha dispuesto para mí. Es tan suave que parece hecho de nubes.

Ahora debería acudir al salón, donde me espera una discusión desagradable con Andrea, pero decido fisgonear un poco más. Recuerdo haberme detenido a observar las fotos del pasillo la última vez, aunque intento apartar ese pensamiento de mi mente. Debo basarme en lo que me apetece hacer, no en lo que recuerdo.

El pasillo no ha cambiado. Ambas paredes están plagadas de fotos, todas ellas enmarcadas a la manera tradicional. Nada de marcos digitales, ni sensores que te muestran la foto en la pantalla de tus lentes sin preguntar.

De nuevo, Gabi no aparece en ninguna de ellas, algo que no por esperado resulta menos enervante. Busco las fotos de la hija mayor de Andrea, la que tuvo conmigo. Apenas he pensado en ella desde que descubrí su existencia. ¿Sabrá ella de la mía? ¿Hasta qué punto le habrá ocultado su madre lo que ocurrió? Por la reacción que Andrea tuvo —y que va a tener en unos minutos—, supongo que nuestra hija piensa que su padrastro es su padre biológico.

La sensación de que algo va mal me saca de mis pensamientos.

No consigo encontrar la foto que vi la última vez, aquel retrato de una niña de seis años que se parecía tanto a Gabi. Hay otros retratos, pero ninguno es de ella.

Busco entonces la foto que me abrió los ojos, aquella que había sido tomada en un balcón de la Puerta del Sol el día de Año Nuevo de 2050.

Nada. La foto no está.

No puede ser.

Desciendo a toda prisa las escaleras de mármol, trastabillándome un poco al final.

El corazón me da un vuelco al mirar hacia la pared.

El viejo cuadro familiar al óleo sigue allí, sobre la chimenea. Nada ha cambiado, ni siquiera la mediocridad del trazado, excepto por una cosa: la hija mayor ha desaparecido. Solo hay dos niñas adolescentes tras el sillón de dos plazas en el que se sientan sus padres.

—Doble expreso sin azúcar, ¿verdad? —oigo decir a Andrea. Ya está esperándome, sentada con su bata rosa sobre el sofá de cuero blanco al otro lado del salón, y me mira con la expresión de quien ve a su ex marido muerto correteando en albornoz por su casa y llevándose las manos a la cabeza frente al retrato familiar.

No sé cómo reaccionar. Tampoco me acuerdo de lo que dije la primera vez. Esto es nuevo para mí.

—¿Va todo bien? —pregunta—. ¿O debería llamar a nuestro

médico?

Levanto el dedo hacia el cuadro.

—¿Falta alguien ahí? —consigo articular. Mi voz suena extrañamente débil.

—Miguel, me estás asustando.

Hago un esfuerzo por levantar la voz.

—¿Cuántas hijas tienes?

Andrea arruga la frente en señal de incredulidad, pero contesta.

—Dos… Marta y Cecilia. Bueno… y Gabi, claro.

Mis sospechas se ven confirmadas.

Al no haber sido capaz de hacer el amor con ella nada más regresar del futuro, nuestra hija no ha nacido. Nunca se me pasó por la cabeza que aquel embarazo fuese producto del último polvo que Andrea y yo echamos. Ahora que lo pienso, las probabilidades no eran tan bajas.

Ahí la tienes de nuevo. La típica cagada *made in Miguzas*.

No estoy seguro de cómo debería sentirme al haber evitado que una persona exista. Por un lado, en este universo nadie la echa en falta, ni siquiera el propio universo, que parece haberse recompuesto de un cambio de tal magnitud. Por otro, no puedo evitar sentirme como un asesino. ¿Quién soy yo para decidir quién vive y quién no?

Cuestiones morales aparte, ahora tengo un buen problema. Su existencia fue el as en la manga que me permitió recaudar el dinero necesario para viajar al futuro.

¿Cómo voy a sobornar ahora a Andrea?

Tal vez debería olvidarme de mi esposa e invertir lo que ya tengo en… No. Demasiado arriesgado. No solo podría perderlo, sino que es muy probable que tardase meses —o años— en conseguir el beneficio necesario. Esto significaría tener que viajar al futuro en otra nave y, por tanto, no conocer a Fyodor y Qian. Si quiero volver al 2019, necesito un billete a la Lièhùzuò.

He de darle al universo un empujoncito para que regrese al camino adecuado. Si pudiera salir de esta casa con ciento veinte millones bajo el brazo, todo estaría solucionado. Solo hay un problema. Conozco a Andrea, y nunca me permitirá salirme con la mía. Y, por mucho que me duela, tampoco puedo culparla. He sido un completo imbécil.

—¿Miguel?

—Doble expreso sin azúcar, gracias. Tienes una memoria estupenda.

Recupero la calma, lo que parece tranquilizar a Andrea.

—Fueron muchos años compartiendo café. Tú me enganchaste a él.

A pesar de la calma exterior, me invade una sensación de vértigo equiparable a la de estar caminando sobre un alambre entre dos rascacielos. Un paso en falso y lo arruinaré todo.

Necesito tragarme el orgullo. Llevar a Andrea a un terreno lejos de las acusaciones y el rencor. Si existe alguna posibilidad de éxito, esta no se encuentra detrás de una pelea por ver quién tiene más razón.

Conociéndola, lo más sensato es comenzar con un halago. Uno que sea sutil, para que no piense que estoy insultando su inteligencia.

—Es una pena que nos estemos cargando las plantaciones de café —dejo caer tras sentarme en el sofá. A su lado, pero a una distancia prudente—. Deberías haber visto mi cara al enterarme de la subida de precios en comparación con 2019, en especial del grano Arábica.

Andrea asiente y le indica al androide mayordomo que me sirva.

—Este es uno de mis favoritos. Un Abdulmajeed Muslot, de Yemen. Puro grano Arábica. Dulce, intenso y con aroma a chocolate. Creo que a ti también te gustará.

No es el mismo que me ofreció la otra vez, aunque esto tampoco es algo de lo que alarmarse. Estoy acostumbrado a observar pequeñas modificaciones aquí y allá con respecto a mi universo de origen.

Huelo el café con detenimiento, inhalando tres veces tras remover su superficie con suavidad. Doy un pequeño sorbo y me concentro en paladearlo.

—Tienes razón. Original e intenso. Ni rastro de Robusta. Debe de haberte costado una fortuna.

—Y que lo digas. Pero merece la pena.

—Claro, tú puedes permitírtelo. Es obvio que el dinero no es un problema para ti —acompaño mis palabras con una mirada obvia a mi alrededor—. Andrea, me alegro de que las cosas te hayan ido tan bien. Te lo mereces.

Sonríe halagada, pero enseguida borra el gesto, como si se hubiera

recordado a sí misma que se encuentra ante una persona non grata.

—No ha sido gracias a ti, Miguel.

Pese a la enorme recriminación —justificada— que esconde su mensaje, su tono es casual, despreocupado.

Conozco su estrategia. Aunque actúa como si nada le molestara, va dejando caer pistas aquí y allá para ver si soy capaz de coger alguna al vuelo y usar la oportunidad para disculparme. En circunstancias normales yo las ignoro o, directamente, no me entero, hasta que llega el momento en que ella decide que mi oportunidad de redención ha caducado. Es entonces cuando explota y comienza una gran discusión en la que finjo no haberme dado cuenta y, por supuesto, no me disculpo. Ella me llama cabezota de nuevo y yo le digo que no se llama ser terco, sino tener razón.

Pero hoy no son circunstancias normales. He de dejar la soberbia a un lado. Todo sea por Gabi.

Aprovecho su respuesta para usar otra pista de mi universo. La última vez me disculpé por lo del seguro, cuando a ella lo que en realidad la enfurecía es que la hubiera dejado sola.

—Mira, sé que fui mezquino y egoísta. El hecho de estar desesperado no justifica abandonarte así, y la pifia del seguro fue la guinda a un pastel de mierda que tuviste que comerte tú solita.

Andrea esconde los labios y asiente. Continúo.

—Te hice una putada de trece ovarios.

Ahora ahoga una sonrisa.

—No se me ocurre mejor forma de describirlo.

—Hablo en serio —insisto—. Nunca debí marcharme. Debería haberme enfrentado a la realidad contigo. Te echo de menos, y lo siento con toda mi alma.

Mis últimas palabras hacen mella en su rostro. Agacha la cabeza y fija la vista en sus manos, que se manosean la una a la otra con nerviosismo, como si no formaran parte del resto de su cuerpo. Si no la conociera, diría que se está emocionando.

—Disculpas aceptadas —dice al fin, muy bajito, y hace algo inesperado. Pone su mano sobre las mías.

Entonces, algo sucede.

Nos miramos, y consigo identificar tras aquellos ojos mansos a la Andrea de antes. Por un segundo retrocedo en el tiempo y reconozco a esa mujer generosa, cariñosa y apacible de quien me enamoré. De algún modo, sé que a ella le ocurre lo mismo, que ha conseguido leer mi alma y encontrar dentro de ella unas bondades olvidadas.

¿Qué ocurrió con esas dos personas? ¿Cómo llegamos a odiarnos de tal manera?

¿Puede ser que nos dejáramos llevar por la rutina y el estrés? ¿Qué olvidáramos lo que nos hacía tan especiales el uno para el otro y que, después de la muerte de Gabi, no supiéramos aprovechar la oportunidad para reconectar?

Ahora, durante este breve momento de lucidez, siento como si todo eso fuera parte de un mal sueño.

No me importa que la señora frente a mí me doble la edad; ni que sea obvio, a pesar de los tratamientos rejuvenecedores, que nos hallamos en etapas muy diferentes.

Siento un deseo irrefrenable de besarla.

No lo hago, porque todavía queda una pizca de respeto entre los escombros de mi dignidad.

Pero este sentimiento trae algo positivo consigo. Me doy cuenta de que son las circunstancias, junto a nuestra falta de preparación para las mismas, las que nos llevaron a convertirnos en monstruos. Debajo de esa superficie, seguimos siendo Andrea y Miguel, dos personas decentes y razonables. Tal vez no sea demasiado tarde para volver a serlo.

—Andrea, he de ser sincero contigo.

—¿Qué ocurre?

—Todavía no me has preguntado para qué he venido a verte.

—¿Debería preocuparme?

—Me siento como un desvergonzado pidiéndote esto, pero no tengo a nadie más a quien acudir.

Me pongo de rodillas en el suelo y agarro fuerte sus manos. Al menos, tan fuerte como los temblores me permiten. Ella me mira con gesto preocupado.

—Necesito dinero.

Para mi asombro, no parece demasiado sorprendida.

—¿Cuánto?

Trago saliva.

—Ciento veinte millones de euros.

Andrea retira sus manos de las mías.

—Así que para eso has venido. No tenías ninguna intención de disculparte. Solo querías dinero.

No vale la pena mentir. He de confesar.

Me siento vulnerable al hacerlo, aunque de una manera extrañamente agradable.

—Sí, Andrea. Solo vine por eso. Ni siquiera planeaba pedirte perdón. Soy un caradura, lo sé. Pero entonces ocurrió algo inesperado. Al verte, no recordé los últimos meses de nuestro matrimonio, cuando nos echamos a perder y cuando la muerte de Gabi arruinó lo poco que quedaba de nuestro amor. Ahora te miro y veo a la misma Andrea de siempre. Brillante, sensata y compasiva. Esto me hace pensar que quizás fui yo el culpable de todo. Con mis inseguridades y con mi tozudez te convertí en algo que no eres. Ahora, después de cuarenta y cinco años sin mí, has conseguido dejar atrás ese pasado. Te has casado, con toda seguridad con alguien que vale mucho más que yo, has tenido dos hijas maravillosas y has alcanzado todo tu potencial. Siento de corazón haberte abandonado, aunque, viendo los resultados, seguro que fue lo mejor que podía haberte ocurrido. Me lo merezco, y me alegro de que el destino nos haya puesto a cada uno en su sitio. Me lo tomaré como una lección.

Mis palabras me dejan agotado, pero en paz conmigo mismo. No tenía ni idea de que la verdad pudiera tener ese efecto.

Ella asiente en silencio, lo cual no es del todo una mala señal.

—¿Para qué necesitas tanto dinero?

Dudo unos instantes. Si se lo digo, pensará que estoy loco.

Respiro hondo.

—Vale —concedo. Sigo en el suelo, ahora apoyando un brazo en el sofá, donde ella sigue sentada. Tiene los codos apoyados en las rodillas, con toda su atención en mí—. Ahí va.

Mirarla a los ojos me ayuda a reunir el valor que necesito.

—No pertenezco a este universo.

Es un comienzo arriesgado, pero así es como se lo contaría a alguien en quien tuviera plena confianza, alguien a quien pudiera contarle cualquier cosa que pasara por mi cabeza sin temor a que dudara de mi salud mental. Andrea fue una vez esa persona.

Ella entorna los ojos de forma tan breve que es casi imperceptible. No dice nada. Solo espera a que siga hablando.

Le cuento todo. Que, en el universo de donde yo vengo, Gabi murió en el coche, y no atropellado por una furgoneta. Que esta visita ya la hice una vez, que el resultado fue muy distinto y que, pese a haber conseguido mi objetivo, me avergüenzo de ello. Que el futuro es un lugar extraño donde todo el mundo parece haber elegido la píldora azul, pero que yo vengo de los tiempos en los que la dolorosa verdad todavía importaba.

Que tenemos una hija, cuyo nombre no he sabido nunca, que parece ser feliz, y que, si mi plan sale como debería, haré todo lo posible porque en el próximo universo al que viaje ella pueda vivir.

Andrea escucha mi historia con atención, sin que su rostro revele lo que está pasando por su mente. Tras terminar mi historia, hago una última confesión.

—Y no solo será eso lo que modifique, Andrea. Una vez salve a Gabi, mi próxima meta será salvarnos a nosotros. Me ha costado dos largas vidas, pero ahora sé que necesito cambiar para no destrozar nuestro matrimonio. En el nuevo universo, ambos seremos felices juntos.

Se produce un largo silencio.

Yo me quedo con la vista perdida en el suelo, vacío de verdades y promesas. Sé que Andrea necesita un tiempo para pensar qué hacer con toda la información que acabo de darle.

A estas alturas, el curso de los acontecimientos se ha desviado más que nunca desde que empecé a revivirlos. Si todo hubiera ido según lo planeado, a estas horas debería estar en un robotaxi camino de Madrid, celebrando que el dinero de Andrea ya ha llegado a mi cuenta y pidiéndole a Wick que me reserve el próximo vuelo a Haiyang.

No sé por qué, pero no siento que haya fracasado. Por alguna razón,

la manera en que los eventos están transcurriendo en este universo me produce alivio. Es como si me hubiera sacado una piedra del zapato, una que hacía mi vida imposible y que ni siquiera sabía que existía.

—Es una historia original —dice Andrea al fin.

—Entiendo que no me creas.

—Que me la crea o no es irrelevante —responde, misteriosa.

—¿Qué quieres decir?

—No me estás pidiendo tanto dinero, Miguel. A riesgo de sonar pretenciosa, ciento veinte millones de euros son un bajo precio a pagar por cerrar un triste capítulo de mi pasado.

—No entiendo.

—Es muy fácil. Si lo que me dices es verdad, considero el dinero bien empleado. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, sobre todo las buenas personas. Tú lo eres, aunque seas también un poco tonto. Pero la experiencia hace sabio al ignorante, y confío en que tú y yo podamos conseguir que todo funcione… en otro universo.

—¿Y si te estoy mintiendo?

—En ese caso, te agradezco que te hayas esforzado tanto en inventarte tal historia solo para poner las cosas en perspectiva y disculparte. Si eres capaz de llegar a tales conclusiones, significa que has aprendido algo.

—¿Y me darías ciento veinte millones solo como recompensa por ello?

—Ya que ambos estamos siendo sinceros, deja que te confiese algo. Yo tampoco soy ningún ángel. —Se revuelve en el sofá—. Recuerda lo obsesionada que estaba con mi trabajo, lo exigente que era contigo, lo mucho que podía llegar a hacer sufrir a los que estaban a mi alrededor con tal de conseguir mis objetivos. Tú y Gabi fuisteis quienes pagasteis por ello. En tu caso, me faltó dedicar tiempo y esfuerzo a ayudarte a encontrar tu pasión en la vida, a superar tus complejos, a que dejaras de compararte conmigo. Pero al menos sobreviviste a ello. Gabi…

La voz se le quiebra. Carraspea, luchando contra sí misma para que lo que salga sean palabras, y no lágrimas. Tras una larga pausa, suspira y continúa.

—¿Te acuerdas cuando Gabi activó el modo avión de mi móvil y lo

tiró por el balcón, pensando que volaría?

De alguna manera, una carcajada se abre paso entre el nudo de mi garganta.

—Cómo no. El pobre se llevó un buen chasco. Y a ti no te hizo demasiada gracia.

—No puedo quitarme aquel día de la cabeza —prosigue con un hilillo de voz—. Le eché una bronca monumental. Corrió a su cuarto y lloró durante casi una hora. ¿Crees que me digné a entrar a consolarle, a explicarle lo que había hecho mal? De ninguna manera. Tuviste que ser tú quien me lo trajo al despacho para que habláramos. Y, aun así, estuve todo el fin de semana de morros.

—Tenías una llamada importante aquel sábado —contesto. En realidad no sé si fue así, pero tal vez le haga sentir mejor.

—¿Y eso qué más da ahora? Ni siquiera recuerdo en qué proyecto trabajaba por aquel entonces. Lo que nunca olvidaré es el disgusto de Gabi. Fui demasiado dura con él, y eso me perseguirá para siempre.

—¿Y si con quien estás siendo demasiado dura es contigo misma?

—No. Nunca fui la madre que se merecía. Era un chaval… Miguel, Gabi era extraordinario. Tan inteligente y competitivo como yo; tan persistente, entusiasta y lleno de vida como tú. Tenía lo mejor de ambos, las condiciones perfectas para triunfar allá donde fuera… y nosotros le destrozamos. Sí, él estaba contigo el día en que murió y es fácil acusarte a ti de negligencia… pero lo cierto es que nada de eso habría ocurrido si él hubiera sido mi prioridad.

Andrea se detiene. Toma un trago de café a fin de ahogar el sollozo que lucha por emerger de sus entrañas, pero no lo consigue. Le pide un pañuelo al mayordomo, y este se lo trae de inmediato. Mientras espero a que se recupere, recuerdo sus palabras en mi universo de origen.

«Mataste a Gabi».

Así que no es eso lo que piensa en realidad. El alivio que siento es tal que me deja físicamente exhausto. Si no estuviera ya sentado en el suelo, necesitaría hacerlo.

—Estos fantasmas me han perseguido durante toda la vida —continúa, ya con la voz un poco más firme—. Los ciento veinte

millones no me devolverán a Gabi, pero sí me darán una oportunidad de redimirme contigo.

Asiento, tratando de que la sorpresa no se refleje en mi rostro. Qué perdido estaba antes, qué poco la conocía. Creía que debía disculparme por haberla hecho pagar los míseros doscientos mil euros del seguro, mientras que ella no solo lo había olvidado, sino que se sentía culpable por lo ocurrido.

—Usa el dinero, Miguel. Cómprate tu viaje al futuro y regresa a un nuevo universo, si es eso lo que quieres. Yo no te pediré justificaciones. Y si te los gastas en unas largas vacaciones en la playa, bebiendo café Arábica y viendo películas de acción de esas que tanto te gustan, tampoco me importa.

Dicho esto, le da un último trago a su taza y se levanta. Yo hago lo mismo, y nos miramos a los ojos por última vez.

—Hemos saldado nuestra deuda —dice, tendiéndome la mano—. Adiós, Miguel.

XIX

—La otra taza no es para mí, sino para Arsus, nuestro otro invitado —dice Abena.

Fyodor sale de la cabaña con su torre de músculos y su cabeza de oso.

—¡Tu váter es una inmundicia, muchacha! —ruge.

Ella se disculpa y él la conmina a llamar a un fontanero para que limpie sus excrementos. No puedo evitar sonreír un poco mientras contemplo la escena. No solo por la actuación del ruso, barra de subtítulos incluida, sino también porque llevo años esperando este instante. Ver al payaso de Fyodor frente a mí es la constatación de que he conseguido que mi travesía por este universo no se desvíe, algo que no siempre di por hecho. Durante el camino ha habido momentos de duda, situaciones en las que el curso de los acontecimientos cambiaba tanto que creí haber perdido el control de los mismos, pero aquí estoy. Listo para volver con Gabi.

—¿Y tú de que te ríes, cara tubérculo? —brama Fyodor tras sentarse en el suelo.

Hago el mismo gesto de disculpa que la otra vez y me limito a dejar que la ceremonia del café siga su curso.

El siguiente exabrupto del oso sucede cuando Abena explica que el agua debe estar a noventa y tres grados.

—A ver, cállate y tráeme ya ese meado negro. He venido aquí a limpiar mis intestinos, no a escuchar sandeces.

Es difícil dejarme llevar por el instinto cuando sé que todo esto es un montaje de Fyodor y Qian. Aun así, recuerdo bien lo que dije la primera vez.

—Déjala ya, osezno. El café debe reposar entre ocho y diez minutos.

Fyodor para de gruñir y fija sus ojos en los míos. Yo le mantengo la mirada.

—A ver, gilipollas —levanta la voz—. ¿Qué cojones haces defendiendo a una IA? ¿O es que te crees que se trata de una niña de

verdad?

Ya no hay necesidad de continuar con esta farsa. No veo ninguna razón para dejar que Abena siga sufriendo.

—Sé que eres tú, Fyodor —digo, abriendo los brazos y dedicándole una sonrisa—. Ya puedes dejar de increpar a la pobre niña.

Su expresión de sorpresa no tiene precio.

—¿De qué cojones hablas, cebollino?

—Que esto ya lo he vivido, tío. Sé que es una prueba para que Qian y tú comprobéis mi integridad, y que debo defender a la IA. Ya pasé el test la última vez y me llevaste a Siberia después. Así que, cuando quieras, estoy preparado para que nos vayamos a pasar frío.

El oso hace una mueca de confusión y se dirige a Abena.

—¿Quién es este imbécil? ¿Le has dado alguna droga a él y a mí no?

Me quedo helado por un momento.

¿Qué está ocurriendo? ¿Quién es este Arsus y por qué no me reconoce?

No tiene sentido.

Han pasado dos años desde que la Lièhùzuò aterrizó en Haiyang en 2188 y sí, he hecho algunas cosas de manera diferente. Básicamente, en lugar de pasar la totalidad del tiempo borracho, me he dedicado a tareas productivas. He leído todos los cuentos de Roald Dahl para no tener que recurrir a vídeos de John Wick cuando Gabi se aburra, he analizado la Odisea tantas veces que la próxima vez que vea a mi hermano podré recitarle los veinticuatro cantos de memoria, y hasta me he apuntado a clases de pintura abstracta para entender lo que ve Andrea en el Pollock de nuestro dormitorio. Esto último no lo he conseguido, por cierto.

En resumen, puede que me haya desviado un poco, pero no he modificado nada a grandes rasgos y, en todo caso, solo dentro de Hedonet. El destino no puede haber cambiado tanto… ¿o sí?

—Deja que te diga algo, palurdo —dice el oso, devolviéndome a la realidad. O a la subrealidad, para ser exactos.

Se acerca, me coge por el cuello y me alza con la soltura con la que yo levantaría un conejo de campo. Su cara se encuentra tan cerca de

la mía que puedo ver las furiosas venas rojas que reptan por sus globos oculares. Sus fauces muestran unos colmillos del tamaño de mi dedo meñique y desprenden un hedor putrefacto—. Te crees muy listo, ¿verdad?

Intento hablar, pero no puedo mover la mandíbula. Cuando sus garras se me clavan en la nuca, siento la tentación de rendirme y volver al Plano Ordinario. Hago un esfuerzo por negar con la cabeza.

Él sonríe.

—¿Pensabas que me podías engañar? Pues te he acabado engañando yo a ti… *moy drug*.

En cuanto pronuncia estas palabras, me suelta y me da un fuerte abrazo. Al separarse de mí, ya es Fyodor.

—¡Te he echado de menos, *blyad*!

XX

—En efecto, esto entra dentro de las posibilidades.

Qian está sentado tras aquel escritorio transparente, en su despacho de la ISPIA en Siberia. Lleva puesta la misma bata blanca, su pelo sigue igual de engominado y da pequeños sorbos al mismo té verde, en la misma taza de metal.

Las circunstancias no han cambiado. La conversación, sí.

—No debe sorprendernos ser el universo receptor, en lugar del emisor. De lo contrario seríamos demasiado… ¿egocéntricos?

Mira a Fyodor en busca de aprobación.

—Prefiero llamarlo «cosmocéntricos».

—Lo que sea. Resumiendo, no somos ni el origen ni el centro del multiverso.

—¿Y os imaginasteis que yo volvería a recorrer todo el camino para volver a este punto?

—No, eso sí que no se nos pasó por la cabeza. Tu tenacidad es digna de asombro.

—Tú tienes hijos, Qian. Supongo que me entiendes.

Asiente con la cabeza, como dando el tema por zanjado, y pasa al siguiente asunto.

—Miguel, en nuestro último encuentro… ¿te hablamos del determinismo?

—Solo mencionaste que es peligroso jugar con él y que debería tratar de cambiar lo menos posible.

—¿Me hiciste caso?

Les cuento todo lo ocurrido desde que volví a 2019. Que no he provocado ninguna modificación significativa de forma deliberada, pero que sí hubo dos eventos diferentes a mi universo de origen: Gabi murió de manera distinta y no dejé embarazada a Andrea.

—Interesante —admite Qian—. Ninguno de estos dos cambios ha afectado al modo en que transcurrieron los acontecimientos a gran escala.

—Eso es. El mundo en 2190 parece ser el mismo que en mi

universo de origen.

Él, pensativo, mira a Fyodor. ¿Se estarán comunicando mentalmente?

—El nivel de determinismo en este universo debe de ser bastante alto —dice al fin.

—¿Qué significa eso?

Qian le hace un gesto al ruso para que tome la palabra. Fyodor se levanta y pasea junto al ventanal, con el desapacible y hostil paisaje de la llanura siberiana de fondo.

—Imagina que Dios existe, y que eres tú —dice. Usa el mismo tono solemne que cuando nos tumbábamos en la cúpula de la Lièhùzuò a ver las estrellas y me explicaba algo trascendental—. Te encuentras al frente de un panel de mandos. Hoy vas a crear un universo nuevo y has de usar este panel para definir sus características básicas. Ya sabes, las que afectarán al comportamiento de la materia, a la formación de estrellas y planetas o a la aparición de vida orgánica. Nosotros las llamamos constantes universales. Para empezar, defines el valor de la atracción entre cuerpos de ese universo a través de la constante de gravitación.

Qian, en el equivalente del siglo XXII de levantarse a escribir en una pizarra durante una reunión con un cliente, envía un mensaje a mi campo de visión. «$G = 6{,}67392 \times 10^{-11}$ m^3/s^2kg». Como si esa información me fuera a servir de algo.

—A continuación, defines la constante de Planck, que relaciona la energía con la frecuencia de las partículas elementales —prosigue Fyodor. Mientras habla, Qian sigue enviándome las fórmulas de las constantes—. Indicas también los valores para la permitividad eléctrica y la permeabilidad magnética del vacío, introduces cuál debe ser la carga elemental de los electrones y, por último, la velocidad a la que debe viajar la luz.

Asiento. Mis conocimientos de física son limitados y muchos de esos conceptos no me son familiares, pero creo entender la idea.

—Una vez has definido todas tus variables, obtienes algo llamado fórmula universal. Solo te falta introducir una determinada cantidad de hidrógeno en el tanque al que está conectado el panel y pulsar el

botón llamado «Big Bang».

Fyodor simula el sonido de una explosión, acompañado de su aspaviento correspondiente.

—Y ya está. Ya tienes un universo más que añadir a tu colección.

—Y la pregunta es —añade Qian—, ¿cómo te aseguras de que este universo sea igual a todos los que has creado antes?

—Introduciendo el mismo valor para las constantes y la misma cantidad de hidrógeno —contesto.

—Obvio, *blyad* —responde Fyodor—. Eso es lo primero que harías. No obstante, la precisión debe darse a un nivel tan granular que es imposible replicar un universo de manera perfecta. Por mucho que trates de definir las variables con la máxima exactitud, siempre habrá al menos una que difiera del resto.

—No estamos hablando de grandes diferencias —precisa Qian—. Más bien se trata de disparidades infinitesimales, prácticamente imperceptibles para el creador. Por tanto, lo que se necesita es otra variable más, una que se asegure de que el universo no se aleja del curso establecido a pesar de que los valores del resto de constantes sean distintos.

—¿Y esa nueva variable es el determinismo?

—Exacto. Solo necesitas un universo modelo y un valor en forma de porcentaje. Si introduces un cero por ciento, significa que permites que el nuevo universo avance a placer, guiado en exclusiva por el valor de sus propias constantes.

—¿Es lo que llamaríamos libre albedrío?

—No exactamente. En realidad, el libre albedrío no existe, ya que la fórmula universal es definida de antemano. La libertad para actuar de un modo u otro es una mera ilusión, producida por nuestra incapacidad de percibir el tiempo como la dimensión que en realidad es. Creemos que conceptos como «pasado» y «futuro» son reales y que nuestra voluntad es suficiente para modificar el rumbo de los acontecimientos, pero lo cierto es que no estamos por encima de la máxima universal: todo sucede de tal manera porque no podría suceder de otra.

No estoy seguro de estar de acuerdo con Qian. Sin embargo, cuando

discrepas con un posthumano, lo más probable es que no estés entendiendo el alcance de lo que dice. Decido que la mejor forma de comprobarlo es levantándome, agarrando mi taza de té verde, que ya se ha quedado frío, y lanzando el contenido a su cara.

—¿Me vas a decir que el universo planeaba esto?

Qian, empapado pero impertérrito, mira a Fyodor. El ruso no puede evitar la carcajada.

—Ay, *blyad*. Mírate, tan humano como siempre. Considerándote especial solo por saber que existes.

—No entiendo.

—Tu cerebro, por mucho que te permita pensar y adquirir consciencia de sí mismo, no es un ente mágico, libre de las leyes de la física. No deja de ser materia. Un mero puñado de átomos.

—Entonces, ¿lo de la taza de té también estaba planeado por el universo?

—Causa y efecto, Miguel. Esa es la única verdad. Las ideas innatas no existen. Todo acto humano, toda reacción a nuestro entorno, es producto de las sinapsis producidas con anterioridad por las neuronas. En otras palabras, la experiencia determina tus acciones.

—No es muy diferente a un efecto dominó con dos posibles caminos —aclara Qian, que ni siquiera se ha molestado en secarse la cara—. Dependiendo de las figuras que hayan caído ya y de la disposición de las que quedan en pie, las siguientes en caer serán unas u otras. Claro que, en el caso de nuestra mente, el resultado es mucho más difícil de predecir debido a la cantidad de variables involucradas. Incluso para los posthumanos, pronosticar el futuro es imposible.

—Aunque no descartamos que exista alguien que sí pueda hacerlo —añade Fyodor.

—Pero… ¿no es esta una manera de pensar muy peligrosa? Quiero decir, ¿cómo alcanzar la motivación para actuar si sabemos que no somos nosotros quienes tomamos las decisiones? ¿Por qué trabajar? ¿Qué sentido tiene tratar de hacer el bien? ¿Cuál es el propósito de nuestra existencia si se nos arrebata la capacidad de navegar hacia un futuro incierto?

—No te confundas —responde Qian, juntando las yemas de los

dedos. Sigue sin importarle que el té siga chorreando desde su barbilla —. El libre albedrío es una ilusión, pero es una ilusión poderosa, más que suficiente para dar sentido a la existencia de seres tan insignificantes como nosotros, tanto humanos como posthumanos.

—Hubo alguien que lo explicó a la perfección mucho antes que todos nosotros —dice Fyodor—. Por mucho que me joda darle la razón a un tío tan pesimista, Schopenhauer lo clavó. Dijo que, aunque el ser humano puede hacer lo que quiera, no puede querer lo que quiera. No te puedo culpar de querer patearme el culo, pero sí de que lo hagas.

—Bien dicho —apostillaQian—. El hecho de que nuestras decisiones estén escritas no significa que deban ser elecciones pobres, malvadas o egoístas. Los humanos pueden usar su combinación personal de inteligencia y experiencia para elegir la mejor opción.

—Y los posthumanos también —puntualiza Fyodor—. Pero nos estamos desviando. ¿Podemos volver al supuesto del que hablábamos?

Antes de continuar, el ruso se excusa durante unos segundos. Su cuerpo se desvanece y vuelve a aparecer con tres cafés en una bandeja. Son los que preparó Abena hace un rato en Etiopía.

—Esto es mejor que tu porquería de té.

No puedo más que darle la razón, pero no digo nada para no ofender a Qian. Schopenhauer aprobaría mi decisión.

—En fin, Miguzas. Olvídate del destino; al fin y al cabo, es irrelevante para nosotros que exista o no. Además, uno es más feliz al pensar que es libre.

Asiento en silencio mientras degusto el café. Aunque se ha quedado frío, sigue estando delicioso. Fyodor prosigue.

—Lo importante para nuestra misión es el nivel de determinismo *respecto* al universo modelo. —Resalta la palabra «respecto»—. Ya hemos hablado de lo que ocurre si el valor es cero. ¿Y si es un cien por cien?

—Ambos universos serían exactamente iguales —contesto con rapidez.

—¡Falso! —exclama Fyodor, señalándome con el dedo y con expresión satisfecha por haberme hecho caer en la trampa—. Por

definición, es imposible que dos universos sean clavados el uno al otro.

—O, por lo menos, dos universos que estén conectados —corrige Qian—. Al existir los agujeros negros, existe una conexión, es posible viajar de uno a otro. Y, en el momento en que un solo átomo de materia cruza el horizonte de sucesos, algo que sucede de manera incesante, ya no podemos decir que ambos universos son iguales. Por tanto, aunque fuese posible definir un determinismo al cien por cien, los universos no serían completamente iguales. El único modo de conseguirlo sería crear un universo aislado del multiverso, uno al cual fuese imposible viajar. Como puedes imaginarte, desconocemos si estos existen.

—Concluyendo—continúa Fyodor—, creemos que la configuración más común es un determinismo lo más alto posible, pero sin llegar al cien por cien. Y las pruebas que hemos llevado a cabo solo corroboran esta teoría. Tú eres el ejemplo perfecto de ello.

Reflexiono sobre sus palabras. Tardo unos instantes en procesarlas.

—Espera… ¿significa eso que, haga lo que haga, no puedo evitar la muerte de Gabi?

Fyodor se acerca hacia mí, adopta un gesto serio y coloca su mano sobre mi hombro.

—No podemos asegurarlo, pero es muy probable que así sea, Miguel. Lo siento mucho.

—No tiene sentido —protesto, dando un paso hacia atrás y zafándome de su compasión—. Tenemos pruebas de que los cambios son posibles. Recuerda que en este universo Andrea y yo nunca tuvimos una hija, mientras que en el anterior sí.

—Y ahí es donde reside tu única esperanza —interviene Qian—. Eso sí, aquí nos adentramos en terreno teórico. Solo podemos aventurar lo que ocurrirá. Y la teoría de Fyodor, con la que estoy de acuerdo, no es demasiado esperanzadora para ti.

Ambos giramos la cabeza de nuevo hacia el ruso.

—No te tomes esto al pie de la letra, Miguel —dice—. Los experimentos que hemos realizado hasta ahora me llevan a la siguiente conclusión, pero recuerda que aún no tenemos pruebas al

respecto.

Hace una pausa para comprobar que entiendo su postura. Yo asiento con presteza para que continúe cuanto antes.

—Creo que hay eventos que afectan más al universo que otros. —Habla despacio, como si estuviese eligiendo las palabras con cuidado—. No quiere decir que sean más o menos importantes desde una perspectiva humana, es solo que tienen más peso en el rumbo de los acontecimientos a gran escala. Supongo que habrás oído hablar del efecto mariposa, ¿verdad?

Vuelvo a asentir.

—Este fenómeno está relacionado con mi teoría. Sin que nosotros entendamos por qué, las consecuencias del breve batir de alas de un insignificante insecto podrían tener mayor impacto en el universo a largo plazo que toda la existencia de una persona. Por eso el universo no puede permitir tales eventos: violan el nivel de determinismo con el que ha sido definido. Simplemente, no son posibles. Y, al contrario, hay otros que, aunque a nosotros nos parezcan de mayor calado, al universo no le importan tanto. Puede volver a su cauce de manera fácil, así que los permite.

—Y tú piensas que el nacimiento de mi hija es uno de esos eventos no relevantes, mientras que la existencia de Gabi pertenecería a la primera categoría. Los prohibidos.

—Tu experiencia parece indicar que así es. Pero puedo equivocarme, y aquí estás tú para comprobarlo. Por lo que a nosotros respecta, podemos enviarte al pasado tantas veces como haga falta.

—Bueno, en cuanto a eso… —interrumpe Qian.

—¿Sí?

—Digamos que hay un límite en cuanto al número de veces que puedes viajar a otro universo. El límite que tu propio cuerpo te imponga.

—¿Quieres decir que el viaje perjudica a mi salud?

—No exactamente. Me refiero a tu edad. Aunque viajes al pasado, tú sigues envejeciendo. Algún día serás demasiado mayor para seguir haciéndolo.

—No puede ser. Al regresar al pasado de otro universo, me fusiono

con mi «yo» de allí y adquiero su forma física. Mi cuerpo vuelve a tener treinta y ocho años. Podría repetir este proceso de manera infinita.

—Tú lo has dicho. Tu cuerpo tiene treinta y ocho años, pero tú no eres solo tu cuerpo. Tus conexiones cerebrales de origen se unen a las locales, dando como resultado un cerebro más completo, con más recuerdos… y también más viejo.

—Okey, pongamos que mi mente aguanta en forma hasta los cien años. ¿Es eso realista?

—Con la tecnología actual, podrías contar con los ciento veinte.

—Muy bien. El viaje completo, incluyendo mi parada en 2064, el tiempo biológico transcurrido en la Lièhùzuò y mi estancia en Hedonet, dura unos tres años. Teniendo en cuenta que mi mente ya tiene cuarenta y uno, esto significa que puedo hacer unos veinticinco viajes. ¿Qué probabilidades hay de que en alguno de ellos vaya a parar a algún universo con un nivel menor de determinismo donde Gabi pueda vivir?

Qian y Fyodor se miran con cara de circunstancias.

—Miguel… —dice el primero—. No te olvides de que tu intención es regresar al pasado para disfrutar de tu hijo. Quieres ser su padre, no su abuelo.

Tiene razón. Me gustaría ser testigo de cómo Gabi crece, se convierte en adulto, forma una familia… y cada nuevo viaje reduce las posibilidades de poder hacerlo.

—Entiendo. No me quedan demasiadas oportunidades. Pero todavía las hay. No todo está perdido.

Vuelven a mirarse entre ellos, ambos con un gesto que vaga entre la compasión y la incredulidad. Fyodor, rompiendo la tensión, estalla en una carcajada.

—*¡Moy drug!* Eres un tipo excepcional. Te prometo que, en más de un siglo de vida, no he conocido a nadie tan obstinado como tú. Ni siquiera aquella tortuga leopardo que tuve en mi época de estudiante. El pobre animal se pasó cinco años tratando de escapar del terrario, hasta que la diñó.

—Tal vez ese sea mi destino. No es una excusa para dejar de

intentarlo.

Qian se pone en pie.

—Miguel, no todo son malas noticias.

—¿Sí?

—En tu próximo viaje, deberías hacer todo lo posible por salvar a Gabi. Incluso si eso significa cambiar los acontecimientos de manera significativa.

—¿Y qué pasó con la regla que me impusisteis en la ocasión anterior? Pensé que era mejor no jugar con el determinismo.

Fyodor también parece sorprendido.

—Eso era antes de saber que venías de otro universo. Ya sabemos lo que ocurre cuando modificas solo dos variables, así que ahora podemos probar otro experimento, uno más complicado. Es la única oportunidad que hemos tenido de realizar pruebas diferentes en momentos idénticos, seríamos estúpidos si no la aprovecháramos. Podría ser un paso clave hacia la confección de nuestra hipótesis.

Sus palabras no esconden la realidad de lo que yo soy para ellos: una mera herramienta de su método científico. No dejo que esto me afecte, ya que sus intereses no son opuestos a los míos y sería ingenuo pensar que solo lo hacen para ayudarme. Sé que cuento con su simpatía, y eso ya debería ser suficiente.

—De acuerdo —contesto, y me levanto de la silla—. No hay tiempo que perder, pues.

«Después de los acontecimientos, hasta el necio es sabio».

Sirenas, La Odisea, Canto XII

Miércoles, 10 de abril de 2019

Esta vez el viaje no es tan plácido.

Tras acceder al laboratorio de la ISPIA y tomarme la pastilla que me administra Qian, caigo en un sueño intranquilo. Puede que esta sea solo mi percepción, que en realidad haya estado durmiendo profundamente la mayor parte del viaje hasta los últimos minutos, pero me siento como si llevara días atrapado en la misma pesadilla.

En ella, vivo feliz en Hedonet, donde he formado una nueva familia. Estoy enamorado de mi esposa, una IA que, aunque adopta una forma diferente cada día, siempre tiene la personalidad de Andrea. Trabajo como director en un centro de investigación de propiedades del café y paso la mayor parte de mi tiempo libre jugando con mis seis hijos virtuales.

Todo va genial, hasta que un día, mientras les estoy contando una historia de dragones a los niños antes de acostarles, siento cómo una fuerza invisible me agarra de las manos y tira de mí hacia arriba. Cuando mi cuerpo se eleva, ellos reaccionan a tiempo y consiguen asirme por los pies. Los chavales resultan ser tan tenaces como la fuerza que trata de alejarme de ellos, lo que provoca que mi cuerpo comience a estirarse. Veo cómo mi cabeza asciende, atravesando el techo de nuestra mansión a orillas del océano Índico, mientras que mis pies siguen anclados al suelo, sujetos por doce manitas diminutas. Me expando con lentitud hacia el cielo, cruzo la atmósfera y me adentro en el espacio exterior. A medida que me alejo de la Tierra, mi cuerpo se vuelve más delgado, hasta convertirme en una línea apenas visible para el ojo humano, y las estrellas se vuelven de un color azul intenso, casi cegador. Tras lo que me parece una eternidad atravesando el vacío, descubro que quien tira de mis manos es Gabi.

—Ya podéis soltarle —dice. Está suspendido en medio de la nada, sosteniendo mis manos entre las suyas. Sus ojos son tan inexpresivos como su voz.

Sus hermanos le obedecen y mis pies salen disparados hacia arriba, como el otro extremo de una goma elástica estirada hasta su límite.

Las estrellas parecen aumentar de tamaño a medida que mi cuerpo recupera su forma normal, y cambian de color hasta lucir un rojo tan brillante que me obliga a cerrar los ojos. Cuando los pies alcanzan el resto de mi cuerpo, se produce una explosión.

El rugido de esta explosión se va fundiendo poco a poco con la melodía de un noticiario.

El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, permanecerá en el cargo para dirigir al país durante un quinto mandato, después de que su mayor contrincante electoral, Benny Gantz, admitiera…

Me despierto con un grito.

—¿Qué pasa? —pregunta Andrea, alarmada. He conseguido despertarla de golpe.

Miro a mi alrededor. Rendijas brillantes en las persianas, Pollock a través del espejo. Esta vez no tardo en entender lo ocurrido.

—Nada, cariño —contesto. Me vuelvo hacia ella y le paso mi brazo por encima—. Solo un mal sueño.

Permanecemos unos instantes abrazados, nuestras frentes apoyadas la una en la otra. Ella me acaricia el abdomen. Yo me concentro en evaluar la situación.

Las sensaciones son similares a las de la última vez. Aparte de hallarme cansado y somnoliento, el neurótico recuerdo de una noche en vela aún se antoja reciente. Sobre él se superponen las demás memorias, aquellas provenientes de los dos universos paralelos por los que he pasado. Soy tres veces yo.

Todo ha salido bien. Si no me equivoco, ahora es cuando Andrea me recordará que los bebés no se conciben solos.

Como respondiendo a mis pensamientos, su mano desciende poco a poco hacia la ingle y se introduce en mis calzoncillos.

—Cielo, hoy tenemos que hacerlo.

No opongo resistencia. Esta vez, dejarme llevar resulta mucho más fácil de lo esperado.

Cuando se desnuda y se coloca a horcajadas sobre mí, me detengo unos instantes a observarla. La luz suave que se cuela en el dormitorio es suficiente para poder fijarme en su pelo revuelto y sedoso, en la manera en que se muerde el labio inferior o en el fulgor de unos ojos

que casi había olvidado.

Mi mirada obnubilada parece hacerle gracia.

—¿Estás bien?

—Claro. Solo me gusta contemplarte. Eres preciosa.

Al principio parece sorprendida, pero pronto sonríe y me besa. Sus manos se pierden en mi pelo, y las mías en sus piernas. Entretanto, nuestras lenguas se redescubren.

—Espera un segundo —susurra, y se estira hacia su mesilla de noche para apagar el noticiario.—. No quiero engendrar a un bebé mientras pienso en el quinto mandato de Netanyahu.

Yo aprovecho para sentarme y quitarme la camiseta, la única prenda que aún resiste. Ella empuja mi pecho para que me tumbe bocarriba otra vez y vuelve a colocarse sobre mí. Me dejo atrapar entre sus muslos desnudos y, en cuanto su cálido y húmedo interior me da la bienvenida con una cadencia suave pero firme, me olvido de todo lo demás.

Tanto los problemas que no me permitieron pegar ojo como todo lo ocurrido en los demás universos es relegado en mi memoria a un lugar recóndito, lejano, inferior. Me concentro en la fragancia a cereza y almendra que desprende su cuello, en las cosquillas que su lengua provoca al juguetear con mi oreja, en la presión que cada milímetro cuadrado de su cuerpo ejerce sobre el mío. Mis uñas se clavan en sus nalgas a medida que nuestros cuerpos recorren sincronizados los pasos de esta danza, y ella, lejos de quejarse por ello, me pide que la agarre más fuerte.

Identifico, por su respiración y sus gemidos, que su final está cerca, un pensamiento que provoca que yo me aproxime al mío. Hundo mis dedos aún más en sus muslos, una señal que ambos interpretamos como una luz verde para dar rienda suelta al deseo. Andrea coloca su frente sobre la mía, aprisiona mi cabeza con sus manos y ambos contenemos la respiración mientras nos concentramos en imprimir la máxima potencia al movimiento de nuestras caderas.

Su grito coincide con mi explosión de placer. Ondas expansivas recorren todo mi cuerpo, me producen escalofríos en los pies y me erizan el vello de la nuca. Sé, por el temblor de sus dedos, que ella ha

sentido lo mismo.

Se derrumba sobre mí y aspiramos con fruición el aire viciado del dormitorio, llenando nuestros pulmones del aroma del otro.

Una vez recuperamos el aliento, se hace a un lado.

—Si este polvo no me deja preñada, nada lo hará.

Me pongo de lado para admirar su rostro en la tenue oscuridad. Su piel tersa, libre de imperfecciones, sus labios voluptuosos e insinuantes, sus pómulos bien marcados o sus pestañas largas, como cañas de pescar invertidas. Hacía tiempo que no me fijaba en estos detalles, pero hacía incluso más que no los apreciaba. Tal vez no sea tarde para empezar a hacerlo de nuevo.

Le masajeo el cuero cabelludo con la yema de los dedos. Solía encantarle que lo hiciera.

—Te has levantado muy tonto hoy, ¿eh? —dice.

—Algunos sueños te hacen darte cuenta de lo mucho que quieres a alguien.

Se le ilumina el rostro. Hacía tiempo que no me dedicaba una sonrisa así, y no me cuesta devolvérsela. Ella me agarra la mano y la besa.

—Cielo, tengo que mirar el correo —dice al cabo de unos segundos.

El universo vuelve a seguir su curso cuando ella coge el móvil, se tumba bocarriba y abre la bandeja de entrada.

Mis preocupaciones regresan en tromba, tanto las de este universo como las del anterior, pero no dejo que me distraigan. Gabi está bien, esta vez no necesito correr a su habitación. Aparecerá pronto por la puerta. En cuanto a los problemas que no me dejaron dormir anoche, ya no tiene sentido obcecarse en ellos. Sé lo que debo hacer.

Y, cuanto antes, mejor.

—Andrea, ¿podemos hablar?

Aparta la vista del teléfono, contrariada pero solícita.

—¿Sí?

—Hay algo que me preocupa desde hace tiempo y que necesito contarte.

—¿Estás bien, cielo? —He conseguido llamar su atención. Apaga el teléfono y se gira hacia mí.

Antes de que pueda contestar, oímos el ruido de la bisagra de la habitación de Gabi.

—Mejor te lo cuento más tarde, el monstruo no nos va a dejar hablar.

—¿Debería preocuparme?

—No, mi amor —contesto. Me acerco a ella y le beso en la mejilla —. Puede esperar.

Gabi entra —¿entra?, más bien irrumpe— en el dormitorio. Salta sobre la cama y berrea:

—¡Diez goles, papi! ¡He marcado diez goles!

Me incorporo para abrazarle, pero reculo al darme cuenta de que estoy desnudo. Él también lo nota.

—¡Gusano al aire! ¡Todo el mundo el gusano al aire!

Se baja los pantalones y decide que su gusano necesita dar vueltas como las hélices de un helicóptero.

—Gabi, ¡no seas cerdo! —le regaña Andrea. Él vuelve a subirse los pantalones, no sin dedicarme una mirada cómplice antes. Yo le reprendo en silencio mientras me pongo el pantalón del pijama.

—¿Qué decías que habías soñado, Gabi? —pregunto para cambiar de tema.

La conversación sobre fútbol vuelve a tener lugar tal y como la recuerdo. Andrea se va a la ducha y nosotros nos sentamos en la cama, pero esta vez no le enseño el vídeo de John Wick. En su lugar, le cuento la historia de Charlie y la fábrica de chocolate. Cuando llego a la parte donde Mike Teavee encoge para teletransportarse a una televisión, sus ojos me miran con la misma expresión de felicidad que cuando John Wick se cargaba a todos los malos desde la grupa de su caballo. Mis horas de lectura en Hedonet han merecido la pena.

Andrea aparece en la habitación cuando estoy entonando «Willy Wonka» con voz de pito. Me mira con los ojos como platos y con expresión entre extrañada y divertida. Cuando la toalla que lleva enrollada alrededor del cuerpo está a punto de caerse, reacciona y camina hacia el espejo del armario para maquillarse.

—No conocía tus dotes artísticas —dice, conteniendo la risa.

—Solo aparecen después de un buen… —dejo la frase a medias al

recordar que Gabi sigue ahí. Me dirijo entonces a él—. ¡Vístete ya, delincuente, que llegamos tarde al colegio!

Gabi desaparece, dejándonos solos de nuevo a Andrea y a mí. Le conozco lo suficiente como para saber que se entretendrá con cualquier tontería. Tal vez dibujando oompa-loompas con pasta de dientes en el espejo del baño. Esto me da una nueva oportunidad de sincerarme con Andrea.

Me acerco a ella y la abrazo por detrás. Ella deja de aplicarse la base de maquillaje y me sonríe a través del espejo.

—Perdóname, cariño. No he sido yo mismo últimamente.

—¿Hay algo que te preocupe?

Respiro hondo. Es hora de soltarlo.

—Necesito dejar el trabajo.

Su expresión adquiere un tono serio. Se da la vuelta y fija sus ojos en los míos.

—¿Ha ocurrido algo?

—No… bueno, en realidad, sí. Lleva años ocurriendo. Mi trabajo no me hace feliz. Creo que estoy llegando al límite.

—¿Tienes alguna oferta?

—No.

Ella asiente y tarda un poco en contestar. La expresión amable desaparece y me habla con tono severo.

—Sabes que tenemos una hipoteca que pagar, ¿verdad?

Esta es la parte más difícil.

—Andrea, si tú me lo pides, seguiré trabajando. Así ahorraremos y pagaremos la entrada del chalet dentro de tres años, tal y como teníamos pensado. Una parte de mí se alegrará de hacerte feliz, pero… cariño, ¿no hay una manera de ser felices los dos?

—¿Y si buscas otro trabajo? Con tu perfil, podrías estar en otra empresa en cuestión de semanas.

—Sí, buscaré otra cosa. Pero antes, necesito una pausa. He de pasar más tiempo con Gabi. Empezando por hoy.

—¿Hoy? —exclama, incrédula. No le habría impactado más si le hubiera confesado que el bolso que le regalé hace unos años no es un Gucci real.

—Necesito un descanso, Andrea. Hace tiempo que mi mente no está en paz. Le diré a Antoine que estoy enfermo y pasaré el día en casa con Gabi. Si presento mi dimisión mañana, todavía me quedará un mes en la empresa.

No dice nada. Se vuelve hacia el espejo y continúa aplicando la base. Disimula, pero puedo ver por su expresión que no le hace ni pizca de gracia. La conozco lo suficiente como para saber que está rumiando la manera de convencerme de que no es una buena idea.

A una parte de mí le ofende que no me apoye. «Claro, cielo, lo importante es la familia y nuestra salud mental. Ya encontrarás otro trabajo. Y si hay que vivir en Las Tablas un año más, que así sea». ¿No debería de haber sido esa su reacción? ¿Por qué nada le importa más que aquel maldito chalet en La Moraleja?

Por suerte, ya no soy solo aquella parte de Miguel. Soy unos años más viejo y he aprendido algunas cosas por el camino.

—Lo sé, Andrea —insisto. Apoyo mis manos sobre sus hombros—. Debería haberme dado cuenta antes. Me obcequé en no hacerlo porque era más cómodo ignorarlo. Me aterrorizaba decepcionarte, pero ya no puedo más. Ojalá fuera tan fuerte como tú.

Ella baja la vista y se queda unos instantes inmóvil, brazos en jarras y mirada perdida. Al fin, se da la vuelta.

—¿Cuándo has tomado la decisión?

—Aún no está tomada. Es algo que nos atañe a los dos, así que debemos decidirlo juntos. Si te refieres a cuándo he llegado a esta conclusión, ha sido esta noche.

—¿Por eso estabas tan contento esta mañana?

Asiento.

Ella suspira.

—Mira, Miguel… por mucho que me joda, no puedo negarme. Me odiaría a mí misma si descubriera que te sientes miserable por mi culpa. Solo prométeme que buscarás un trabajo decente cuanto antes.

—Prometido —respondo, y alzo el meñique.

Ella, aunque un poco a regañadientes, sella el pacto con el suyo. Después, para mi sorpresa, me rodea la cintura con sus brazos desnudos.

—¿Sabes una cosa? —susurra.

—Dime.

—Si dejar el trabajo significa que vas a follar como esta mañana, puedes quedarte en el paro para siempre.

Ambos reímos. Nos abrazamos fuerte y la tensión desaparece.

—Voy a avisar a mi jefe —digo, y salgo del dormitorio.

No me molesto en llamar a Antoine. Le envío un email de dos líneas diciendo que me encuentro mal y apago el móvil. Es hora de dar las buenas nuevas a Gabi.

Entro en su habitación. Como era de esperar, no está allí. Su uniforme, preparado desde anoche sobre el respaldo de su silla, sigue intacto.

Me dirijo entonces al baño, donde espero sorprenderle decorando el espejo o desenrollando varios rollos de papel higiénico para construir un telescopio de juguete.

Tampoco está allí.

—¿Gabi?

No hay respuesta. En circunstancias normales, tal silencio significaría que se halla en medio de alguna travesura y que no quiere ser encontrado. Pero estas no son circunstancias normales.

Me maldigo a mí mismo. Ya he perdido a mi hijo dos veces en la misma mañana. ¿Cómo se me ocurre separarme de su lado un solo segundo?

La cocina también está vacía. Vuelvo a llamarle, tratando de que no se note la desesperación en mi voz. Por lo visto, no lo consigo. Andrea sale del dormitorio, alarmada y a medio vestir.

—¿Qué ocurre?

—No encuentro a Gabi.

Ella se encoge de hombros.

—No puede haber ido muy lejos —dice, y regresa a nuestra habitación.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la puerta de la terraza está abierta. Mi corazón decide saltarse un par de latidos y siento como si la temperatura de mi pecho bajara cien grados de golpe.

Mientras cruzo el salón a toda velocidad, con el pulso desbocado,

mi mente me muestra imágenes del cuerpo de Gabi desparramado por el jardín de la comunidad, a unos pocos metros de la piscina. «El niño gritó algo sobre un ascensor de cristal y se lanzó al vacío», diría un vecino que fue testigo del accidente.

Salgo a la terraza y me abalanzo sobre la barandilla.

El jardín está vacío. Solo se oye el sonido de los aspersores y el tráfico de la M-40 de fondo.

—Pssst. Papi, mira.

La vocecilla que susurra a mis espaldas me produce tanto alivio que debo sujetarme a la barandilla para que me sostengan las piernas.

Al darme la vuelta, veo que Gabi se ha acurrucado entre dos macetas y se ha escondido bajo varias ramas sueltas de la hiedra que cubre la pared. Tiene la cara y las manos cubiertas de chocolate.

—¿Qué haces, granuja?

—No nos ha tocado el billete dorado, papi.

Me muestra una tableta abierta de chocolate a la taza. Ya se ha comido la mitad.

—Gabi, lo que te va a tocar es un billete al país de los castigos.

Me mira compungido, y me veo incapaz de regañarle.

—Trae esa tableta. Vamos a desayunar algo sano, anda. Y que no se entere nadie de esto.

Apago la televisión de la cocina cuando comienzan a hablar de la foto del agujero negro. Gabi se sienta a ojear un cuento mientras yo preparo dos cafés, un vaso de leche y una bandeja de fruta. Después, volvemos a la terraza a desayunar.

Es uno de esos días de abril en los que Madrid amanece con apenas unos grados, pero que uno sabe, en cuanto levanta la vista y ve aquel cielo despejado y brillante, que en un par de horas estará sentado en la terraza de un bar, café con hielo en mano y brazos desnudos al calor del sol.

Conecto el calefactor, le paso a Gabi una manta por los hombros y preparamos juntos una macedonia. Andrea, ya en traje, sale y se sienta con nosotros unos minutos a tomarse su café.

—La verdad es que me das un poco de envidia —me dice al despedirse. No detecto rencor en su voz, pero sí pasión en el

prolongado beso que me regala.

—Suerte con tu reunión.

Vuelvo a sentarme junto a Gabi en cuanto ella se marcha. Está tranquilo, terminando su cuenco de fruta mientras sus pies juguetean con una pelota de plástico por debajo de la mesa.

No hay peligros a la vista y no tengo ninguna intención de atraerlos.

Nada de carreras hasta el coche.

Vamos a sentarnos en el sofá, a leer cuentos y a ver películas todo el día. Tal vez tengamos que corretear por el pasillo para que Gabi se deshaga de la energía que le sobra —sobre todo después de media tableta de chocolate—, pero eso será todo.

No voy a dejar que este universo se lo lleve.

«Nada hay tan dulce como la patria, aunque uno tenga en tierra extraña y lejana la mansión más opulenta».

Ulises, la Odisea, Canto IX

XXI

Día 9.

6:45 de la mañana.

Una vez más, me despierto con un sobresalto. Cuerpo sudado, manos temblorosas. Pulso a todo trapo, espoleado por la necesidad acuciante de comprobar que todo sigue en su sitio. Ayer, por primera vez, resistí la tentación de salir disparado a la habitación de Gabi para asegurarme de que respiraba. Hoy, no sin esfuerzo, me obligo a hacer lo mismo.

La radio de Andrea aún tardará unos minutos en despertarla, así que es un buen momento para encerrarme en mi despacho y cumplir con mi parte del trato con la ISPIA. Hora de enviarles el primer mensaje. Esto me tranquilizará.

Ya tengo las herramientas necesarias para hacerlo. Ayer llegó el pedido de aquel Nokia 3210 de segunda mano —o tercera, o quinta, qué más da—, acompañado de una tarjeta SIM sin estrenar. Por lo visto, para mandar mensajes al futuro hay que regresar al pasado.

Configuro el teléfono, compro diez euros de saldo y escribo el mensaje SMS. Tal y como me explicaron Qian y Fyodor, no puedo enviar más de diez caracteres, por lo que uso el código acordado para incluir la mayor cantidad de información posible.

Cada uno de los diez dígitos representa un área de evaluación predefinida y debo introducir un número o una letra para cada una de ellas, no como si estuviera calificándolas, sino en base a una situación tipificada.

Así, por ejemplo, asigno una letra F al cuarto dígito, ya que esta es la clave para indicar que, hasta ahora, este universo no difiere en nada del anterior, excepto por algunos pequeños detalles sin importancia. Me di cuenta de ello cuando bañaba a Gabi y descubrí que tenía una marca de nacimiento nueva en el cuello; o cuando me enteré de que, en este universo, Neil Armstrong pisó la superficie lunar antes que Buzz Aldrin, España ganó el mundial de 2010 y un millonario que participaba en *reality shows* es ahora el presidente de Estados Unidos.

Ah, y en los noventa hubo un tipo muy famoso llamado Chiquito de la Calzada, cuyas expresiones aún perduran en la cultura popular. Lo extraño de todo esto es que, dado que mi yo de este universo sí lo ha vivido, cada vez que me topo con estas nuevas circunstancias me invade un torrente de nuevos recuerdos que ignoraba poseer. Como que mi hermano ganó un concurso de imitadores vascos de Chiquito, o que fui detenido la noche de la final del mundial por mear borracho en la rueda de un coche que resultó ser de policía.

Si me encuentro con una situación extraordinaria, no contemplada por el código y que debería ser comunicada, he de improvisar al enviar el mensaje. Tanto como diez caracteres me permitan, claro. Escribir de manera tan críptica en un teléfono de los noventa me hace sentir como si fuera un adolescente de nuevo. Solo me falta dedicar dos horas al día a jugar a la serpiente.

El número de teléfono al que debo enviarlo, por alguna razón, tiene prefijo de Taiwán. He intentado llamar un par de veces por curiosidad, pero todo lo que escucho es un mensaje grabado en mandarín. Según Fyodor, el número no existe todavía. Mi SMS quedará guardado en un servidor para que así un ansible de la ISPIA pueda identificarlo y rescatarlo desde el universo en que se encuentre. «Cosas de posthumanos», sentenció el ruso para que dejara de hacer preguntas.

Al terminar, guardo el móvil en el cajón de mi escritorio y me voy a la cocina a preparar el desayuno. Huevos fritos con alubias inglesas y bacon, acompañados de un café Dos Volcanes, de Guatemala. Desde mi último paso por 2064, aprecio incluso más el grano Arábica.

Abro el armario sagrado del salón, el que contiene la vajilla cara para cenas con invitados —que usábamos dos veces al año—, y pongo la mesa en la terraza. Los días de engullir un par de tostadas chamuscadas sobre una servilleta en la mesa de la cocina se han terminado.

Cuando estoy vertiendo el agua en la prensa francesa, aparece Andrea, me da un beso en el cuello y permanece abrazada a mí.

—¿Te has levantado pronto a trabajar, cielo?

—Sí —miento—. Aunque solo me queda un mes, me gustaría dejarlo todo bien mascadito para mi sucesor. —Esto último sí es

cierto. Trabajamos en la misma empresa, y no quiero que mi marcha dañe su reputación.

Ella se queda en pie a mi lado, apoyada contra la encimera, con la mirada vagando por el suelo y sin decir nada. Siempre necesita unos momentos de silencio nada más despertarse para organizar sus ideas.

—¿Sabes qué estaba pensando? —dice al fin.

—¿Que echas de menos la ventana de fertilidad?

Suelta una risita.

—Como si fuera muy difícil llevarte a la cama. No, idiota. Estaba pensando que, desde que decidimos que dejarías la empresa, nuestra vida ha dado un giro tremendo.

—¿Para bien o para mal?

—Ahora que te has quitado un peso de encima, pareces otra persona. El trabajo no te vuelve gruñón y retraído, pasas más tiempo con Gabi y a mí me tratas como a una reina. Ya nunca molestamos a mis padres con peticiones a destiempo y no tenemos la preocupación de si esta niñera o aquella estará disponible.

—E incluso empieza a no molestarme el Pollock.

—Sí, el caso es que… No sé, quizás no me cueste acostumbrarme a esta situación tanto como pensaba.

—Siempre es bueno saber que tengo futuro como amo de casa.

—No estoy diciendo que no vuelvas a trabajar, pero… si necesitas tomarte un tiempo, no sería lo peor del mundo. Y si no quieres volver a consultoría y prefieres buscar un puesto más relajado en algún cliente… bueno, yo no me opondré a ello.

Vaya, esto sí que es una novedad. Piensas que conoces a alguien, pero no sabes cómo van a reaccionar ante determinadas situaciones hasta que se hallan frente a ellas. Es probable que ni ella lo supiera.

—Creo que los últimos días me han dado que pensar —continúa—. ¿Y si tiene más valor disfrutar de esta calidad de vida en Las Tablas que malvivir en un lujoso chalet de La Moraleja? Nuestro piso no está tan mal, después de todo. Ya nos mudaremos más tarde, si podemos y todavía tenemos ganas.

No puedo hacer más que sonreír.

¿Ya no le importa lo que pensarán sus amigas, su familia? Lo

pienso, pero no lo digo. Es un tema conflictivo. Me conformo con indicios de que así es.

—Es un plan estupendo —contesto.

Cerramos el acuerdo con otro abrazo y yo continúo friendo los huevos y el bacon. Justo antes de marcharse a la ducha, enciende la tele de la cocina. Las noticias hablan de lo pronto que las oropéndolas han regresado a España este año, azuzadas por la temprana subida de las temperaturas.

Gabi se despierta justo en el momento en que Andrea termina de arreglarse. Todavía adormilado, sale con nosotros a la terraza y se sienta a desayunar en silencio, con la vista perdida en algún punto fijo entre su plato y el mío. A veces es clavadito a su madre.

Hoy ni siquiera hace falta el calefactor. Aunque solo estamos en abril, la inesperada ola de calor nos trae sensaciones veraniegas. Sentir los primeros rayos de sol del día y escuchar el canto de los pájaros —oropéndolas, tal vez—, agradecidos por los insectos que los primeros brotes de la primavera atraen al jardín de la comunidad, es revitalizante.

Esta es una de aquellas escasas ocasiones en las que comprendo el significado de la palabra satisfacción. Ha sido una larga travesía, pero ahora todo encaja en su lugar. Me reclino en el respaldo acolchado del banco y le doy un sorbo al café. Qué lejos y qué superficial se me antoja ahora mi vida en Hedonet. Cierro los ojos y dejo que el sol bañe mi cara mientras pienso en todo lo ocurrido desde que llegué.

Pasé los tres primeros días en casa, con Gabi. Pese a las objeciones iniciales de Andrea, logré convencerla de que era lo mejor para ambos y ninguno de los dos pisamos la calle hasta bien entrado el sábado. No solo leímos cuentos y vimos películas, también construimos puzles, jugamos con sus miles de juguetes, le enseñé a sumar y a restar y escribimos una historia ilustrada titulada «Gabi, el explorador». La única vez que toqué mi ordenador fue para enviar mi carta de renuncia.

Cada hora que pasaba sin que sucediera una desgracia me aportaba un poco más de tranquilidad. ¿Es posible que, pasado el momento de su supuesta muerte, el destino se hubiera olvidado de los planes que

tenía para él?

Consciente de que no podía encerrarle en casa para siempre y ya sin excusas que contarle a Andrea, el sábado decidí que ya era hora de salir a vivir alguna aventura: fuimos todos juntos al supermercado y a dar un paseo por el barrio. No me separé de su lado y Gabi volvió a casa sano y salvo.

El domingo me atreví a ceder ante su deseo de salir a montar en bici. Con un buen casco, rodilleras y coderas, nos fuimos al parque y él hizo todo el ejercicio que le había faltado en los días anteriores.

A partir del lunes, nuestra vida volvió a la normalidad. Gabi al colegio, nosotros a la oficina.

Pensé que, tras todo lo vivido, me costaría rendir en el trabajo, y, sin embargo, no fue así.

Es curioso cómo, a veces, el mayor enemigo de la productividad es un exceso de compromiso. Regresé al proyecto con una nueva perspectiva, dándole a todo la importancia justa y necesaria, evitando perder el tiempo en tareas menores y sin que delegar en mi equipo me pareciera una irresponsabilidad. Cuando uno es consciente de la importancia de su propio tiempo, se da cuenta de que priorizar es la clave para una vida mejor. Y a los jefes les gustan las personas que priorizan.

Vivimos en un mundo donde tu empresa siempre te exigirá más de lo que puedes dar. La cantidad de trabajo es inagotable y, por mucho que te esfuerces, nunca será suficiente. Pero descubrí que no se trataba de conseguirlo todo, sino de alcanzar lo máximo posible. Y, para ello, solo hacía falta un poco de organización. Una hora cada noche para poner la situación en perspectiva y organizar el día siguiente. Sí, era una hora de trabajo perdida, pero la eficiencia resultante lo compensaba con creces.

Y así, sin más, tras solo tres días, me gané el primer cumplido de Antoine en años. La solución había estado al alcance de mi mano todo el rato, *solo* hicieron falta dos viajes en el tiempo para darme cuenta. Es lo que tiene el estrés, supongo. Las soluciones para luchar contra él solo se le ocurren a uno cuando no lo sufre.

Abro los ojos y vuelvo a la realidad. Pronto habrá que ponerse en

marcha hacia un nuevo día, aunque me puedo permitir unos segundos más para apreciar el momento. Las cosas pueden torcerse en cualquier instante y lo mejor que puedo hacer es disfrutar del presente.

Gabi, sentado en el banco frente a mí, apoya su cabeza en Andrea y manosea un trozo de bacon grasiento que, con toda probabilidad, acabará en el suelo. Ya parece haber despertado del todo y se queja de lo aburridas que son las niñas de su clase por querer jugar siempre a papás y a mamás.

—Excepto Cris —admite muy serio—. Ella mola. Me voy a casar con ella.

Andrea y yo cruzamos una mirada divertida.

—¿Qué es lo que te gusta de ella? —le pregunta Andrea.

Él no parece tener dudas.

—Es guapa y tiene una camiseta de Spider-Man.

—Eso está muy bien, pero ¿sabes qué? La apariencia exterior no es lo más importante.

—También le gusta limpiar.

Tengo que morderme el puño para contener una carcajada. El mensaje escondido en el gesto que me lanza Andrea está claro. «Como le rías la gracia, esta noche duermes en el sofá».

Tras una nueva lección sobre el reparto de las tareas domésticas, el desayuno continúa en paz y armonía. Ni siquiera el sonido del móvil de Andrea consigue perturbar mi momento de calma.

Es una llamada corta, de apenas diez o veinte segundos, y ella casi no habla. Se limita a responder un par de veces con un «okey» resignado, y se despide de su interlocutor.

—Qué raro —musita tras colgar.

—¿El qué?

—Pensé que la temporada de tifones en Filipinas empezaba en agosto.

—¿Ha ocurrido algo malo?

—No, nada serio. Solo que mi llamada de las nueve se ha pospuesto porque el equipo de Manila no puede ir a la oficina hoy. El gobierno ha emitido una alerta y ha recomendado a todo el mundo que se quede en casa.

—Perfecto. Sintiéndolo mucho por los filipinos, eso significa que tenemos diez minutos más. ¿Otro café?

Poco sospecho que esa llamada significa el comienzo del fin.

XXII

Día 30.

—¿Crees que deberíamos cancelar la reserva y volver a casa? —me pregunta Andrea mientras sube al coche.

—Ni de broma —contesto, tajante—. Llevo años esperando celebrar esta ocasión. —Enciendo el motor—. Además, tus padres están encantados de cuidar de Gabi. ¡Hace más de un mes que no pasa la noche con ellos!

No solo celebramos que hoy ha sido mi último día de trabajo. Además, he encontrado un puesto como consultor interno en uno de mis antiguos clientes. Será un trabajo real, nada de asistir a diez horas de reuniones al día —la mitad para escuchar qué ha hecho mi equipo y la otra mitad para contárselo a mis jefes—. Me dedicaré a tareas funcionales en las que podré desempolvar mis conocimientos técnicos y ayudar a los usuarios a lidiar con la nueva versión del ERP que acaba de ser implementada. Y solo tendré que responder por mis propios errores, se acabó el justificar las novatadas de un puñado de júniors atolondrados o la indolencia de un vejestorio cuya mayor motivación es tachar una nueva jornada en su calendario de jubilación.

El sueldo no es espectacular, pero recibo mucho a cambio. Horario fijo, posibilidad de teletrabajo y una jefa razonable que no se llevará las manos a la cabeza si tengo que dejar la oficina a media mañana porque Gabi se ha metido un Plastidecor en la nariz y hay que llevarlo a urgencias.

Es el primer paso hacia una nueva vida, y nada impedirá que salgamos a cenar a nuestro restaurante favorito para celebrarlo. Aunque entiendo las razones por las que a Andrea no le parece una buena idea.

—De acuerdo —concede al fin, y abre la visera del asiento del copiloto para pintarse los labios frente al espejo—, pero prométeme que tendremos cuidado con los gastos a partir de ahora. Por lo menos hasta que pases el periodo de prueba y tu nuevo trabajo sea estable.

—Prometido.

No es que Andrea tema por nuestras finanzas. Incluso si perdiera mi trabajo, podríamos vivir cómodamente con su sueldo por lo menos un año, tiempo más que suficiente para que yo encontrara alguna otra oferta.

Lo que le preocupa es que el cambio se produzca en un momento tan delicado. Los acontecimientos de las últimas semanas ya están pasando factura a la economía mundial, que comienza a tambalearse. La palabra «crisis» cada vez está en boca de más gente.

Todo comenzó con aquel tifón. Fue una tormenta menor, una que, de haberse producido en septiembre, habría pasado desapercibida. Pero el hecho de que sucediera en abril llamó la atención de la Oficina de Servicios Atmosféricos de Filipinas, cuyos meteorólogos, con más miedo que vergüenza, se atrevieron a hacer pública la que creían era la polémica causa. Según aquel tuit que dio la vuelta al mundo, la virulencia de aquel vendaval se debía a que el nivel del mar había subido diecisiete centímetros en tan solo unos días.

Los expertos del IPCC y demás organismos internacionales relacionados con el cambio climático no habrían reaccionado de manera diferente si les hubieran asegurado que el tifón había sido causado por un chimpancé gigante jugando con un abanico. Según sus cálculos, se suponía que el mar no alcanzaría ese nivel hasta 2050. Que lo hubiera hecho tan pronto —¡y en apenas una semana!—, tal y como afirmaban los meteorólogos filipinos, les sonaba a broma pesada. Sin embargo, no tardaron en hacer sus propias comprobaciones y en rendirse ante la evidencia. La subida repentina del nivel del mar no era ningún chiste.

Las miradas de todo el mundo se dirigieron entonces hacia los polos. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Las investigaciones pertinentes demostraron que la capa de hielo de la Antártida y, sobre todo, la de Groenlandia, se estaban derritiendo a un ritmo sin precedentes. El círculo ártico también estaba desapareciendo, aunque esto preocupaba menos a los expertos. Al no estar en tierra firme, su derretimiento no contribuía a subir el nivel del mar (sí a calentarlo, pero esto solo parecía ser un problema para las generaciones venideras, lo cual

equivalía a decir que todo iba de puta madre).

El calor no cedió y, tras casi un mes de temperaturas nunca vistas en todo el mundo, los investigadores más atrevidos aseguraron que no se trataba de un evento aislado, sino de un aumento permanente en los termómetros globales de entre dos y tres grados. Los datos eran demasiado evidentes como para tomarles por locos, así que la comunidad científica global se unió para resolver el puzle.

Y, mientras tanto, llegaron las catástrofes.

Conduciendo Castellana abajo, con el sonido de la radio a tope para poder oírla sobre el zumbido de un aire acondicionado al máximo, escuchamos las últimas noticias al respecto. Anuncian que la inundación de Daca hará palidecer a la de Miami, que los incendios de California e Italia siguen descontrolados y que este fin de semana se esperan más tifones en el sudeste asiático y un huracán en el Caribe.

¿Qué está ocurriendo? ¿Está el hemisferio norte preparado para el verano más caluroso de la historia? ¿Cómo sabemos que no se producirá otra súbita e inexplicable subida de temperaturas?

La economía también empieza a sentir el desastre. Las bolsas han registrado bajadas consecutivas durante las últimas diez jornadas, los gobiernos ya hablan de medidas de austeridad para prevenir fatalidades y tanto empresas como particulares actúan con la precaución que caracteriza a los tiempos de vacas flacas. No hay que ser un experto para saber que, si esto continua así, pronto habrá una fuerte recesión.

No es el entorno ideal para cambiar de trabajo, pero qué se le va a hacer. Hay desgracias peores en la vida que irse al paro, aunque no culpo a Andrea por no verlo así. Ella no las ha experimentado.

Atravesamos un centro de Madrid extrañamente vacío y dejamos el coche en el parking habitual, bajo la plaza de Santa Ana. Al subir a la superficie, no somos recibidos con el vibrante bullicio y el ambiente despreocupado al que estamos acostumbrados. Más bien, la plaza tiene el aspecto fantasmagórico de una tarde cualquiera de agosto. Hoy hemos llegado a los cuarenta grados, algo a lo que los madrileños están acostumbrados en verano, pero no en mayo, cuando el aire es más húmedo y el calor más traicionero. Aparte de unos cuantos

turistas desorientados y una de las estaciones de urgencias que la Comunidad de Madrid ha dispuesto por todo el centro, nosotros parecemos ser los únicos que se han atrevido a salir.

—¿Sigues pensando que es una buena idea? —la voz de Andrea no suena demasiado convencida, pero ella sabe que, cuando me empeño en algo, es tarea imposible hacerme cambiar de opinión. Aunque he superado algunos malos hábitos, otros me acompañarán hasta la tumba.

—Piensa en los pintxos de Leire —sugiero—. Y en lo tristes que se pondrán esos centollos si nadie se los come.

A Andrea parecen darle igual los sentimientos de los crustáceos. Le preocupa más el hedor que nos llega al atravesar la plaza.

—¿Crees que hoy no ha pasado el camión de la basura? —dice, arrugando la nariz.

—Seguro que sí. Los contenedores no están llenos.

—Con este calor, deberían vaciarlos con más frecuencia.

Las callejuelas peatonales por las que paseamos no presentan mucho mejor aspecto. El gobierno ha instalado máquinas de agua gratis en cada calle —resulta evidente que han aprendido de las críticas recibidas la primera semana por todos los casos de deshidratación y golpes de calor—, pero, aun así, muy pocos se atreven a pisar el tórrido pavimento. Infunde respeto ver la ciudad tan desierta, me pregunto si la pandemia del primer universo tuvo un efecto parecido.

En la Taberna de Leire, el aire acondicionado te hace sentir como si estuvieras escalando la cima del Aitzgorri en febrero, aunque esto no parece ser reclamo suficiente para atraer a la clientela. Solo dos mesas están ocupadas y la barra se encuentra vacía excepto por un anciano con chaqueta y pantalones de pana que lee el periódico. Nosotros nos sentamos sobre dos taburetes junto a él.

Hoy es la propia Leire quien nos atiende.

—Pensé que podría jubilarme pronto, y ahora mírame, tras una puta barra de nuevo —dice al percibir nuestra sorpresa. No parece de buen humor—. He tenido que echar a casi todos los camareros para poder pagar el alquiler. Con este calor, aquí no sale a potear ni Dios.

—En épocas de necesidad es cuando el ingenio entra en escena —trato de consolarla—. ¿Y si vendieras helados de pintxo? Ya sabes, ¿a quién no le apetece un buen cucurucho de marmitako?

Andrea me lanza una mirada asesina. «Miguzas, deja de cagarla», viene a decir.

Leire, sin más, me ignora.

—¿Habéis oído lo del lago griego?

—No —contesta Andrea—. ¿Qué ha ocurrido?

—Desvanecido —dice con cara de circunstancias, y hace el gesto pertinente con ambas manos—. Hace unos días, los niños se bañaban en él. Hoy solo es un valle reseco, lleno de peces muertos.

—Todo volverá a la normalidad pronto, Leire —respondo sin mucho convencimiento. Puede que la mujer se esté dejando llevar por la histeria colectiva.

—No sé yo. Los precios de los alimentos ya han subido un diez por ciento. Y te puedes imaginar lo que ocurrirá después de un verano de sequías, ¿no?

Es tentador pensar que exagera, que lee demasiadas noticias y ve demasiados programas de agoreros que, convenientemente, siempre se sitúan en el extremo más pesimista. Sin embargo, la inquietud y el nerviosismo también comienzan a hacer mella en mí. Hace unos días habría tomado a Leire por loca. Hoy no estoy tan seguro.

—Pues te lo digo yo —prosigue—. Es oficial, hoy lo han dicho en el telediario: la primera gran crisis económica provocada en exclusiva por el cambio climático. Llevan tantos años anticipándola que algún día tenía que llegar, ¿no es cierto?

—Pamplinas —dice una voz a nuestras espaldas. Se trata del anciano que estaba leyendo el periódico—. Ni cambio climático ni hostias. Los rojos ya no saben qué inventarse.

Aunque nadie parece seguirle la corriente, él insiste.

—¿Es que no habéis visto lo que dicen los científicos americanos? La subida de temperaturas no tiene nada que ver con la acción del hombre. Se debe a un aumento en la luminosidad del sol. Parecen buenas noticias porque no es nuestra culpa, pero, si lo piensas, esto nos hunde aún más en la miseria. Como al sol le dé por calentar más

de lo que debe, el precio de los tomates será nuestra última preocupación.

A Leire no parece hacerle demasiada gracia el comentario.

—Mire, señor, me da igual que sea usted de Bilbao. Si no fuera porque ya se ha tomado tres gin tonics y necesito sus dieciocho euros, le echaba de aquí ahora mismo. ¡Semejante idiotez! —Se vuelve hacia nosotros—. Ya veis cómo está el patio. El mundo fundiéndose y algunos siguen desmintiéndolo para evadir su responsabilidad. ¡Científicos, incluso! Es espeluznante que el dinero pueda comprar así a la gente. Te juro que si algún día *entraría* en la taberna algún borrego negacionista de esos, le iba a faltar Castellana para correr.

Satisfecha con su promesa, se da la vuelta y abre su propio periódico, pasando las páginas de manera más enérgica de la necesaria.

Andrea no tiene mejor cara que Leire. Mastica las angulas sin saborearlas, como un preso comiéndose las gachas del desayuno. Tiene la mirada perdida en algún lugar tras la barra y la mente sumida en sus pensamientos.

Yo le doy un sorbo al txacolín y trato de disfrutar las croquetas de bacalao. No es la celebración que esperaba, pero es mejor que nada. Un par de pintxos más y a casa.

Al poco, un hombre entra corriendo en la taberna. Parece agitado.

—¡Leire! ¡Pon la tele, rápido!

La dueña del bar obedece.

Al escuchar las noticias, las dos parejas que había en las mesas se levantan y se acercan a la barra para verlas de cerca.

—¿Es eso Valencia? —pregunta un joven. Su novia se tapa la boca con las manos.

Nadie le contesta. Nos hemos quedado sin palabras. Además, en la televisión, sobrepuesto a las imágenes en directo de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, hay un rótulo bien grande que le da la respuesta. «Inundaciones en Levante», reza. Debajo, el típico subtítulo sensacionalista: «Las catástrofes llegan a España».

La retransmisión proviene de varias cámaras de vigilancia meteorológica. Primero vemos las pertenecientes al centro de

Valencia, que muestran como la zona más afectada es el antiguo cauce del Turia, con todos sus jardines anegados y el agua a punto de alcanzar los puentes que lo cruzan. La nueva cuenca presenta un aspecto similar, aunque, según los locutores, podría ser mucho peor de no haber sido por el plan hidrológico que sucedió a las riadas de 1957.

Sin embargo, ni siquiera este plan ha conseguido salvar a los que viven al sur del río.

Allí, el Mediterráneo le ha comido el terreno a las playas y sus aguas se han unido a las de la Albufera para inundar varias zonas urbanas. Según las noticias, en el municipio de Catarroja la riada ha alcanzado los dos metros y medio de altura y solo allí ya se han contabilizado más de cincuenta muertos.

La capital levantina no es el único lugar afectado. Castellón, Peñíscola, Gandía, Denia y Jávea también han sido arrasadas. Vemos coches flotando en las aguas turbias como si fueran cereales en una taza de cacao, familias subidas a los tejados de sus casas pidiendo auxilio, pequeños barcos pescadores reconvertidos en equipos de rescate y cadáveres siendo arrastrados por la corriente.

Andrea, que apenas ha dado tres bocados antes de retirar el plato, aparta la mirada y me agarra la mano con fuerza.

—¿De dónde ha salido tanta lluvia? —musita Leire, rompiendo el silencio que se ha apoderado de su taberna—. Ni siquiera sabía que hubiera una alerta de tormenta.

—Pues porque no la había —contesta el hombre que acaba de entrar en el bar. Se ha metido en la barra y, a juzgar por el parecido, deduzco que se trata de su hermano—. El pronóstico anunciaba lluvia, pero las precipitaciones son treinta veces mayores de lo estimado. Dicen que, al haber subido tanto la temperatura del agua del mar, se evapora mucho más. Que no era fácil predecir tal situación.

El anciano de los gin tonics interviene en la conversación.

—Os los dije. Y los siguientes somos nosotros.

Todos nos volvemos hacia él. Sin inmutarse, se mete un pintxo entero de ensaladilla rusa con anchoas en la boca y no continúa hablando hasta haberlo tragado.

—Más de un mes por encima de cuarenta grados y sin una puta

gota. La sequía es tal que las vacas empiezan a dar leche en polvo y las gallinas a poner huevos duros. El suelo se está quedando casi tan seco como el bacalao de esta taberna, y…

—¡*Nahikoa*! —interrumpe Leire—. Ya está bien. Le he avisado antes. Pague sus consumiciones y lárguese de aquí, por favor.

El hombre, sin ánimo de meterse en reyertas, obedece.

—Ya lo siento —murmura. Deja treinta euros sobre la barra y se dirige hacia la salida tambaleándose un poco.

Antes de desaparecer, nos deja un último mensaje.

—Llenad la despensa y no salgáis mucho a la calle.

El silencio vuelve a reinar en la taberna una vez el anciano se ha ido, esta vez aderezado con unas gotas de tensión. Los clientes habituales conocemos el genio de Leire y sabemos cuándo debemos permanecer callados. Andrea, que ya ha tenido suficiente por hoy, saca su bolso, paga la cena y se pone en pie.

—Vámonos, por favor. No me encuentro bien.

En cuanto abandonamos la taberna, me pregunta:

—¿Crees que el viejo tenía razón?

No soy ningún experto. Solo puedo contestar lo que he oído por ahí.

—Supongo que se refiere a las inundaciones relámpago. Cuando el suelo se queda tan seco, pierde la propiedad de absorber el agua. Así es como se producen muchas riadas. Las próximas lluvias traerán problemas, eso seguro, pero de ahí a que debamos confinarnos en casa, hay un trecho. Madrid no está en un valle y sus canales subterráneos tienen una gran capacidad, así que creo que estamos seguros.

Andrea asiente en silencio y nos dirigimos hacia el parking. Ya son las diez de la noche, pero no tiene pinta de que las temperaturas tengan pensado darnos un respiro. Tras dos minutos andando, la camisa se me pega a la espalda y noto como a Andrea también le sudan las manos.

Conduciendo de vuelta por una ciudad fantasma, con la radio apagada y con la silenciosa compañía de una Andrea taciturna, me asaltan de improviso las imágenes de los cuerpos arrastrados por la

riada de Valencia.

No es la primera vez que veo algo así. En los últimos días, solo había que encender el ordenador o la tele para ser testigo de algún terror similar en cualquier parte del mundo.

Pero ahora… ahora que las víctimas critican a los mismos políticos que yo, ahora que las matrículas de los coches que flotan ruedas arriba tienen el mismo color que la mía, ahora que la desgracia la sufre Paquito González y no Ramesh Parthasarathy, la realidad me golpea.

Tal vez haya llegado el momento de enfrentarme a ella.

Al asunto que llevo días evitando.

¿Debería informar de esta situación a Qian y Fyodor?

Ellos dijeron que les notificara sobre cualquier circunstancia anormal, cualquier desviación significante con respecto a los dos universos que ya conozco. Esta, me temo, cumple con ese requisito. Es inútil fingir que se trata de una de esas situaciones en las que el universo se desvía brevemente para luego volver a su cauce.

Solo hay una razón por la que no les he mandado un mensaje todavía. Hacerlo significaría reconocer el hecho de que, quizá, todo esto sea mi culpa. ¿He modificado algo que no debía? ¿Algo que pertenece a la primera categoría de eventos, aquellos que desencadenan sucesos imprevisibles a gran escala?

¿Y si soy yo el responsable de todos esos cuerpos que arrastra la corriente?

XXIII

Día 121.

Íñigo no tiene buen aspecto.

Tras llevar a los niños otra botella de agua fría y recordarles que deben llamarnos de inmediato si se sienten mareados, mi hermano asciende con lentitud el empinado jardín de la finca familiar de Bernedo, que, al igual que él, ha perdido su esplendor. Ya no es más que una cuesta escarpada, cubierta por un manto amarillo de césped seco y esqueletos de arbustos.

Me quedo un instante de pie en el porche, junto a la mesa a medio poner, con siete tenedores y siete cuchillos en la mano. La luz de la luna llena me permite distinguir la manera trabajosa con la que camina, como si le hubieran caído veinte años más de repente. Con el torso desnudo y esas bermudas sudadas que se le van cayendo al andar, su pérdida de peso resulta evidente. Su piel pálida está salpicada de acné en los hombros; su pelo, ahora lacio y fino, siempre está despeinado; y unas bolsas negras se asientan bajo sus ojos, que parecen más cansados que nunca. Es mi hermano gemelo, pero hoy nadie diría que nos parecemos.

—¿Tengo monos en la cara, Miguzas? —dice al llegar al porche. Se detiene en las escaleras, agarrado a la barandilla. Necesita coger aire.

—En tu cara no, *bro*. Aunque quizás haya alguno en tu casa que se esté comiendo tus raciones. Y que no te esté dejando dormir.

—Yo me siento más bien como si un gorila cachondo me visitara todas las noches.

Justo cuando estoy a punto de responderle que ya le gustaría, Jon, su marido, aparece detrás de mí con un cuenco de ensalada.

—El pobre ha estado muy estresado últimamente. Ya sabes, el calor.

—El calor afecta a todo el mundo —responde él—. A mí lo que me mata es el trabajo.

Puede que en otra ocasión le hubiera quitado hierro al asunto con alguna broma. Es fácil, solo tendría que referirme al número de veces

que ambos nos han recordado a Andrea y a mí que debemos bajar el ritmo, que la vida no es solo trabajar. Que «el cementerio está lleno de ex directivos a quienes les diagnosticaron un cáncer de páncreas nada más jubilarse y comprarse un apartamento con vistas al mar en Maspalomas». Si tenían el día tonto, continuarían el sermón recomendándonos que nos fijáramos en ellos, en la manera en que se habían convertido en el vivo ejemplo de cómo compaginar dos buenas profesiones con la familia. Como si pudiéramos reconvertirnos en cardiólogo y profesora universitaria con solo chasquear los dedos.

Los papeles parecen haberse invertido, pero sé que las razones que le han llevado a esta situación no son ninguna broma. Íñigo, como máximo responsable de la unidad de cardiología del principal hospital de Vitoria, parece muy afectado por ver la muerte tan de cerca todos los días. Por eso, me limito a pasarle su botellín y a asegurarle que una semana en Bernedo curará todos sus males.

—Un mes en la Antártida, eso es lo que necesito —responde él, y se sienta a la mesa.

Andrea sale de la casa portando una bandeja con el agua y el pan. Lleva puestos unos mini pantalones de algodón y una camiseta de tirantes que no hace nada por ocultar el bulto incipiente de su barriga. Incluso hinchada y con la ropa empapada por el sudor está más guapa que nunca.

Llamamos a los niños y nos sentamos todos a cenar. Son las dos de la mañana, una hora extraña para hacerlo, pero hemos decidido seguir la recomendación del Gobierno y posponer la comida más fuerte del día hasta bien entrada la noche. Ahora el termómetro marca solo treinta y cinco grados, un respiro de los cuarenta y seis que se llegan a registrar al mediodía en la sierra de Toloño. Según mi hermano, las cuatro de la tarde es la hora de mayor caos en el hospital, debido a todos los despistados que todavía no saben que nuestros sistemas digestivos ya no ven con buenos ojos las comidas copiosas delante del telediario.

Para Íñigo, Jon y sus dos niños, hoy es el primer día de sus vacaciones de una semana. Para nosotros es también el primero, pero de una temporada mucho más larga. Las temperaturas en Madrid se

han vuelto tan insoportables que muchas empresas, entre ellas las nuestras, han dado permiso a los empleados para trabajar en remoto desde un lugar más fresco.

—Y, si fuera por mí, nos cambiaríamos al horario nocturno también, como empiezan a hacer muchas empresas —añade Andrea mientras sirve la ensalada—. Deberíamos ser pioneros en hacerlo, en lugar de esperar a que a algún empleado le dé un telele.

—Y créeme que ocurrirá —puntualiza Íñigo—. En Vitoria tenemos los hospitales a rebosar. Y allí no tenemos la posibilidad de limitarnos al turno de noche. La muerte trabaja a todas horas.

—¿Cuál es la última cifra de muertos? —pregunta mi sobrino de ocho años, que está obsesionado con las estadísticas y con el hecho de que España se encuentre entre los diez primeros países a nivel mundial. No sé si le ha quedado claro que no es un dato positivo.

—Ander —le reprende Jon—, no durante la cena.

—Diez mil trescientos veinte —le susurra su hermana, pensando que no la oímos.

—¡Lucía!

Ambos chavales se miran con complicidad. Gabi también parece encontrarlo gracioso.

A continuación se sucede un silencio solo interrumpido por los grillos de fondo y el sonido metálico de los cubiertos. No es que no tengamos nada de lo que hablar, es que todos sabemos que cualquier tema de conversación acabará derivando en la Ola, algo que hemos acordado evitar durante las comidas.

—¿Y qué tal tu trabajo, Jon? —pregunto yo al fin. Sé que es inevitable que mi cuñado hable de ello sin mencionar las medidas que la universidad ha tomado para luchar contra el calor, pero creo que escuchar eso es mejor que este silencio autoinfligido que nos recuerda que algo va jodidamente mal.

—Los exámenes de septiembre serán un poco caóticos, ya que en la planta de arriba de la facultad hace demasiado calor y tenemos que repartirnos las aulas de la planta baja. Allí tampoco hay aire acondicionado, pero entre las paredes de piedra, los ventiladores y programar los exámenes a las seis de la mañana, se puede sobrevivir.

Lo que decía. Inevitable.

—¿Y el comienzo de las clases?

—Todavía no se sabe nada. Puede que debamos impartirlas online, aunque, si cuando termine el verano todo vuelve a la normalidad, no habrá cambios.

—La puta vuelta a la normalidad, no se habla de otra cosa —exclama Íñigo, y los tres nos quedamos mirándole, sorprendidos. Mi hermano no es alguien dado a exabruptos—. No volveremos a la normalidad, que os entre en la cabeza. Solo tenéis que fijaros en lo que ocurre en el hemisferio sur. Allí es invierno ahora mismo, y también están jodidos. Australia batió su propio récord de temperatura el otro día, con cincuenta y seis grados en el desierto.

Viniendo de él, esto da que pensar. Siempre ha sido el optimista de la familia.

Jon se inclina hacia delante y apoya las sienes en las yemas de los dedos.

—Dios mío. Imaginaos la catástrofe que un verano como el nuestro puede suponer para los países menos desarrollados de África o Sudamérica.

—No tienes que imaginarte nada. Solo enciende la tele y fíjate en lo que está ocurriendo ya en Irak o Afganistán.

Íñigo tiene razón. El calor extremo ha causado olas de inmigrantes ilegales en todo el hemisferio norte. En el mejor de los casos, esto se traduce en campamentos enteros de refugiados convertidos en cementerios, como en Siria o en México. En el peor, en cruentas guerras en torno a las fronteras, como entre Georgia, Azerbaiyán y Rusia. La Ola solo empezó hace unos meses, pero el mundo ha cambiado más que en todas las décadas anteriores desde la Segunda Guerra Mundial.

Mientras unos confían en que se trata de una situación temporal y otros aseguran que nos encontramos frente al mismísimo apocalipsis, yo me sigo preguntando si mi viaje es la causa de todo esto. Es imposible saberlo con seguridad, y sé que Qian y Fyodor no me darán la respuesta. Usar el ansible les resulta costoso, solo se molestarán en mandar un mensaje si es indispensable para el éxito del experimento.

—A lo mejor acabamos todos en Bernedo de manera definitiva —dice Andrea. Tratando de rebajar la tensión añade—. Jon, ¿te imaginas tener que aguantar a estos dos juntos, todos los días?

Jon agradece el comentario y le sigue la corriente.

—Los que me dan miedo no son ellos, sino estos tres monstruos —dice, señalando a los niños. En estos momentos, Lucía y Gabi miran hacia arriba para que no se les caigan las rodajas de tomate que se han colocado sobre los ojos. Ander aprovecha la ocasión para verter vinagre sobre ellos, pero su padre consigue detenerle a tiempo.

—No es ninguna tontería —interviene Íñigo, un tanto abstraído—. Quizá tengamos que pasar aquí una buena temporada. Y a los niños les alegrará saber que por fin vamos a comprar una piscina.

Tras el inevitable jolgorio de los chavales, decido contestarle yo.

—¿No eras tú quien se oponía radicalmente a esta idea?

—No era lógico montar una piscina para venir dos o tres veces al año, pero sí tiene sentido si vamos a vivir aquí. Será una buena forma de refrescarnos. Además, no seré yo quien la limpie porque soy el único que no puede venir. Mikel, acabas de ganarte una nueva tarea.

—Espera, ¿cómo que no vendrías?

—Bueno, no puedo traerme a los enfermos a casa.

Nadie contesta, porque sabemos que tiene razón. La posibilidad de mudarnos todos aquí es más real de lo que nuestras bromas indican. Sería terrible para su familia tener que separarse de él en tiempos como los que corren, pero tampoco sería recomendable dejar que los niños permanezcan en la ciudad. Allí hace todavía más calor, y los conflictos son cada vez más comunes. Ayer mismo, una manifestación en Málaga acabó con varios supermercados saqueados, dos muertos y cincuenta heridos.

El resto de la cena transcurre en silencio. Todos parecemos haber llegado a la conclusión de que es mejor así. Incluso los niños, ya derrotados tras un largo día, han perdido las ganas de dar guerra.

Acabada la ensalada, tomamos algo de fruta —nada especial, en la tienda del pueblo solo quedaban manzanas e higos—, y Andrea y Jon se van a acostar a los niños mientras Íñigo y yo recogemos la mesa. Cuando terminamos, abro dos cervezas.

Él rechaza la suya.

—Suficiente alcohol, Mikel. Debemos permanecer hidratados.

Me recuesto en la silla y le animo a hacer lo mismo. Ignorándome, él permanece en pie, de espaldas a mí y apoyado en la columna del porche.

—Íñigo, ya sé que trabajar en el hospital es duro, pero… ¿no crees que estás dejando que te afecte demasiado?

—Si hubieras visto lo mismo que yo, cambiarías de opinión. Muchos creen que solo los ancianos o los que sufren de patologías respiratorias y cardiovasculares mueren, pero no es cierto. He visto jóvenes caer fulminados por golpes de calor, deportistas con la presión arterial disparada y mujeres embarazadas que han perdido a sus hijos —a modo de advertencia silenciosa, gira la cabeza hacia mí al decir esto último—. Todos deberíamos cuidarnos.

Encojo los hombros y levanto el botellín hacia él.

—Por nuestra salud —digo, y doy un buen trago. Tal vez así le dé envidia y se siente a disfrutar un poco. El estrés tampoco es nada bueno.

—Hoy he leído algo que me preocupa —dice, bajando la voz—. No quería decir nada durante la cena para que Jon no me llame agorero. Y puede que lo sea, que me esté dejando llevar por los sentimientos. Por eso quiero contártelo a ti, para que me digas si te parece una tontería.

—Okey, suéltalo.

Íñigo respira hondo.

—Como sabes, al principio todo el mundo creyó que la subida repentina de las temperaturas se debía al cambio climático, que nos habíamos equivocado en las predicciones y que el escenario que preveíamos para el año 2100 había llegado antes de lo previsto.

Asiento.

—En aquellos momentos parecía un sacrilegio apoyar a aquellos que decían que la causa era otra, pero poco a poco la evidencia fue poniendo las cosas en su lugar. Ahora, todo el mundo sabe que el problema se debe al aumento de la luminosidad del sol.

Asiento de nuevo, esta vez recordando las palabras del anciano en

la taberna de Leire. Quién nos habría dicho entonces que el puto viejo tenía razón.

—Ayer, a través de un contacto de la SEC (la Sociedad Española de Cardiología), he tenido acceso a un informe que será publicado el lunes por el Instituto de Astrofísica de París y que tendrá un impacto a nivel mundial. Lo han filtrado primero a las asociaciones profesionales relevantes de toda Europa. Quieren que sepamos que no se trata de un rumor más para meter miedo a la gente.

—¿Y qué dice el informe?

—En primer lugar, no solo confirma la teoría de la luminosidad, sino que además demuestra que esta ha ido en aumento desde que la ola de calor comenzó.

Permanezco un instante en silencio, evaluando las consecuencias de lo que Íñigo acaba de decir.

—Lo cual significa que prevén que el calor siga creciendo.

Íñigo asiente, resopla y continúa.

—Las predicciones dan mucho miedo, tío. La temperatura media del planeta este mes de agosto ha sido de 16,9 grados, casi tres por encima de la del verano anterior. Teniendo en cuenta la trayectoria de la Ola, podríamos estar hablando de llegar a los veinte grados de media en julio del año que viene.

Dejo la cerveza sobre la mesa y me inclino hacia Íñigo.

—No entiendo lo que eso significa para nosotros. ¿Se podrá sobrevivir a esas temperaturas?

—No lo sé, Mikel. Depende de tantos factores… Asumiendo que el gobierno consiga mantener la calma entre los ciudadanos y asegurar un suministro suficiente de comida y agua, dependerá en gran medida de dónde vivamos. Tarde o temprano la red eléctrica no aguantará y se acabará el aire acondicionado, así que debemos asegurarnos de vivir en un lugar lo más fresco posible y con acceso a agua.

—La finca es perfecta —contesto, señalando en rededor—. Los muros de la casa son de piedra y el Ega pasa a menos de un kilómetro.

—Yo no contaría con el río, lo más probable es que se haya secado para entonces. Pero coincido contigo, aquí es donde mejor podemos estar. No sería demasiado difícil encontrar agua en la sierra, si

sabemos dónde buscar.

Le doy la razón, pensativo.

Vivir todos juntos en el campo. Lo que parecía una sugerencia improbable durante la cena se va convirtiendo en una posibilidad real poco a poco. No puedo evitar ahogar una carcajada.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunta Íñigo, casi ofendido.

—Gracioso no es la palabra más adecuada. Irónico, quizá.

—¿Pues?

Reflexiono un momento sobre la forma de expresarlo.

—A lo mejor te has dado cuenta de que nuestras vidas han cambiado desde hace unos meses. Y no solo por el embarazo. Tal y como Jon y tú veníais diciéndonos desde hace años, hemos aprendido a valorar nuestro tiempo, y ahora somos mucho más felices. Eso sí, no te imaginas lo que he pasado para llegar a este punto.

—Y ahora que has llegado a él, ¿temes que todo se vaya a la mierda?

—Eso también. Pero hay algo más… algo que me hace sentir muy pequeño.

Íñigo, por fin, se sienta. Incluso se atreve a darle un tímido trago a su cerveza.

—Dime.

Levanto mi botellín de nuevo hacia él, esta vez sin maldad, y continúo.

—Me creía invencible, bro.

Íñigo enarca las cejas.

—Sí, coño —insisto—. ¿Nunca has tenido la sensación de ser un héroe tras resolver algún problema que pensabas que te superaba?

Asiente, no muy convencido.

—Así me sentía yo. Invulnerable, arrollador, inmune a toda amenaza. Y entonces viene el universo a recordarme lo poco que se necesita para freírnos a todos en un instante: una pequeña irregularidad en una estrella insignificante de una galaxia menor. Y ya está. Todos a tomar por culo. Ni siquiera entenderemos el porqué cuando nos consuma este infierno.

En realidad, tal vez yo sea el único ser humano que sospeche la

causa.

—Bueno, ahora que lo dices… las razones del aumento de la luminosidad siguen siendo desconocidas, pero el estudio francés ha descubierto el momento exacto en que se produjo. Aunque no es mucho, significa un paso más para descubrir su origen.

No puedo evitar levantar la cabeza de repente y abrir los ojos de par en par.

—¿Cuándo fue? —titubeo.

—La exactitud del informe en este sentido es curiosa. Según sus mediciones, la primera anomalía se detectó el diez de abril a las 8:39 de la mañana, hora española, aunque especifican que hay que tener en cuenta que la luz del sol tarda unos ocho minutos y medio en llegar a la Tierra.

Exactamente el día y la hora en que debería haber muerto Gabi. A pesar del calor, el hallazgo me deja helado.

—Y… ¿qué tipo de anomalía detectaron? —consigo preguntar.

—El sol, sin más, perdió una cantidad enorme de hidrógeno. Esto provocó que el helio aumentara en las capas exteriores y que el astro aumentara su luminosidad un diez por ciento. Así, de improviso… Los físicos lo están flipando, tío. Dicen que se supone que esto debía ser un proceso gradual que sucedería a lo largo de mil millones de años. ¿Cómo pudo ocurrir que todo aquel hidrógeno se fusionara tan rápido? ¿Qué fue lo que lo causó?

La voz de Íñigo, de repente, suena lejana. Mis pensamientos, sin embargo, me atruenan.

No puede ser casualidad.

«El universo no puede permitir estos eventos». Las palabras de Fyodor caen sobre mí como un saco lleno de lingotes de plomo.

No, no es casualidad.

—¿Ocurre algo, Mikel?

Oigo la voz de mi hermano, pero no puedo detener a mi mente.

Hay algo que no me cuadra. Si fue mi llegada a este universo lo que produjo el efecto dominó que ocasionó el cambio en la luminosidad del sol, ¿cómo pudieron causa y efecto haberse producido de manera simultánea?

Íñigo se agacha junto a mí hasta que su cabeza queda a la altura de la mía. Apoya las manos sobre mis hombros y me habla. Su voz suena amortiguada.

—¡Mikel! ¿Estás mareado? ¿Tienes calambres? ¿Te sientes cansado?

Coloca dos dedos sobre mi yugular para medirme la presión arterial, y es el contacto de su mano sudorosa con mi cuello lo que me hace reaccionar.

—¡Estoy bien! —reacciono—. Lo siento. Acabo de darme cuenta de que se me ha olvidado enviar un mensaje importante.

Íñigo suelta un bufido, se sienta de nuevo y vacía media cerveza de un trago.

—Ahora vengo —me excuso.

El Nokia 3210 está escondido dentro de la rueda de repuesto del coche. Aunque estaría más seguro y a resguardo del calor dentro de casa, no quiero correr el riesgo de que alguien lo descubra. Confío en que la sombra de la cochera sea suficiente.

Lo enciendo y escribo un mensaje para el número con prefijo de Taiwán. Esta vez ignoro el código acordado. La ocasión merece que use la inventiva.

«3°UpSnc104»

Tendrá que valer. Maldigo la tecnología del futuro que me permite viajar a otros universos pero no enviar un mísero SMS completo, y regreso al porche con Íñigo. Pese a que enviar el mensaje no cambia la situación, me hace sentir un poco mejor.

—Ya está.

—Bro, tengo una idea —dice. Parece más animado.

—¿Una buena o una de las tuyas?

—Creo que el Candi está abierto. ¿Te hace una copa?

Me lleva un par de segundos descubrir que no está bromeando.

—Ah, una idea de las tuyas.

—Vamos, hombre. Solo una. Por los viejos tiempos.

—¿Y qué ha pasado con lo de permanecer hidratados?

—Pedimos también una botella de agua y listo. Me vendrá bien para olvidarme un poco de todo.

Estoy a punto de mandarle a freír champiñones, pero algo me hace

pensármelo mejor. Íñigo siempre ha estado ahí cuando yo le he necesitado, y todo lo que me pide ahora es que me tome una copichuela con él. Ni siquiera se atreve a recordarme que le debo once relecturas de la Odisea, acompañadas de sus correspondientes noches épicas. Solo quiere un triste Brugal cola. Si le rechazo de nuevo, tal vez no vuelva a preguntarme nunca.

—Venga, pues. Una y a casa.

Tras pasar ambos por nuestros respectivos dormitorios y comprobar que nuestras parejas se han quedado dormidas mientras metían a los niños en la cama, nos ponemos en marcha.

El Candi se sitúa en un angosto edificio de piedra que separa dos calles del centro de Bernedo, y es el único local en varios kilómetros a la redonda donde uno puede tomarse una copa a estas horas. Se trata de la típica taberna que intenta acomodar tanto a las familias de Vitoria o Logroño que buscan un lugar tradicional y bucólico para comer los domingos como a los ancianos del pueblo que necesitan un techo bajo el que jugar al mus y beber patxaranes. En realidad, no difiere mucho de cualquier bar de pueblo de España.

Como era de prever, no nos vamos a casa tras la primera copa. El bar está a rebosar de jóvenes «responsables» a los que no parece costarles demasiado seguir las indicaciones del gobierno para que salgamos de noche y durmamos de día. «Por nuestra salud», berrean con el kalimotxo en alto, y se beben un vaso de litro de un trago. Se respira un ambiente festivo y relajado. De gaupasa, como dicen —decimos— por aquí. A ambos nos hace mucha falta.

Seguimos bebiendo y recordamos historias de juventud hasta bien entrada la madrugada. Hablamos de nuestras primeras novias, aquellas gemelas de un campamento de verano en Laredo que no nos distinguían bien uno de otro (ni nosotros a ellas); de las veces que le salvé el culo en alguna pelea, aunque en más de una ocasión se mereciera una buena paliza; y de lo mucho que me avergonzaba de él cuando se cogía aquellas borracheras los fines de semana que me visitaba en Madrid y se quedaba dormido sobre el asfalto de la cuesta de entrada al colegio mayor.

Es una de esas noches que no sabes que necesitabas hasta que

llegan y, una vez pasan, te preguntas cómo podías haber vivido sin ellas. Sí, llevamos más de una década sin leer la Odisea juntos, pero nuestra complicidad no se ha ido a ningún sitio. Volvemos a ser uña y carne.

He perdido la cuenta de las copas que llevamos cuando él se levanta para ir al baño. Me doy cuenta entonces de que solo quedamos nosotros en el bar, lo que me provoca una sonrisa de satisfacción. Un cierre perfecto para una noche memorable. Nada que envidiar a las de antes.

Un pensamiento lleva a otro de aquella manera inconexa —pero entusiasta— con la que los cerebros dirigen el cotarro cuando les has regado con cinco rones y tres patxaranes. De repente, una certeza súbita me embarga.

Soy libre.

En el más amplio sentido de la palabra.

En los dos universos anteriores, me veía obligado a cumplir con el guion para perseguir mi sueño de volver a ver a Gabi. Luego llegué a este universo y salvé la vida de mi hijo, adquiriendo un nuevo grado de libertad. Ya podía tomar mis propias decisiones sin saber qué consecuencias traerían. Pero no me sentía al mando. Faltaba algo.

Sí, puede que yo no conociera las consecuencias, pero sabía que estaban escritas en algún lugar. Y eso le quitaba algo de encanto al día a día porque, en el fondo de mi ser, era consciente de que mis elecciones no importaban demasiado. Pasara lo que pasara, el universo no se vería afectado y el curso natural de las cosas acabaría por imponerse.

Ahora, pensando en los últimos acontecimientos, en cómo este universo parece haberse declarado en rebeldía, me embarga una sensación eufórica de independencia, como si me estuviera emancipando de mí mismo. No sé qué ha ocurrido con la constante determinista o con la adhesión a un universo modelo, pero algo está claro: me encuentro en un lugar sin cauces ni guion preestablecido. Y, si el cosmos puede decidir saltarse el guion a la torera, ¿por qué no voy a hacerlo yo?

Puedo hacer lo que me salga de los cojones. A este universo

insumiso le va a dar igual.

Íñigo no podría haber salido del baño en mejor momento. Lo que más me apetece al verle salir es abrazarle, y no me voy a comedir. Me levanto y corro hacia él como si no le hubiera visto en décadas.

—Kabenzotz, Mikel, que solo he ido al baño.

—Te quiero, hermano.

—Vale, tío. Creo que es hora de volver a casa.

—Genial. Tengo la canción perfecta para el camino de vuelta.

Íñigo es uno de los cardiólogos más reconocidos de Euskadi. Un tipo serio con una reputación intachable y fama de meticuloso y tenaz. Pero yo, que le he visto cantar *I will survive* en un karaoke acompañado de sonidos de pedo producidos por su sobaco, sé que hay ofertas que no puede rechazar. Cantar *Libre*, de Nino Bravo, a voz en grito durante el camino de regreso y despertando a medio Bernedo, es una de ellas.

Vamos ya por la última calle y, calculo, por la cuarta o quinta vez que entono con pasión mi parte favorita, la de «marchaba tan feliz que no escuchó la voz que le llamó», cuando oigo el sonido de una sirena. Al darme la vuelta, veo cómo un camión de bomberos avanza a toda velocidad calle arriba.

Nos apartamos de un salto para dejarle pasar y nos quedamos unos instantes en silencio, recuperándonos del susto. Al principio, todo lo que mi cerebro errante piensa es «vaya manera de cortar el rollo», pero después me fijo en la cara de Íñigo y sé que algo va mal.

Vuelvo la vista hacia el camión de bomberos y veo que ha girado a la izquierda.

En dirección a nuestra finca.

Corremos tras él, luchando contra el calor, la embriaguez y los pensamientos advenedizos.

Lo que vemos al cruzar la esquina hace que se nos pase la borrachera de golpe.

El monte entero está en llamas. Incluida nuestra finca familiar.

Con el estómago encogido y la cogorza ahuyentada por la adrenalina, subimos la cuesta que da acceso a nuestra propiedad tan rápido como nos permiten nuestras piernas.

Los bomberos han echado la valla abajo para poder acceder a la finca. El camión que hemos visto no era el primero, sino el de refuerzo. Hay otro aparcado junto a la casa, y varios bomberos trabajan ya con las mangueras para apagar las llamas.

Joder, las llamas.

La casa está en llamas.

Íñigo y yo nos miramos, reconocemos el horror en la cara del otro.

Hacemos ademán de subir por el camino de gravilla que lleva hasta el porche, pero un bombero corre hacia nosotros y nos detiene.

—¿Viven ustedes aquí?

Íñigo contesta primero. Sus palabras inconexas no son muy distintas a las que yo habría acertado a pronunciar.

—¡Nuestra familia! ¡Ahí dentro! ¡Sáquenles!

—¿Cuánta gente había en la casa? —pregunta el bombero sin perder la calma.

—Cinco —respondo yo rápido—. Dos adultos y tres niños.

La mueca del bombero es de resignación. Mira al suelo durante un instante interminable y después levanta la cabeza.

—Lo siento mucho. Los cinco cuerpos ya estaban sin vida cuando llegamos.

Esta sensación es familiar para mí, pero no para Íñigo. Por eso le agarro del codo cuando se abalanza sobre el bombero y evito con todas mis fuerzas que salga corriendo hacia la casa. Nos derrumbamos sobre el suelo. Le abrazo, no sé si para consolarle o para evitar que se lance a las llamas. Permanecemos unidos lo que me parecen horas, iluminados por un infierno a nuestro alrededor. El aire nos quema la garganta y la nariz al respirar, nuestros sollozos resultan dolorosos. Parece apropiado.

Eones después, cuando su rabia se disipa y ya solo le quedan lágrimas, me levanto. Él me mira, implorando que me quede, la desolación materializada en su rostro. No puedo. Le hago un gesto, el mismo que hemos usado durante años para pedirnos un momento el uno al otro.

Él me necesita, y me tendrá. Pero no ahora.

Camino hasta el coche y abro el maletero. Levanto su base y cojo el

Nokia 3210.

Sé que es absurdo, que los receptores del mensaje ni siquiera han nacido todavía, pero me urge mandarlo. Solo hay dos personas en el multiverso que entienden por lo que he pasado. Solo ellos son capaces de comprender la tragedia que lo que acaba de ocurrir supone para mí.

Enciendo el móvil. Antes de que pueda elegir la opción de escribir mensaje, el teléfono emite un sonido familiar. Uno que no he escuchado en años y que evoca recuerdos de la adolescencia. Es el sonido de entrada de un SMS.

Su remitente tiene prefijo de Taiwán.

Lo abro.

Solo son tres palabras. Diez caracteres. Pero su significado está más que claro.

«Sal de ahí».

«No tengo por norma despreciar a un huésped, pues de Zeus vienen todos los mendigos».

Eumeo, La Odisea, Canto XIV

XXIV

No sé qué me sorprende más, si seguir vivo o despertar en medio de la jungla.

Estoy sentado sobre una cama doble de dosel, una de esas que uno se encuentra en su bungalow deluxe durante su luna de miel en Bali y que suelen ir cubiertas por una mosquitera gigante. Sin embargo, aquí no hay mosquitera, lo cual le da una apariencia de desnudez a la estructura. Las sábanas que me cubren son blancas, finas y tan suaves que casi me veo tentado a volverme a acostar y restregar las mejillas contra la almohada. Me limito a acariciarlas con la palma de la mano mientras miro confundido alrededor.

La cama yace en el centro de un claro del tamaño de una plaza pequeña, rodeado por una selva tropical de cuyas profundidades emergen los sonidos que uno esperaría oír. Gritos de monos, chasquidos de ramas, cantos de pájaros exóticos y el zumbido persistente de las cigarras. Además de la cama, en el claro hay dos cabañas de caña brava, una a cada lado. La menor está cerrada; la otra, del tamaño de un establo, tiene una puerta abierta y de ella emana el inconfundible aroma de un buen café. A su lado, bajo la luz del sol, hay un patio de secado lleno de semillas blancas de Arábica, ya peladas y preparadas para el trillado y el tueste.

Parece una plantación familiar. A juzgar por el olor del grano, diría que estoy en Colombia, tal vez en Brasil. No tengo ni la más remota idea de cómo he llegado hasta aquí.

Solo recuerdo haber seguido el procedimiento habitual para viajar al futuro. Tras la muerte de Gabi y Andrea, malvendí el piso de Las Tablas, tomé un vuelo a Phoenix y allí me hice miembro de Mizar. Hubo algunas dificultades nuevas, algo que era de esperar. Para empezar, las temperaturas en el sudoeste americano sobrepasaban los cincuenta grados, lo que llevó al gobierno de Arizona a imponer un toque de queda diurno.

Tuve mi reunión con Darlene en horario de noche y con el aire acondicionado funcionando a toda máquina. Dadas las circunstancias,

me vi obligado a hacerle una nueva oferta. Dejaba todos mis ahorros a disposición de Mizar a cambio de que comprasen suficiente nitrógeno líquido como para mantenerme crionizado sin necesidad de mantenimiento durante el mayor tiempo posible. Tenía razones para presagiar que pronto no habría humanos para velar por mi cuerpo.

Debido a la crisis y a la falta de demanda, el precio del nitrógeno había descendido hasta niveles irrisorios, por lo que los ingresos resultantes de la venta del piso resultaron ser suficiente para un suministro de trescientos años, así como para la ampliación del espacio de almacenamiento y la implementación de un sistema que rellenase los tanques de nitrógeno de manera automática cada vez que estos bajasen hasta el 90% de su capacidad.

Tatuaje, globo, pistola. Despertarme aquí.

Si no sabes si estás soñando, probablemente lo estés. Yo no dudo de estar despierto, y ni siquiera mi extraña indumentaria me hace replanteármelo.

Llevo unas sandalias de cuero, sujetas con una serie de bandas hasta la mitad del gemelo. Mi torso está envuelto en una túnica dorada, de tela suave y brillante, que cae hasta las rodillas y va cerrada por un cinto negro. Un manto doble de lana púrpura, sujeto con un broche de oro, cubre mis hombros y mi espalda. En él hay una imagen bordada en hilo dorado: un perro que sujeta a un cervatillo entre las patas delanteras y lo mira jadear en el suelo.

Es una moda curiosa, pero no se puede negar su comodidad.

Al asomarme bajo la túnica y examinarme el pecho, veo que no tengo la cicatriz de la perfusión de sangre. No es una buena señal. Tal vez sí sea un sueño. O, peor, quizá nunca llegué a morir. O a revivir.

Camino por el suelo de hierba salvaje al lado del patio de secado. La temperatura es agradable, nada que ver con el infierno del que vengo. Hará unos veinticinco grados y sopla una suave brisa húmeda que arrastra bocanadas de aire con aroma a café y resina. Llego a la cabaña grande y me asomo por una puerta sin hoja. Mis sospechas quedan confirmadas: se trata de una plantación.

En el suelo, junto a la entrada, hay unos diez canastos con semillas naturales que no pueden haber sido recolectadas hace mucho, o de lo

contrario ya habrían fermentado. A su lado hay una despulpadora y un tanque de hormigón lleno de agua y granos de café, lo cual confirma mi sospecha: la granja está en pleno funcionamiento. Tras el tanque descansa una trilladora y, al fondo, cuatro tostadoras cilíndricas de metal, una por cada grado de tueste.

Me acerco a una de ellas, recojo un puñado de semillas y me las acerco a la nariz.

En cuanto aquel aroma caramelizado invade mis sentidos, ocurre algo extraordinario.

Tres recuerdos afloran a mi mente con una claridad inusitada, como si los viviera aquí y ahora, de manera simultánea. Y los tres me transmiten una felicidad inesperada. De alguna manera, consiguen que me haga sentir en paz conmigo mismo.

Un desayuno en un bar desierto tras una noche de potes junto a Íñigo, frente a la catedral de Vitoria. Un atardecer en Bali, tumbado en una hamaca con Andrea y sorbiendo una taza de Kopi Luwak. La cafetería del colegio de Gabi, que acude a su primer entrenamiento de fútbol bajo mi mirada atenta.

¿Tal vez haya muerto y esto sea el paraíso?

No. Dudo merecerlo.

Al no encontrar señales de vida, abandono la granja por otra puerta. La primera cabaña, la de menor tamaño, ahora está abierta. Me encamino hacia ella a paso lento, entre tímidos «¿hay alguien ahí?» que se pierden entre los gritos de los monos.

Tampoco hay nadie dentro. Tendrá el tamaño de media pista de pádel y su único mobiliario, aparte de unas cortinas translúcidas que ondean junto a tres ventanas abiertas, es una mesa en el medio. Alta, redonda, de superficie giratoria. Sobre ella reposan ocho tazas, divididas en dos sets de degustación de cuatro tazas cada uno. Y dos taburetes, uno junto a cada set.

Al acercarme, veo que las tazas están llenas. Todavía humean.

—Esto no es un sueño, Miguel —dice una voz a mis espaldas, produciéndome un sobresalto.

Me vuelvo, y lo que ven mis ojos a la entrada de la choza hace que dude de mi salud mental.

Es Keanu Reeves. Sobre un imponente caballo negro.

Se baja de un salto y le da dos palmaditas en el lomo. El animal se aleja trotando.

—En realidad, no soy Keanu —dice mientras entra en la cabaña—. Mi nombre es John Wick.

Su traje oscuro, pelo largo y barba descuidada lo confirman. También su mirada intensa y el hecho de que empuña una Glock 26.

Antes de que pueda reaccionar, me apunta con ella.

—Mataste a mi perro y robaste mi coche. Prepárate para morir.

Mi gesto, entre desconcertado y aterrado, parece hacerle gracia. Suelta una carcajada.

—Es broma, hombre. Solo estoy aquí para ayudarte. Vamos a tomarnos unos cafés y nos ponemos al día, ¿qué te parece?

Acompaña su pregunta señalando los taburetes con un gesto amistoso.

Todavía pálido, le hago caso.

—¿Dónde estoy? —pregunto en cuanto mi culo toca el asiento.

—Es una primera pregunta razonable —dice, pero no la contesta. En su lugar, apunta a la primera taza con la Glock—. ¿Qué tal si pruebas el tueste claro? Creo que necesitas tener la mente despejada para esta conversación.

Doy un primer sorbo bastante acelerado, vuelvo a colocar la taza en su sitio y me quedo en silencio, contemplándole con la expresión que uno usa cuando necesita algo, pero no se atreve a insistir porque el otro tiene una pistola y fama más bien de huraño.

—¿Y bien? —pregunta él.

—Demasiado cítrico para mí, pero se nota que es bueno. ¿Dónde estoy?

—Eso es solo por el miedo. Este café está programado para fascinarte. Claro, que primero te tienes que relajar.

—A lo mejor si dejaras el arma sobre la mesa…

—Oh, claro. ¡Qué estúpido!

Lanza la Glock al suelo, lejos. El impacto produce un eco metálico al chocar con el suelo y la pistola resbala hasta toparse con la pared de caña brava.

John Wick, sin perder su sonrisa, se vuelve hacia mí.

—Dónde estás, querías saber. Hmmm. Eso depende de a qué parte de ti te refieras.

—No entiendo.

—¿Hablas de tu cuerpo o de tu mente?

—¿Qué tal ambos?

—De acuerdo, aunque la primera respuesta no te va a gustar. Y tampoco te va a servir de mucho. Tu cuerpo, o lo que queda de él, está en un laboratorio a cincuenta metros bajo la superficie de la Tierra. En concreto, bajo la zona que tú y los tuyos conocíais como Yellowstone.

—¿Y por qué no tenemos esta conversación allí?

—¿Tanto te disgusta el café?

—No, el café está bien —repito, pero el siguiente trago se lo doy a la segunda taza. Más equilibrada. Tersa y floral—. Solo que… te ahorraría unas cuantas preguntas.

—Me alegro de que el tueste medio te guste más —responde—. Y no te preocupes por las preguntas, Miguel. Estoy aquí para contestar tantas como te surjan. Por desgracia, reunirnos en el espaciotiempo sería peligroso para ti. Tu cuerpo ya no está preparado para los virus y bacterias que habitan fuera de tu cubículo esterilizado, morirías en un santiamén. Además, mi aspecto impresiona mucho más aquí. Ya sabes, si puedes ser John Wick, sé John Wick. A no ser que puedas ser Ulises, claro.

Bajo la vista hacia mi indumentaria y de repente lo comprendo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Estamos en Hedonet?

—No sé qué es Hedonet.

Claro. Estoy en otro universo. Uno que yo me he ocupado de arruinar.

—Esto es un entorno virtual al que llamamos *nube* —aclara—. La hemos construido a partir de tus recuerdos más felices para hacerte sentir a gusto. Espero que te resulte acogedora.

Okey, una simple simulación. Esto me tranquiliza.

—¿Quién eres?

—Eso no importa, por ahora. Para ti, soy John Wick. Aunque

puedes llamarme Johnny. Te resultará más cómodo.

Muy bien, lo que Johnny diga. Solo espero que con mi siguiente duda sea menos críptico.

—¿En qué año estamos?

Me dedica una sonrisa triunfal y me señala con un dedo, como si hubiera apostado que esta sería mi siguiente cuestión.

—¿Cuál sería tu respuesta si una polilla te preguntara en qué segundo estamos?

—Sería difícil, ya que nuestra percepción del tiempo es distinta.

Suelta una carcajada.

—¿Y qué te parecería disfrazarte de otra polilla que le resulte familiar, llevarla a su lugar ideal y tratar de responder su pregunta en su propio idioma?

—Entiendo. ¿Significa eso que puedes contestarme?

—No, Miguel. Eso implicaría que no solo debo hablar tu idioma, sino también entender tu manera de percibir el universo. Tendría que confinarme en la parte temporal, verla como un ente uniforme e independiente y olvidarme de su carácter maleable, de su entrelazamiento con el resto de las dimensiones.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—Eso es más fácil de explicar. Hemos descargado tu consciencia en esta nube pasajera.

Tardo unos segundos en asimilar el alcance de sus palabras.

—Espera… ¿qué quieres decir con «descargado mi consciencia»? ¿Este no soy yo?

Johnny deja escapar una risa condescendiente.

—Define *yo*.

—Pensé que estabas aquí para darme respuestas.

—Antes debes aprender a hacer las preguntas correctas.

Reflexiono unos instantes. Vuelvo a observar mi cuerpo. Las tres rayas que cruzan las palmas rosadas de mis manos, el contacto de mis uñas al rascarme el lateral de la cabeza, el crujido de los nudillos al doblar los dedos gordos de los pies, el chirrido de las bandas de cuero al hacerlo. Pienso en mi infancia. En la gente a quien quiero. En el día en que Íñigo le robó la moto al cura de Bernedo, en la tarde de junio

en que Andrea decidió que yo era más que un amigo, en la primera vez que Gabi se durmió en mis brazos en el hospital de La Paz. Con café o sin él, tengo recuerdos.

He vivido, luego existo.

Aunque con algunos matices, me temo.

—Dices que habéis *descargado* mi consciencia. Eso significa que ahora existo tanto dentro de mi cerebro como en este… entorno. ¿Cierto?

—Vas por el buen camino.

—¿Quién es el verdadero?

—Pregunta incoherente. Cada uno es verdadero a su manera.

—¿Qué pasará con ambos?

—Eso te corresponde a ti elegirlo.

—¿Quieres decir que yo tengo el poder de decidir qué sucederá con mi cuerpo físico?

—Exacto. Tú eliges si vive o si debe extinguirse.

—¿Por qué querría asesinarme a mí mismo?

—Por la misma razón por la que tus padres decidieron que le había llegado la hora a tu gato Lucas.

Me quedo un rato callado, tratando de asimilar la información.

—No puedo tomar la decisión sin haberme visto.

—Te podría enviar allí un momento para que lo compruebes por ti mismo. Eso sí, te aviso de que no es un plato de buen gusto.

—Sobreviviré.

Johnny se encoge de hombros, y yo desaparezco de la granja de café.

Ahora estoy tumbado en un colchón duro sobre el suelo, en una estancia abovedada que más bien parece un estrecho túnel excavado en la roca. Hace un calor insoportable y tengo una migraña terrible, de esas que hacen que abrir los ojos te produzca un dolor punzante en la sien, aunque la única fuente de luz provenga de una pequeña vela artificial.

El esfuerzo que debo hacer para incorporarme me deja sin aliento. Lo que veo, también.

Aquel demacrado esqueleto recubierto de piel pálida, rasgada por

una alargada cicatriz violácea donde antes había un pezón, es mi cuerpo desnudo. Tres tubos salen de él y se introducen en un único agujero en la pared, sellado con algo que parece silicona. El primero parte de una máscara de plástico que cubre nariz y boca. El segundo está conectado a una inyección intravenosa en el brazo. El último es un colector urinario. Todo parece haber sido preparado para que nadie deba entrar aquí a traer una bandeja de comida o a colocar una cuña entre mis piernas.

No tengo fuerzas para seguir con el cuello erguido. Vuelvo a tumbarme y siento un pinchazo en la parte posterior de la cabeza al apoyarla en la almohada. Llagas.

—Sácame de aquí, Johnny —digo en voz alta, aunque «decir» es una exageración. Mi voz es apenas una débil exhalación de aire que mis cuerdas vocales no consiguen modular.

No ocurre nada.

—Johnny —repito, jadeando por el esfuerzo—. Quiero volver.

Pero Johnny no me devuelve a la plantación de café. En su lugar, permanezco sobre el colchón con la única compañía de un silencio sepulcral. Pasan los segundos, luego los minutos. Creo que después vienen las horas, y tal vez lo siguiente sean años. No lo sé.

Solo sé que la migraña no desaparece. Me amartilla el cerebro como si cada neurona fuese una muela del juicio infectada y me produce unas náuseas de las que nunca me puedo deshacer al ser incapaz de vomitar. Descubro nuevos dolores en diversas partes de mi cuerpo. Unos dedos que no se flexionan, unas rodillas que parecen querer escapar de mis piernas, un escozor lacerante allá donde una bala destrozó mi corazón.

A veces me invade un letargo liberador, pero el dolor me impide rendirme ante él. En ocasiones el cansancio resulta apabullante y entro en un estado similar al sueño, solo para despertar entre pesadillas poco después y comprobar exasperado que la migraña no solo no ha desaparecido, sino que ha vuelto con refuerzos. Intento gritar, pero de mi boca solo sale un aire pútrido que invade el interior de la mascarilla de plástico. Más náuseas vacías.

«Devuélveme a la puta nube, Johnny. O mátame. Hagas lo que

hagas, no me dejes aquí ni un minuto más».

Confiar en que oirá mis pensamientos es inútil. Johnny no me rescata.

El tiempo pasa sin tener manera de medirlo. Años, décadas, qué más da.

Y, de repente y sin previo aviso, todo acaba.

Vuelvo a la plantación.

Al mismo taburete sobre el que estaba sentado antes de abandonarla. Johnny sigue ahí también. De algún modo, ahora tengo la sensación de que solo han pasado unos segundos.

—¿Qué te ha parecido?

Bajo la cabeza y cojo aire. Me miro la palma de la mano. Sigue tan rosadita y rechoncha como antes, con sus tres rayitas cruzándose en el mismo punto.

Contraigo el gesto, pero me recompongo enseguida. No sería justo derramar ni una lágrima por mí. No después de todo lo que he pasado. De todo lo que he perdido. De todo el daño que he causado.

—Mátame, Johnny.

—Sabia decisión —contesta, apoyando la mano sobre mi hombro—. Anímate, hombre. Todavía no has probado el tueste medio-oscuro.

Le hago caso y, tras remover tres veces e inspirar, doy un sorbo a la tercera taza, que todavía está caliente. Apenas se nota la acidez, tiene una textura tan acogedora que casi parece espuma y su aroma desprende notas dulces de mantequilla.

—Mucho mejor —confirmo, sin conseguir fingir la fortaleza que pretendía. Mi voz suena lánguida, abatida.

—Pues espera a probar el último —afirma él— Pero todo a su tiempo. Ahora quieres saber cómo llegaste hasta esa celda.

No es una pregunta. Johnny parece saber lo que pasa por mi cabeza. Y algo me dice que mi muerte —o la muerte de mi cuerpo— no tiene por qué ser el final. Al fin y al cabo, aquí estoy, teniendo estos pensamientos.

—Fuiste la última persona de la Superficie en ser crionizada —continúa—. La vida allí desapareció al poco tiempo.

—¿Por la ola de calor?

—No. Aquello solo fue un síntoma de algo de mayor relevancia. La extinción del Sol.

—¿Fue esa la razón de que aumentara su luminosidad? ¿Se estaba muriendo?

—Puedes llamarlo así. A medida que su hidrógeno se iba convirtiendo en helio, la estrella producía menos energía con la que contrarrestar su propia gravedad. La presión aumentó y causó un incremento en temperatura y brillo. El hidrógeno se agotó por completo en lo que vosotros llamáis el año 2053. Para entonces, las temperaturas habían acabado con todos los humanos y con la mayoría de las criaturas que poblaban la Superficie. Por suerte, algunos consiguieron construir refugios subterráneos en tres partes del mundo. Los nombres de aquellos lugares en ese momento eran Yellowstone, Hellisheidi y Darajat, y fueron elegidos por su fácil acceso a energía geotérmica.

—¿Cómo acabé yo en uno de ellos?

—Uno de los miembros más ricos de Mizar pagó una millonada para transportar todas las instalaciones de Scottsdale al refugio de Yellowstone para que su familia pudiera ser crionizada al morir, y accedió a transportar también a los pacientes crionizados. Eso fue solo dos meses tras tu muerte, así que te salvaste por muy poco, amigo.

Asiento despacio, pensando en todas las veces que debería haber muerto —o no haber sido reanimado— en tres universos distintos. ¿Por qué no ha sucedido?

—No todas las preguntas tienen respuesta —dice Johnny.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—Recuerda que mi imagen viene de ellos —contesta riéndose—. Siguiente pregunta.

—¿Eres un programa informático?

—No. Soy un descendiente de tu raza, digamos que de una manera similar a tu procedencia de los australopitecos. Excepto que, en vuestro caso, ambos erais orgánicos. Este es un salto mayor.

—¿Ya no existen los seres orgánicos?

—Se extinguieron hace tres minutos y medio.

Palidezco.

—Sí, Miguel. Fue en el instante en que diste la orden de extinguir tu cuerpo. Tú eras el último que quedaba.

«Ahí va la hostia». No sé qué pensar. Ante la duda, mi mente decide recuperar una de las reflexiones de mi hermano. «Cuando el mundo acabe, los últimos en morir no serán los tardígrados. Serán los vascos». No iba desencaminado.

—Me alegra que te lo tomes con humor —dice Johnny, aunque yo no creo que humor sea la palabra adecuada—. En realidad, no tiene tanta importancia. Igual que tu consciencia sigue existiendo, también existe la de muchos otros. Solo son los cuerpos los que han desaparecido.

—¿Y mi alma?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Existe? ¿Dónde ha ido a parar?

—Lo que tu civilización llamaba alma no es más que un repositorio de experiencias vitales de cada una de tus versiones en los distintos universos. Es estúpido pensar que la muerte de una versión le afectará.

Y así, sin más, como quien comenta que al café le falta cuerpo, Johnny me acaba de revelar uno de los grandes misterios de la humanidad.

—¿Un repositorio? ¿Para qué?

—No lo sabemos, Miguel. ¿Quizá el aprendizaje sea parte del camino hacia la salvación? Si seguimos por aquí acabaremos con más preguntas que respuestas. Lo único que parece obvio es que la muerte no es tan relevante como parece, que solo es un paso más en un viaje cuyo destino no alcanzamos a entender.

—Cuéntame más sobre tu raza —le pido, apurando la tercera taza de café—. ¿Tenéis apariencia humana?

Johnny hace un gesto de aprobación, como si esta vez hubiera hecho la pregunta correcta.

—Nuestra apariencia depende del entorno. Dentro de una nube, como ahora, podemos adquirir la que deseemos. En el espaciotiempo, sin embargo, hemos de cargar nuestra consciencia en la herramienta que deseemos usar. Por ejemplo, si necesitamos construir una nueva sala subterránea de almacenamiento, uno de nosotros se transferirá a

la máquina tuneladora para excavar el agujero.

—¿Cómo os llamáis a vosotros mismos? ¿Posthumanos?

—Nuestro nombre no puede ser pronunciado por estas cuerdas vocales, ni tampoco tiene traducción en tu idioma. «Yo», aunque todavía es útil para referirse a un individuo material, denota una singularidad que no nos define. «Nosotros» es más acertado en términos físicos, pero tampoco refleja la cohesión suficiente. Lo más parecido que se me ocurre es «Yosotros».

Carraspea y le da un sorbo al tueste medio-oscuro, poniéndose a la par conmigo. Ya solo nos queda probar el último.

—Hay algo que deberías saber —dice—. La Tierra también morirá, Miguel. En su proceso de extinción, el Sol se está convirtiendo en una estrella gigante roja. Ya se ha expandido hasta llegar a la órbita de Mercurio. Pronto alcanzará Venus, y la siguiente en ser absorbida será la Tierra.

—¿Cuánto tiempo queda?

—La litosfera se derretirá poco a poco durante los próximos cinco siglos, destruyendo los servidores que guardan *yuestras* consciencias y las herramientas que *yos* dan presencia física.

—¿Y tenéis alguna solución?

—No es fácil. Requiere un esfuerzo conjunto, una coordinación que no teníamos cuando éramos simples humanos. Esa es la razón por la que hemos evolucionado. Nuestra sociedad está basada en la lucha por la supervivencia, diseñada en torno al único objetivo de abandonar este planeta cuanto antes.

—¿Y no deberías estar trabajando en ello, en lugar de perder el tiempo conmigo?

—Si así ha sido decidido por Yosotros, no me corresponde a mí cuestionar la misión. Mañana tal vez me toque limpiar los conductos de ventilación, ponerle un parche a alguna nube, extraer metales en las minas de la astenosfera o supervisar la cadena de producción de naves espaciotemporales.

—¿Hay alguna tarea para la cual no hayas sido formado?

—No. Somos Yosotros, y a la vez soy *yu* herramienta. Disculpa la imprecisión lingüística, pero no encuentro mejor modo de expresarlo.

—Creo que te entiendo. Todos compartís el conocimiento.

—Compartimos mucho más, pero tienes razón.

Se me ocurren tantas preguntas que no sé por dónde continuar. Me detengo un momento a priorizarlas, y decido que sería importante saber si todo esto encierra algún tipo de trampa para mí.

—No estoy seguro de entender algo, Johnny. Según me cuentas, me habéis resucitado de entre los muertos para darme una vida nueva, inorgánica e inmortal, y todo sin pedir nada a cambio. ¿Me equivoco en algo?

—Sé lo que estás pensando, Miguel. Es natural que los humanos desconfíen. Solo es parte de vuestro proceso evolutivo, consecuencia de estar encerrado en una carcasa con fecha de caducidad. Pronto aprenderás que con Yosotros se impone el pragmatismo. Aquí no hay tribus enfrentadas unas a otras, miembros obsesionados con destacar o individuos que busquen culpables en la sociedad. Yosotros no yos mentimos a Yosotros mismos, no yos autolesionamos y no necesitamos confiar en un sistema de reglas externo para funcionar. Yosotros, simplemente, pensamos y actuamos.

—Y supongo que un miembro más os hace más fuertes.

—Puede. Será tu decisión. Yosotros no te exigiremos nada. Y es probable que, aunque decidas unirte, el esfuerzo que lleve formarte no lo compense. Sería bastante más fácil para Yosotros extinguirte.

—¿Y por qué no lo hacéis?

La sonrisa en el rostro de Johnny refleja ternura. Compasión, incluso.

—Si fuéramos una IA programada solo para sobrevivir, ni siquiera habrías vivido para hacer esta pregunta. Y, si pensáramos como humanos, la decisión sobre qué hacer contigo, el último ejemplar de tu especie, habría causado una fuerte división de opiniones. Yosotros sabemos que un acto caritativo es siempre la respuesta adecuada. Recuerda, nuestra alma permanecerá tras la muerte y evolucionará de acuerdo con nuestras acciones.

No replico. Hay cosas que uno no le discute a quien le saca milenios de evolución. Sobre todo cuando arrojan esperanza.

—Me alegra que lo entiendas —dice Johnny—. Siguiente pregunta,

por favor.

—¿Dónde está el baño?

Johnny me mira con escepticismo.

—Es broma —aclaro—. Sé que las consciencias no mean.

Sigue sin esbozar una sonrisa.

—Y Yosotros sabemos que pretendes usar el humor como medio para relajarte, para transmitirte a ti mismo que esta es una situación normal y que no debes estar a la defensiva. Sin embargo, debes saber que Yosotros no necesitamos el humor. Pronto te acostumbrarás.

—¿Y la broma del perro que me gastaste antes?

—Parte del disfraz. Te vino bien para tranquilizarte y confiar en mí. Pero, ahora que los humanos ya no existen, no hay razón alguna para recurrir al humor.

—Suena divertido.

—El sarcasmo también está erradicado —replica, levantando una ceja—. ¿No tienes más dudas?

Me tomo unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—Antes dijiste que vuestro objetivo es salir de la Tierra —digo al fin—. ¿Cómo pensáis hacerlo y dónde pensáis ir?

—Buena pregunta —dice, reincorporándose y colocando las manos alrededor de una de las tazas, como si necesitara calentarse—. En realidad, ya estamos abandonando el planeta. Construimos naves a partir de los materiales que extraemos de la astenosfera y enviamos una cada día a la Superficie para que despegue.

—¿Desde hace cuánto?

Reflexiona un instante, como cada vez que le hago alguna pregunta relacionada con el tiempo.

—Doscientos trece años, cinco meses y diecisiete días.

—Eso son muchas naves.

—Setenta y siete mil novecientas doce.

—Hay algo que no entiendo.

—Lo sé. Te preguntas por qué no mandamos a todos a la vez en una nave.

—Eso es. Vuestra consciencia apenas ocupa espacio, ¿no es así?

—Exacto. Sería posible. Y mucho más cómodo, además. No te haces

una idea del trabajo que cuesta encontrar materiales que aguanten tanto las temperaturas abrasadoras de la Superficie como el frío del exterior.

—¿Cuál es la razón, entonces?

—No conviene enviar más de una consciencia por nave a yuestro destino. Te contaré la razón, pero primero te conviene saber a dónde yos dirigimos.

«Lo que tú digas, Johnny».

—El sistema solar no es el único que va a desaparecer, Miguel.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que ha ocurrido con el Sol es un fenómeno universal. Todas las estrellas se están extinguiendo a una velocidad inusitada y, en solo unos milenios más, no habrá ninguna. Nuestro universo se muere.

—Eso es imposible —replico, no demasiado convencido—. Se supone que el universo debía existir durante miles de millones de años más.

—Y tienes razón. Así debería haber sido. Pero el proceso, de repente, se aceleró. Las estrellas comenzaron a fusionar hidrógeno mucho más rápido, y las nebulosas dejaron de crear nuevos astros. Todo lo que creíamos saber sobre las leyes de la física en aquel momento quedó obsoleto, y yos vimos resignados ante el hecho de que íbamos a morir.

No se me olvida el hecho de que este proceso empezó el día en que llegué a este universo. Me pregunto si Yosotros lo saben.

—¿Habéis conseguido averiguar por qué está ocurriendo esto?

—Hemos hecho algunos descubrimientos que yos han permitido teorizar sobre ello.

Me revuelvo sobre el taburete, incómodo. Él parece ignorar mi nerviosismo y continúa.

—Que seamos inorgánicos no significa que no necesitemos energía para sobrevivir. Yuestra principal fuente ahora mismo es la geotérmica, pero no durará para siempre. Debemos encontrar la manera de salir de aquí, y por eso decidimos investigar los agujeros negros.

Me recuerdo a mí mismo que, en este universo, la sociedad de los

posthumanos de Fyodor y Qian no ha existido nunca. ¿Llegaron Yosotros a descubrir lo mismo dentro de los agujeros negros?

—Pongámoslo así. ¿Sabes cómo funciona una central hidroeléctrica?

Su pregunta me pilla desprevenido.

—Bueno… hay una presa, y un río, y…

—No te esfuerces, Miguel —me interrumpe. Mi intento parece hacerle gracia—. Solo preguntaba por seguir las costumbres conversacionales de tu época. En realidad, sé que no tienes ni idea.

Me encojo de hombros. Mi empresa no me pagaba por saber esas cosas.

—La fuerza del agua al pasar por la presa hace girar una turbina, que transmite la energía mecánica a un generador para que la transforme en energía eléctrica.

—Eso quería decir.

—Ahora imagina que dentro de un agujero negro también hay una turbina y un generador. Este universo es el embalse, y el universo al otro lado es el río.

—¿Quieres decir que el propósito de un agujero negro es generar energía?

—Exacto. No sabes mucho, pero aprendes rápido.

—¿Energía para qué?

—Ay, amigo. Ojalá lo supiéramos. Aunque te parezcamos muy avanzados, todavía hay misterios por resolver en el universo. Y, sobre todo, fuera de él.

—¿Y qué tiene que ver la función de un agujero negro con la muerte del universo?

—Como sabes, existe una cantidad inconmensurable de agujeros negros. Y, por cada uno de ellos, hay un universo al otro lado. Además, esos universos también están conectados entre sí, formando una red que denominamos multiverso.

—Entiendo.

—No sabemos quién es el regidor de ese multiverso, si es que siquiera hay uno. Pero lo que sí intuimos es que, quienquiera que sea esa entidad, su objetivo es la obtención de energía.

—¿Cómo lo sabéis?

—En todos los universos hay zonas donde la entropía parece haber avanzado más rápido. Ya sabes, partes del espaciotiempo en las que el estado de la materia puede alcanzar más combinaciones que en otras.

Asiento, recordando la explicación de Li Qian.

—Los agujeros negros están estratégicamente colocados de manera que aprovechen al máximo el diferencial de entropía entre ambos lados del horizonte de sucesos. La zona de origen, en el universo A, siempre muestra una entropía mucho mayor que la zona de destino, en el universo B. El agujero absorbe la materia del primero para dárselo al segundo, y así genera energía en el proceso.

—Entonces, según tu analogía… ¿la entropía sería el agua del río?

—No de forma directa. *La materia* sería en realidad el agua. La entropía solo es un indicador del estado de esa materia.

—De acuerdo. Pero sigo sin entender por qué el universo se muere.

—Como te decía, la prioridad de la entidad regidora del multiverso es la optimización energética. Lo ha diseñado de modo que cada conexión entre universos produzca la mayor cantidad de energía posible. Y eso no solo afecta a la posición de los agujeros negros, sino también a los eventos que tienen lugar en cada universo.

Apoyo los codos en la mesa y la barbilla sobre las manos, como si todas estas ideas hicieran que mi cabeza pesara demasiado.

—Todos los universos son iguales, Miguel. Empiezan con el Big Bang y con la inflación cósmica, y pasan por una especie de infancia en la que no hay materia y toda la energía se encuentra en forma de radiación. A medida que se expanden, comienzan a aparecer protones, neutrones y todas las partículas que luego constituirán los átomos y, por tanto, la materia. Es como si en ese momento llegaran a la vida adulta. Ya son capaces de formar estrellas y galaxias, y están preparados para albergar agujeros negros y ser productivos. Durante el resto de su vida, intercambiarán materia con otros universos para producir energía, hasta que envejezcan y comiencen a contraerse. Sus agujeros negros y estrellas morirán y, al final, el universo se extinguirá.

—¿Es eso lo que le está ocurriendo a este universo?

—Eso parece. A pesar de ser un ejemplar joven, actúa como si estuviese moribundo. Como si una enfermedad terminal le estuviese fulminando a una velocidad que nunca creíamos posible. Y creemos saber cuál fue la causa.

Intento sostener su mirada y coloco las manos bajo la mesa para que no detecte cómo me tiemblan.

—Ah, ¿sí?

—Creemos que fue un viaje en el tiempo.

Permanezco callado. Aunque quisiera hablar, se me ha secado la garganta.

—Alguien de otro universo viajó al yuestro. La teoría más extendida es que fue alguien que buscaba cambiar el pasado. Y vaya si lo consiguió.

—¿Cómo puede un viaje en el tiempo ocasionar tal catástrofe?

—Los universos son iguales por una razón. Los sucesos en cada uno de ellos están diseñados para optimizar la energía obtenida durante su ciclo de vida. Existe una fuerza, algo a lo que tu civilización llamaba determinismo, que se ocupa de que los eventos ocurran de tal manera y no de otra, que no se desvíen demasiado del diseño universal. Sin embargo, no es una fuerza infalible, y a veces factores externos provocan que el universo descarrile.

—¿Y un viajero en el tiempo es uno de esos factores?

—Eso creemos. Por eso, cuando yuestras naves parten de la Tierra hacia un agujero negro para escapar de este universo, su tripulante tiene instrucciones precisas para no cambiar nada en el universo de destino, si es que se le presenta la oportunidad.

—¿Y es esa la razón por la que solo mandáis a un individuo?

—Correcto. Morimos poco a poco, pero yos aseguramos de que el universo de destino está a salvo. Y una parte de Yosotros, por muy débil e insignificante que resulte por sí misma, sobrevive en él.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué ha de morir un universo que se desvía de su rumbo establecido?

—No tenemos la respuesta a tal pregunta, solo creemos que al regidor no le interesa mantener un universo que funciona a medio gas. Suponemos que es más eficiente extinguirlo cuanto antes y

reemplazarlo por uno sano.

Siento que palidezco. De repente, soy consciente del alcance de mis acciones.

—Una cosa más, Johnny…

—¿Sí?

—¿Sabéis quien fue aquel viajero en el tiempo?

—No.

Cojo aire, aprieto la mesa con las yemas de los dedos y levanto mi mirada hacia él.

—En ese caso, hay algo que debo confesarte. Fui yo, Johnny.

—Lo sabemos.

El corazón empieza a latirme con tanta fuerza que temo que lo oiga. De repente, me sudan las manos.

—¿Por qué antes dijiste que no?

—Considéralo una prueba. Ahora también sabemos que podemos confiar en ti.

—¿Y quién te dice que mi confesión se debe a que sé que puedes leer mis pensamientos, y no a mi genuina sinceridad?

—¿Acaso hay diferencia, cuando tu consciencia está unida a la de otros? Amigo, que esto te sirva para entender cómo funcionamos. Con Yosotros no hay lugar para las mentiras o las malas intenciones.

Bajo la vista. Sé que es un gesto ridículo para él, que en su mundo los sentimientos de vergüenza tampoco existen, pero no puedo evitarlo. Al fin y al cabo, todavía no soy parte de su civilización.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Pensabas que así salvarías a tu hijo. Para los estándares humanos, es una misión loable.

—Entonces, ¿no me guardáis rencor?

—En el universo no hay cosas, Miguel, sino eventos, y todos los eventos se acaban. No hay libro sin capítulo final, humano sin último aliento o taza de café sin un último sorbo. Yosotros moriremos algún día también, pero sabemos que nuestra alma proseguirá su viaje y que el rencor no le servirá de nada. Por cierto, hablando de café, te falta probar el tueste oscuro. Yuestra obra maestra.

Cojo la taza y me la llevo a los labios, pero me detengo antes de probarla.

—Espera —musito, pensativo—. Ahora que no hay secretos entre nosotros, a ver si me puedes explicar algo. He estado en dos universos diferentes y he hecho cambios en ambos. El primero se corrigió a sí mismo pese a que llegué hasta el punto de evitar que una persona existiera. Por el contrario, en el segundo, salvar a mi hijo fue suficiente para desencadenar el caos. ¿Se debe a que hay diferentes niveles de determinismo en cada universo?

Johnny, por primera vez en nuestra conversación, duda antes de contestarme. Apoya los brazos en la mesa, respira hondo y fija su mirada en mí. Creo detectar en ella un toque de compasión que no me gusta nada.

—Siento decepcionarte —responde—. Pero cuando el multiverso establece que un evento es relevante, es imposible desviarse de él. Tal vez la existencia de Gabi desate una cadena de eventos que a la larga reducen la producción de energía, mientras que tu hija tiene una repercusión insignificante y por eso da igual que exista o no.

Sus palabras flotan en aquel aire húmedo durante unos instantes, esperando a que yo las asimile. No sé si quiero hacerlo. ¿Para qué, si solo servirán para hundirme? ¿Sería capaz de aceptar que vivo en un callejón sin salida? ¿Podría pasar de página? ¿Acaso existe una siguiente página? Y si existe, ¿cómo sabré lo que escribir en ella?

—Tus reflexiones son duras, Miguel, pero sensatas. Al final, todo se reduce a una elección.

—Ojalá fuera tan sencillo. ¿Cómo puedo elegir, si ni siquiera conozco las opciones?

—La satisfacción es inversamente proporcional al número de opciones disponibles. —Me dirige una cálida sonrisa—. Por eso te voy a ofrecer solo dos alternativas.

Permanezco expectante, sosteniendo aún la taza de café entre mis manos.

—La primera es que lo vuelvas a intentar —dice.

—Espera… ¿quieres decir que podré viajar de nuevo a 2019? ¿A un cuarto universo?

—Por supuesto. Estamos incluso dispuestos a cederte uno de los próximos lanzamientos para que no debas esperar en un lugar tan

extraño para ti.

Tanta amabilidad me escama, por mucho cuento de la caridad, de la evolución del alma y demás pamplinas que Johnny me ha contado.

—A ver si lo entiendo… ¿Me mandaríais allí aun sabiendo que intentaré cambiar el pasado? ¿Con el riesgo que eso conlleva para el universo de destino y todos sus habitantes?

—Los humanos siempre le habéis tenido un miedo irracional a la muerte. Créeme, no es para tanto. Supongamos, por un momento, que yos equivocamos. Que el alma no existe y que, simplemente, desaparecemos. ¿Tan malo sería? Solo se trata de devolver a las estrellas el polvo que tomaste prestado. ¿Y no es cierto que ya estuviste muerto una vez, antes de nacer? Luego alcanzaste la consciencia y te diste cuenta de que vivías, ¿acaso piensas que la nada que precedió a ese momento fue desagradable?

—¿La nada? ¿Es eso lo que nos espera tras la muerte?

—He dicho *supongamos* que yos equivocamos. Pero, aunque para tu mente de humano suene arrogante, te aseguro que estamos en lo cierto. Te recomiendo que tengas fe, amigo.

—¿Fe? ¿En qué?

—En que nuestra existencia no es inútil, ni tampoco fruto de la casualidad. En que servimos a un propósito mayor que algún día entenderemos. En que tu unión con tus versiones de otros universos, junto a la existencia de aquel repositorio que las conecta y al que llamas alma, son pruebas irrefutables de que existimos por un motivo. No yos preguntes cuál. Tal vez estemos destinados a adquirir experiencias para convertirnos en los mismos dioses que nos gobiernan, ¿quién sabe? ¿Y qué más da? La incertidumbre también puede ser bella, amigo.

Ignoro si se debe a las palabras en sí o al hecho de que provengan de un ser de inteligencia superior, pero la idea, aunque extraña, me resulta tranquilizadora.

Johnny sonríe con ternura al saber que ha conseguido hacerme sentir mejor.

—Si piensas que eso es lo correcto, Yosotros te ayudaremos a reunirte de nuevo con Gabi. Buscaremos un universo con el nivel de

entropía necesario y te enviaremos otra vez a esa mañana de 2019 en una de nuestras naves. No te enterarás del viaje, simplemente despertarás allí.

Por mucho que Johnny suene sincero, desconfío. Cuando algo resulta demasiado fácil, es que hay gato encerrado.

—¿Dónde está la trampa?

—No la hay, Miguel. Lo que hay es una alternativa.

—Te escucho.

—¿Recuerdas lo que buscabas cuándo cogiste ese primer vuelo a Phoenix?

—¿Te refieres a ser crionizado?

—No. Mizar solo era un medio para un fin. Esperabas que el futuro pudiera ofrecerte una simulación informática donde te reunieras de nuevo con Gabi.

Abro mucho los ojos. He de dejar la taza de café sobre la mesa, aún sin probarla, para no derramar su contenido. La predicción computacional.

—¿Podéis hacerlo?

—Solo tienes que pedirlo y te conectaremos a una nube réplica de tu universo. Mismas leyes físicas, mismo nivel de determinismo. La única diferencia será que no habrá consecuencias cuando salves a Gabi. Te despertarás en tu piso de Madrid, también aquella mañana de 2019. Continuaréis vuestras vidas y tendréis una nueva oportunidad de ser felices.

Me quedo sin habla durante unos segundos. Reproduzco sus palabras en mi cabeza, buscando dónde está el engaño.

—Ya he pasado por este dilema antes —musito, más para mí mismo que para Johnny. Parece que fue hace milenios cuando, entre un mar de lágrimas en el oeste americano, me di cuenta de lo patético de mi plan—. Decidí que la idea de la simulación era egoísta y cobarde.

—¿Y sigues pensando lo mismo?

No es una pregunta estúpida. Mucho ha cambiado desde entonces.

—No lo sé —reconozco—. ¿Es más egoísta que poner en peligro toda forma de vida en el universo? ¿Más cobarde que escapar hacia otro mundo paralelo para evitar enfrentarme a la pérdida?

—Eso te corresponde a ti decidirlo. Si lo que buscas es valentía y bondad, busca dentro de ti mismo. Tu intuición te dará la respuesta.

Odio que contesten a mis preguntas con frases que podría haberme encontrado en una maldita galleta china, así que insisto, esta vez cambiando de perspectiva.

—Si la opción de una simulación perfecta existe… ¿por qué no vive tu gente en una?

Sonríe, enigmático.

—¿Por qué envidian los dioses a los hombres?

Empiezo a cansarme de sus evasivas y de sus interrogantes destinados a hacerme reflexionar. Ya no quiero pensar más, joder. Solo quiero que me diga qué he de hacer para recuperar a Gabi. Estoy a punto de protestar, pero entonces me doy cuenta del porqué de su pregunta.

«¿Por qué envidian los dioses a los hombres?»

No es la primera vez que la escucho. Aquellas palabras evocan una imagen de Íñigo. Veintidós años, plaza de Chueca, recién salidos de un acalorado debate en mi piso sobre las intenciones de Atenea al ayudar a Ulises. Litro de calimocho en mano; la mitad aún en el vaso de plástico, la otra mitad en su camiseta de Nirvana. Trata de impresionar a un hombre casado que le dobla la edad:

«Los dioses nos envidian, ¿sabes? Y no te creas esa patraña de que lo hacen porque somos mortales. Nos envidian porque somos capaces de tener miedo. Miedo al fracaso, a la decepción, a la pérdida, al dolor. A la muerte».

Y, ante la expresión desconcertada del interpelado, añade triunfante:

«Todo es más hermoso porque existe el miedo».

No hace falta que responda a Johnny. Él comparte mi recuerdo conmigo.

—Exacto —dice—. Hubo un tiempo en que las simulaciones de vidas perfectas tuvieron su éxito. A fin de cuentas, la verdad siempre le ha importado al ser humano bastante poco. Tribus, patriotas, nacionalistas, fanáticos… ¿alguna vez se libró tu mundo de ellos? Siempre preferisteis que el mundo se ajustara a vuestra conveniencia,

en lugar de vosotros a él. Un relato útil valía más que uno cierto, y las simulaciones no iban a ser una excepción. —Hace una pausa y se golpea el pecho con la mano—. Entonces yos unimos. Descubrimos la verdad. Nuestra existencia dejó de superarnos porque aceptamos que el miedo es necesario; que, sin él, la dicha nunca será completa. Y el miedo no existe si vives en una mentira.

Asiento con lentitud, abstraído.

—Yuestro buen amigo Miguel, es la hora de tomar una decisión.

Levanto la mirada hacia él.

—¿Qué elegirás? ¿Nave o nube?

Johnny tiene razón. Ha llegado la hora de poner fin a mi viaje. De dejar de ignorar las señales del universo y escuchar a la galleta china. No hay opción perfecta, pero sí hay opción correcta.

Sé cuál es. Siempre lo he sabido. El problema es que también es la más difícil.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Siento el abrazo cálido de una fragancia a chocolate y avellanas. Es la última taza de café.

La tomo entre las manos y la remuevo con suavidad. Me permito ahuyentar los pensamientos durante unos instantes para concentrarme en su sabor.

El tueste oscuro, sin azúcar, le sienta de fábula a esta semilla. Se trata, sin duda, del mejor café que he probado en mi vida. Tiene un balance perfecto entre amargura, acidez y cuerpo; deja notas avainilladas al pasar por la boca y su dulce aroma perdura en el aire incluso después de haber devuelto la taza a la mesa. Al chocolate y las avellanas los acompaña ahora un sutil toque a cereza y almendras.

Ahora entiendo a Helena, la hija mortal de Zeus, cuando quiso preparar una nueva bebida que robara las penas y desterrara el dolor. Este es el café que los dioses deseaban.

Y, sin embargo, soy incapaz de disfrutarlo.

«Tanto si vivimos como si morimos, que podamos hacerlo con los ojos abiertos».

Ulises, la Odisea, Canto XIII

Epílogo

Miércoles, 10 de abril de 2019

El primer ministro israelí, Ben…

Lo primero que hago es apagar la radio.

Lo segundo, abrazar fuerte a Andrea. Como le gusta a ella, desde su espalda, tumbados ambos de costado, nuestras piernas alineadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Le aparto los rizos, elogio su perfume, le beso la nuca. Continúo detrás de la oreja y por la línea de su mandíbula. Cuando mis labios se acercan a los suyos, se da la vuelta y trata de encaramarse sobre mi cuerpo, pero yo hago que ruede hacia el lado contrario y me coloco encima. Suelta una risita adormilada en señal de aprobación.

Alargo la mano para encender la luz de la mesilla de noche y me detengo unos instantes a contemplarla.

Nada ha cambiado. Su pelo suave y ondulado, las inocentes curvas de su nariz, la luna sobre sus cejas. Y aquellos ojos, del color del café tostado, que luchan por acostumbrarse a la claridad.

Y, sin embargo, todo ha cambiado.

Ahora entiendo la fuerza que lanzó mil naves y quemó las altivas torres de Troya.

—¿Estás bien? —pregunta, todavía un poco somnolienta.

—Eres preciosa —susurro—. Te quiero.

No le doy la oportunidad de responder, ni tampoco me quedo a esperar la expresión de sorpresa que aparecerá en su rostro. Antes de que eso ocurra, desvío su atención quitándome la camiseta. No necesito ningún recordatorio de que me he convertido en alguien cuya familia se extraña al oírle decir las dos palabras más importantes.

Ella, con suavidad, pasa los dedos por mi pecho, haciéndome cosquillas con las yemas. Baja hacia el abdomen y, al llegar a la goma del pantalón, desliza la mano por dentro. El tacto de su piel es cálido y suave, pero también transmite fuerza y determinación. Como todo en ella.

Me siento con las piernas cruzadas y se coloca sobre mí, rodeándome con las suyas. Se quita la camiseta, nos abrazamos con fuerza, nos besamos con la pasión de una vida anterior.

Esta vez tardo una milésima de segundo en despojarle de aquellos minúsculos *shorts* de tela de algodón. El interior de su muslo, cálido y palpitante, aún conserva el sugerente aroma de su gel de ducha. Su sabor tampoco se queda atrás, en especial su húmedo final. Podría afirmar que supera al mejor café que jamás haya degustado, y eso que el recuerdo es reciente.

Nuestros cuerpos desnudos se revuelcan con fruición hasta que la aprisiono bajo el mío. Abre las piernas, las enrosca sobre las mías. Nuestros ojos se encuentran un instante y los suyos, centelleantes, me piden que avance.

Los primeros compases son lentos, acompañados de tímidos gemidos y respiraciones profundas. Cierro los ojos y todo desaparece. Incluso su tacto, su aroma y su voz se sienten lejanos en comparación con la textura candente de su interior. Siento que podríamos perdernos en este ritmo y dejarnos llevar por él para siempre, olvidándonos de todo lo demás, alimentándonos solo de su placer. Sin embargo, nuestros cuerpos parecen tomar las riendas y ordenan que aumente la intensidad.

Obedecemos a nuestros instintos y damos la bienvenida al sudor, a los jadeos, al chirrido de los muelles de la cama. Nos entregamos a los últimos pasos de un baile desenfrenado en el que nuestros cuerpos encajan y se sincronizan, complementarios y simétricos, como dos líneas musicales en un canon de Bach.

Cuando todos nuestros músculos alcanzan la máxima tensión y la melodía se aproxima a su punto álgido, ella coloca las manos a ambos lados de mi cara y clava sus ojos en los míos. No me cuesta dejarme hipnotizar por ellos y, mientras ejecutamos las notas finales, nuestras miradas permanecen enlazadas, uniéndonos en un hilo invisible de vulnerabilidad.

Pese a lo intenso de la explosión final, no apartamos la vista, ni tampoco cerramos los ojos. Luchamos por terminar este viaje en compañía del alma que se esconde tras las pupilas del otro, una vieja

conocida que acabamos de acoger después de mucho tiempo dándole la espalda.

Mientras trato de recuperar el aliento, Andrea limpia el sudor de mi cara con la palma de la mano.

—No recuerdo la última vez que te vi llorar —susurra.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la humedad que resbala por mis mejillas no es sudor.

—¿Tan mal lo he hecho? —pregunta.

Solo acierto a contestar con una risa que suena más triste de lo que pretendía. Me hago a un lado, cojo un pañuelo de papel de la mesilla y me seco los ojos. Es un modo abrupto de terminar con la magia del momento, pero sé que Gabi aparecerá en breve.

Al volverme, ya recuperado, vuelvo a abrazarla.

—Sé que tienes una reunión urgente a las ocho y media. ¿Qué te parece si preparo el desayuno y visto a Gabi mientras te arreglas y miras tus emails?

—¿Te dará tiempo a estar listo para salir a las ocho?

—No te preocupes por mí hoy. Tu reunión es más importante, te pediré un taxi para asegurarnos de que llegas a tiempo.

A ella le parece perfecto y sella el trato con un beso prolongado en los labios. Se da la vuelta, coge su teléfono y se tumba bocarriba, pies bajo el Pollock, para revisar la bandeja de entrada. Aunque ya he vivido este instante otras veces, esta vez hay algo distinto. En ninguno de mis recuerdos Andrea sonreía bajo la luz del móvil.

Yo apago el mío, ignorando los emails pendientes pero no sin antes enviarle un mensaje a mi hermano. «Tú, mangarrán. El próximo finde libre que tengas, Odisea en Bernedo».

Oigo la bisagra de la habitación de Gabi.

Pasos acelerados. Entrada triunfal en nuestro dormitorio.

Diez goles. Gusanos. Willy Wonka.

Los primeros minutos de nuestro último reencuentro fue perfecto, así que no me cuesta ningún esfuerzo replicarlos. Hasta cierto punto.

—¿Qué te parece si hoy hacemos un desayuno especial, campeón?

Mi pregunta sustituye al «vístete ya, delincuente» del guion preestablecido, y tiene una recepción mucho más entusiasta.

—¡Sí! —grita Gabi— ¡Chocolate con salchichas de azúcar!

Andrea y yo nos miramos y sonreímos, como la primera vez que nuestro hijo llamó así a los churros. La dejo arreglándose frente al espejo de la habitación y me dirijo a la cocina con él.

Café Tambura, chocolate a la taza y macedonia de frutas. Aunque quizá este desayuno no esté a la altura de un día tan señalado, no hay mucho más donde elegir. Si hubiera una próxima vez, regresaría al pasado un día antes y haría la compra. Pero no la habrá.

Gabi me ayuda subiéndose a un taburete y fijando toda su atención en la olla con el chocolate durante varios minutos, hasta que la leche sube y él se encarga de hacérmelo saber. A mí y a toda la comunidad de vecinos.

Lo colocamos todo en una bandeja y salimos a la terraza. Tras echarle una manta por encima, activar el calefactor y ponerme unas gafas de sol, le pregunto:

—¿Has oído hablar de la Odisea?

Él, mojando un plátano en su chocolate, contesta que no y me pregunta de qué trata ese cuento.

—Imagínate a un papá que se encuentra muy lejos de su hijo y de la mamá y que, para volver a verlos, necesita recorrer medio mundo y vivir muchas aventuras. Debe luchar con gigantes, sobrevivir a terribles tormentas, escapar del mismísimo infierno o, lo peor de todo, resistir a los cantos de las sirenas. ¿Qué te parece?

—Cuéntamelo, papi.

Paso los siguientes minutos recordando las historias de Ulises, desde el canto uno al veinticuatro. Gabi escucha muy atento y con los ojos como platos cuando le hablo de la furia de Poseidón, de la cueva del cíclope o del rayo de Zeus. Adapto un poco la parte final, la de la venganza contra los pretendientes, y me limito a contarle cómo Ulises tuvo que disparar una flecha y hacerla pasar por los ojos de doce hachas en fila como prueba para poder reunirse de nuevo con su familia.

Aunque sea un pensamiento recurrente para mí, no entro en detalles sobre lo que creo que pasaría por la cabeza del rey de Ítaca durante los veinte años que estuvo separado de ellos. La soledad que

debió de experimentar mientras oteaba el horizonte desde las orillas de la isla de Ogigia, lo mucho que tuvo que extrañar su hogar y la manera en que, poco a poco, la obsesión se fue convirtiendo en necesidad.

Tampoco opino sobre la relación entre él y los suyos. Por mucho que el libro relate una profunda historia de amor entre él y Penélope, ¿pasaban esos dos por el mejor momento a la hora de su marcha? ¿Tal vez se habían distanciado, y luego Ulises, en la lejanía y demasiado tarde, se dio cuenta de que aún la quería?

¿Se arrepentiría también de haber abandonado a su hijo Telémaco, de no haber puesto más empeño en fingir su locura para eludir su partida a Troya?

¿Y qué pasa con el resto de su familia? ¿No tenía una hermana llamada Ctímene? Apenas la menciona en toda la historia, ¿lamentaría también haberla olvidado?

Me pregunto si mereció la pena. Si el héroe de la Odisea, tras enfrentarse a mil peligros, se sintió fortalecido, transformado. ¿Llegó a entender el mundo en que vivía? ¿Alcanzó a conocer las profundidades del alma humana? ¿O cometería los mismos errores una vez regresase a Ítaca?

Supongo que todo era más sencillo al saber que podía confiar en Atenea. Ella, la hija de Zeus, era la diosa que le protegía, que le alertaba de los peligros y que controlaba sus actos. ¿Hasta qué punto eran propias las decisiones de Ulises? ¿Fue mérito suyo salir airoso de aquellas aventuras o solo se debió a la voluntad de los dioses? ¿Fue él quien venció la tentación de una vida inmortal junto a la bella ninfa Calipso? ¿O estaba escrito que así lo hiciera?

Es curioso como a uno le surgen más preguntas al leer la Odisea de adulto que de joven. Supongo que a eso se refería Homero cuando decía que los sabios son los más propensos a la duda. Pero, si tuviera que resumirlas en una cuestión, esta sería «¿acaso importa cuáles sean las respuestas?»

Somos pequeños. Más insignificantes aún de lo que creía. No solo por el número de universos ahí fuera, sino también por nuestra nula influencia sobre cada uno de ellos. Mi condición de viajero en el

tiempo me permitirá tomar hoy una última decisión real, pero nunca sabré con certeza qué o quién se esconde tras la maquinaria de la voluntad humana. ¿Cuál es el fin de nuestras elecciones? ¿Para qué sirve la entropía, la energía que generan? ¿Será un propósito noble? ¿Ruin? ¿O tal vez su grandioso destino consista en hacer funcionar el robot aspirador de un ente superior? Moriré sin saberlo. La única verdad que me llevaré a la tumba es que nosotros no somos sus dueños.

¿Por qué debo entonces ser amable con el camarero que me sirve un café frío? ¿Por qué he de hacer un esfuerzo para pedir perdón a Andrea cuando sé que tengo razón? ¿Para qué interesarme en lo que ocurre por el mundo, o solidarizarme con aquellos que son tratados de forma injusta? ¿No tendría más sentido entregarme al hedonismo y preocuparme solo por mi felicidad instantánea? Podría inclinarme siempre por la opción más cómoda y nadie me juzgaría. Al fin y al cabo, si hago eso es porque eso es lo que el universo espera de mí.

Pese a que mi viaje termina con más dudas de las que tenía al comenzar, también hay alguna certeza. He aprendido que cada uno es tan relevante como desee ser. No es nuestra culpa ser tan poca cosa, pero sí que lo sería regodearnos en nuestra propia insignificancia. Atenea, a fin de cuentas, le dio a Ulises la inteligencia suficiente para sobrevivir, pero no para entender que no era libre. Aunque los vínculos familiares que le hacían extrañar su hogar y que daban sentido a su vida no los había elegido él, eso no significa que sintiera menos necesidad de volver a Ítaca, o que fuera menos feliz cuando lo consiguió. Sí, el libre albedrío es solo una ilusión, pero, para nosotros, la ilusión ya es suficiente. Ulises la acogió. Tal vez le llevara tiempo, pero al final eligió amar a su esposa y a su hijo sobre todas las cosas. Si hubiera sido tan estúpido de creer que los dioses le reservaban un destino mayor, Atenea le habría considerado un embustero. Y Zeus no ayuda a los embusteros.

Sí, mi viaje termina con dudas. La diferencia es que ahora puedo aceptarlas.

Por supuesto, no le cuento nada de todo esto a Gabi. Sería una conversación horrible para nuestro último desayuno juntos. En su

lugar, sigo contándole historias de cícones y hechiceras, de sirenas aladas y lotófagos, de lestrigones y vientos del oeste.

Podría seguir hablando durante horas. Él no se movería de mi lado, acurrucado en el banco junto a mí, ambos bajo una manta de algodón suave, café y chocolate en mano.

Pero se acerca la hora.

—¿Qué te ha parecido? —pregunto tras el obligatorio «colorín, colorado».

—¿Papi? —dice él, con el mismo tono que usa cada vez que tiene una pregunta trascendental para mí.

—¿Sí?

—¿Harías tú lo mismo para reunirte con mamá y conmigo?

—Claro que sí, hijo. No habría cíclope o tormenta que pudiera detenerme.

Entre impresionado y escéptico, levanta la mirada y clava sus ojillos brillantes en los míos.

—Entonces… ¿Nunca te rendirías hasta que estuviéramos juntos?

Con la excusa de tomar un trago de café, aparto la vista. Esta es, sin lugar a dudas, la pregunta más difícil que me han hecho en toda mi vida.

Podría contestar lo que pienso.

«No me rendiría, Gabi, pero mi tesón, por muy desmesurado que sea, es irrelevante».

O, como ya dijo Atenea hace cuatro mil años: la muerte es irrevocable y, cuando a alguien le llega su hora, ni siquiera los dioses, por mucho que lo amen, pueden salvarlo.

Es fácil elegir entre nave o nube cuando se trata de uno mismo, pero ¿qué píldora debo darle a mi propio hijo? ¿Hacerle saber la dolorosa verdad? ¿O permitir que viva feliz en su ignorancia? Durante un instante desearía ser tan astuto (o tan falto de escrúpulos) como Ulises.

Por suerte, los dioses han establecido que mi esposa aparezca en la terraza en ese preciso momento.

—Mi taxi ya está abajo. ¿Quién me da un beso?

Gabi, olvidando su pregunta, se lanza a sus brazos. Yo hago lo

mismo.

—Estás deslumbrante, mi amor —le digo tras besarla—. Y no te preocupes por la reunión. Aquellos directorcillos amargados te tienen más miedo que a una semana de vacaciones en casa.

Ella me sonríe, visiblemente halagada por mi cumplido. Me alegra hacerla sentir mejor. No es un gesto que cambie el universo, pero sí nuestra percepción del mismo.

Se va.

Gabi me mira. Yo, al reloj.

Sus agujas avanzan inexorables, midiendo las crueles unidades de vacío que separan un cambio del siguiente. Entre la explosión de una supernova y la creación de una nueva estrella. Entre la taza de Gabi llena de chocolate y la misma taza tan rebañada que parece haber pasado por el lavavajillas. Entre la vida y la muerte.

Es la hora.

—¿Sabes qué, campeón?

—¿Qué pasa, papi?

—Hoy no hace falta que te laves los dientes. Vámonos ya al cole.

Mientras grita que hoy es el mejor día de su vida, sale corriendo hacia el recibidor. Cuando le alcanzo, ya se está poniendo sus botas de fútbol.

—No, Gabi, ponte las…

—¿Cuáles?

—Da igual. Ponte las que tú quieras.

Levanta los brazos en señal de victoria, se pone en pie y corre hacia mí para darme un abrazo.

—Te quiero mucho, papi.

Me agacho para devolvérselo, haciendo un verdadero esfuerzo por no asfixiarle entre mis brazos.

«¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Miguzas?»

No. Ningún padre podría estarlo. Pero ahora sé que hago lo correcto. Y, sobre todo, ahora tengo fe.

Hoy el destino nos separará, pero no será un adiós para siempre. Algún día nuestras almas se reunirán de nuevo y, hasta entonces, él no estará solo. Le acompañará el recuerdo de su último día en la Tierra,

la certeza de que existen dos personas en el universo para las cuales él lo significa todo. La espera no importa cuando alguien te quiere.

El tiempo no existe, la libertad es una falacia. Pero el amor es real.

¿Qué más da concluir este viaje con más dudas que al principio, si he hallado la respuesta a la pregunta más importante de todas?

Contemplo a mi hijo por última vez. En pie frente a mí, agarrándose las tiras de la mochila con las manos. Uniforme del colegio. Botas de fútbol. Berretes de chocolate.

Su sonrisa, amplia y sincera. Sus ojos, brillantes.

Gracias, universo, por decretar que nuestro último instante en la Tierra sea tan perfecto.

—Oye, papi —dice, abriendo la puerta—. ¿Echamos una carrera hasta el coche?

Agradecimientos

Algunas historias se escriben solas, pero esta no ha sido una de ellas. *Café con Zeus* ha pasado por una cantidad infame de manuscritos, ha sido corregida por más betas que ninguna otra de mis novelas y es, sin duda, la que más horas de sueño me ha quitado.

Por eso he de agradecer más que nunca la labor de las personas que llevan apoyándome desde mi primera novela y que siempre están ahí cuando las necesito: mi mujer, mis padres, mis hermanas y mi amigo Cente. Sin su paciencia, comentarios y ánimos, esta novela seguiría cogiendo polvo digital en mi disco duro.

Además, *Café con Zeus* ha contado con unos betas de lujo. Gracias a Lola Mérida, por desviar la atención temporalmente de su genial blog para analizar la novela; a Peña y Manu, mis compañeros cylconitas, por darme un punto de vista friki muy necesario; a Pedro, que es especialista en erratas y que ya me salvó de alguna pifia importante en *Netz*; y a Nacho, que se convirtió en una fuente de sabiduría impagable mientras escribía *Luz Azul* y que con *Café con Zeus* me ha ayudado mucho también.

Por último, una mención especial a Diane Cremeens, la directora de membresía de Alcor (la empresa real de servicios de crionización en la que se basa Mizar). No hay ni un dato en la trama de la crionización que no sea real, y todo gracias a ella. La entrevista que me concedió fue una de las experiencias más alucinantes que he tenido como escritor y la muestra de que a veces la realidad supera a la ficción. Por cierto, si te interesa el tema de la crionización, en mi blog puedes encontrar el resto de anécdotas que Diane me contó y que no pude incluir en la novela por muy impactantes que resultaran.

Nota del autor

Y, por supuesto, gracias a ti, lector. No te imaginas lo que significa para un autor independiente como yo que te hayas tomado la molestia de comprar mi libro y de llegar hasta el final. *Café con Zeus* es una novela de ciencia ficción, pero también tiene componentes intimistas y filosóficos que la convierten en una obra especial para mí (y también en el libro que más quebraderos de cabeza me ha causado). Por eso, aun a riesgo de abusar de tu confianza, tengo un último favor que pedirte: me ayudaría una barbaridad que dejaras una reseña en Goodreads o en Amazon, tanto si es positiva (para llegar a más lectores y competir con los superventas) como si es negativa (para mejorar como escritor).

A cambio, te dejo por aquí algo de material gratuito. Si te ha gustado *Café con Zeus*, esto te va a encantar:

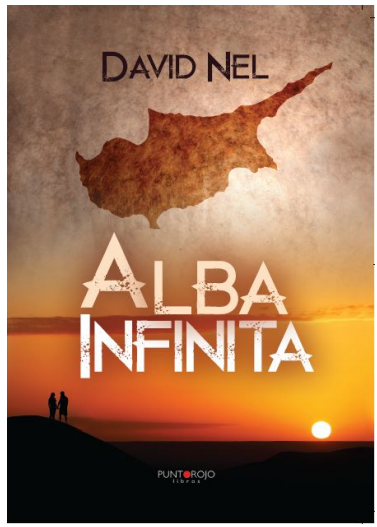
- Acabo de publicar un ebook gratis como acompañamiento a *Café con Zeus*. Se llama *Guía de los viajes en el tiempo* e incluye los 8 artículos que escribí sobre teorías de viajes en el tiempo cuando estaba investigando para esta novela y que estuvieron nominados a los Premios Ignotus en 2021 y 2022. Puedes encontrarlo en Amazon.
- En mi blog, aparte de los 8 artículos mencionados, encontrarás otros relacionados con los temas de mis novelas (crionización, vigilancia masiva, EBR, etc.). Y también dos listas con las mejores novelas y películas sobre viajes en el tiempo.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de mi formulario de contacto o mandándome un mensaje en redes sociales:

@DavidNel_15 (Twitter)
davidnel_15 (Instagram)

Otras obras de David Nel…

Alba Infinita



A mediados del siglo XXI, Chipre es la envidia de la comunidad internacional. Tras abolir el sistema monetario, convertirse en una EBR (Economía Basada en Recursos) y construir Galatea, la primera ciudad sostenible de la historia, el pueblo chipriota disfruta de una prosperidad y una felicidad no comparables a cualquier otro lugar de un decadente planeta sumido en una crisis financiera, energética y climática.

Pero, ¿qué llevó a Chipre a prohibir la existencia del dinero? ¿Cuál es el secreto que posibilita el funcionamiento de su innovador sistema? ¿Cómo afecta este régimen a los habitantes de la utópica ciudad de Galatea? Y… ¿cuáles son los verdaderos planes de su líder?

Leah, una psicóloga americana que solo busca un hogar decente para su familia. Ande, un astrofísico español con una gran obsesión. Marcelo, un ejecutivo chileno enamorado de una bella chipriota. Y Lin, una activista china perseguida por su gobierno. Todos ellos, muy a su pesar, descubrirán la respuesta a estas preguntas.

Críticas de Alba Infinita:

"... muy ameno, escrito con inteligencia y sentido del humor –combinación ganadora siempre– que atrapa entre sus páginas y me ha dejado con ganas de leer la segunda parte, Luz azul". - **Blog Consuleo**

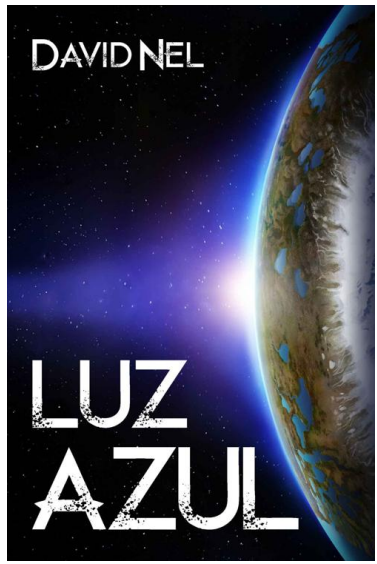
"¡Todo un hallazgo! La obra más refrescante que he leído en los últimos tiempos. Una reivindicación al género que siempre, ineludiblemente, exige vueltas de tuerca ingeniosas. Una novela vibrante". - **Red Literaria Falsaria**

"Esta distopía tiene todos y cada uno de los ingredientes para considerarse una obra Sci-Fi brillante y magistral. Su calidad es sobresaliente, su documentación e información verosímil y contrastada. Una novela que voy a incluir en mi escueta lista de libros favoritos, de los que me gusta volver a leer, de los que no me canso de hablar, de los que me han aportado muchísimo por muy poco". - **Blog Las Mentiras que Escribí**

"Os hará pensar. Y mucho... Es un acierto en toda regla. Una novela crítica que tal vez deberían leer algunos políticos y dirigentes de organismos económicos. Una historia bien hilada: primera mitad más introductoria y segunda parte trepidante que culmina con un final increíble". - **Blog Cazadora de Historias**

Alba Infinita está disponible en Amazon en formato ebook y papel.

Luz Azul



Luz Azul es la continuación cronológica de Alba Infinita. Se puede leer de manera independiente, pero se recomienda leer primero Alba Infinita para evitar spoilers y conocer mejor a algunos personajes.

El planeta Anemolia se divide en dos franjas en las que nunca se pone el sol. Ambas están enfrentadas en una guerra que empezó hace milenios, pero que está a punto de tocar a su fin con la conquista de Vespertia por parte del imperio matún.

Ríktor, un joven aprendiz de un recóndito poblado véspero, solo quiere convertirse en maestro y proteger a su gente. Sin embargo, cuando su hermano regresa de una expedición al sur del país, descubrirá algo que le llevará al centro del conflicto y que cuestionará los cimientos de toda una civilización.

Críticas de Luz Azul:

"Ojalá todos los libros publicados por editoriales profesionales estuvieran tan bien trabajados como Luz azul." - **Página Libros Prohibidos**

"Una interesante reflexión sobre la eterna lucha entre ciencia y religión. Un puñado de humanos deben comenzar prácticamente desde cero en un nuevo planeta y tienen la oportunidad de no cometer los mismos errores que les han llevado hasta allí. Por desgracia..." - **Consuelo Abellán (Blog Consuleo)**

Luz Azul está disponible en Amazon en formato ebook y papel.

Netz

A Sergio Peralta, un tenista retirado en horas bajas, no le gusta que le llamen ludópata. Él es un inversor responsable que gana su sueldo de manera lícita con las apuestas deportivas. Solo hay un problema: tanta legalidad le aburre.

Por eso, cuando Chatham Bets le ofrece viajar a Las Vegas para participar en un exclusivo e impactante juego de apuestas, no duda en dejarlo todo y coger el primer vuelo.

De acuerdo, tal vez aquel negocio sea menos limpio de lo que pensaba. Puede que espiar a la gente a través de las cámaras de sus dispositivos traspase alguna línea. Y quizás eso de apostar por sus eventos cotidianos y ganar dinero con sus desgracias se adentre a veces en terrenos demasiado sórdidos.

Pero ¿acaso importa? Las víctimas no se van a enterar, y Sergio se va a hacer rico mientras se lo pasa como un niño. ¿Qué podría salir mal?

Críticas de Netz:

"Imposible soltar Netz una vez te atrapa. Y vaya si te atrapa. David Nel

escribe ciencia ficción, pero además domina las claves del thriller a la perfección y sabe cómo mantener a sus lectores con el alma en vilo hasta el último capítulo."- **Beatriz Alcaná, web Algunos libros buenos**

"Con un lenguaje claro, sencillo y directo, narrado en primera persona, nos lleva de la mano, de forma trepidante, por el mundo de las apuestas deportivas. Una novela muy cinematográfica." - **Luis José Cuadrado, editor de la revista Atticus**

"Netz es un thriller que no deja indiferente. Su trama te conduce por recovecos interesantes, extraños, y la última parte del libro hace que no puedas dejar de leer." - **Edgar Montserrat**

"NETZ es una novela ligera pero con un interesante fondo. A través de una narración ágil, plagada de humor e ironía y unos personajes tan bien construidos que te parecerá conocerlos «de toda la vida», plantea cuestiones para la reflexión que te harán dudar sobre la conveniencia de subir la foto de tu gato a cualquier red social." - **Consuelo Abellán, blog Consuleo**

"Netz *es una sorprendente novela de ciencia ficción social de trama sólida, narración fluida y giros inesperados. La tercera novela de David Nel engancha, impacta y divierte, pero también hará que el lector reflexione y se haga preguntas. ¿Está nuestra sociedad preparada para ciertos progresos tecnológicos? ¿Podría esta historia ocurrir de verdad?"* - **Editorial Distrito 93**

Netz está disponible en Amazon y en la página de Distrito 93 en formato ebook y papel.

Índice

Prólogo

I

II

III

Miércoles, 10 de abril de 2019

IV

V

VI

Miércoles, 10 de abril de 2019

VII

VIII

IX

Miércoles, 10 de abril de 2019

X

XI

XII

XIII

XIV

Miércoles, 10 de abril de 2019

XV

XVI

XVII

Miércoles, 10 de abril de 2019

XVIII

XIX

XX

Miércoles, 10 de abril de 2019

XXI

XXII

XXIII

XXIV

Epílogo

Agradecimientos

Nota del autor

Otras obras de David Nel…

Alba Infinita

Luz Azul

Netz

Índice